

Nuria Amat

**AMOR
Y
GUERRA**




Premio Ramon LLull

Barcelona, 18 de julio de 1936. El viento de la Historia transforma la vida de la joven anarquista Valentina Mur. Inmersa en la revolución que estalla en Barcelona, suscita la atracción del carismático comunista Ramón Mercader, quien, por orden del dictador soviético Stalin, asesinará cuatro años más tarde al revolucionario León Trotski. Valentina, sin embargo, se enamora del primo de Ramón, Artur Ramoneda, primogénito de una familia de industriales a quienes conoce el día de la detención del joven como presunto simpatizante de la insurrección militar.

Basada en hechos reales e información inédita, Amor y guerra es una poderosa narración sobre los conflictos y paradojas de la guerra civil; una maravillosa historia de amor en la que la fuerza de los sentimientos se impone por encima de todo.



NÚRIA AMAT AMOR I GUERRA

 Premi Ramon Llull



Nuria Amat

AMOR Y GUERRA

Premio Ramon Llull

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

Si la gente no dice «te amo», es por miedo. Así eran también las personas de entonces; tampoco decían «te amo» por miedo a matar el amor al nombrarlo. Sin embargo, el amor y la muerte eran inevitables. El pensamiento, ambicioso. Hombres y mujeres se preguntaban continuamente sobre la libertad. Soñaban. Ganaban y perdían. Asumían riesgos locos y deliberados para recordar que estaban vivos y que la historia era la encargada de ilustrar sus conflictos, conquistas y catástrofes.

Bajo estas condiciones azarosas, Valentina Mur conoció a Ramón Mercader un día tórrido de principios de verano horas antes de que el ejército sublevado en Pedralbes fuese reducido por ciudadanos de a pie, quienes en tiempo breve y asombroso se organizaron para la lucha y vencieron. Los golpistas no vivieron la derrota: muchos de ellos fueron fusilados. Fue la victoria de un pueblo que se quería libre y el comienzo de dos historias: una de amor y otra, mucho más sorprendente, de terror, traición y sufrimiento.

Días después de esa hazaña, cuando Barcelona disfrutaba de su triunfo y las calles estaban llenas de canciones, rifles y

alegrías, la joven pareja celebraba la victoria de la revolución sentada ante una puesta de sol bajo los pinos de la montaña de Sant Pere Màrtir. A sus pies, la ciudad que ambos se habían propuesto salvar de cualquier amenaza a la libertad recientemente conquistada.

Ella vestía a la moda que imperaba en todo el territorio de la España republicana: mono de color caqui, fusil al hombro, cartuchera y gorra caída a un lado, sobre su cabello revuelto por la hojarasca del matorral costero. Tenían sed. Pero la excitación de sus cuerpos y el entusiasmo de estar juntos les evitaban distraerse con necesidades elementales. A la serenidad de Valentina por el trabajo bien realizado se sumaba la atracción por el hombre que tenía al lado y su entusiasmo ante la posibilidad de ser enviada con el batallón de mujeres a liberar Mallorca de las manos fascistas. «Además —pensó—, es verano.» Y ésa siempre fue su época preferida del año. Hacía calor y sucedían cosas imprevistas.

Viéndola flirtear como una adolescente costaba creer que se trataba de la misma joven que días atrás había estado disparando a matar, movida por un ideal sublime llamado «libertad e igualdad colectiva». Fantaseó con un beso de Ramón y, al instante, vio cumplido su deseo. No fue un beso de ardor fogoso y húmedo, pues si bien tenía el espíritu valiente de las jóvenes revolucionarias de la República, continuaba sintiendo cierto reparo en compartir sus labios con el primer desconocido que se le pusiera delante.

Se separó de él para mirarlo y confirmar que su perfil de campeón lo convertía en uno de los combatientes de éxito, por

cuyo amor peleaban las jóvenes milicianas. Su uniforme estaba perfectamente limpio y planchado, como no había visto llevar a ningún compañero de las Juventudes Comunistas; sus modales eran más propios de actor que de soldado raso, y también se lo conocía por ser uno de los mejores deportistas de la ciudad. La inquietaba que fuera hombre de pocas palabras y extraños silencios. Mientras lo acariciaba con los ojos buscaba también descubrirle los defectos.

Ramón cortó una rama de un romero próximo a sus piernas y se la acercó para que pudiera olerlo. Todo lo que ella dijo fue «gracias».

El sexo era mejor cuando iba precedido de un agradable cortejo. Más atrayente desde el punto de vista sentimental y también en el aspecto erótico. Valentina sabía, además, que la ventaja de callar en situaciones delicadas siempre resultaba favorable al más inteligente.

—¿Iremos al cine? —preguntó.

Él le prometió que sí. Y le tomó la mano.

Las grandes revoluciones tienden a originarse después de un período de pensamiento intelectual prolífico y suelen venir acompañadas de grandes dispendios amorosos de sus héroes y protagonistas. No hay guerra sin amor. Y en esta guerra recién desatada había parejas de novios que iban juntos a luchar en primera línea de batalla. Y milicianas que escoltaban a sus maridos, amigos y familiares. Incluso se daba el caso de madres

que seguían a sus hijos. Éste no iba a ser el ejemplo a seguir por Valentina, así que decidió pasar del beso a la conversación. Se acordó de que no era tiempo de pensar en promesas sentimentales y de que el amor quedaba fuera de sus pretensiones inmediatas del día a día. No se trataba de soberbia, sólo de una buena dosis de cordura y prudencia en su forma de ser, algo atolondrada. Por tanto, la posibilidad de seducir al hombre preferido de la ciudad, ni que fuera por una noche, se volvía complicada y rasposa.

Cuando ella, con voz agitada, le explicó que contra el fascismo había otra guerra importante que ganar —la del movimiento por la liberación de la mujer—, él le respondió que sólo con discursos no se ganaban las guerras. A Valentina le molestó la sonrisa con la que recalcó su respuesta ambigua. Recobró su mano y jugó a despegarse de ella. Ramón calló, levantando las cejas contra los arbustos como si pretendiera comerlos. No soportaba a las mujeres con pensamiento propio, y tampoco estaba dispuesto a una discusión sobre cuestiones de ideología y militancia política con una anarquista enardecida. Prefería seguir pendiente de los movimientos de su cuerpo que perderse en el galimatías de ideales y proyectos lanzados por ella y su exaltada boca.

El joven comunista empezaba a sentirse incómodo.

—El problema —le dijo— es que vosotras queréis seguir siendo una organización y no un partido.

A Valentina le entraron deseos de volver a casa. Solía ser impulsiva en sus relaciones amorosas: cuando tomaba la

decisión de dejar a un hombre no perdía un segundo en meditar si hacía bien o mal. Por otro lado, Ramón no era buen conversador. La joven se levantó de un salto y se alisó el cabello. Recordó su lucha para ser valorada como persona mientras que él parecía contento de ver en ella a una chica demasiado guapa para la guerra e independiente en exceso para atreverse a enamorarla.

Fue idea de Valentina subir al camión aprovechando su último viaje a Barcelona. Se sentaron encima de la carga, entre sacos, armas y municiones. El conductor sacó la cabeza por la ventanilla y les advirtió de que llevaba prisa. Gritó una grosería y partieron a toda velocidad. Tomaron la carretera de Las Aguas y bajaron por las curvas de la montaña de Vallvidrera. Ramón aprovechó el traqueteo del coche para rodearla por la cintura. La vista de la ciudad bajo la luz rosada del atardecer invitaba al amor y la ternura, pero Valentina no acertaba a saber si la alteración de su piel era debida al paisaje panorámico, de un azul inalcanzable, o a la estrecha proximidad de un hombre que, muy a pesar suyo, le gustaba.

El camión pasó rápido delante de dos conventos de monjas transformados en hospitales revolucionarios. Unos metros más abajo estaba la casa del fabricante textil Antonio Ramoneda. Una torre de tres plantas, ni grande ni pequeña, con dos balcones en el primer piso, jardín trasero y fachadas de estilo modernista a cuatro vientos, pintadas de color leonado y serigrafías anaranjadas. Pese a los asaltos continuos de los patrulleros y la ausencia forzosa de sus propietarios, la casa

seguía intacta. En su interior, a modo de hormigas cansinas, se movían las mujeres. Las persianas de librillo estaban cerradas día y noche para amparo de sus habitantes y también con la intención de proteger algún cuadro todavía no requisado por los nuevos dueños de la ciudad.

Por la puerta grande de la casa salió Arturo, el hijo mayor de los Ramoneda, manos en alto y encañonado por dos pistoleros de la FAI. Desde la ventana de la planta baja seguían la escena los rostros asustados y afligidos de las mujeres de la familia. Lejos de estar impresionado por su detención, Arturo se mostraba sorprendido. Acosado por sus agresores, sin ninguna prisa por irse, acataba sus órdenes con parsimonia.

Dos días antes Arturo, tras abandonar su escondite, se presentó en su casa sin previo aviso en busca de algunos libros y otras cosas que necesitaba para su refugio. Era un joven pensativo y sereno, propenso a las decisiones justas, la nostalgia trascendental y la lectura de grandes obras literarias. Pese a que la familia siempre dio por sentado que, al tratarse del primogénito, no le quedaba otra opción profesional que trabajar en la fábrica junto a su padre, él soñaba con que, si la suerte estaba de su parte, tal vez podría vivir entregado a sus aspiraciones artísticas.

Que la vida era dura, Arturo lo sabía desde niño. Siempre estuvo enfermo. Sus pulmones afectados por la tisis fueron el motivo de una adolescencia limitada al peregrinaje por balnearios y sanatorios de todo tipo. No le gustaba hablar de sí mismo. A veces, le costaba recordar su nombre. Escribía para pensar: «La vida de un hombre cambia cuando escribe», y solía

hacerlo a ratos perdidos. «Sé que soy una cosa rara. Ni siquiera tengo derecho al fracaso.»

—Vienes a que te maten —le avisó su tía, Lucrecia Palop, nada más verlo aparecer por la casa.

—Què vol que li digui, tia! Són les circumstàncies —respondió, con una frase más propia de holgazán que de filósofo. A Arturo, que nunca pretendió ser ni lo uno ni lo otro, le gustaba imaginar que de haber nacido en un escenario más benévolo podría haber llegado a ser alguien en el mundo del arte o de las ideas. Sobre este punto, tuviera razón o no, seguía convencido.

Día y noche, los hombres de la FAI irrumpían en la calle en sus coches pintados de rojo y negro a la caza y captura de sus víctimas. Asaltaban sus casas, requisaban sus pertenencias, secuestraban a sus dueños y los llevaban a dar el último paseo de su vida a la pared de fusilamiento.

No era la primera vez que los patrulleros se habían presentado en la casa de la calle Anglí buscando detener al fabricante Antonio Ramoneda; aunque no lo encontraron tampoco ese día (porque «el muy cabrón había desaparecido»), podían sentirse satisfechos de llevarse a cambio una buena pieza.

Quien lloraba sin dejar de suplicar a los malhechores que tuvieran compasión de su hermano era Mercedes Ramoneda. Apostada junto al muro, casi invadiendo la calle, gimoteaba y

hacía aspavientos a la espera de que algún espíritu milagroso viniese de inmediato a socorrerlos. El camión procedente del Tibidabo se vio obligado a frenar en seco, parada fruto del azar y de aquellas circunstancias felices que los crédulos suelen invocar en situaciones críticas.

El destino o la compasión divina quisieron que en el momento en que Mercedes, convencida de que iban a matar a su hermano allí mismo, saltó a la calle gritando «¡Oh..., oh...!», se rompiera el eje de una rueda del camión, de modo que éste tuvo que detenerse de forma brusca y sin remedio. Cuando descubrió a su primo Ramón sentado en lo alto de la caja se abalanzó hacia él pidiendo al cielo que hiciera cualquier cosa con tal de salvar a Arturo.

—¡Haz algo! ¡Por Dios! —imploró—. ¡Nos están asaltando!

A Mercader le costó reaccionar al aviso. De entrada se hizo el sordo. De temperamento poco propenso a las emociones e ignorando qué hacer con ellas, las dejaba pasar sin verlas. Tampoco le gustaban los chillidos de las mujeres, ni las súplicas. La pausa la aprovechó el pistolero de más edad para amenazar a aquella insoportable gritona.

—¡O callas o te pego un tiro!

A Valentina, la violencia del matón la pilló desprevenida. Movió la cabeza y vio al detenido mirarla con unos ojos que se hundieron en los suyos como un reto. Fue la primera en saludar a la patrulla con un ademán amistoso que advertía prudencia y calma; evitaba reconocerse en las trifulcas de los responsables de los registros domiciliarios. Desaprobaba sus

actuaciones violentas y sobrantes, dado que, debido a la revuelta contra los militares y la consecuente victoria popular, atracadores y ladrones se servían de la situación revolucionaria para hacer su agosto. Fue la burguesita llorona y suplicante la que la llevó a pensar de nuevo que la revolución era otra cosa. Lo habría dicho en voz alta pero, de momento, su mueca molesta habló por ella.

Como única respuesta, el jefe de los patrulleros, un tal Josep Serra, se limitó a escupir en las palmas de sus manos. A las milicianas les debían cierto respeto, aunque no una obediencia ciega, por muy disfrazadas de hombres que les gustase andar por ahí a todas horas.

Otro suceso inesperado se estaba produciendo en el mismo instante en que Valentina Mur buscaba la mejor manera de enfrentarse al asalto de los patrulleros. Era el amor. Arturo Ramoneda acababa de sufrir uno de los reflejos pasionales que irrumpen cuando es el destino el encargado de decidir qué víctima transfigurar en presa del enamoramiento súbito. La señal no fue solamente la belleza de ella ni tampoco la aspiración que sintió por saberse suyo: fue la ilusión febril de amarla hasta la inmortalidad. Ahora, a punto de ser conducido al paseo de la muerte y cuando el mero existir parecía algo sorprendente, de golpe, él se enamoraba. Allí pudo darse cuenta de que la joven subida en el camión, con el rostro encendido y en posición de estampa, era la mujer de su vida. Olvidó el pánico asfixiante del entorno y, durante aquellos escasos segundos razonados como los últimos de sus días, se

dedicó a soñar que iba a pasar el resto de su vida con ella. No miró ni pensó nada más. La vio arreglarse el cabello revuelto. La ayudó a bajar del camión. Le dijo:

—Siento una alegría extraña al verte, como si nos conociéramos de siempre.

Ella lo miró sin dejar de sonreírle. Paladeando cada segundo de aquel envite, pues la conquista mutua siempre es desigual, él la invitó a cenar al restaurante Glaciar. ¿O prefería una noche veraniega en barco por los países nórdicos? Perplejo ante el titubeo de la amada, Arturo resolvió por su cuenta. A una diosa había que ofrecerle lo inesperado, crearle un Olimpo propio. Le vendó los ojos, subió con ella a un avión y aterrizaron en San Petersburgo. Tampoco a este amor, que acababa de robar al tiempo, le podía ocultar su predilección por la estepa rusa y sus extraordinarios escritores. Rusia, donde, por ejemplo, un poeta podía morir por un poema, y una mujer, delirar por el amor de un muchacho adolescente.

Pero la vida tenía que seguir. Y este incidente terminaría de una manera u otra.

Lo raro ahora era que Ramón no moviera un dedo. Mercedes lo veía mirar al cielo. Y cuando comprendió que su primo seguía haciendo caso omiso a sus súplicas, cambió de táctica y optó por dirigir el llanto a la miliciana que lo acompañaba.

Lucrecia Palop, algo más calmada pero con la sangre hirviendo, avanzó unos pasos pensando que su sobrina

Mercedes disponía de recursos más apropiados para reblandecer el duro corazón de un muchacho que ella había visto crecer, jugar al balón y hacerse hombre entre los setos recortados de la casa. Que Ramón Mercader se las diera de ateo, comunista, mujeriego y camarero del hotel Ritz a ella no le molestaba tanto como que también fuese hijo de Caridad del Río, aquella «marxista» considerada por la familia como mujer de vida fácil, perturbada y peligrosa en más de un sentido y que, como apuntaban los Ramoneda, sólo podía provenir de alguna tara hereditaria desconocida.

—Oh, sí, sí, fill meu. —Cruzó la sala y se asomó apenas por la puerta—. Diles que está muy enfermo —gritó.

Si su sobrino fuera una buena persona, le haría caso, pensó. O ya era imposible que la obedeciera. Desde luego, la cosa no acabaría aquí. Buscaría influencias.

Lucrecia Palop conocía bien a Caridad, esposa de su primo Pau Mercader. Habían compartido pupitre en el colegio del Sagrado Corazón de Sarriá, cuando la familia Del Río regresó de Cuba con el propósito de dar la mejor educación a su hija primogénita. Las amigas hicieron juntas la comunión en la capilla del convento. Ampliaron sus apegos adolescentes con la alumna María Salses, que más tarde se casaría con el hermano de Pau Mercader y que, por azares de su futura vida marital, terminó llamándose señora Forcada. Las dos felicitaron a Caridad cuando entró de novicia en el convento de las carmelitas descalzas. Tenía en alto concepto a sus amigas y le costó aceptar que no fueran tocadas por la vocación religiosa. Trató de convencerlas y, pese a su temperamento obcecado,

no pudo conseguirlo. Aun así, siguieron intercambiando estampas de la Inmaculada Concepción y el Sagrado Corazón de Jesús el tiempo que duró el breve noviciado.

Caridad del Río tardó poco en renunciar al hábito de novicia y del altar de clausura pasó, sin apenas entreacto, al de la ceremonia nupcial. Se casó con Pau Mercader, a quien, siguiendo otro de sus impulsos, terminó abandonando tras haber tenido cuatro hijos, a los que no dudó en llevarse con ella en su huida a Francia bajo el pretexto de su compromiso histórico, primero con el anarquismo y acto seguido con el movimiento marxista prosoviético. Hubo una tregua en esta historia de idas y venidas de la que el marido se sirvió para encerrarla en el manicomio de Sant Boi; pero tampoco duró mucho ese paréntesis. Ayudada por sus seguidores consiguió escapar, volver a Francia y seguir con la lucha política y militante. Cometió dos intentos de suicidio, uno cortándose las venas, el otro por inhalación de gas, de los que salió ilesa gracias a la ayuda de sus hijos adolescentes; en especial de Ramón. El más atento, servicial y disciplinado de sus hijos.

En cuanto a Lucrecia Palop y su prima, la señora Forcada, pasaban las tardes de verano bebiendo horchata en la casa de la calle Anglí y comentando las locuras y nuevas excentricidades de su vieja amiga. La recordaban poniéndose cristales rotos en las rodillas durante el rezo del vía crucis que monjas y alumnas recorrían de hinojos a lo largo del claustro del convento. A Caridad siempre la movieron las pasiones desatadas. Sus suicidios malogrados tenían un motivo ajeno a la política. «Por un amor que no era amor, sino otra cosa», determinaban sus antiguas amigas.

Poco antes de declarada la guerra, y presintiéndola, Caridad del Río había fundado, junto con su hijo Ramón, el Partido Comunista de las Juventudes Catalanas. «Pero peor que eso —decían las tías— fue enamorarse del hombre más peligroso de la época. Un ruso llamado Leonid Eitingon, agente secreto de Stalin.» En suma: un demonio, siempre según las tías, escandalizadas con esa mancha negra que enfangaba la familia.

¿Qué otro comportamiento podía esperar ahora Lucrecia Palop de Ramón? Los de la FAI no andaban con tonterías. De no ser la situación tan trágica, Lucrecia habría obligado a su sobrino a bajar ipso facto del camión, ya fuera a gritos o con la ayuda de una escoba. De niño le había limpiado los mocos y la cera de los oídos. Incluso fue cómplice del inocente amorío de Mercedes con su primo. La señora tía contaba con datos suficientes para estar segura de que Ramón no movería un dedo por ayudar a Arturo. Y más difícil aún era que Ramón se apartase del ideario comunista, al que estaba aferrado, para apoyar la liberación de un jovencito presuntuoso que encima le caía mal. Ni por Mercedes sería capaz de hacerlo.

Lucrecia dio otro paso hacia adelante y se dejó ver.

Visiblemente fastidiado por el accidente que estropeaba sus planes de la tarde, Ramón bajó del camión dispuesto a tranquilizar a su prima. Le dio palmaditas cariñosas de consuelo pero sin añadir ninguna explicación sobre el modo de resolver el incidente.

Llevaba un tiempo sin ver a Mercedes y le pareció más alta y rubia que la última vez, cuando se presentó en la casa de la

calle Anglí para acompañarla al cine. Aquella prima quejica lloraba por cualquier cosa. Saludó también a los camaradas de asalto evitando en todo momento mirar a Arturo; de entre todos sus primos, el que le caía peor. No toleraba su forma de pensar independiente y capitalista, vicios de una clase conservadora a la que finalmente habían vencido y apartado del panorama civil, razones todas que los agresores consideraban más que suficientes para inculparlo de contrarrevolucionario. En aquellos días de caos y turbulencia civil, las patrullas tenían carta blanca para llevar a cabo registros, detenciones y confiscaciones de cualquier sospechoso de connivencia con el levantamiento militar. Burgueses y curas debían morir porque, según un decreto sacado de las mismas entrañas de la sedición, se encontraban todos en el mismo rango fascista de los militares sublevados. Que esos patrulleros venían en son de venganza era más que evidente. Pero por una extraña razón, que sólo podrían adivinar utopistas y mártires, ni Ramón Mercader ni mucho menos Arturo Ramoneda se molestaron en resistirse a los asaltantes y avisarles de que con esa detención se equivocaban de persona.

El hombre que apuntaba a Arturo lanzó una cuerda y ordenó al otro que le atara las manos a la espalda.

Nadie dijo nada. Ramón frunció el cejo y dio una patada al suelo. Fue entonces cuando Valentina se dio cuenta de que su amigo despreciaba, con un obrar disfrazado de maneras compasivas, a esa parte de su familia de costumbres sin duda clasistas y algo retrasadas para la época libertaria en la que vivían. Ella tenía sus propias convicciones sobre la diferencia de

clases. Distintas, por supuesto, a la de esos atracadores sudorosos y dispuestos a tachar de fascista a todo el que no fuera como ellos.

Valentina evitaba hacer juicios premeditados siempre y cuando ricos y pobres estuvieran dispuestos a apoyar y promover la revolución social por la que ella, junto con miles de hombres y mujeres más, se encontraba en lucha. Estaba sedienta; este mes de julio era de un calor insoportable. Aceptó el vaso de agua que le ofreció Catalina, la cocinera de los Ramoneda, y regresó al camión para ayudar a los compañeros que acababan de llegar a la casa y se disponían a arreglar la avería. Optó luego por sentarse en el borde del murete, desde donde podía observar mejor un escenario que comenzaba a interesarle mucho más que la vista de la ciudad desde lo alto de la montaña de Sant Pere Màrtir.

Ramón Mercader seguía junto a Mercedes, hablándole en voz baja, de manera que la familia pudiera creer que él también estaba en el bando de los agredidos. Manifestaba hacia ellos una falsa piedad que a Valentina le producía desconfianza. Alguien dijo:

—No hay prisa. Tenemos toda la tarde.

Valentina miró entonces al cautivo. Su primera impresión fue buena. Demasiado tímido para su gusto, y tal vez más inteligente de lo que podía imaginar. Los ojos de Arturo no miraban de forma mecánica como los de Ramón. Traslucían

suficiente confianza en sí mismos para resistir sin queja la infelicidad del mundo.

Procedentes del interior de la casa se oyeron ruidos y movimientos de puertas, debidos seguramente a los patrulleros enfrascados en las tareas de registro. Ramón se mantenía con los brazos cruzados, cerca de Mercedes, como si fuese ella la necesitada de protección. Fumaba y fumaba mientras cavilaba rápido pero sin perder los nervios. Pensó que, si recurría a Erno Gero, al que en el trato íntimo llamaba Tío Pedro, Arturo quedaría en libertad aquella misma noche. Los servicios secretos policiales estaban en su mayor parte bajo el control directo de aquel funcionario extranjero enviado por Stalin. Y todavía más fácil: bastaría con pasar un momento por la casa que su madre, Caridad, compartía con su padrastro, el comandante Eitingon, en uno de los palacetes del paseo de Sant Gervasi, para que, de inmediato y a instancias suyas, utilizara sus contactos de manera que facilitaran la liberación de Arturo. Pero ¿merecía su primo ese regalo? Con la reserva propia de su disciplina militante la respuesta que se dio fue un no definitivo.

—Así es la vida, Memé —le dijo a Mercedes—. Confía en mí.

Y ella, atontada por culpa de aquel amor de parvulario, prefirió confiar y hacerle caso.

Lo que son las cosas. Cuanto más evidente resultaba el desprecio que Ramón exhibía ante el arresto de su primo, al que los locos de la FAI podían ejecutar en cualquier momento, más crecía el interés de Valentina hacia el hombre que tenían

maniatado. Allí estaba alguien a quien deseaba confiarse. Buscaba atraer su atención, pero él, versado en poemas sobre el arte de seducir a la mujer, había optado por rehuir sus ojos y crear un leve distanciamiento entre ambos. Ella, que minutos antes se había felicitado por su decisión de salir y divertirse con los compañeros sin llegar a enamorarse, se estaba comportando como una muchacha absurda. Los pistoleros seguían en la primera planta carcajeándose y, seguramente, llenándose los bolsillos de lo que no era suyo. Aprovechó para entrar y avisar a los desalmados que la casa, tal y como aseguraban sus propietarias, había sido requisada en numerosas ocasiones y estaba limpia. No era cierto: quedaban los libros. Valentina los acababa de descubrir en la biblioteca del despacho. Hizo un somero repaso a los títulos. Estuvo tentada de llevárselos al nuevo local de la Universidad Popular, necesitado de material de urgencia con que llenar estanterías. Se disponía a planificar el modo cuando, al ver en la mesilla un cenicero humeante de colillas, cambió de idea. Unas gafas y dos hojas escritas a pluma lograron alejar su propósito. «¿Qué escribe?», se preguntó. Pensó que la vida no paraba de regalar sorpresas.

Se oyeron gritos y varias risotadas. Por lo visto, quedaba alguien más en la casa: habían dado con él en la carbonera y lo celebraban como un premio. Uno de los pistoleros lo mantenía atado a una silla de la cocina y lo amenazaba con un revólver. Por la ventana vio al jefe de la patrulla salir resuelto al jardín seguido de Ramón, quien, con voz distraída, iba repitiendo a Arturo:

—En qué lío te has metido, fill de puta.

El descubrimiento de la patrulla significó una buena salida para Mercader. No sólo lo libraba de la responsabilidad de interceder por su primo sino que le permitía castigarlo doblemente por un delito de colaboración y ocultamiento. Su rostro se relajó. Puso cara de circunstancias y volvió a recuperar la sonrisa de actor que a todos encandilaba.

Valentina, excitada por la curiosidad y con ganas de resolver aquel asunto, entró en la cocina. Sentada junto al fregadero, una mujer con aspecto de criada que tapaba su cuerpo con una manta y mantenía la cabeza gacha obedecía a otro de los pistoleros. Cuando éste le ordenó de malos modos que se quitase las zapatillas dejó al descubierto unos pies enormes, sorprendentemente masculinos. Cubría su cabello una pañoleta con las siglas del movimiento anarquista. De un manotazo le quitaron el uniforme de criada, dejando visible el cuerpo semidesnudo de un hombre joven, flaco y desgarrado. Valentina se agitó. ¿Por qué no iba a caerle simpático ese sinvergüenza? Le gustaba la gente distinta. Disconforme con escenarios retrógrados.

Se armó una revuelta en la cocina. El patrullero se plantó delante del penitente y lo levantó de un golpe.

—¡Cazamos un cuervo negro! —gritó—. Es él. ¡Aquí tenemos un fraile!

Y ante la desolación de sus protectoras, que gritaban desde el jardín «¡Basta..., basta ya..., ja n’hi ha prou...!», los de la FAI salieron hasta la calle para anunciar su premio repetidas veces.

—¡Tenemos a otro de los hermanos maristas que ha mordido el anzuelo! Con éste ya suman veinticuatro. ¡Ya son nuestros!

Entonaban el número de frailes como si se tratase de ratones abatidos en una sola redada, y al hacerlo abrían la boca y mostraban sus dientes, en los que parecía haberse asentado un escuadrón de cucarachas negras.

La culpa había sido de la cocinera de los Ramoneda, Catalina, que cuando vio al hermano marista llegar a la casa con el encargo de Arturo de esconderlo de los rojos, y al observar el aspecto fino y delicado del fraile, pensó que vestirlo de camarera sería la solución más socorrida de las pocas que tenía a mano si quería salvar la vida al religioso. Decidida a la hora de realizar proezas caseras, se atrevió a hacerle una coleta y se obsesionó en ponerle colorete en las mejillas, con intención de limpiar el aire angelical que el hermano llevaba encima como mancha de nacimiento. Luego le preguntó si se sentía bien con su nuevo aspecto. El le respondió que ser mujer por unos días era una aventura digna del mejor teatro inglés. Pero cuando insistió en que lo llamase por su nombre de pila, ella le respondió que ni aun vestido de mujer se atrevería a tutearlo. «Llámame como quieras», le dijo entonces.

Desde hacía rato, Valentina andaba procurando llevarse bien con esa familia impresionada por el asalto de los villanos. Buscó donde localizar unos pantalones para el fraile y salió de nuevo al jardín pensando en encontrar el modo eficaz de convencer a los patrulleros. Sólo le venían a la cabeza unas palabras de Azaña que esos bandidos no habían oído nunca: «Hacemos una guerra horrible, guerra sobre el cuerpo de

nuestra propia patria; pero nosotros hacemos la guerra porque nos la hacen. Vendrá la paz y espero que la alegría os colme a todos.» En lugar de conferenciar, porque ella misma, muchas veces, se hartaba de discursos, se acercó al camión y recuperó el fusil por aquello de que un hombre armado inspira respeto o invita a pelea. Acto seguido fue a ponerse delante de Arturo hecha una furia contra el mundo porque esa detención cumplía las condiciones suficientes para convertirse en un ajusticiamiento arbitrario en toda regla. Allí estaba ella, bajo la copa de un árbol herido en el que penaba un hombre.

—ja n’hi ha prou, ja n’hi ha prou! —exclamó.

—Es duro y triste —dijo él—, pero a esto nos lleva la ignorancia y la demencia. —Enmudeció un segundo y siguió—: Sí, porque tarde o temprano, el tiempo lo juzgará todo y nada volverá a ser lo mismo.

Fue el inicio fie su primera conversación.

La voz de Arturo sonaba a mar, crepúsculo, academia y secreto. Y Valentina formaba parte de esa clase de mujeres capaces de enamorarse de un hombre por su forma solemne de ordenar palabras y dejarlas ir con la conciencia del enigma. Arturo la informó tan rápido como pudo sobre su amigo Bernat Amorós, descubierto en la carbonera vestido de mujer con el objetivo de ocultar su condición de fraile.

Todo esto lo decía un hombre atado a un árbol, amenazado de muerte y convencido de que, si a poetas y escritores les permitieran ocuparse de asuntos políticos y sociales, se incurriría en menos injusticias y errores.

Los pistoleros los dejaban hablar sin prestar atención a lo que decían. Se admiraban entre ellos porque la historia les era favorable. Estaban seguros, porque se creían hombres de pelo en pecho, de que idealismo y estudio estimulan la disipación mental.

Ramón Mercader, a cierta distancia, procuraba convencer a todos de que la acusación de encubridor de curas no admitía posibilidad de defensa alguna, mientras que Valentina, por su lado, se alegraba de compartir con el detenido temas como que la violencia tiene aristas y es indignante.

¿Acaso eso lo solucionaba la democracia?

Aleccionada por un padre sabio, erudito y popular anarquista histórico, vivía entregada a exaltar la libertad de las personas y a defender los valores humanos por encima de cualquier código que lo impidiera. Sócrates Mur, temiendo influencias negativas en la educación de su hija, se dedicó personalmente a instruirla en los conocimientos fundamentales con la idea de hacer de ella una ciudadana del mundo. Y Valentina había puesto todo su tesón y esfuerzo en ir todavía más lejos de lo que se esperaba de cualquier joven revolucionaria. Daba su vida por defender la causa anarquista republicana. Sin provechos personales ni excusas.

La conversación de los dos jóvenes empezó a molestar a los patrulleros y todavía más a Ramón, quieto y cruzado de brazos contra el muro. A Bernat Amorós lo habían amordazado por temor a que su lengua docta fuera a desatarse. Valentina se

posicionó del lado del poeta y del fraile, buscando el momento propicio de tomar partido por ellos. El jefe de los pistoleros, al que en ocasiones llamaban Pep y otras Serra, vociferaba preguntando a los detenidos por las armas ocultas en algún lugar del palacete. La acusación hizo saltar a Lucrecia.

—¡Qué palacete ni qué cuartos! —dijo. Lo señaló con dedo justiciero y soltó—: Qué s’han cregut!? Ésta es una casa digna pero no opulenta.

Las flores de la madreselva, nada más despertar la noche, disparaban aromas mirándose entre ellas con ánimo de confortar a Lucrecia, que las había regado oportunamente. Ninguno podía negarse a esta evidencia: las flores seguían existiendo. Eran verdaderas. La guerra, en cambio, asomaba como un engaño, aún sin tiempo suficiente para llevarse por delante árboles, perros, gatos, niños y otros seres indefensos, como estas flores rabiosas por sobrevivir.

Furioso porque el botín de la casa lo habían requisado otros, el registro de esa tarde había puesto de mal humor al jefe de la patrulla. Maldijo a la vieja respondona con la peor palabra que una mujer podía escuchar en boca de un hombre. Lucrecia no se inmutó. Y volvió a implorar:

—Pero ¿qué creen que pueden hacer estos pobres chicos?

El patrullero insistió en hacer correr la pólvora para abatir la clase capitalista de los ricos. Sin embargo, resultaba evidente que cortinajes y libros eran los únicos restos que quedaban entre esas paredes negras de tanto expurgo. Del pistolero Serra ya se sabía que sus robos, en lugar de restituirlos a la

causa anarquista republicana, eran almacenados para su uso particular. Ni siquiera repartía el tesoro con su mujer y sus hijos. Había desvalijado pisos y edificios de las zonas boyantes de la Diagonal, Paseo de Gracia y San Gervasio después de asesinar a sus propietarios, que tenían la desventura de ser fabricantes, historiadores, curas y monjas, diputados liberales, conservadores catalanes o simples mortales con ideas moderadas.

Una vez las cartas estuvieron jugadas, Ramón volvió a ser aquel joven educado y atento salido del manual del perfecto caballero. Dijo a un auditorio sordo y desgraciado que antes de condenar a alguien estaba la obligación de demostrar su culpa. «La suerte está echada», le faltó decir. Avanzó unos pasos por el jardín como si fuera el dueño de la casa. «Va bien vestido — pensó Valentina—; sin embargo, no me gusta.» Porque mientras Ramón hablaba se las ingenió también para dar la espalda a la familia y guiñar un ojo de complicidad al bruto patrullero, dando por sentado lo que sucedería a continuación.

Llevarían a los detenidos a un tribunal popular encargado de condenar a muerte a los procesados del día, detenidos bajo cualquier excusa. El motivo podía ser desde la posesión de un libro o crucifijo al disfrute de un nombre familiar que oliera a poder y fortuna. De allí los trasladarían al Campo de la Bota, donde un público ávido de sangre tenía licencia para disparar a muerte a los procesados. Los mismos milicianos se encargaban de ceder sus fusiles a quienes se los pedían. No contentos con asesinar a mansalva, los tiradores espontáneos también se dedicaban a escupir y profanar los cadáveres.

Valentina, ofuscada por el llanto de las mujeres y viendo que no había modo de salvar la situación, preguntó adonde pensaban conducir a los presos.

—A la checa de San Elias —dijeron.

Lo tenían decidido antes de capturarlos. Cuando ella preguntó sobre el motivo de llevarlos a un calabozo clandestino en lugar de ingresarlos en la cárcel Modelo, se limitaron a responderle que era muy tarde y tenían que ir caminando. Hartos de la miliciania preguntona, la instaron a cumplir con su deber revolucionario indicándole los estantes de libros que había en la casa y reclamándole la obligación de trasladarlos a uno de los ateneos de la organización.

—¿Qué dices? —preguntó ella dándoles la espalda. Y sabiendo lo irreparable del momento, les respondió que ése no era asunto de ellos y que decidiría mañana.

En el jardín, los chicos se estaban despidiendo de las mujeres. Decían lo que, en situaciones desesperadas, suelen decir los jóvenes resignados a la fatalidad:

—Ya veréis como los patrulleros nos liberan pronto.

Pero la bayoneta clavada en sus vientres obligaba a creer lo contrario. Con Valentina fue diferente. El lenguaje del que Arturo se sirvió para seguir a su lado partió de señales y gestos que hablaban de sus deseos y sentimientos. La primera puerta del amor estaba abierta.

Uno y otro se miraban como si se conocieran de toda la vida. En esa explosión de afinidades, los dos eran igualmente aprendices, aventureros, con lo que corrían más riesgo de que su pasión creciera rápido y sin fisuras. Después de rodear a Arturo con miradas cómplices, Valentina se acercó al fraile Bernat Amorós, más necesitado de afecto y ánimo, para decirle que esa detención terminaría siendo un mero trámite. Lo decía convencida de que la verdad estaba de su parte. Era algo sabido que la cúpula de la Federación Anarquista había pactado con el superior internacional de los hermanos maristas un pago de doscientos mil francos a cambio de que les permitiesen huir a Francia.

Mercedes, fuera de sí y llorosa, se colocó junto a la verja con intención de impedirles la salida y les oyó decir que se la llevarían por incumplir las reglas. ¿Por qué a ella? ¿No tenían bastante con lo que estaban haciendo a su hermano?

De repente, la señora Palop miró a la miliciana con lágrimas en los ojos.

Valentina dijo a aquellos desaprensivos, por última vez, que lo adecuado era llevar a los detenidos a la Modelo.

Ramón Mercader no hizo caso. Como si oyera llover. Por el contrario, el jefe de la patrulla de asalto se encaró sombrío a Valentina.

—¡Qué cosas se te ocurren, camarada! ¡No estarás pensando que esto es un paraíso! —le dijo.

Sin duda no lo era.

Fueron conducidos a paso ligero a la prisión clandestina de San Elias. Los detenidos bajaban mudos y cabizbajos por la calle de las Escuelas Pías, oyendo las maldiciones de los patrulleros disgustados porque ésa había sido una tarde de caza perdida y sin propina.

De ellos solamente podían distinguirse sus siluetas. Arturo, en un descuido de los guardias, viendo que Bernat movía los labios como si rezara, le hizo una señal de aviso.

—No te preocupes —le dijo él.

El fraile, desde ese mismo momento, empezó a comportarse como si nada importante hubiera sucedido. Tendría mucho tiempo para sus cosas: había resuelto dedicar ese período de reclusión a la investigación y la literatura. Memorizaba como si contara ovejas y organizaba frases cautelosamente.

Eran las diez pasadas cuando llegaron. Lo primero que hicieron con ellos fue separarlos. A Arturo Ramoneda lo empujaron a una celda no más grande que un armario, en la que estaría obligado a mantener el cuerpo encogido día y noche, sin tener conciencia alguna de cuándo era uno o la otra. Las paredes segregaban humedad constante y una luz potente le cegaba los ojos sin descanso.

Entre los naufragios sufridos durante los primeros interrogatorios había perdido las lentes, el tabaco y las ganas de seguir viviendo. Si pensaba en Valentina Mur, lo hacía para mantener la certeza de que su encuentro con ella no era el resultado de una ofuscación. O acaso aún no era su hora. La

milicianana flotaba en su delirio reclamándole ternura y alegría. El amor era eso.

«Sí. Es esto», pensó.

Después de dos semanas de tenerlo incomunicado, sin probar alimento, con el agua racionada y oyendo aullidos de otros condenados, lo arrastraron por estrechos pasillos y escalones de piedra al piso superior, donde suponía que le aguardaba la dichosa muerte. La sala estaba a oscuras y fueron a sentarlo frente a un potente foco de luz que apenas le dejaba ver la silueta de quien tenía delante. Intuyó, más que vio, las sombras de tres hombres, pistola en mano, que le apuntaban a los ojos. Dijeron ser policías del nuevo gobierno revolucionario establecido. Uno con voz chillona le advirtió de que existía una denuncia por su participación activa el día del Alzamiento Nacional en la que figuraban pruebas en su contra, acusándolo de formar parte de la compañía de los militares refugiados en el convento de las carmelitas de Lauria. Cuando Arturo quiso abrir la boca para negar tal acusación recibió como respuesta inmediata una sonora bofetada que lo dejó tendido en el suelo.

—No fui yo —consiguió decir aun así.

La voz acusadora continuó diciendo que Arturo era uno de los pocos traidores de la rebelión que habían logrado escapar del convento después de herir de muerte a dos guardias de asalto. Hubo otro silencio alarmante que él aprovechó para hablarles de corrido, aunque con claridad, sobre sus movimientos de ese día. Podía demostrar que en aquella fecha

se encontraba en un sanatorio para tuberculosos próximo a Sant Feliu de Codines. No quisieron creerle. Amenazándole una y otra vez con el juego de la ruleta rusa, los tres calumniadores insistían en que, si quería comportarse como un joven cabal e inteligente, debía confesar su colaboración en el crimen y cantar los nombres de las otras personas implicadas en el mismo. Otro agregó, a voz en grito, que por el simple hecho de ser hijo de fabricante ya se merecía «el paseo», famoso deporte que las brigadas de control llevaban a cabo diariamente en la Barcelona nocturna con los reos condenados a muerte. Bajo el pretexto de que había que limpiar Cataluña de curas, militares y burgueses se ofrecían a acompañarlos en el que iba a ser el último paseo de sus vidas.

Arturo, consciente de que dijese blanco o dijese negro lo iban a matar de todos modos, sólo se preocupaba de conservar la conciencia despierta y poder seguir con el interrogatorio. Eso también irritaba a sus torturadores.

Al poco rato, le llegó el turno al testigo invisible. Un tipejo al que mantenían sentado en una silla del corredor tuvo permiso para hablar. A pocos metros, desde la sala de interrogatorio, el inculcado pudo escuchar perfectamente la voz del testimonio fingido, que declaraba haber visto con sus propios ojos al acusado asesinando a los guardias defensores de la República. Fue entonces cuando Arturo comprendió que, por grande que fuera su esfuerzo en convencer de su inocencia a sus torturadores, jamás iba a conseguir desmontar una coma de aquella farsa tan celosamente orquestada. Aparato y escenario mostraban la parafernalia judicial necesaria para justificar que, sin venir a cuento, volvieran a darle golpes, ahora con una

brutalidad sin límites. Los insultos se sumaron al concierto de porrazos.

—¡Confiesa, malparit! —le gritaban, mientras dos espectros siniestros se turnaban para darle palos y puñetazos en vientre y espalda. Las amenazas se sucedían como torpedos bien administrados—: Te arrancaremos la piel a tiras. Te echaremos a los perros rabiosos...

Arturo no lardó mucho en caer doblado como un trapo. Se desmayó y tuvieron que lanzarle dos cubos de agua fría para poder continuar con el suplicio, manteniendo, además, el cinismo de llamarlo «interrogatorio».

—Te mataremos, fascista de mierda, pero no como tú te crees. ¿Un tiro de gracia? Ni lo sueñes, so cabrón.

La sangre le brotaba del cuerpo, y mezclada con el agua iba tomando aspecto de túnica doliente. La camisa rota la tenía pegada como esparadrapo. Empezó a toser, y pareció que esto fastidiaba a los nerviosos verdugos.

—¿Quieres saber lo que hicimos con tu amigo el fraile? Muy fácil: lo fusilamos. A él y a toda su cuadrilla.

Se prepararon luego para levantar el fardo ensangrentado a empujones y patadas, obligándolo a rodar por la escalera de piedra hasta meterlo en una celda más amplia que la anterior en la que, además de un camastro que él ni siquiera podía ver, había una argolla de hierro colgada del techo. Le quitaron las alpargatas, le ataron los pies a la argolla y colgaron su cuerpo boca abajo.

—Para que te vayas muriendo poco a poco como los mártires de tu iglesia.

Siguieron los golpes. Siguió desvaneciéndose. Volvieron a lanzarlo hecho un guiñapo sobre el camastro, le pusieron la ropa empapada de sangre y prosiguieron las torturas. Los más débiles de los así torturados terminaban muriendo. En ocasiones, los verdugos hacían apuestas sobre quiénes serían capaces de resucitar o, por el contrario, la palmarían sin remedio. En realidad, el propósito de la brigada asesina consistía en el ejercicio refinado de no dejarlos morir del todo. Y en cierta manera, se alegraban cuando daban con algún cuerpo esquivo que les resistía.

Ya no era hombre sino sombra calcinada de un animal borrado de la memoria del mundo. Durante los pocos ratos que la conciencia lo devolvía al reducto más ínfimo del pensar, en lugar de maldecir su suerte prefería jugar a recordar palabras y ubicarlas en cajas imaginarias que iba archivando siguiendo un orden, que otros llamarían memoria pero que a él le servía como descanso, pasatiempo y juicio. Pensaba que esforzando la mente conseguiría apartar el sufrimiento. Encontraba cierto consuelo en la evocación de las voces de los grandes escritores. Recordar para saber morir fue, a partir de entonces, su contraseña de supervivencia. Tenía una particular afición por las primeras frases de las novelas lamosas. «Mucho tiempo estuve acostándome temprano.» Dedicaba un largo tiempo a traducir del francés la conocida frase proustiana a cualquier idioma que le fuera familiar: catalán, español, italiano

o latín, dando los distintos matices que merecía su versión propia, no siempre obligatoriamente respetuosa con el texto original. «Cuando Gregorio Samsa se despertó se encontró sobre su cama convertido en un monstruoso insecto.» Repitió cien veces convencido de que no era el único humano que había visto la muerte como un chinche.

En cuanto a Valentina Mur, la joven que apareció en su vida cuando la patrulla llegó a la casa para detenerlo, pensaba en ella todo el tiempo sin atrever a preguntarse si alguna vez volvería a verla. Tampoco era lo más importante. Sabía de sobra que el amor es el único arte que no elegimos y también el que permanece inmóvil por más tiempo.

Tirado en el suelo de su celda, con las heridas supurando sangre, estaba seguro de haber encontrado a la mujer perfecta.

En todo caso Valentina, la fascinación que le produjo su encuentro, evitó que perdiera el juicio. Seguir soñando con la oportunidad de volver a verla le alargó la vida. Ni por un momento creyó que Dios lo guiaría correctamente hacia ella. Puso su fe en su propia voluntad. Como si fuera un impulso.

La noche en que detuvieron a Arturo, Ramón desveló sus mejores deseos de un acercamiento con Valentina y le propuso un paseo. El rumor de la ciudad nocturna era de fiesta, euforia y camaradería. Ella se dejó llevar calle abajo lamentando en su silencio la falta del valor necesario para lograr de sus compañeros un cambio de actuación durante aquella tarde adversa de la detención de Arturo. La inercia y la cobardía que

había demostrado Ramón empeoraban las cosas. Había sido terrible. Quería que le comentase el comportamiento de los patrulleros pero, cerca de la Diagonal, contagiada de luces y cantos de libertad, se encontró ahora en otra historia. Viviendo la noche.

Barcelona no la defraudaba. En aquellos primeros días de la revolución resultaba difícil resistirse a celebrar la victoria popular ganada a pulso y por la que personas tan valientes y comprometidas como lo había sido su padre habían luchado durante años de dolor y disturbios considerables. Las aceras estaban atestadas, los teatros repletos y la gente se abrazaba sin conocerse. Todas las noches, clubes y salas de baile se llenaban, cines y teatros volvieron a abrirse. La intensidad de la vida en la ciudad era un reclamo para la Europa temerosa del ascenso del fascismo. Hombres y mujeres de otros países venían aquí a impregnarse del entusiasmo y libertad reinantes, dispuestos a entregar su vida por la causa republicana contra el enemigo fascista. La ciudad era ahora personaje ilustre de historias sobre guerras y revoluciones que terminaban bien, un símbolo planetario de rebeldía y fraternidad. Ideales, sin embargo, que pronto empezarían a resquebrajarse; uno de los primeros indicios acababa de ocurrir esa tarde, sin que nadie de peso hubiera intervenido para remediarlo.

—No me parece que hayamos actuado como es debido — dijo Valentina a Ramón—. Además, es primo tuyo.

Recordaba la escena mientras se decía: «Es injusto. Tremendamente injusto.»

El se limitó a sonreír y a levantar los hombros, inalterable en su forma de moverse y escucharla.

Ella insistió en que los auténticos anarquistas republicanos, como su propio padre, abominaban de cualquier Estado represivo porque, ante todo, las personas se merecían un trato humano y solidario. Cansado de oírla, aprovechó para reprocharle la candidez de sus sueños y su exceso de romanticismo.

—¿Recuerdas el motivo de nuestra lucha? —preguntó desconfiado.

Valentina pareció despertar de pronto.

—¿La muerte por volver a esa nada de un sueño?

Las letras con los nombres de las calles relucían como si fueran nuevas. Posiblemente, si lograba abrazarla en la primera ocasión que se le presentase, lograría enternecerla por un rato. Y hubo varias intenciones en ese sentido, en las que ella ganó la partida con alguna frase teatral que dejó a Ramón encadenado a su discurso ideológico. Cuando él le recordó que su partido se declaraba contrario a admitir modelos de individualismo, indisciplina y desorden en los ciudadanos porque deshonoraban la revolución socialista en marcha, ella le dijo sin miramientos:

—Desconfías de mí porque soy mujer y digo lo que pienso.

Él contestó que prefería una guerrera a una pensadora. Ella, que una cosa no iba sin la otra.

Se sacó la mano del bolsillo del pantalón decidido a regresar a su antigua táctica y la encerró en otro abrazo del que ella se escurrió de un salto, mirándolo por encima del hombro.

Llevaban ya más de media hora de camino y comenzaba a sentirse un dulce olor a mar que invitaba a las promesas más valientes y hermosas. Cerca del puerto se cruzaron con un grupo de jóvenes que salían del teatro cantando y riendo. Alguien llamado Pierre saludó a Ramón. Éste respondió al brigadista en un francés irreprochable y se avino a intercambiar tabaco. Seguía con la mirada impertérrita como un sapo.

—Mi madre es francesa —mintió.

Valentina pensó que ésa podía ser la causa por la que Mercader, que hablaba un catalán sin modismos ni fisuras, desafinara las erres. Seguía caminando de su brazo cuando lo que en verdad deseaba era pasear junto a Arturo. Lo habían abandonado. Se detuvieron cerca de una fuente, bebieron del caño y siguieron Muntaner abajo hasta llegar al Paralelo, destino forzoso de muchos jóvenes inquietos de aquellos días, sobre todo un café llamado La Tranquilidad.

El café, visitado por obreros, artistas y revolucionarios, tenía fama de ser el local más extremista y flamante de la época. A cualquier hora del día o de la noche era lugar inevitable de encuentro y discusión de anarquistas, sindicalistas, brigadistas y patronales. El ruido, el humo y unos lamparones mal disimulados en las paredes, que trataban de tapar inútilmente los agujeros producidos por balas y proyectiles históricos, eran

la ambientación típica del espacio. En ese bar, Durruti había sufrido una de sus famosas detenciones y nada hacía pensar que, pese a los avatares pasados y por venir, La Tranquilidad iba a dejar de ser uno de los lugares más simbólicos de la Barcelona revolucionaria. Por el contrario, allí se iba a conspirar, debatir temas políticos, organizar nuevas actuaciones, comprar y vender armas o enfrentarse a la policía vestida de paisano que merodeaba por el lugar para espiar a sus concurrentes.

Esa noche, La Tranquilidad estaba en todo su apogeo. Las terrazas contiguas como la del Molino, el Español, el Paralelo o el Rosales hervían de ideas y entusiasmo. Se hablaba sin miedo a ser escuchado, se cultivaban amigos y enemigos, se hacían y deshacían parejas y se sembraban amores de una noche, una hora o, quién sabe, la vida entera, teniendo en cuenta que la vida, en aquellos tiempos de exaltación armada, valía poco y se consumía aún más deprisa que el amor. Cualquier cliente tomado al azar podía contar de sí mismo cada una de las veces que, entrando al café del brazo de su pareja, salía colgado de un nuevo amor recién abordado. «Todos nos acostábamos con todos», llegaron a decir, tiempo después, algunos de sus más habituales clientes.

No era la clase de establecimiento al que Ramón Mercader le gustase ir con frecuencia. Lo juzgaba caótico, convulso y de una trivialidad pasmosa. Su entrada acompañado de Valentina Mur llamó la atención de todos los conspiradores. Las mujeres del café buscaban rifarse al hombre del año mientras que ellos se entregaban a repasar de arriba abajo a esa librepensadora de ojos grandes y a examinar con lupa su cuerpo, su culo y sus

andares. La pareja recién llegada corría peligro de ser disgregada de inmediato. Y cierto era que el meneo de sillas entre las mesas contribuía a destacar la magia del local. Valentina sentía que ese lugar formaba parte de su esencia y que alguna fuerza extraña alentaba su espíritu en cada ocasión que lo visitaba. Solía llegar allí los días en que su trabajo en la revista, los comités de los que formaba parte y las actividades en el Ateneo se lo permitían. En La Tranquilidad se cocinaba lo fundamental de un pueblo aturdido por el ímpetu de sus ideales y la limitación de sus frágiles indecisiones.

A medida que avanzaban las manecillas del reloj de pared subía de tono la juerga y la disparidad de opiniones de los asistentes. Valentina terminó sentada entre dos compañeros de la Federación, un médico y un periodista a los que comenzó a interrogar sobre la checa de San Elias, de la que ya tenía noticias de que en ella trabajaba un patrullero al que definieron como «criminal tapado de anarquista». «Pobre Arturo», pensó. Les pidió información sobre alguna persona a quien poder acudir. Le dieron nombres imprecisos, y ninguna información que valiera la pena tener en cuenta. Samuel Barber, especialista en suturas médicas, no quiso darle demasiadas esperanzas:

—De allí no sale nadie con vida. Los muertos hablan.

—¡No seas bruto! —gritó.

Pensó que Samuel era un exagerado y un bocazas. No podía imaginar siquiera parte de la gran verdad de lo que sucedía a

diario en esas prisiones clandestinas. Sólo tenía que abrir los ojos para saberlo. Pero no lo hizo, contrajo el rostro. Ya no quería seguir hablando con esos miserables.

Las llamadas checas, como era el caso del antiguo convento de San Elías, se dedicaban a aplicar a los detenidos las mismas torturas que poco tiempo después sufrirían millones de inocentes del delirio estalinista y los campos de exterminio nazis. En Barcelona, precisamente, Leonid Eitingon, padrastro de Ramón Mercader, junto con su compinche Erns Moritsovich Gero, agente también de Stalin, se ocupaban de poner en práctica métodos homicidas todavía no utilizados en el tratamiento de los presos y que más tarde importarían a otros lugares de Europa. Estos eran, entre otros, el levantamiento de uñas, la aplicación de hierros candentes en el cuerpo, cables eléctricos en los genitales, descuartizamiento en vivo, sillas eléctricas giratorias, violaciones, palizas, ahogamiento, mutilaciones y ejecuciones de hombres y mujeres a mansalva. Pero esa realidad era para muchos —y seguiría siéndolo para una gran parte de la población durante medio siglo— desconocida.

Valentina daba su conversación por terminada cuando un muchacho inglés, de nombre Eric, retuvo su atención por su forma desinhibida de hablar en público, una especie de parlamento en lengua dispersa, valiente, divertida y penetrante. Mezclaba constantemente palabras inglesas, españolas, catalanas y francesas. En ese momento, de pie y con la quinta copa de vino en la mano, recitaba unos versos de *El*

paraíso perdido de Milton. Aunque eran pocos los oyentes preparados para entender el poema, reían sonoramente de esa declamación ilustre y bien estructurada. El rapsoda paraba de vez en cuando el recital para volver al tono espontáneo de la charla con los compañeros, buscando, sobre todo, convencer a los presentes de que él había venido a combatir contra el fascismo porque lo que también estaba en juego, «don't ever forget», era poder hablar y escribir con libertad.

A Ramón Mercader, el tal Eric le pasaba una cabeza y le ganaba en sentido del humor y agudeza. «Dos gallos a punto de pelea», imaginó Valentina. Para contrarrestar el éxito del brigadista, el catalán se las daba de ir con la verdad por delante, trabajando a las órdenes del Partido Marxista Socialista y de no salir a la calle sin su fusil y las dos granadas que llevaba en el bolsillo.

Delante de cuantos oían su mitin, Eric Blair perseveraba en su idea de salvar Cataluña del enemigo fascista.

—Oh... sí... sí... —coreaban los más.

Insistió varias veces en que los enemigos estaban dentro y también fuera de España. Se oyeron pitidos.

—¡Borracho, más que borracho! —lo insultaron algunos.

Otros estaban al corriente del escenario al que se refería el inglés, que discutía sin mirar a nadie en concreto pero señalando, en su punto crítico, tanto a fascistas como a comunistas. La noche estaba a punto de convertirse en un cataclismo. Debido a su descaro verbal, Eric se exponía a ser

delatado por cualquiera de los escuchas repartidos entre las sillas del café, pero no parecía importarle tal cosa. Al contrario, seguía presumiendo de mantener un pensamiento libre y sin temor a intimidaciones.

Educado para la guerra y la poética, tardó poco en acercarse a Valentina, cuyo trabajo en la prensa anarquista ya conocía. Puso un tono de voz más intimista y templado con intención de hacerle una confesión sublime.

—Cuando ganemos la guerra —le confesó al oído—, escribiré una novela sobre mi experiencia en Cataluña. Y no será para señoritas aburridas: será un libro contra el totalitarismo y a favor del socialismo democrático.

Chocaron sus vasos. Se hicieron amigos, riéndose las gracias y encariñándose cada vez más a medida que avanzaba su conversación. Sentado a su lado, él se arriesgó a halagar su perfume a vainilla y membrillo. Ella rio por la comparación.

—Odio el membrillo —dijo en un inglés macarrónico.

Ramón, con un palillo entre los dientes —práctica Insólita para un Mercader ex camarero del Ritz—, los observaba con aire preocupado. Ella felicitó a Eric por pertenecer al Partido Laborista Independiente Británico. Le contó que su padre, Sócrates Mur, había contado en ese partido especialmente por hacer realidad su deseo de que anarquistas y trotskistas trabajasen juntos y bien avenidos. Le comentó, además, que su organización de mujeres libres había decidido ir más allá del modelo inglés de socialismo revolucionario, al que criticó por el

exceso de paternalismo de las mujeres con las obreras que las ayudaban.

—Los círculos clasistas tienen que disolverse en las propias bases —dijo, sintiéndose en ese momento excesivamente profesional.

Comprobaron también que tenían en común dos pasiones irrenunciables: un comportamiento ético frente a la vida y otro, igualmente sincero y necesario, de escritura testimonial.

—Los periodistas debemos escuchar a la gente y decir la verdad de las cosas —se dijeron.

Brindaron con otro vaso de vino tinto y pasaron a criticar las últimas actuaciones de algunos políticos del gobierno.

—¿No se dan cuenta los españoles de que hay demasiados partidos y organizaciones sindicales en este país? No hay modo de ganar una guerra con tantas casillas de ajedrez —dijo él disgustado—. España sufre una guerra de siglas.

Valentina le dio la razón. El inglés era una de las pocas personas decentes que, desde la victoria contra los militares sublevados, se atrevía a mantener abiertamente una postura crítica y objetiva del actual gobierno republicano y no temía hablar en público sobre los fracasos derivados de su falta de dirección.

Harto de lo que juzgaba una charla frívola y barata, Mercader se removió en la silla. Toda esa cháchara le sonaba ridícula. Lo asaltó el arrebató del dogma y dijo:

—En una guerra, o matas o te matan.

«No deja de ser cierto», pensaron sus contertulios. En todo caso, el inglés no se dejó intimidar. Volvió a levantarse. Carraspeó. Estar de pie le daba seguridad para su discurso. Tenía temperamento de guerrero y espíritu de bardo estoico y solitario. Manifestó, sin avergonzarse, su preocupación por las actitudes dogmáticas de algunos compañeros, empeñados en subordinar el movimiento obrero al juego interesado y autoritario de los estalinistas. Hubo aplausos y también silbidos. Pero Ramón, que jamás se arriesgaba al enfrentamiento verbal (hablar en público no era una de sus cualidades), optó por callar, inhibirse de rebatir el éxito de aquella soflama y, en contrapartida, seguir trabajando de forma clandestina por sus ideales partidistas.

Días atrás había recibido órdenes secretas de entrenar a un camarada británico con objeto de que éste espíara al brigadista llamado Blair, el mismo hombre que estaba vomitando su perorata antirrevolucionaria y trotskista. El espía instruido por Ramón se llamaba David Crook y se encontraba en ese momento en la barra del bar, bebiendo cerveza y tratando de caer simpático a dos estudiantes de Vic dispuestas a ofrecer sus vacaciones estivales a la revolución marxista catalana. En preguntarles, una y otra vez, si la revuelta que ellas proponían era más catalana que marxista o más marxista que catalana consistía la provocación del llamativo extranjero, que no dejaba de atormentarlas con sus bromas.

Miraron la hora: eran más de las dos de la madrugada. El día siguiente iba a ser una fecha determinante para estos dos

idealistas fogosos, que, sin apenas conocerse, compartían poemas, pasiones y verdades como puños sobre la circunstancia histórica de sus vidas. Eric Blair saldría del cuartel Lenin con su columna de milicianos en dirección al frente de Aragón. Valentina Mur, por su parte, debía prepararse para ir al frente de la isla de Mallorca, ocupada por las tropas nacionales, que seguían dispuestas a apoderarse del resto de las islas Baleares. Lo que para Valentina había empezado como una tarde de sol llena de expectativas amorosas terminaba con una sensación de vacío y confusión de sentimientos encontrados, producidos, en gran medida, por la actitud escurridiza de su acompañante.

Los ojos de Ramón seguían rígidos como clavos. Luego se difuminaron por el humo y perdieron el brillo, de modo que empezó a no poder soportar su forma de mirarla.

Se despidió a la francesa. Desde la puerta, a través de la cortina densa del ambiente, les lanzó un beso con la mano. Y, con la conciencia pesarosa por lo sucedido esa tarde, subió al tranvía.

Valentina se despertó temprano. Le urgía escribir su artículo para el periódico y la sábana le paralizaba las piernas. Siempre mantuvo la costumbre de levantarse de un salto. Dedicarse al presente. La imagen del recuerdo de Arturo Ramoneda quedó dormida en el espejo de su dormitorio. Durante la noche, la había llevado enarbolada en su sueño de bandera triunfal, despertándose a ratos para volver a soñar con él y hacer más

duradera la historia de sus besuqueos nocturnos. Al levantarse, decidió quitarse a Arturo de la cabeza, dejando libre su corazón a la disposición de los encuentros futuros.

Sin hacer ruido y para no despertar a su madre, que dormía en el diván de la galería rehuyendo la cama que compartió con su marido durante tantos años, se sentó a la mesa del comedor. Comenzó su artículo por el título: «Sin mujeres no hay revolución.» Mientras escribía se daba cuenta de que en su texto había influencias evidentes de la charla mantenida la noche anterior con un brigadista inglés. Se distrajo algo en un párrafo en el que utilizaba algunas de sus exigencias personales: «De hembras a mujeres. De esclavas a compañeras. De amantes a amigas.» Y el tono sectario del artículo lo concluyó invocando: «¡Menos política y más armas!»

En su opinión, el periodismo debía mostrar la autenticidad de los hechos. Sin trampas, engaños ni censuras. Tomaba en serio su trabajo de escribir con el propósito de que sus artículos sirvieran para influir algo en una mejora de la situación, imaginando también cosas que le gustaría que en realidad sucedieran. Al mismo tiempo, no dejaba de preguntarse sobre la utilidad de combatir todo con la palabra. No en vano se estaba instruyendo para ir al frente. «La guerra —concluyó al fin— es necesaria para evitar desastres mayores. La guerra, sintiéndolo mucho, tiene como razón de ser conseguir la paz.»

Una vez hubo escrito todo eso, el artículo perdió en literatura pero, a su modo de ver, ganó en autenticidad. Fue directa al grano.

Entre la escritura del texto y cambiarse de vestido, llegó media hora tarde a la reunión organizada por el Comité Central de las Milicias Antifascistas y le costó un rato conseguir mezclarse entre sus compañeros. La exaltación y el griterío de la gente la mantenían algo alejada del núcleo de la concurrencia. Se hablaba de la columna Durruti, de los Aguiluchos catalanes y de la anarquista Tierra y Libertad, con la que se pensaba llegar a Madrid desafiando a muerte cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino. El aire bromista de los allí reunidos invitaba a creer en la satisfacción de morir por defender una revolución victoriosa.

El porvenir parecía radiante para todos los congregados y el tema candente de ese agosto se fundamentaba en la expedición a Mallorca de muchos catalanes empeñados en el objetivo prioritario de recuperar la gran isla a los golpistas. En todos los rincones de la Barcelona oculta se estaba discutiendo sobre la importancia estratégica de las Baleares, poniendo en relevancia el dudoso interés bélico del gobierno catalán para que la conquista fuera todo un éxito. Sin duda, las islas permitían controlar el tráfico marítimo en el Levante español y eran, además, una plataforma excelente para los aviones de guerra. Pero el entusiasmo de la próxima hazaña bélica, gritado a los cuatro vientos por emisoras de radio y periódicos, había convertido el programa en una aventura peligrosa. Entusiasmados con la expedición, los catalanes cometieron la torpeza de difundir la noticia de su plan. Eliminado el factor sorpresa de toda guerra que se precie, Valentina pensaba en la alegría que debían de sentir las tropas enemigas aguardando la llegada de ocho mil soñadores movidos al arbitrio de una maquinaria inexistente y colocados como marionetas en pie de

guerra en sus respectivos barcos. «Falta de experiencia bélica», se decía para contentarse. Sobre el papel, el juego estratégico era perfecto: la flota republicana disponía de dos destructores, un acorazado, cuatro barcos mercantes, un submarino y siete hidroaviones. Pero, a medida que avanzaba la mañana, Valentina consiguió averiguar otras intenciones políticas encubiertas tras la pantalla publicitaria de la expedición.

El gobierno de la Generalitat, necesitado de recuperar prestigio frente a las múltiples organizaciones catalanas y demás fuerzas populares, decidió presentar «la toma de las islas» como un triunfo de sus políticos. Hubo discrepancias y caras largas entre los asistentes al Comité pero, por suerte o por desgracia, como decía alguno, todos se encontraban en el mismo bando de la lucha. A Valentina, que iba a combatir como cualquiera y con las garantías escasas de haber formado parte del grupo de mujeres integradas en un curso rápido de instrucción para el combate en primera línea, la noticia sobre los intereses hipócritas del gobierno acababa de caerle como un jarro de agua fría. Dudó. Debía haber algo que pudieran hacer en lugar de dejarse arrastrar como un juguete. Pero ¿qué? Se encontraba en la etapa de la exaltación plena por defender la causa en la que más creía y por tener a su amigo Camil Durán abrazado a ella mientras la acompañaba a verificar que su nombre, Valentina Mur, estaba en la lista del Marqués de Comillas, habilitado desde ese mismo día como buque especial de enfermería. Eso le levantó el ánimo.

Salió disparada y contenta. Sí, porque pensaba que el destino estaba de su parte. Esos infames, los fascistas, no se saldrían con la suya.

A las dos de la tarde había quedado en encontrarse con dos compañeras del periódico en el nuevo comedor del Ritz. El antiguo y prestigioso hotel, incautado por los sindicatos de los trabajadores, se había transformado en hostería gastronómica popular con un menú antagónico a los fastuosos cortinajes y elegantes salones abiertos gratis a la población ciudadana. Cientos de cabezas alegres y chillonas abrían los ojos y cedían sus platos a los mismos camareros que antes competían por servir a marquesas, fabricantes, actores y clientes de alto copete pero que, ese día, eran los únicos en quejarse de tener que soportar las malas maneras de unos indocumentados sin estilo ni educación alguna. Almorzó rápido. Fingió tener prisa. Y, pese a la falda a cuadros que llevaba, y una blusa blanca saturada de botones, salió corriendo en dirección a la casa de la calle Angli.

No se dio explicación alguna para hacerlo. Improvisar había sido desde siempre su forma más exitosa de conducta pues, cuando reflexionaba demasiado sobre un propósito, la confusión y las dudas conseguían estropear el resultado. Su madre le reprochaba que tuviera un corazón tan grande, que por eso le dolía tan a menudo la cabeza. La intuición y la serenidad eran sus grandes aliadas. Sin embargo, esos excesos de emoción, como echarse a llorar esa mañana, al salir de casa, ¿a qué se debían?

Lucrecia Palop abrió la puerta del jardín; gesto del que se arrepintió nada más descubrir a quién tenía delante.

—Hola —le dijo Valentina.

Alarmada, la señora Palop estuvo a punto de cerrarle la puerta sin decir palabra. Si la roja venía para robar lo poco que quedaba en la casa, tenía claro que no se lo iba a poner fácil. Y si era capaz de llevarse los libros de su sobrino Arturo tenía preparada una buena estrategia para chantajearla.

Lejos de ocultarle su descontento por la visita, la dejó adelantar un par de metros y la retuvo un buen rato bajo el emparrado del mirador, evitando las posibles miradas suspicaces de los vecinos a quienes culpaba, con razón, de haber delatado la presencia en la casa del fraile Bernat Amorós y la consecuente detención de aquél y de su querido sobrino. Valentina no se amedrentó y fue directa al asunto que la preocupaba. Le preguntó si tenía noticias de Arturo y del fraile. Convencida de que lo más prudente era callar, Lucrecia le habló de otra cosa. Y para asegurarse de que podría aguantar sin ponerse a llorar frente a esa miliciana inoportuna sacó su pañuelo del bolsillo. Las mujeres, entonces, suspiraban con la misma gratitud con la que respiraban. Y el pañuelo era señal de bálsamo y consuelo.

Valentina trató de tranquilizarla.

—¡Ah —dijo—, no todo está perdido! ¡Hágame caso!

Su mérito consistió en ser ella misma: una gran optimista hija de un gran pesimista llamado Sócrates Mur.

Dos fuerzas contrarias que ella sabía dominar como un cometa. Lo hizo bastante bien porque, en pocos minutos,

Lucrecia Palop cayó en sus brazos derretida como una magdalena. Le contó su temor a que hubieran hecho con Arturo lo mismo que con el veterinario de la calle Pomaret y el lechero de la plaza de Sarriá, asesinado este último junto a su mujer y su hija frente a la sacristía del párroco Enríc Petit. Se sintió más aliviada cuando, después de haber compartido penas con Valentina, ésta la convenció de que no tener noticias, en algunos casos, era la mejor noticia. Mercedes Ramoneda, que acababa de llegar al mirador para no perderse una coma de lo que ocurría abajo, aprobó el argumento. Pero la idea de invitarla a entrar a la casa por la puerta de servicio partió de Catalina.

—No sea que la miliciana se entusiasme otra vez con la biblioteca de Arturo. Ojos que no ven, corazón que no siente —habló la maligna. Con frases claras y rotundas como ecos.

Se sentaron a la mesa de la cocina como si fueran a celebrar una reunión de trabajo; Catalina las vigilaba desde el fogón. Las tres mujeres trataron de mostrarse dueñas y señoras de sí mismas a fin de que la visitante no pudiera sospechar en ningún momento que habían pasado la noche entera rezando rosarios y repitiendo letanías. Sin embargo, delataba su malestar un temblor constante de sus manos, picudas como erizos. Valentina les sugirió buscar ayuda en familiares con influencias en el gobierno; al fin y al cabo, tenía entendido que Ramón Mercader era pariente de ellas. Sentada a la cabeza de la mesa, Lucrecia Palop le preguntó si estaba bromeando. A la madre de Ramón, precisó: Caridad del Río, la conocía demasiado bien.

—Aparte de inoportuna, es una mala persona. Una mujer sin escrúpulos. No haríamos más que empeorar las cosas. I d'aquest bandarra del meu nebot, encara me'n refio menys.

«Ve y háblale tú», pensó sin atreverse a proponérselo.

Valentina aprovechó para dar una opinión sesgada sobre Caridad Mercader. Tenía entendido que era una mujer fuerte, inteligente y, a veces, peligrosa. La gente le tenía miedo. Se refirió a ella como «esa mujer influyente en el Partido Comunista y fuera del partido». En plena tertulia, una paloma se detuvo en la ventana buscando el pan que le echaba Catalina. Pero qué va. No estaba para dar limosnas.

—Pronto ya ni quedarán palomas —dijo Lucrecia a las chicas.

«Palomas», pensó Mercedes. Entonces comentó algo que podía ser importante. Contó que pocos días después del Alzamiento, Ramón se había presentado en la casa de la calle Anglí con la idea de llevarla a pasear. La predilección por su prima, la única persona de la familia por la que él sentía algo parecido al cariño, fue siempre foco de comentarios adversos por las dos partes del clan. Ramón le propuso dar una vuelta en el coche confiscado al embajador de Francia.

—¿Recuerdas, tía?

—Dios santo, claro que sí. Lo tenía aparcado frente a la puerta y, en el sillón delantero, encaramado a la ventanilla, su hermano pequeño Luis cargaba un rifle enorme con el que, aseguró el niño, se veía capaz de matar desde un elefante hasta una tropa de caníbales.

—Todo robado —subrayó la cocinera Catalina, por si aún nadie se había dado cuenta.

Valentina, muy quieta en su silla, le dirigió una mueca cómplice. En aquel hogar sentía algo parecido al calor de su casa, más humilde el suyo pero de ambiente comparable al que se respiraba en aquella cocina. Le gustó el comentario y, sin pensarlo más, les propuso moverse por la vía que acababa de abrir Mercedes. La hermana de Arturo podía ser útil para ablandar a Ramón y aprovecharse de su popularidad y sus contactos a fin de liberar a su hermano cuanto antes.

—Pero primero come algo —le dijo Lucrecia.

El encuentro con la miliciana, gélido en sus comienzos, terminó en una tertulia amistosa en la que se permitieron risas, lágrimas y confianzas, porque las emociones, si son sinceras, sueltan un mismo soplo que las compenetra y confunde.

—En mi opinión, en lugar de quedarte encerrada en casa deberías salir a la calle como una republicana más —le dijo a Mercedes—. Hagamos como todo el mundo. Seamos lo más naturales que podamos.

A ella le pareció oír: «Vete con Ramón. Ámalo.»

Valentina se ofreció a ayudarla personalmente. La podía incorporar desde ese mismo momento a los centros de formación de jóvenes luchadoras por la ayuda social.

—¿Qué te gustaría hacer? —le preguntó—. ¿Coser, estudiar puericultura, mecanografía, francés...?

A Mercedes aquella propuesta le pareció perfecta. No se lo pensó dos veces.

—Ser enfermera —declaró—. Una de mis vocaciones. Siempre me ha gustado.

No mentía. Su boca relajada y sincera era la prueba.

Lucrecia las dejaba hablar entretenida en ajustar una y otra vez la peineta del moño. Estaba nerviosa. No terminaba de aprobar que su sobrina se lanzase a la calle a llevar una vida contaminada por las costumbres libertinas de los anticlericales, a los que acusó de matones indecentes y vulgares.

—Es la guerra, tía —dijo Mercedes.

Con ánimo de convencerla le puso el ejemplo de su prima María Mercader, la hija de la señora Porcada, con la diferencia, a su favor, de que aquélla era actriz y ganaba un buen puñado de billetes republicanos mientras que ella sólo iba a trabajar de enfermera temporal. Esto pareció reconfortarla por un rato.

Desde el fogón, donde estaba preparando una infusión de hierbaluisa, Catalina se atrevió a afirmar que el dinero de María estaba manchado con sangre.

—Peores son los golpistas, Cata. ¡Mira el infierno al que nos están llevando! —exclamó Valentina. Cuando algo la sublevaba, tenía que replicarlo de inmediato.

Acababa de cometer dos errores graves: llamar Cata a Catalina, figura institucional de la familia Ramoneda, y calificar

de golpistas a los militares que aquélla consideraba benditos santos cristianos. Pero pesó más, en la balanza de la cocinera, la actitud caritativa de la revolucionaria que sus ideas alborotadoras. Al fin y al cabo, éstas eran nubes que finalmente pasaban, y esa joven parecía demasiado buena para ser roja. Catalina le devolvió un silencio distraído como respuesta. Tampoco protestó cuando Valentina —midiendo sus palabras, no fuera a hablar demasiado— se permitió lanzar un apunte sobre su pensamiento libertario. Empezó a explicar sus doctrinas sociales sobre hacer el bien por hacer el bien.

—Nosotras, señora —le dijo a Lucrecia—, mantenemos una doble lucha: la revolución social y la feminista. Y en esta lucha por defender sus derechos, no me negará que la mujer siempre está sola.

Lucrecia Palop no se dio por aludida pero extendió la mano sobre la mesa en señal de aprobación. Evitó tener que contestarle sobre sus convicciones y creencias religiosas.

—Puede quedarse tranquila, a Mercedes sólo le pediremos que viva como una mujer de hoy.

—Tutéame, nena —dijo al fin Lucrecia. Bebía a pequeños sorbos de la taza. Daba toquecitos a la mesa con los dedos—. Vamos a ver si tienes razón. Todo sea por salvar a Arturo. Veremos.

Aprobaba la referencia de la miliciana a la soledad de las mujeres. Si su error en la vida había sido no encontrar un marido a su gusto («nadie me ha querido», solía decir entre dientes), tal vez había llegado el momento de evitarle la misma

suerte a su sobrina. La situación era de vida o muerte. Buscaría el modo de explicar a su hermana y a su cuñado esa locura necesaria de la miliciana tan pronto tuviera ocasión de verlos. El estado de salud de su sobrino la preocupaba igual o más que su encarcelamiento. No podían quedarse de brazos cruzados.

De ahí, también, que Valentina insistiera en ponerse a trabajar de inmediato. El poco tiempo que le quedaba antes de partir al frente de Mallorca pensaba dedicarlo al empeño de liberar a Arturo. Pasó a detallarles el plan: con Mercedes colgada del brazo iría a los sitios propicios para el encuentro con Mercader; la muchacha iba a ser el cebo de esa causa. Algo más se les ocurriría de camino. Eran jóvenes, inteligentes, combativas y estaban seguras de que la buena suerte las acompañaría en todas sus aspiraciones y excesos.

—Vamos —le dijo á Mercedes—. Vendrás conmigo ahora.

—¿Por qué ahora?

Sintió que la orden la invitaba a que actuase y no sabía cómo.

—Porque en una guerra —le respondió Valentina— cada minuto que pasa puede llegar a ser una victoria ganada a la incertidumbre.

En los días previos a su viaje a las islas, Valentina logró convertir, tan bien como fue posible, a una señorita de casa bien en una enfermera principiante, tímida pero servicial y con destreza más que suficiente para cumplir con su labor en

hospitales de la ciudad o, tirando mucho de las previsiones, en el frente de batalla. La inscribió en uno de los cursos intensivos de enfermería que se daban en distintos centros preparados para el caso y, dado que los tiempos tampoco estaban para columpiar dudas ni realizar proezas formativas, pudo darse cuenta de que aprendía rápido su trabajo.

Mercedes estaba nerviosa pero por otras razones. No conseguían encontrar a Ramón, y cada minuto perdido provocaba, a buen seguro, una herida más en la frágil salud de su hermano. Además, por grande que fuera su esfuerzo por llegar a ser una mujer fuerte y valiente, seguía sin confraternizar con muchas de las ideas que inflamaban el corazón de su amiga anarquista: las consideraba fuera de lugar, pero, lejos de tomar una postura crítica o negativa hacia ellas, prefería aceptarlas con sonrisa retraída y mojigata. A Mercedes nadie conseguiría convencerla de que el hombre debía abandonar su papel de patriarca de la familia; la mujer debía ocupar en la casa su lugar acostumbrado, un segundo plano, honorable, pero sin duda retenido y cauto. Sin embargo, penaba más el cariño y admiración que sentía por Valentina que sus teorías a propósito de la clase social de la cual ella misma provenía. Las dos buscaban hacerse amigas y eso, al menos, lo estaban consiguiendo sin problemas y más rápidamente de lo que ambas habían imaginado. Comían juntas en los comedores populares. Subían y bajaban del tranvía en marcha como era costumbre entre los milicianos. Valentina le presentaba a sus compañeros aunque ella se sintiera incómoda o desamparada. La enseñó a vestirse como una joven de la revolución, con faldas amplias y sencillas y camisas holgadas. Los pantalones de hombre se resistía a

llevarlos, si bien estaba orgullosa de poder ponerse el uniforme de enfermera. Cada movimiento que hacían, juntas o por separado, era con el propósito de acercarse a Mercader y tentar su fibra humana, para de ahí poder saltar con los naipes ganadores a la checa de San Elias donde tenían prisionero a Arturo.

Mercedes se las arreglaba, tanto si venía a cuento como si no, para conversar con Valentina sobre Ramón y sobre su hermano Arturo. Acababa de descubrir que hablar de hombres llenaba una parte de su vida que tenía hueca o clausurada. Prefería, con mucho, la confesión de intimidades mutuas al intercambio de ideas y opiniones políticas. Discutir más de amores que de sombras.

—¿Ves como tú y yo podemos ser amigas? —decía, sorprendida ante esa constatación.

Estaban tomando un refresco a la mesa de un bar de las Ramblas muy concurrido por dirigentes y periodistas. Mercedes comentaba su teoría particular sobre el modo de invocar la posible aparición de alguien a quien se desea ver. Decía que todos tenemos un cierto poder premonitorio; bastaba con creer en él y pensar seriamente en la persona de la que uno estaba enamorado para que, acto seguido, de sopetón y como obedeciendo a la exhortación telepática, ésta se cruzara casualmente en tu camino. Borracha por la excitación derivada del asunto íntimo que estaban

departiendo, confesó que nunca nadie la había besado en la boca.

—¿Qué se siente? —se atrevió a preguntar.

Valentina le respondió.

—Es algo parecido a una levitación. Como si tu cuerpo se pusiera a volar en el mundo del sueño. La pasión es eso, un viento interior que te eleva a las alturas.

A Mercedes se le erizó la piel. ¿Por qué tenía ella que ser tan inexperta? Admitió que su vida familiar había sido siempre muy religiosa: la única fogosidad sobre la que tenía noticia era la exaltación de místicos y mártires. ¿Era algo parecido a eso? Valentina se animó. Aprovechó para contarle su historia sobre el beso de veinte minutos de duración que, en la cabina de su camión, frente al rompeolas, le dio un cenetista del sindicato de transportes llamado Taño Gil. Mercedes sintió un calor extraño en el cuello. No quería llorar, y tampoco se atrevía a preguntarle si el camionero Taño era su actual pareja. Ella era como un pájaro que nadie mira. Se vio fea y antigua. Luego, de improviso, la visión de un hombre besando a una mujer la hizo morir de risa. Bebió agua y siguió riendo, moviendo la cabeza como las gallinas cuando insisten en picotear un mismo punto invisible del terreno.

Se produjo un tiempo muerto en el que Valentina lanzó su gran pregunta.

—Dime un secreto: ¿te gusta Ramón?

Bastaba con observar el brillo de sus ojos y el color de sus mejillas cada vez que Mercedes lo nombraba. La misma Valentina, al parecer tan experimentada, tampoco quería ser consciente de lo que le estaba sucediendo en relación a Arturo. Su empeño en sacarlo de la checa iba más allá de un acto de generosidad y auxilio compasivo. Las causas del amor incumplen normativas. Y ella, tan aplicada en sus reglas sobre la prevención de amores imposibles, seguía las órdenes que le dictaba el corazón, desoyendo, por primera vez, un pensamiento hecho más para domar leones que para contemplar la posibilidad de ahuyentarlos.

Tenía un plan. Si era bueno o no, al día siguiente lo sabría. Empezaba a sentir la excitación de estar siguiendo el procedimiento correcto.

La idea le había surgido en mitad del sueño. Pocas horas después de levantarse de la cama, en el local del gremio de trabajadores, consiguió la información que necesitaba sobre la firma Textiles Ramoneda, S. A. Según le dijeron, desde el triunfo de la revolución y la desaparición consecuente de fabricantes y propietarios, un comité de sindicalistas se ocupaba de dirigir la fábrica. De todos los nombres que pudo sonsacar al trabajador chivato del gremio sólo le sonaba el de Jeremías Ferrol, del que había oído hablar cuando trabajaba como redactor del periódico *La Publicitat*. La estrecha relación que Ferrol mantuvo con Andreu Nin en la época en que éste había organizado el Sindicato de Profesionales Liberales de la CNT podía ser una de las garantías fiables en el intento de

conseguir alguna ayuda de su parte. No pensaba ir sola a verlo. Persuadió a una compañera llamada Rosa Marsans, que trabajaba en el taller de confección de la fábrica, para que hiciera de rápida introductora del encuentro y no se moviese de su lado durante la entrevista. Ésta aceptó sin ganas sólo porque se vio algo obligada a cooperar con una de las luchadoras del Comité de Milicias Antifascistas. Después, poniendo como excusa su horario de trabajo, desapareció sin ser vista.

Valentina apareció en la fábrica en calidad de periodista interesada en escribir sobre las trabajadoras del taller. Nadie le preguntó si era o no lo que decía ser y, por otra parte, el papel de reportera le iba como un guante.

De la puerta que daba a un obrador donde estaban sentadas un centenar de obreras colgaba un cartel que le levantó la moral y le dio a su expresión la poca seguridad que esa mañana le faltaba. «Las mujeres ya no somos objetos sino personas a la misma altura que los hombres», leyó de corrido. Comprendió en seguida que se encontraba en el lugar adecuado.

Con un lápiz en una mano y una libreta en la otra, se acercó a las mujeres para preguntarles sobre sus problemas laborales y familiares. ¿Tenían hijos pequeños? ¿Qué hacían con ellos? Esa intromisión incomodaba a la mayoría. Se dio cuenta de que dos encargados la estaban observando desde el puente de arriba. No la dejaron moverse a sus anchas mucho rato más. A los diez minutos de iniciar el reportaje, le mandaron un aviso para que fuera a reunirse con ellos. Era lo que estaba buscando y subió de un salto. El ruido de las máquinas ensordeció parte de los

nombres. Y ella, de pie en el puente, hizo que se los repitieran: eran Simón Maroto y Expósito Hernández. Los coreó a voz en grito el hombre de la boina, que en comparación con el otro era bajo, obeso y de mayor edad. Ella pensó: «O los hago míos o estoy perdida.»

A partir de ese momento se entregó en cuerpo y alma a hacerles preguntas directas con la confianza propia de la juventud cuando necesita sonsacar sin tapujos la voz de la experiencia. El más dispuesto a dejarse embaucar por el arranque de la miliciano seguía siendo el hombre de la boina. Acabó confesándole que le costaba hacerse a la idea del cambio sufrido en la fábrica. A su entender, tenía cosas buenas y otras no tan buenas. Le contó que la fábrica formaba parte de su vida y que ahora le resultaba difícil trabajar sin oír la voz del antiguo amo a sus espaldas. Maroto, por su lado, prefirió hacerse el desentendido, gritando en catalán a dos pobres empleados de talleres que parecían dormidos. Valentina, sin apartarse de Expósito, siguió tirándole de la lengua.

La fábrica significaba mucho para su vida pues su dueño, Antonio Ramoneda, siendo él un niño, lo puso a trabajar como mozo de recados para, con el paso del tiempo, ofrecerle trabajos de mayor responsabilidad.

—Y más me hubiera dado si hubiese tenido la cabeza enseñada para atenderlos —se lamentó—. Aquí —dio un pisotón al suelo— he aprendido las letras, los números y el idioma de la familia Ramoneda.

En todo caso él, mientras tuviera salud, siempre estaría agradecido. Algo más confiado gracias al franco parloteo, abrió la segunda puerta situada a la derecha del corredor y la invitó a pasar.

—¿Quién me iba a decir que con el tiempo estaría ocupando el mismo despacho que el amo? —dijo contrariado por la situación en la que se encontraba.

Que una muchacha de la calle viniera a interrogarlo le resultaba chocante. Pero le dolía más callar que reconocer el trabajo de un buen hombre. No pensaba tocar nada hasta que el señor Ramoneda dispusiera lo contrario.

¿Puros? Sí. Todavía estaban encima de la mesa. Valentina dio un minucioso repaso a la oficina del fabricante. Aún podía apreciarse el aroma a colonia inglesa de su antiguo propietario. Un habano con la hoja momificada seguía intacto sobre la mesa de caoba oscura. En las paredes dos cuadros: uno con un paisaje boscoso de color verde claro y otro en el que se dejaba entrever media figura femenina, sobre un fondo rojo, con sombrero y guantes, apoyada en un palco del Liceo. Había dos sillones tapizados de piel marrón, en uno de los cuales decidió sentarse sin atreverse a ocupar más allá de la primera esquina del asiento. Valentina celebró la elegancia y sobriedad del decorado, pues opinaba que las cosas hermosas merecían perdurar y ser vistas. Expósito se tomó el cumplido como algo propio. Movidito por la espontaneidad de la chica le confesó:

—El señor Ramoneda siempre me trató como a un hijo —le comentó cabizbajo.

Se tomó la alusión como lo que era, un impulso de afecto. Dijo estar sorprendida de que ni el calor sofocante del verano ni el aire ardiente despedido por las máquinas consiguieran traspasar la gruesa puerta de madera cerrada a cal y canto. Lo importante era ganarse la confianza de Expósito. Tenía la corazonada de que ese hombre, agradecido y fiel, estaba al corriente del lugar en el que se escondía el fabricante. Las pruebas eran evidentes: el blanco de sus ojos, siempre acuosos y nostálgicos, su forma de mantener los pies juntos sobre el suelo encerado, el tono secreto de su voz. Si había venido a buscar información no le quedaba otra que arriesgarse. Confesó que el tema de su irrupción ahí era precisamente la familia Ramoneda.

—Soy amiga de su hija Mercedes.

Eso pareció hacer gracia a Expósito. A Valentina, sin embargo, le preocupaba la presencia reservada de Simón Maroto. Jugaba a su favor la conducta ejemplar que los dos jefes de talleres estaban dispuestos a mantener con ella pese a su visita, tan insolente como impropia, aunque, sin duda, le seguían mostrando sus recelos y ganas de sacársela de encima cuanto antes. Habló entonces como una exhalación. Lo más cerca posible de la puerta por si tenía que salir corriendo.

—Quien me preocupa es Arturo. ¿Le conocen?

Los hombres quedaron como muertos. Ni siquiera movieron los ojos. Valentina prosiguió sin guardar distancias. Parecía conocerlos de toda la vida.

—Apenas hace una semana lo detuvo una patrulla de la FAI —explicó—. Su familia está desolada. Lo sé de buena tinta por su hermana Mercedes Ramoneda, a la que me ocupo de instruir para estos nuevos tiempos... —Enmudeció un instante y bajó la vista, buscando cierta complicidad de los trabajadores y tratando de conmoverlos—. Doy fe de que el chico no ha hecho nada malo. Tampoco hay que matar a todo el mundo. Habrá que hacer algo para que mejoren las cosas.

En esa ocasión fue Maroto el primero en responderle. Comentó lo avergonzado que se sentía ante la forma de proceder delictiva y violenta de aquellos desalmados que, haciéndose pasar por republicanos, sólo se dedicaban a ocasionar problemas. El signo dominante de esos tiempos servía a muchos para matar por matar, sin motivo alguno y sólo por el gusto de sembrar violencia y terror. «Esta fábrica ha sido un caso aparte. ¿Por qué?», pensó ella.

—Pero ¿esa detención? —dijo Expósito poniéndose las manos en la cabeza—. No me la esperaba. ¡Maldita sea!

Se frotó la calva con su mano empastada de cemento. Sin duda era una mala noticia. Ahora sí se miraron entre ellos. Valentina iba a decir algo cuando Simón Maroto la invitó a irse, proponiéndole, al mismo tiempo, encontrarse al día siguiente, martes, a primera hora en el café Mut.

—A condición, eso sí —le dijo pausadamente—, de que Mercedes vaya contigo.

Cuando Valentina salió de la fábrica, el sol caía a plomo sobre el asfalto. La hora de la siesta cambiaba aquella ciudad alegre y delirante por un lugar desértico en el que la poca gente que transitaba lo hacía con desidia espectral e insomne. La guerra, si seguía allí, sólo se dejaba ver como un boceto escenográfico muy lejano.

A Mercedes, después de buscarla durante horas, terminó encontrándola pasadas las nueve de la noche en un punto alto de las Ramblas, esperando el tranvía. Poco antes Pepita Barba, la bibliotecaria del Casal, contó a Valentina que la había visto llorar a moco tendido en el chalé de las Juventudes Socialistas.

—¿Que Por qué lloraba? Vete tú a saber. Aquí se ríe y se llora, todo al mismo tiempo.

Pepita apagó las luces de la biblioteca sin poder evitar decirle a Valentina que esas cosas le pasaban por frecuentar señoritas blandas como flanes.

Uno de los problemas insalvables de Mercedes tenía que ver con su falta de resolución para enfrentarse a la vida moderna. Habría que arreglarlo, con calma y seguridad.

Cuando después de caminar una y otra vez por la misma calle Valentina dio con su amiga ésta se le tiró al cuello.

—Lo de hoy ha sido peor que una calamidad. Ha sucedido algo espantoso.

Tenía el lazo torcido y parloteaba entre dientes, agitando las manos. Hablaba alterada a más no poder y como si estuviera sola. Valentina empezó a ponerse de mal humor.

—¿Qué dices, Mercedes?

Llegó el tranvía. Subieron juntas, no fueran a perderlo, y se sentaron en el último banco, donde nadie pudiera oírlas.

Mercedes contó sobresaltada que, de acuerdo con el programa de localizar a Ramón cuanto antes, sobre las seis de la tarde, más o menos, resolvió tomar asiento en la pequeña terraza del café de las Ramblas. Entonces, uno de esos chicos llamados camaradas se colocó delante de ella y, sin más miramientos, con un descaro insultante, se atrevió a decirle:

—Tú, que vas de mujer liberada, vas a ver como no lo eres. Oh, sí, sí, vas a verlo. Porque si yo te pido que me des un beso, no me lo darás. Me juego lo que quieras. Només un petó, bonica. O dos. O tres. Els que calguin.

Ella, por supuesto, simuló no haber oído la arenga del descarado. Fingió no verlo y creer que aquella provocación iba dirigida a otra. Pero en lugar de dejarla tranquila, el galán levantó una silla y, con la misma chulería con que la abordó, fue a sentarse a su lado, mirándola directamente a los ojos.

—Como si yo fuera una mujer cualquiera. ¿Qué te parece?

Qué desagradable era recordarlo. La situación le resultó tan incómoda que se vio obligada a levantarse y salir corriendo.

—Llorando no se arreglan las cosas —le dijo Valentina—. Y huyendo, menos. Tendrías que haberle plantado cara y haberle soltado cuatro frescas: «Escúchame bien, tonto del haba. Cuando quiero acostarme con un hombre soy yo quien elige, y eso sucede cuando a mí me da la gana. Y como a mí tú no me interesas ni me gustas, darte un beso sería peor que un castigo. Así que bon vent i barca nova.»

Fueron las primeras frases claras y rotundas en materia sexual que Mercedes escuchaba por primera vez en su vida. El sentido práctico que su amiga utilizaba para hablar sobre cuestiones amorosas la trastornó hasta el punto de tener que pensar, seriamente, si merecía la pena contarle a Valentina su encuentro fortuito con Ramón. Finalmente decidió que era mejor mantenerlo oculto. Sería su secreto; todas las mujeres debían tenerlos. Embobada por las falsas ilusiones que aquella tarde le había dado su primo pensó que revelar la conversación que mantuvo con él podría empeorar las cosas. Y dado que urgían asuntos más importantes, como el relato de Valentina sobre lo sucedido en el despacho de la antigua fábrica de su padre y la cita del día siguiente con los miembros del comité, prefirió callar ese punto.

Valentina trató sin éxito de desentrañar el secretismo de Mercedes, quien durante el largo trayecto de subida a casa siguió ocultando a su amiga aquel enamoramiento infeliz. Y, pese a todo, rio inesperadamente. ¿Hablaban sola o lo hacía para olvidar su historia con el bravucón del bar? Antes de despedirse y bajar en la parada correspondiente de Gracia, Valentina le insistió en que no fallara a la cita. Era algo natural en ella repetir varias veces los encargos, seguramente debido a

las distracciones mentales de su madre, a la que había que insistirle en las recomendaciones. Recordarle, por ejemplo, que comer era una obligación. Y enseñarle mil veces en qué lugar había dejado los lentes o guardado sus zapatillas. Le repitió de nuevo a Mercedes que a las seis de la mañana en punto se encontrarían debajo del reloj de la plaza de Cataluña. Y desde la acera se despidió con saludo miliciano.

De camino a casa, Mercedes no lograba quitarse a Ramón de la cabeza. Esa tarde, marcada para siempre por el incidente con el chulo del bar, también había tenido lugar el encuentro con su primo. Fue realmente un milagro. Por eso prefirió mantenerlo en secreto.

Una vez recuperada del susto con el camarada del café, se atrevió a colocarse de nuevo junto a la puerta del local del partido. Ramón llegó casi en seguida, como si lo estuviera invocando. Sin manifestar sorpresa por el encuentro, ella le soltó sin más:

—He venido a buscarte, Ramón. Queremos que nos ayudes a sacar a Arturo de la checa.

Le habló sin sonrojarse. Las manos las tenía frías. Aquellas manos largas y finas de Mercedes, que todo el mundo alababa, seguramente por ser la parte más hermosa de su cuerpo, se habían puesto a temblar porque ya no podía soportar más la grave situación de vida o muerte en la que se encontraba su hermano Arturo.

—Todos tenemos a familiares prisioneros —le contestó Ramón.

Pero en esa ocasión pareció notar cierto aire de ternura en su voz. ¿O eran figuraciones suyas? El temple gélido y distante con el que Mercader reaccionaba ante los sucesos ajenos a sus preocupaciones personales irrumpió de nuevo, cuando más necesitada estaba ella de su ayuda.

—Mercedes, por favor, cálmate.

Sus ojos se alejaban cada vez más. El amor es un narcótico de olvidos y envites que convierte flores en ortigas y ortigas en rosas. Ella, sin mirarlo directamente, resolvió avanzar con él unos pasos. Caminando distraída junto a su príncipe, decidió creer que la habilidad de su primo en desviar el tema de la detención de Arturo era debida al desconcierto que le producían las situaciones familiares y su incapacidad para manifestar sus sentimientos. Buenos y malos.

—Vamos a dar un paseo —sugirió él tomándola del brazo.

Se mostraba alegre paseando con su prima bajo la luz cansina del atardecer y el reparo de los fornidos plátanos de las Ramblas, donde se acumulaban cantos de pájaros y risas infantiles. En esas mismas horas de una tarde de verano barcelonés, Moscú reforzaba sus bases españolas con armas, hombres y estrategias tan sutiles como escabrosas. Era un secreto de Estado. Nadie debía saberlo. Cualquier sombra de traición en ese sentido era penada con muerte inmediata. Erno Gero, el brillante y bárbaro agente de Stalin, se encontraba todavía en la ciudad viviendo en casa de la madre y el

padraastro de Ramón, pero a él jamás se le ocurriría hablar de eso con nadie.

Bajaron en dirección al puerto. Los transeúntes pasaban alegres mientras ella se limitaba a señalar que todo le parecía muy triste. Sin embargo, la oportunidad de pasear acompañada de un hombre tan atractivo y atento fue transformando su dolor en una felicidad ilusoria y ñoña. Él le reía todas las gracias. Apenas le hablaba pero no tenía reparos en tocar levemente sus manos. Otra de sus mañas para engatusarla consistía en planificar empresas ficticias que tenían toda la apariencia de realidad e indiscutible inmediatez. Trataba por todos los medios de evitar espacios blancos en la conversación con el propósito deliberado de escurrir el bulto sobre la detención de Arturo. Ella le explicó con detalle los cursos de enfermera que seguía en el Hospital Clínico. Él se refirió a la posibilidad de llevarla al hospital de campaña una vez estuviera en el frente y con garantías de no correr riesgos excesivos. A Mercedes le llegó al alma su interés por encontrar la mejor solución para mantenerla cerca y, cuando le confesó que no sentía miedo de ir a trabajar en la zona conflictiva de la lucha, se pusieron de acuerdo en que morir carecía de importancia si era en defensa de una causa justa. El amor era un pacto de los cuerpos con la ley del cielo, y ella, sin posibilidad de elegir otra clase de pasión, asumía los ideales de Mercader, aunque en el fondo pensara lo contrario.

Anduvieron Rambla arriba, cogidos del brazo como si fueran novios. Mercedes se permitía presumir de ser la envidia de las personas con las que se cruzaban, anónimas y faltas de la excitación que ella sentía mientras paseaba, despreocupada y

con la piel temblorosa, junto a un joven tan tímido como ella y ansioso por ocultarlo.

—¿Nos escribiremos cartas? —le preguntó dándose cuenta, a medias, del inevitable adiós que el cobarde suele marcar con aplazados silencios y miradas extraviadas.

Volvió a lamentarse un poco más, momento que él aprovechó para darle un abrazo expresivo y cálido.

—Sabes muy bien que debemos hacer lo posible por liberar a Arturo —le dijo ella desconsolada.

Ramón la atrajo hacia él y la apretó con firmeza para, acto seguido, volver a engañarla con la seguridad de que el cariño, cuando es verdadero, mueve montañas. Y él, por descontado, estaba dispuesto a sacudir las suyas.

Al separarla de sus brazos comprobó que su prima había mojado el cuello de su camisa blanca de domingo de lágrimas limpias. Fue como un aviso. «Hasta aquí hemos llegado», expresaron sus cejas. De todos modos, y como era muy tarde para seguir hablando, resumió lo que quería decirle. Se quedó quieta escuchándolo.

—Te pido que no me fuerces a hacer imposibles. No fui yo quien ordenó detener a tu hermano: los culpables son las patrullas callejeras. Por eso voy a serte franco. Aunque te obedeciera sin pestañear, no puedo hacer lo que me pides. Correríamos el riesgo de que sus captores se cebaran en el pobre Arturo. Ya ves la clase de actuaciones miserables que ha

desatado el triunfo de unos cuantos. Robando y matando a pobres desgraciados creen que ganarán la guerra.

Ella lo notó realmente conmovido. Todo lo que no olía a Ramón le parecía vulgar y fúnebre. Formaba parte de ese amor imposible, creer a pie juntillas lo que le decía. Él la retuvo unos segundos más.

—Te diré lo que va a ocurrir —dijo—. Procesarán a Arturo y como mal mayor lo encarcelarán en la Modelo. Fes-me cas. Créeme. Ten paciencia.

Valentina odiaba a más no poder esa palabra llena de renuncia, un signo endeble y resbaladizo del final de camino. El espíritu de sacrificio era el lema de los Ramoneda y a ella, al parecer, le tocaba ser la más fiel guardiana del escudo.

Estuvo mirándola desde la acera opuesta a la parada del tranvía, donde Mercedes se había quedado ciega de amor y especialmente abatida pensando en aquella palabra infame que, sin embargo, obedecía.

A hora temprana de la mañana, la plaza de Cataluña apareció inundada por una brutal tormenta que sirvió de comentario matutino a los madrugadores de aquel día. El reloj de la torre se había parado y Mercedes seguía sin dar señales de vida. Cuando al fin Valentina la vio venir en forma de champiñón andante, con el uniforme de enfermera y un paraguas negro de pastor de ovejas como caperuza, la empujó a la bodega donde

estaba previsto el encuentro con los del Comité de las Hilaturas Ramoneda.

Se sentaron a la única mesa que quedaba libre. Ni tiempo tuvieron de pedir un café cuando entró Expósito, retraído y fumando un cigarrillo, mientras, descuidado y nervioso, encendía otro. Mercedes se levantó a saludarlo. No con la mano, claro. Le estampó un beso en la mejilla, tal y como llevaba haciendo desde siempre con el hombre barrigón que la había tenido en brazos siendo niña.

A Expósito se le cambió la cara al encontrarse con la pubilla de la casa, como él la seguía llamando. Le preguntó si estaban bien de salud y si la señora Lucrecia necesitaba alguna cosa, dando por descontado que tanto él como su mujer Sagrario estaban dispuestos a atenderla en lo que fuera.

—Hambre, lo que se dice hambre, de momento, no pasamos. Gracias, de todos modos. Se lo diré a mi tía de tu parte.

Luego volvió a sentarse, poniendo esmero en alisar antes la parte posterior de su falda.

De acuerdo con lo pactado el día anterior, llegó en seguida Simón Maroto junto con otro compañero, flaco a rabiarse, de ojos diminutos como puntas y con el sueño pegado en la frente y las orejas. Lo llamó Miquel y parecía decidido a no abrir la boca en ningún momento. El parlamento en clave iba a cargo de Simón Maroto. Por lo visto, y según iban deduciendo las oyentes, el tal Miquel conocía a un guardia de asalto destinado a la checa de San Elias. Los tres hombres estaban de acuerdo en sacar el «paquete» cuanto antes.

—Si no puede ser mañana, será esta tarde. Allí resisten pocos.

—Es terrible —dijo Mercedes.

Sintió, entonces, que algo duro y repentino le golpeaba el rostro. La tensión sufrida durante los últimos días la hizo palidecer de golpe. No llegó a desplomarse.

La abanicaron un poco y pidieron agua del Carmen.

Siguieron con lo suyo. Tenían urdido un plan del que esperaban un buen resultado. Esa misma tarde, porque no era cosa de distraerse, se presentarían en San Elías tres compañeros de Simón pertenecientes al Comité de los Trabajadores. Conocían a la persona a la que debían dirigirse, un comunista de origen húngaro llamado Musteferrica. Un buen hombre, según Simón. Juntos habían logrado sofocar a los nueve rebeldes parapetados en la calle Almogávares días después del levantamiento militar. Herido de bala el húngaro, sus compañeros le salvaron la vida cuando iban a matarlo. Sin embargo, no iban a ser tan estúpidos para reclamarle el pago del favor liberando a un detenido. La idea que tenían pensada consistía en lo siguiente —las chicas acercaron la oreja a Simón para no perderse un respiro de aquella explicación cercada de silencios y paráfrasis ininteligibles—: en lugar de interceder por el hijo del antiguo dueño de la fábrica de hilaturas, la petición que llevaban a Musteferrica, el aliado carcelero de la checa, se limitaba a solicitar a la autoridad competente de San Elías la entrega del preso Ramoneda tal y como había sido la voluntad acordada por los ciento ochenta obreros en la última asamblea

extraordinaria de las antiguas Hilaturas Ramoneda. Alertados de los cargos que se le imputaban al prisionero iban en representación de la junta a solicitar su entrega inmediata, pues se consideraban con derecho a ser jueces y verdugos del hijo del fabricante capitalista y con el deber de hacerle un juicio sumarísimo, culpándolo de haber sido hallado en rebeldía para ajusticiarlo inmediatamente después. Llevaban esa reclamación por escrito en un documento firmado por el Comité y los delegados de los trabajadores.

A Mercedes ese asunto le sonaba a esperanto. Ruido y trama policíaca, algo que no podía ubicar en su sistema meticoloso de vida. Política, seguramente.

Valentina, presionada por la patada que su amiga le propinó por debajo de la mesa, se dirigió a Expósito.

—Expósito, ¿y usted qué opina?

Tampoco terminaba de verlo claro. Tal vez confiaban demasiado en sus buenas intenciones.

—Se lo pregunto porque necesitamos seguridad y su consejo nos merece plena confianza.

El hombre se quitó la boina, levantó los hombros y se cruzó de brazos. El antiguo empleado daba su aprobación al plan.

Poco más había que añadir.

Los hombres se levantaron. Pagaron la cuenta con vales de la organización y se fueron sin despedirse apenas. Allí quedaron

ellas, con tal incertidumbre en el cuerpo que ni se atrevieron a comentar el peligro que corría la aventura.

Todo esto ocurría la mañana anterior al día en el que Valentina Mur zarpó con la expedición catalana rumbo al frente de Mallorca. En previsión a ese acontecimiento, por el centro de la plaza de Cataluña pasó un desfile de milicianas de cabellos mojados y recién peinados, llevando banderas rojas y negras y gritando vítores a favor de la República. Marchaban con paso firme y fusil cargado al hombro. Sonreían como majorettes americanas siguiendo la comparsa de los músicos, también mujeres, que las escoltaban. Cuando las tuvieron delante, a Mercedes la asaltó una idea. Seguía pensando en su hermano Arturo. ¿Cabía la posibilidad de pagar por su liberación? Conocía ejemplos más que suficientes de casos en que patrulleros y guardias se dedicaban a vender la libertad de los detenidos. Primero los torturaban y después pedían recompensa. Delincuentes y criminales que habían sido liberados de la cárcel, haciéndose pasar por guardias de asalto, se dedicaban a hacer su agosto ese verano con la excusa de la guerra justa. ¿O no lo sabía Valentina?

—Ay, Mercedes —le dijo ella—, si te contara las barbaridades que están haciendo los fascistas allá donde consiguen la victoria, te volverías loca.

Era algo tan horroroso que merecía otro momento para ser explicado con detalle. Ponerse a hablar ahora de la crueldad

fascista sólo las llevaría a una confrontación difusa de estremecimiento y culpabilidad.

—Esta guerra no tiene remedio —concluyó Mercedes mirando por encima los papeles de propaganda tirados por el suelo.

—Sí lo tiene —dijo Valentina—. Venceremos.

Convencida en parte de que el rescate de Arturo sería un éxito, a Valentina la inquietaba más que el Comité de Milicias Antifascistas tuviera motivos razonables para no ver con buenos ojos la batalla de Mallorca. Mientras preparaba el mínimo equipo para llevar al frente, su madre entró en la habitación a suplicarle por última vez que desistiera de ir a luchar con la inconsciencia de las heroínas novelescas.

—¿No te das cuenta de que os van a utilizar como ratas de laboratorio?

A falta de otros argumentos para convencer a su hija, le señaló el fusil máuser reclinado en la silla, la pistola heredada de su padre, el correa y todo el dispositivo que el Comité le había entregado unas horas antes y dijo, sarcástica:

—Además, un hombre que va a la guerra nunca se iría a dormir con un camisón rosa como el que llevas puesto.

Valentina, de un impulso, se quitó el camisón y, desnuda, se metió en la cama. Esperaba, con esa actitud graciosa, conseguir

algún gesto aprobatorio de su madre. Un beso le dio, solitario como un trueno. Y a duras penas la despidió sin lágrimas.

Llegó al puerto dos horas antes de lo programado para el embarco. Hombres y mujeres, con vestimenta más campestre que propiamente soldadesca, llegaban en manada riendo felices, como si hubieran sido convocados para una excursión bucólica. Sumaban un total de ocho mil el número de valientes que esa mañana zarparían a las islas Baleares. Entre el maremágnum de brazos levantados, banderas izadas y cabezas andantes resultaba imposible localizar a Mercedes. Las amigas habían acordado que, durante el embarco de la expedición, ella bajaría al puerto con la intención de informarla sobre el estado de la liberación de Arturo. Sus salvadores se habían dado un plazo de horas para lograr su propósito. Si venía vestida con el uniforme de enfermera, significaba que el plan había funcionado. Pero Valentina, por mucho que buscase el uniforme blanco de su amiga, sólo topaba con otros tantos de médicos y enfermeras dispuestos a ocupar el barco asignado. Hubo un instante en el que, a su alrededor, todo era movimiento confuso de gaviotas gigantes a punto de emprender el vuelo. La borla colgada de la gorra le estorbaba la vista, así que se la arrancó sin más miramientos. Hubo otro momento delicado en el que creyó ver la cabeza de su padre sobresaliendo de la multitud agolpada en el muelle. La impresión fue tan certera que, entre codazos y empujones, no paró hasta alcanzar al hombre de cabello oscuro y rizado de su espejismo.

Una vez subida a la proa del barco sumó su voz a los clamores de todos los participantes de la expedición.

—¡Por la libertad, compañeros! ¡Vamos a ocupar la isla de Mallorca! ¡Mujeres libres por la lucha antifascista!

En medio del griterío, grandes barcazas se ocupaban de trasladar grupos de milicianos a los sucesivos barcos. El Ciudad de Barcelona, el primero en zarpar rumbo a las Baleares, estaba lleno a rebosar de hombres y mujeres sentados codo con codo en toda la cubierta del buque y encima de las barcas de salvamento. El sonido de un silbato, lento como un glaciar, dio el aviso y comenzó a apartarse del muelle acompasado por canciones, que de tan repetidas y aclamadas las sabían los peces del mar, la estatua de Colón y los antiguos cañones del puerto. Desde tierra no paraban de hacerles fotos. En la cubierta, los compañeros se abrazaban como hermanos y los novios se besaban con la desvergüenza del amor cuando es público y festejado.

Cuando Valentina consiguió colocarse a empujones en la barandilla de proa sonaron las primeras bocinas de desamarre. Fue durante ese concierto de sirenas y voces desbocadas cuando descubrió a Mercedes, sobresaliendo entre la multitud y moviéndose como pluma a la deriva entre la masa informe. Los esfuerzos que una y otra improvisaban para comunicarse eran inútiles. No podían oírse, ni apenas verse. Mercedes se las ingenió, entonces, desde el muelle, para poner en práctica un ritual que los Ramoneda solían llevar a cabo en fiestas y celebraciones familiares: en un santiamén desplegó la pancarta en la que sobre un trozo de sábana había pintado en letras de palo palabras tan solemnes como: Grandes esperanzas.

Se necesitaba ser corta de vista para que Valentina no pudiera leer lo que decía el letrero. El mensaje, además de ser optimista en el tema que las preocupaba, fue inmediatamente interpretado como lema de ánimo para todos los aventureros apostados en las barandillas de los barcos. Algunas novelas, como decía su hermano Arturo, también valían por sus títulos. Dickens siempre sería Dickens.

Junto al fogón extinto, Catalina estaba amasando nieblas y pasando las cuentas del rosario sin recordar de qué iba la plegaria que rezaba con fervor intenso y jacobino. En el piso de arriba, Lucrecia Palop permanecía en su sillón frente al balcón principal. Llevaba una larga vida viendo pasar el mundo por delante de su casa, con sus figuras invariables y parecidas a las de cualquier otro suburbio urbano de la Tierra. Las conocía a todas. Muchos parroquianos cruzaban la acera en busca del saludo espía de la señora Lucrecia. «No debería estar tanto tiempo asomada a la ventana, señora», sermoneaba Catalina.

Pese al cambio decisivo ocurrido en España en lo referente a las pautas sobre división de clases, la vieja criada seguía manteniendo los principios inquebrantables que aprendió en su pueblo vallisoletano: «Nací pobre y moriré pobre por mucho que ganen los rojos»; «Servidora, ya la ha avisado»; «Esto le pasa a una servidora por meterse donde no la llaman». Y con su cantar de ciegos continuaba murmurando la bendita tras las puertas, agotando los nervios de Lucrecia hasta estropearle las ganas de tertulia o comida.

En eso estaban cuando, desde la ventana, vio subir por la acera opuesta a Pilar, la carnicera del mercado, más conocida en el barrio como la Nena de Can Ventos. Desde que la guerra había colocado en situación de crisis a vendedores y compradores habituales, poca gente sabía del paradero de aquella mujer rolliza, de mejillas marmóreas y dentadura equina. A Lucrecia le costó reconocerla. Parecía la sombra opuesta a la de la joven alegre y sonriente tras el mostrador blanco y pulcro de la carnicería. Pero lo que más la sorprendió fue que no levantase la vista para saludarla. Luego, le dio un vuelco al corazón al verla empujar suavemente la verja del jardín y deslizarse hacia el interior de la casa sin llamar al timbre, igual que un ladrón o un fantasma.

Cuando Catalina descubrió a Pilar parada como un santo en su cocina, temió lo peor.

—No puedo quedarme más que un minuto, Catalina. Haz el favor de darme algo que llevar encima para aparentar que he venido a por un recado.

Lucrecia Palop, rápida pese a sus cuarenta años mal llevados, se había situado junto a la intrusa dispuesta a exprimirla el alma. Resuelta, la Nena de Can Ventos prefirió hablar antes de ser interrogada.

—Expósito, el de la fábrica, dice que todo va bien y que no podría ir mejor. No sé nada más.

Catalina tuvo la precaución de cerrar las ventanas y convertir en sombras las tres figuras perplejas.

—Por Dios, explíquese mejor y no nos deje en ascuas —dijo Lucrecia.

La Nena no quería problemas. Provista de un falso hatillo ideado por la cocinera, se disponía a salir por la misma puerta por la que había entrado sin añadir otra cosa a lo que tenía convenido. La visita a la casa de la calle Anglí, a ella, que no había roto un plato en su vida, le supuso un mandado demasiado peligroso. Deberían darse cuenta esas mujeres, en lugar de presionarla como si fuese un pavo.

—Me voy con usted —desafió Lucrecia.

—Que no, señora. No vayamos a hacer un disparate.

Se arrepintió, de veras, de su papel de intermediaria. Ni sabía ni quería saber. Lo último que acertó a decirle Lucrecia, viendo la escapada fulminante de la visitante, fue que si Expósito no venía a la casa, ella misma iría en persona a buscarlo.

Lo decía en serio. En un minuto cumplió su palabra e hizo las componendas necesarias para llevarla a cabo. Esperaría a su sobrina para ponerse en marcha. Miró la hora. Colocó los lentes sobre su nariz ganchuda y se puso manos a la obra. Por lo pronto, ya la estaban asaltando un montón de ideas. «Señal de que voy por buen camino», se dijo maliciosa. Empezó abordando la habitación de los chicos. Abrió el armario y se hizo con cuatro o cinco piezas de ropa que le parecieron apropiadas para su propósito. Entró con ellas al cuarto de costura y se cerró con llave. Allí, a la chita callando, para que la metomentodo de Catalina no fuera a censurarla, pasó la tarde sentada a la máquina de coser, su única pertenencia artística

después de la receta de las perdices con mies y la crema catalana que sabía cocinar como nadie.

Así la encontró Mercedes cuando, al volver del hospital, subió la escalera en un soplo hasta el primer rellano. Un segundo antes, Catalina se había encargado de ponerla en antecedentes, pero aun así cuando su tía le permitió entrar en el cuarto no pudo dar crédito a lo que vio. Ocupando el lugar de Lucrecia Palop, mujer conocida por su austera y prudente elegancia en el vestir, había una miliciana entrada en años, algo robusta de pecho y caderas, que trataba de dar las últimas puntadas a una boina oscura grande como un plato. Lo cierto fue que el resultado de varias horas cortando y cosiendo había sido excelente. El mono de color azul se veía como nuevo y el pañuelo rojo del cuello no parecía distinto al reglamentario. Lucrecia se sentía orgullosa de su trabajo, aunque también furiosa por haber tenido que hacerlo.

—Casi me desmayo al verla, tía —le dijo Mercedes.

Pero, en lugar de entrarle el vahído de costumbre, a Mercedes le dio por no parar de reír y gastar bromas a su tía. Resumiendo: sólo le faltaba el mosquetón, la cartuchera al uso y cantidades de buen humor para que la nueva reclutada en la columna anarquista fuese una flor más del ramillete de mujeres guerreras que poblaban la ciudad de Barcelona.

—No te lo tomes a broma, sobrina. Esta es mi guerra particular. Así que andando, que es gerundio —le dijo mientras la despedía del cuarto dándose cuenta de que la gravedad de la situación zanjaba cualquier guasa.

Aquella noche Lucrecia Palop se acostó con la ropa que había cortado y cosido durante la tarde en un raptó de insensatez y mejores intenciones. A decir verdad, la estuvo confeccionando entre lágrimas, arcadas y cierta vocación a la terquedad secreta. Los pantalones de hombre la tuvieron mortificada las pocas horas de sueño que le concedió su insomnio, pero merecía la pena haber dormido con ellos para que, muy de mañana, tía y sobrina dieran la impresión de haber sufrido barricadas, asaltos y demás operaciones guerreras.

Sin lavarse apenas, salieron de la casa antes de que Catalina pudiera descubrirlas, pero ésta y su prudencia castellana las estaban aguardando tras el biombo del recibidor. Necesitaba hacerles unas cuantas recomendaciones.

—Lo que no se hace por los hijos se hace por los sobrinos —le soltó a la guerrillera enorme y bravucona que caminaba torpemente con botas de hombre.

—Calla y déjanos —dijo Lucrecia.

Trató de despedirla de un portazo pero ella, que se las daba de ser la centinela de la familia, insistió en que debía ir en lugar de la señora.

—Usted no conoce nada de lo que es aquello —explicaba Catalina.

—¡Qué sabrás tú! —le contestó Lucrecia de malos modos.

Tal y como estaba previsto, no había amanecido aún cuando salieron de la casa. Lo hicieron por separado:

Lucrecia la primera y unos minutos más tarde Mercedes, que, amparada por su uniforme de enfermera, seguiría sus pasos. Pensaban encontrarse en la estación de los Ferrocarriles Catalanes y desde allí marchar juntas hacia la barceloneta. Si lograban subir al tren, mejor que mejor. De lo contrario, caminarían. No era la primera vez ni la última en que Lucrecia cruzaba andando la ciudad de norte a sur. Contaba los minutos de memoria, como si tuviera un reloj en la cabeza.

—Ha pasado media hora —protestó cuando, cerca de los Josepets, tuvieron que respirar un poco.

Mercedes llevaba una bolsa con un botiquín de urgencias. La idea era que en caso de ser interrogadas por alguna patrulla pudieran demostrar la prisa de ir a socorrer un parto.

—¿Adonde vais? —les preguntó al fin el conductor de un coche de ronda cuando, acaloradas por el miedo y los trasiegos de la marcha, consiguieron llegar sin trabas a la Barceloneta.

—Muy cerca de aquí —respondió Mercedes.

Y por falta de otro nombre en la cabeza dio el de la calle donde estaba la antigua fábrica de su padre. El patrullero le guiñó el ojo y ella le respondió con mueca inexpresiva. Fue Lucrecia la primera en levantar el puño en señal de adiós apresurado, acorde a las circunstancias. La humillación por la que estaba pasando una hija de Dios y de María la llevaría en el

recuerdo como gesto no resuelto de un alma, a su pesar, aventurera.

Caminaban indecisas y sin tener información precisa de la calle donde vivía Expósito. Optaban por los caminos menos concurridos. Muy pronto adquirieron paso y ritmo de montañeras. El rostro sofocado por el sol brillante de la mañana les daba ánimo suficiente para seguir la marcha. El mar lo olían sin verlo. Pasaron por delante de unas chabolas, y sortearon adrede el barrio de los gitanos del Somorrostro hasta llegar a una pequeña y modesta casa de ladrillo rojo que Expósito había levantado con sus manos pero en la que aún asomaban con descaro muros desdentados de ladrillo visto.

La puerta era de hojalata oxidada. Lucrecia Palop la golpeó suave pero sin tardanza. Desde el interior de la casa, un silencio vigilante y esquivo asomó como toda respuesta. Levantando la voz le dijo a su sobrina que de allí no pensaba moverse hasta que abrieran la dichosa puerta. Convencida de que en la casa había alguien, se aventuró a mirar por el cristal de la única ventana que tenía enfrente. Sintió que algo le removía el pecho. «El corazón», pensó. Tenía cuarenta y siete años y, aunque era vieja, soltera y sin experiencia práctica en los deslices de la carne, sacó de la manga una aptitud dramática que jamás había sospechado que tuviera.

—¡Somos nosotras, camarada! ¡Ya hemos llegado!

Miradas felinas velaban desde las casas contiguas. Vieron moverse el pomo de la puerta. Pensaron encontrar a Sagrario, la mujer de Expósito, pero en su lugar había un hombre joven,

de orejas torcidas y ojos tan adormecidos que daba pena despertarlo. «Otro cura marxista», adivinó Mercedes. Tenía una virtud especial no sólo para detectarlos sino también para quedarse encandilada por ellos.

En aquel humilde umbral de la casa de Expósito, nadie era lo que parecía ser. Y todos se evitaban. Ignorando la mejor manera de salir airosas de ese enredo, las tres figuras se dedicaron a lanzar balones fuera para ver si alguno caía en la cesta adecuada.

—Hemos venido lo más deprisa posible a visitar a la parturienta —dijo Lucrecia, hecha a los registros con que los patrulleros asaltaban como forajidos la casa de la calle Anglí y decidida a actuar del mismo modo. Con brusquedad, impostura, bravuconería. Aterrizó en el interior de la vivienda sin desviar su mirada de paquidermo agriado dispuesta a revolverlo todo. ¿Acaso no sería mejor empezar por el dormitorio?

Hablaban catalán y el chico con aspecto de seminarista les respondía en andaluz genuino. Podía ser granadino o sevillano. En un momento dado nombraron a Sagrario. Al escuchar el nombre, el dormido despertó resuelto y animoso.

—No tardará en venir. Fue a por un mandado.

Quería quitarse esa pesadilla de encima cuanto antes.

Ya más descansada, Lucrecia se tomó la libertad de pedir un vaso de agua y adueñarse de un sillón cuarteado en el que

hundió su trasero hasta tocar los muelles y demás entrañas volcánicas.

Al andaluz lo único que le confortaba de la invasión era tener delante a la enfermera con la que llevaba horas soñando. Aún no estaba seguro de saber si era una bendición tener a esas mujeres allí o bien otra calamidad más. La miliciana lo escamaba. Y aquellos silencios suspicaces de las dos mujeres, removiendo como hurones la pared del cuarto mientras buscaban rastros más humanos que aquellas pobres moscas apelotonadas en los rincones de las cuatro paredes de la estancia, lo llenaban de desconfianza.

Nadie respiró tranquilo hasta que, pasados unos minutos, Sagrario en persona abrió la puerta de la calle. El sudor que traía de fuera se le quedó helado nada más verlas. El susto no le terminó de desaparecer ni cuando comprobó el verdadero rostro que había detrás de aquellas insurgentes. Empezó pidiendo disculpas porque la guerra le estaba afectando los nervios y ya no podía con su alma.

—Vamos a lo nuestro, Sagrario. Queremos ver a Arturo —dijo Lucrecia.

La petición tomó desprevenida a la mujer. Quiso llorar pero no le salieron las lágrimas. Escondiendo las manos en los bolsillos de su bata empezó por avisarles de que el pobrecito se encontraba muy enfermo. Dispuesta estaba a seguir en su papel de prepararlas para el infeliz encuentro con el pobrecito Arturo cuando Lucrecia Palop, recuperado su aire señorial, dictaminó lo siguiente:

—¡Caray, dejémonos entonces de conversación y haga el favor de llevarme a su lado!

—¡No vaya a caerse, señora! —El andaluz la ayudó a levantarse.

—¿Quién es éste? —preguntó.

Sagrario hizo como que no la había oído. Antes de obedecer a la señora, se tomó su tiempo para escenificar un ambiente que excluyera sospechas de todo tipo, por si algún visitante desprevenido llegaba a la casa. Como si su actuación la tuviera aprendida desde antes, resolvió que se pondría un camión encima de la ropa que llevaba puesta y se haría la enferma.

—Una de esas enfermedades de mujeres —precisó estudiosa.

Se pondría a gemir y, al instante, las recién llegadas abrirían el botiquín y se dedicarían a lo suyo. En caso de que no llegase nadie Sagrario, haciendo guardia, seguiría postrada en el catre mientras que el Sevillano llevaría a Lucrecia y Mercedes al semisótano excavado en el montículo adyacente a la casa donde Arturo moría.

Bajo la consumida luz de una capuchina, en la negrura indecisa de una grieta metida entre la tierra aplastada, apenas podía adivinarse el bulto del cuerpo descompuesto y llagado de Arturo. Y la tos. Su tos épica de enfermo crónico era lo único realmente reconocible de su persona.

Las dos se le abrazaron a los pies temiendo lastimar todavía más aquellos pliegues de piel extinta.

Lucrecia, prudente por naturaleza cuando se encontraba en situaciones difíciles, sabía descollar sus mejores máximas, que saltaban igual que acrobacias celestes.

—Si te mueres ahora, yo me muero contigo —le amenazó.

Como única respuesta, el enfermo mostró las líneas blancas de sus dientes emergiendo de una barba de mil días. Sin tiempo que perder, las dos mujeres se apresuraron a desnudar a Arturo y a desinfectarle las heridas con jabón y agua caliente. Una vela las guiaba por el laberinto incierto de úlceras y magulladuras que cubrían su cuerpo. Lo untaron con una pomada que olía a boquerón podrido después de que el chico, al que seguían llamando Sevillano, hubiera hecho varios viajes de ida y vuelta con agua, jabón, vinagre y la cuchilla de afeitar de Expósito. Durante más de dos horas estuvieron atareadas en cambiar la fisonomía de Arturo, lográndolo en parte. Sin embargo, el termómetro impostor avisaba de una temperatura crítica y peligrosa.

—Peor que la tortura —comentó con voz quemada— ha sido la imposibilidad de morir en paz. Cuando llegó el aviso por parte de un guardia de las celdas de que los trabajadores del comité de la fábrica venían a buscarme, sentí mi muerte como una liberación. Me envolvieron como a un león anestesiado y metieron el fardo en un coche negro y aparatoso que estaba esperándoles. No hablé con nadie. Me adormilé. Sentí que la

vida volvía de nuevo a saludarme cuando me encontré con Expósito. El bueno de Expósito.

Todo eso dijo con voz nerviosa y acortada, comiéndose cada palabra. Él, acostumbrado como estaba a pensar demasiado en ellas y admirarlas.

Mercedes, educada en una religión que infunde el amor como el mejor remedio para cualquier enfermo, trataba de darle ánimos. Y besos. Muchos besos.

—¿Te acuerdas de la miliciana que apareció en casa con Ramón el día que vinieron a detenerte? —Un suspiro interrumpió su confidencia. Se le acercó al oído—. Ella te ha salvado.

¡Cómo no iba a recordarla! La amó desde el instante en que su primo Ramón lo acercó hasta Valentina. Arturo creía en la química del amor, como también estaba convencido de que el deseo profundo de algo importante actúa como polo imantado de atracción de aquello que uno anhela. En aquella familia de melancólicos cultivados, los poderes ocultos se robaban de las vidas contadas por la gran literatura. Veía a Valentina en sueños y fuera de los sueños. Pero no se trataba de un amor idealizado: la suya era una pasión caótica y lujuriosa, vana y falible; humana, demasiado humana.

Consiguió beber cuatro sorbos de caldo y cayó dormido. Decidieron que Lucrecia se quedaría junto al enfermo mientras Mercedes iría corriendo al hospital a buscar las medicinas necesarias. Pocos años atrás, un bacteriólogo llamado Alexander Fleming se había dado a conocer por haber

descubierto un medicamento prodigioso llamado penicilina. No estaba claro, ni mucho menos, que ése fuera a ser el remedio necesario para salvar a Arturo de la muerte, pero se agarraban a él con entusiasmo devoto. Sólo tenían un propósito en la cabeza: hacerse con la mejor medicina para curarlo.

—Es más —le dijo su tía—, tráete lo que sea pero tráelo rápido. ¡Espabila!

En el tranvía que la llevaba al Clínico, Mercedes, por primera vez desde que empezó la guerra, sintió necesidad de ponerse a dar gritos de alegría. Pero, en lugar de voces, fueron lágrimas lo que, para sorpresa suya, brotó de sus ojos. Pensó en aprovecharse de ellas para conseguir la penicilina que solían dar con cuentagotas y siempre con la autorización de un médico. Y pensó también que, si lloraba, no le quedaría llanto con el que consolarse en el momento oportuno. Miró detenidamente sus manos, como hacía siempre que se sentía insegura.

Evitó la puerta destinada al personal sanitario y se coló por urgencias. En lugar de cofia llevaba puesto un pañuelo que, sin ser el reglamentario de la revolución, le daba cierto aire de profesionalidad, necesaria para su condición de enfermera en prácticas sin apenas experiencia hospitalaria. El trajín de médicos y ayudantes le resultaba obsceno: iban y venían como peces apresados. Optó por quedarse en un rincón a esperar un milagro.

En aquellos tiempos, muchos creían que la vida estaba llena de sorpresas y que en los momentos más desafortunados un prodigio o conjunción astral vendría en ayuda de quienes más lo necesitaban. El fenómeno que Mercedes llevaba más de una hora invocando tomó la forma de Lali Fuster, antigua compañera del colegio de Jesús María, que en una de sus salidas veloces del quirófano tropezó con ella. Se saludaron rápido y le sonrió no tanto por la sorpresa de encontrarla como por las circunstancias en las que las dos alumnas tenían que verse. La educación recibida por aquellas religiosas jamás habría consentido que esas dos buenas hijas de María, caritativas y piadosas a más no poder, estuvieran traicionando a los mártires de la sublevación y traficando con sus verdugos.

—Necesito algún medicamento milagroso para la tisis, Lali —le dijo sin miramientos—. Ah... y material clínico para neumotorax. Y... y... lo que tú creas conveniente.

—Yo te lo busco, descuida. A la una en punto en la puerta grande —le contestó sin detenerse apenas.

Quedaban dos horas largas antes de volver a encontrarse con ella. En lugar de esperarla sentada en un banco, entró de nuevo en el hospital, subió a la primera planta y se dedicó a saludar a los enfermos de la sala. Su espíritu creyente le había enseñado a dar sin recibir antes. Y a devolver favores. Escueta de diálogo, Mercedes se transformaba en otra persona cuando, pegada a la cama de un herido, le hablaba sobre afectos y carencias. Los acariciaba igual que si formaran parte de su familia. Repartía su cariño por la sala como si en lugar de manos tuviera chocolatinas y otras golosinas gratificantes.

Gracias a la guerra había aprendido que los hombres más duros pueden deshacerse ante una caricia. Además, la ventaja de saber idiomas la invitaba a ser requerida para hacerse entender con los heridos de las Brigadas Internacionales. Evitaba hablar de política con los enfermos; con todo el mundo. Había pactado con su espíritu rechazar cualquier tema que tuviera relación con la forma de pensar de cada uno de los heridos. Según su punto de vista, la política sólo servía para producir catástrofes universales y odios infinitos.

Lali Fuster apareció con el paquete de medicinas bajo el brazo y un volante firmado y sellado por el director del departamento de Neumología. El papel era una confirmación de que Mercedes podía pedir cuantas dosis y agujas fueran necesarias para la curación de Arturo.

—Mucho aire —le dijo—. Y una alimentación correcta. Cuidado y reposo.

—¿Qué es de tu vida? ¡Veámonos! —exclamó Mercedes.

Pero si se vieron, fue de lejos, sin apenas saludarse; cosas de la guerra. Nunca volvieron a encontrarse cara a cara en esta ciudad de la que Lucrecia solía decir: «Pequeña como un puño, en la que todo el mundo se conoce.»

Tenía pensado pasar antes por casa a buscar los lentes viejos de Arturo. Lo importante era que llevaba encima jeringas, aguja y algodón esterilizado. Nadie la detuvo por el camino y perdió la noción del tiempo. Qué lejos quedaba todo: sus clases de hogar, las horas perdidas en la capilla del colegio de monjas.

Qué distante Ramón. Y haciendo cuentas, solamente habían pasado tres años de todo aquello.

Ocupada en preparar la inyección para el tratamiento de Arturo no puso atención a la conversación entre susurros que unos metros más allá mantenían Lucrecia, Expósito y el Sevillano mientras estudiaban juntos un lugar seguro donde esconder al joven.

—Pensemos —le decía Expósito a Lucrecia—. Usted por mí y yo por usted.

Llevaban un buen rato en ese circunloquio sin llegar a encontrar el escondrijo idóneo para el chico.

Sacar a Arturo de la ciudad parecía la única solución momentánea, pero el estado de salud desaconsejaba por completo cualquier tipo de viaje y refugio rural. Antes tenía que superar la fiebre, ponerse fuerte y recuperarse al máximo. De eso no se habló en ningún momento, pero todos sabían que sus pulmones nunca lograrían volver a ser los de un joven de su edad.

La mejor idea la tuvo el Sevillano. De pronto se le ocurrió que, si las novelas de detectives fueran ciertas, el lugar del crimen sería el último rincón donde irían a buscarlo. Lo miraron atónitos y llenos de esperanza. El Sevillano reveló que en la fábrica existía una azotea perfecta para esconderlo, un minúsculo altillo soleado que nadie más que él conocía, y

descubrió cuando fue a dar allí por culpa de las palomas y sus crías camufladas en una de las chimeneas antiguas.

Pensaron que no era una mala idea. Tampoco se les ocurría nada mejor.

—¡Esto sí es una sorpresa! —dijo Expósito. Se sentía orgulloso del hallazgo del chico—. Deje que investigue, señora Lucrecia, y mañana le decimos algo sobre el palomar. —Ni el triunfo de la revolución de los trabajadores ni doña Lucrecia vestida de miliciana eran argumentos suficientes para apestar a Expósito de utilizar trato de patrona siempre que se dirigía a ella.

El sindicalista Jeremías Ferrol, con fama reconocida de activista cabezón y disciplinado, se ocuparía de escribir la lista con los pros y contras de la propuesta del compañero Expósito. Entre las ventajas que la fábrica a sus órdenes podría obtener del hijo mayor de Antonio Ramoneda, subrayó el conocimiento probado que el heredero poseía sobre temas de administración y dirección financiera. Dada su condición de primogénito y siendo todavía un niño, su padre lo había endurecido con la obligación de llevar adelante aquella industria nacida de sus propias manos. En su contra estaba ser descubierto en su madriguera, además de la falta de mínimos indispensables para hacer de aquel palomar un sitio acondicionado para la higiene básica. Simón, el cura comunista, solucionó parte del problema proponiendo un ingenio particular consistente en un sistema de taza de lavabo que podía funcionar siempre que el Sevillano se ocupase de recoger la mierda. Arturo Ramoneda, por su parte, debía comprometerse a cumplir a rajatabla un

reglamento cuartelario, a riesgo de implicar gravemente a sus protectores en caso de desobediencia.

—Por descontado que no se aburrirá —dijo el sindicalista.

Y no se aburriría. El trabajo pensaban dárselo en proporción a lo que su convalecencia fuera permitiéndoles. El mayor beneficio de su nuevo escondite era ver el sol, respirar el aire del mar, que estaba a dos pasos, y un cielo que prácticamente podía ser acariciado día y noche.

Los de la fábrica aceptaron la reclamación de Lucrecia Palop sobre la necesidad de un enlace entre ellos y la familia con el propósito de mantenerla informada sobre la salud del chico.

—No cantemos victoria —dijo Arturo mientras lo trasladaban.

Por su aspecto, todavía parecía un moribundo. Exhausto pero con brillo en los ojos, se dejó llevar por sótanos, escaleras, pasadizos, puentes improvisados y graderías hasta que pudo ver, con la misma sorpresa de la primera vez, la luna, las estrellas y las luces de una ciudad en la que aún no habían asomado los desastres de una guerra. Solamente la cepa del preámbulo.

La guerra, o parte de ella, se encontraba ahora en el mar, frente a las costas de Mallorca, en donde Valentina Mur no pensaba en otra cosa que en conquistar las islas para la

República ni se acercaba a ningún hombre, a no ser que se tratara de un herido o compañero necesitado.

En Barcelona, mientras tanto, también se hablaba de la expedición. En la única visita que a Mercedes se le permitió para ver a Arturo, con motivo de practicarle el neumotorax y dar las instrucciones precisas al Sevillano —responsable a partir de ese momento—, contó a su hermano que la bella libertadora se encontraba luchando en primera línea de batalla.

—¡Qué desastre! —dijo él.

En el periódico reseñaban las aventuras de los valientes exponiendo, a las claras, un orgullo impostado. Ahora que conocía dónde se encontraba su amor aspiraba a saber también cuándo era su cumpleaños.

—Allí la tienes, luchando como un hombre entre fusiles, bombas, granadas e hidroaviones.

Esas palabras, sin embargo, en lugar de deprimirlo, tuvieron un efecto positivo en la salud de Arturo. Daba por supuesto que Valentina viviría. Decidió que seguir a diario las noticias de la expedición de los barcos catalanes iba a ser una de sus nuevas ocupaciones. Mientras intentaba mantenerse optimista, las crónicas de los periodistas eran cada vez más desesperanzadas. Nunca se vio batalla tan vanidosa y triste en Europa como la organizada por un país más inducido por las divisiones de partidos que por la unidad de una victoria común.

Una noche soñó que ella le decía: «¡Ahora vuelvo!» Se tomó el aviso como un presagio. Despertó aliviado por tener que esperar muy poco.

Asumiendo que sus cuidadores lo necesitaban se puso rápido con el trabajo encomendado. Estudiaba los archivos de la fábrica y tomaba notas. Sus protectores parecían satisfechos. Con el fin del verano, también los días eran más cortos. A Valentina la estuvo viendo de lejos, encaramada a un montículo y disparando contra un enemigo tan próximo como peligroso. Prefería imaginarla de noche, bajo la luz de la luna y acostada de lado, como duermen las mujeres cuando sueñan que son felices, ignorando aún que para conocer la vida de Valentina en las islas bastaba con acercarse al cuaderno de notas en el que ella escribía anécdotas y pequeñas reflexiones sobre la experiencia de la guerra, su cometido en ella y los peligrosos desembarcos.

7 d'agost. El comandante Bayo, junto con los destructores Almirante Miranda y Almirante Antequera fan veure que hem recuperat les illes d'Eivissa i Formentera per a la República. Ja, ja, ja... que m'ho cregui.

Dentro del cuaderno desfilaban mapas topográficos señalados con letra diminuta escrita a vuelapluma. A veces, en catalán, otras veces en castellano. Y, en momentos más apremiantes, Valentina mezclaba los dos idiomas como si las conversaciones de sus compañeros de armas vinieran a entrometerse en sus sentidas acotaciones.

Preocupada en construir un mundo nuevo, el día en que cumplía veintidós años se remitió este regalo particular:

Es necesario que hombres y mujeres trabajemos y luchemos juntos, codo con codo; de lo contrario, nunca conseguiremos la revolución social.

La vida de ciudad había terminado para ella. Qué rápido se había acostumbrado a ser otra persona. Al principio se sintió decepcionada: los milicianos trataban a sus compañeras con la misma falta de vergüenza y grosería que solían emplear en la vida corriente. Nada más llegar a las Baleares, formando parte de un batallón femenino de la Agrupación de Mujeres Libres, se dio cuenta de que sus reivindicaciones feministas seguían siendo igualmente necesarias en el fragor de la guerra que en los tiempos de democracia o paz.

Sería feliz aquí si no fuera porque los hombres abusan del alcohol y algunas mujeres del favor de la entrepiera... La comida es buena.

A medida que avanzaban las páginas del cuaderno se hacía más visible el desencanto de las tropas y el caos consecuente en la organización, debido a la falta de disciplina y estrategia militar, que auguraba fatales expectativas.

Aún no han desembarcado en Mallorca y ya se ha dado cuenta de la hipocresía y el cinismo político que exhibe el capitán Bayo, el jefe máximo de la expedición. Éste se dedica a anunciar a bombo y platillo la conquista de las islas cuando lo único cierto de la supuesta victoria ha sido la rápida entrega de los ibicencos a la República.

8 de agosto. Ibiza nos recibe con los brazos abiertos. Con un héroe de cartón como Bayo veo difícil el desembarco en Mallorca.

Proseguía con un resumen sobre la situación en que se encontraba el destacamento republicano. Incluía datos que podrían serle útiles a su regreso. Según sus cálculos, la expedición contaba con unos siete mil hombres y quinientas mujeres encargadas de los servicios auxiliares, enfermería y combate. Además de la flota republicana, disponían de catorce aviones preparados para el ataque. Sin embargo, el capitán Bayo, una vez desembarcados en la isla de Menorca, presumía ante la tropa de que los isleños estaban desmoralizados. Perdidos.

La mayoría de los que han venido al combate vive convencida de que esto es una excursión militar. No hay disciplina de ningún tipo y cada uno hace la guerra por su cuenta. Se agrupan por partidos, con jefes inexpertos, improvisados para cada actuación. Los grupos están divididos y no se ponen de acuerdo. Como si fueran rivales, siempre peleando entre ellos. No quieren someterse a la conducta militar y van a su aire. ¡Viva la Pepa!

Por lo que parece, Bayo seguía dudando entre un ataque frontal contra el enemigo o emprender acciones puntuales. Mientras tanto, el mar dominaba varias páginas. Escribir sobre el mar era la única fiesta que se permitía.

¿Quién dijo que el mar era la muerte? Sentir las olas tomarse infinitas molestias para acariciar tus pies es algo

admirable. Muchas compañeras se pasan el día en la playa, bañándose y gastando bromas con los milicianos. Lo cierto es que el tiempo es espléndido: invita a soñar, a mirar el paisaje y a no hacer nada. Pero esto es una guerra.

Valentina trataba de ser optimista pese a que la realidad diaria la enfurecía y lograba ponerla de mal humor. Con su forma de actuar se estaba ganando la antipatía de muchos reclutas. En cualquier caso, el 16 de agosto sería la fecha clave para el ataque:

Hoy hemos tomado Porto Cristo. No ha sido un ataque frontal. Seguimos lejos de Palma. Los aviones han trabajado correctamente. Apesto. Faig pudor a corral. Estoy agotada pero viva. Creo.

¡Qué desmoralizante era todo! La víspera del asalto, una vez en Mallorca, el pronóstico del capitán sobre el triunfo inmediato de la flota se veía mermado por el comportamiento de una gran parte de los milicianos, que dedicaban todo el día al saqueo y la quema de iglesias. «Perdent un temps precios per atacar les tropes nacionals.» Contó que al fin habían podido conseguir unas mantas para dormir a la intemperie. Como gran noticia explicó que habían bebido café y habían comido sobrasada. Parecía contenta. Había puesto orden en su mochila. Seguía con sus compañeras de batallón aunque se dibujaba del fracaso en su intento de convertir en guerrilleras a las prostitutas que le parecían más espabiladas, obligándolas en muchos casos a construir barricadas y trincheras.

No hi ha hagut manera. Prefieren la compañía de los hombres. Dicen que les pagan con amor y que andan muy necesitadas de cariño, las muy frescas.

La ofensiva de Mallorca no había hecho más que empezar. En ese escenario sublime de la costa mediterránea —pinos verdes, rocas ocres, grises y rosadas— unos y otros se preparaban para matarse mutuamente.

De madrugada, el batallón de mujeres había conseguido encontrar su propio frente de combate. Disparaban a mansalva, con los ojos abiertos, lo que sin duda era otro punto a favor para las guerreras primerizas. Valentina escribía cuatro notas rápidas que daban cuenta del ataque abierto de la mañana, y aprovechaba para volver al cuaderno durante el turno de descanso. Comían. Después de una cena en la que se dedicaban a contar sus experiencias bélicas, y antes de que volvieran a encenderse los cañones fascistas, aún tenían ganas de cantar habaneras y tangos argentinos. Anotó que el cuaderno era su tabla de salvación; la ayudaba a mantener el ánimo. De las mujeres de su compañía, ella era la más silenciosa. ¿Por qué? No lo sabía. Tal vez porque sólo sentía deseos de gritar. «Hemos matado a uno, a dos, a tres, a cuatro», oía que decían en todas partes. Creía que había conseguido no matar a nadie. Quienes de verdad mataban a fascistas eran los que tenían la suerte de tener las mejores armas.

Lo primero que hizo al despertarse, después de un sueño débil y accidentado, fue vomitar su disgusto en el cuaderno. En algún momento de la noche tuvo necesidad de ir al baño. Mientras caminaba bajo los pinos, en dirección a los retretes improvisados, dos milicianos le salieron al paso.

—¡Capitana!, ven con nosotros a divertir el cuerpo. Ni se molestó en mirarlos. Sentía sus pisadas. La siguieron de cerca.

—Si quieres, te ayudamos.

«Son dos contra uno», pensó ella.

No les tenia totes. Eren repugnants. Depravats de maneres i fins i tot violents.

Se puso en jarras y los mandó a freír espárragos. Así de claro. No llevaba fusil, cosa que lamentó. La oscuridad sólo le permitió oír los jadeos obscenos de los asaltantes. Ni siquiera vio sus caras. Uno la agarró por la cintura mientras que el otro trató de babosearla apretándola a la fuerza por el cuello.

Si los nuestros actúan como bestias qué harán los enemigos. Uno de ellos se ha bajado los pantalones. Que si yo era una monja disfrazada de anarquista. Que si te voy a joder, mala puta. Etcétera.

Seguía una pequeña reflexión a propósito de sus gritos de auxilio, de la patada en los huevos que dio a uno, de la carencia emotiva de la mayoría de hombres y de la madre que los parió.

Es terrible contemplar cómo los hombres se convierten en animales. Les fastidia que las mujeres pensemos con la cabeza mientras que ellos rumian con la cola.

Cuando lo peor estaba por llegar y el más forzado la tenía agarrada por el pelo, una voz de pantera saltó en la negrura.

—You people, shut up!

La mujer que gritaba en inglés hablaba en serio. Con su fusil en el hombro apuntaba a matar a los degenerados. Valentina reconoció la voz: era Margareth Zimbal, la alemana. La brigadista a quien todos llamaban Putz.

«¡Moveos rápido antes de que os haga papilla a los dos! ¡Fascistas de mierda!», les ha soltado a la cara el peor insulto que puede darse a un soldado republicano. Aunque lo de «soldado» mejor ponerlo entre comillas.

Los milicianos desaparecieron tragados por las sombras mientras iban murmurando entre dientes su opinión sobre las mujeres:

—Putas por dentro y hienas por fuera...

La alemana se atrevió a decirles a la cara que esta guerra no era para cobardes.

—¡Una, dos y tres!... ¡Fuera o disparo! —siguió amenazando con el fusil a punto de tiro. Valentina suscribía la valentía de Putz. ¿Por qué no había hablado con ella antes? Solía fijarse en su comportamiento enérgico cuando la veía pelear junto a los

artilleros. Una chica más bien flaca, de pelo rubio ceniza, que apenas llega a la veintena. No se parecía a nadie. Putz, escribió varias veces. Le gustaba el nombre.

Es la compañera de otro alemán que nunca abandona la primera línea del frente. Se presentaron como voluntarios. Desde hoy somos amigas íntimas. Me cuenta que se escapó de la casa de sus padres en Dusseldorf para venir a España con su compañero Otto a luchar por la libertad. Su familia pertenece a la alta burguesía alemana, de la que reniega, claro. En resumen: una noia de casa bé amb més pebrots que un home.

Muchos compañeros hablaban de Putz como una muchacha excepcional. No se les escapaba su belleza. La llamaban el Ángel Armado o el Ángel Rojo. Entre susurros, antes de caer dormidas cerca la una de la otra, tomaron la decisión de informar al capitán Bayo sobre lo sucedido. Las dos estaban de acuerdo en que esa clase de milicianos desprestigiaban las columnas republicanas. Se merecían un castigo ejemplar para evitar que se repitieran escenas como la de esa noche.

Terminó la página diciendo:

Lo sorprendente es que Putz también lleva un cuaderno en el que escribe mensajes sobre la belleza. Ama el mar, las gaviotas y los sanatorios.

Aún no eran las siete cuando un avión caza del bando rebelde asomó en un cielo ebrio de metralla. Todas las mañanas los despertaban aviones enemigos. Ver caer bombas se convirtió en una distracción para los dormidos

combatientes. Se daba por hecho que los fascistas estaban mejor organizados y disponían de un armamento muy superior al republicano. Los fascistas recibían toda la ayuda de los aviones italianos. Valentina seguía haciendo referencias constantes a la poca o nula efectividad en la operación de ataque dirigida por Bayo.

Aquí no manda nadie. La maniobra de combate al enemigo no es que haya sido mala; peor aún: no ha existido. ¿Distraer al enemigo? ¿Qué ganamos con eso? Habría que pelearlo por tierra, mar y aire. Sin cautela. Putz está de acuerdo.

Los ataques se volvieron más feroces. Hombres y mujeres buscaban refugio donde podían. Valentina iba y venía a la línea de avanzada, donde el tiroteo era constante. Los compañeros se quejaban de la presencia de mujeres en el frente con la excusa de que perdían demasiado tiempo en protegerlas. Querían ser los únicos héroes. Les molestaba la competencia femenina.

—¡Mirad los fascistas! No porten dones.... Les dones a casa!

Valentina no se callaba:

—Babaus, més que babaus! Es per aixó que lluitem contra ells! Si serán beneits!

Cuando al terminar la tarde consiguieron localizar al capitán Bayo le informaron de lo sucedido la noche anterior con aquellos mamarrachos que intentaron violar a Valentina. El capitán se limitó a echarles un rapapolvo.

—Esto es la guerra, señoritas.

El muy tunante casi les echó la culpa por ser mujeres. Acto seguido les lanzó la prédica de que no quería hembras en la tropa, ni pegando tiros ni en la playa bañándose como Dios las trajo al mundo. Y si lo apuraban, tampoco en la cocina.

El capitán era un tipo alto, bien parecido, mantenía impecable el uniforme azul de aviador y no dejaba la gorra en ningún momento. Decían de él que había nacido en Cuba. Se le notaba un acento peculiar al hablar, como si fuera canario.

—¿Y de los hombres qué me dice? ¿Ellos sí pueden bañarse en pelotas? —le increpó Valentina.

Sólo logró hacerle entrar en razón cuando decidió confesarle su trabajo como periodista. La palabra mágica había tenido su efecto.

—¡No, no! No es por ustedes que me quejo. Hay mucha indisciplina y desorden de mando, capitanas... —se lamentó.

Ellas trataron de comprenderlo. Sonrió por primera y única vez. Les ofreció cigarrillos, que ellas aceptaron. El capitán se sentía abandonado por el gobierno de Madrid. Las tropas nacionales lo tenían retenido en el mando y le obligaban a esperar a que, desde Barcelona, le redoblaran fuerzas y material. En modo alguno le faltaba valor, la escasez venía dada por la tropa insuficiente con la que contaba, formada en su mayoría por anarquistas, socialistas, independentistas, aventureros, vagabundos, ex presidiarios y un número importante de extranjeros. Eran parte de la multitud armada

que había estado recorriendo las calles de Barcelona como respuesta a la sublevación de los militares. De las cien mujeres que tenía a su mando, algunas, como las que ahora tenía delante, resultaban ejemplares.

—Caso aparte. Cien son también el número de banderas que acabo de pedir al gobierno catalán. «Remitan cien banderas catalanas para delimitar bien nuestros frentes.»

Les confesó sentirse orgulloso de sus milicianos. Les recomendó seguir en la lucha, volver a sus puestos y prometió tomar medidas disciplinarias contra esos despreciables.

Si había hablado en serio, ellas no se atrevían a asegurarlo. Putz estaba arrepentida de no haber disparado a aquellos degenerados. «De-ge-ne-ra-dos», repetía con su acento alemán de vocales muy exageradas. Se lo merecían. Sí, claro que sí.

En el campamento había tristeza. La derrota estaba próxima. La línea de avanzada se iba retrasando. Amanecía.

Esa tarde había visto caer al valiente Otto, el compañero de Putz. Una bala enemiga, venida del otro lado de la trinchera, lo derribó a pocos metros de donde se encontraba ella, lanzando granadas al bando contrario como si fueran huevos; contándolas meticulosamente para no malgastarlas. El disparo de un tirador certero lo había dejado malherido. Pero lo más duro fue ver a los rebeldes abalanzarse sobre el alemán para acabar de masacrarlo. Tampoco fue el único en morir. Los

fascistas, en una maniobra inesperada, se habían lanzado sobre varios compañeros. Todos muertos.

Lo peor ha sido tener que decírselo a mi querida Putz. No encontraba palabras. Nos hemos abrazado unos segundos porque en seguida me ha pedido: «Quédate aquí.» La he visto caminar sola con el rifle a la espalda yendo en busca del cuerpo de su amante. No teme a la muerte. Va a por ella.

En las horas más tristes, Valentina se permitió hacer una digresión sobre el significado del amor en tiempos de guerra. «¿De qué manera se engrandece el sentimiento? ¿Cómo es posible que el amor se convierta en el gran todo de la vida de alguien que precisamente se presta a morir por una causa contraria al amor?», se preguntaba. Fue en ese momento cuando por primera vez, desde su llegada al frente, se acordó de Arturo. Escribió con nostalgia:

Ay, la luna... Durante la noche se oyen jadeos y resuellos que no hacen ningún bien al resto de la tropa. Aquí nadie piensa en el amor sino en la primera oportunidad de desahogar el cuerpo. También lo entiendo. ¿Dónde está Putz? ¿Dónde se habrá metido esta mujer?

Un mediodía de finales de agosto, mientras Valentina se lavaba en la playa junto a las rocas, conoció a unas enfermeras de Barcelona y no tardaron en hacerse amigas. Eran alegres, a la vez que sensatas. Sabían muy bien a qué habían ido. Una tenía un título universitario. Comentaban entre ellas que los

enfermos se quejaban de la comida, escasa y mal cocinada. A los heridos los ponían en el suelo, contaba una, mientras que el equipo médico y milicianos integrados en los comités elegían buenas provisiones y se acostaban en literas.

«Si a esto lo llaman revolución —ha dicho Ofelia—, que venga Dios y lo vea.»

El encuentro fue especial y agradable para todas. Prometieron verse tan pronto como tuvieran un minuto de descanso. Muertas de risa y con el cabello chorreando salieron corriendo a sus puestos de trabajo.

Por el campamento se oían cosas, por ejemplo que comunistas y gobierno se declaraban contrarios a la expedición a Mallorca. Por lo visto, habían ordenado a Bayo el regreso inmediato de las tropas. La mañana del 3 de septiembre, Valentina señaló en su cuaderno dos grandes acontecimientos: el avance del enemigo y la deserción de los republicanos; el principio del fin. Tomó nota de los bombardeos por mar y aire. Seguían, luego, páginas en blanco con signos de exclamación, dibujos de estrellas y algún número de teléfono. Debían destinar todo su tiempo a buscar refugios nuevos. Y también impedir dejarse llevar por el desánimo. En otra página había escrita una sola frase: «Huyendo como conejos.» Más adelante, alabaría el comportamiento de las cuatro enfermeras decididas a quedarse allí, cuidando a los heridos, junto a los más valientes. Decididas. Valerosas. Pasara lo que pasase. Por primera vez, el miedo se dejaba ver en los ojos amarillentos de los pocos milicianos que todavía resistían el embate.

Estaba en su lugar estratégico entre las rocas cuando Putz fue a buscarla.

—Nos vamos —le exigió como una imposición—. Quedarse aquí es un suicidio. Harán caldo con nosotras.

—¡Pero Putz, acuérdate de dónde estamos!

—Coge la mochila y largando —le ordenó.

«Si lo dice Putz —pensó Valentina— es probable que sea cierto.» La alemana hablaba un castellano seco y tozudo, copiado del de sus compañeros de trinchera. Se le había pegado el acento del aragonés encargado de entregar las municiones y la misma mala leche al hablar. Pero Valentina no estaba dispuesta a rendirse tan fácilmente.

—No soy una desertora —le dijo.

Putz escupió en el suelo.

Para terminar de convencerla de la derrota le señaló un argumento irrefutable.

—Se han ido todos. ¿No lo ves?

Valentina veía cabezas escapando hacia el mar. Barcas en la orilla subiendo a refugiados.

—Esta incursión ha sido un fracaso desde sus comienzos.

Valentina asintió. La polvareda de las detonaciones les tapaba la vista. Siguió a Putz hasta la playa, donde quedaba una barcaza dispuesta a socorrer a los últimos que aún resistían. Con la idea de salvar cuantas más vidas posibles, los barcos republicanos anunciaron la retirada.

—¡Los heridos! —gritó Valentina desde una roca.

Al parecer habían decidido dejarlos en tierra. Se negaban a cargar con ellos. Ella protestó una y otra vez. Hasta los médicos se habían fugado. Le contaron que, definitivamente, las enfermeras habían elegido quedarse con el practicante. Menudo consuelo. «Es nuestra obligación», dijeron ellas sin pensarlo dos veces y sabiendo muy bien el peligro que corrían.

Si no hubiera sido por Putz, Valentina hubiera vuelto atrás. Tampoco estaba convencida del todo. Había tenido que tomar una decisión que le disgustaba, y no dejaba de lamentarlo en cada paso que daba hacia la fuga.

El repliegue de la tropa estaba siendo más peligroso de lo previsto. Mientras corrían hacia la orilla tuvieron que ir sorteando bombas. Los aviones, galanes de la inmortalidad, volaban cada vez más bajo. Algunos milicianos aprovechaban para insultar a los pilotos.

—Somos unas cobardes. Admítelo —le dijo a Putz con los ojos llenos de lágrimas. Una vez en el barco no pudo dejar de pensar en sus amigas—. ¿Qué harán con ellas los fascistas?

Valentina no llegó a saberlo nunca. Cuando pensaba en sus amigas de Barcelona las veía contentas, indefensas, atareadas. Toda la guerra estuvo preocupada por averiguar si habían conseguido salir con vida de la trágica encerrona de la que fueron víctimas. No perdía la ocasión de preguntar por ellas a cualquiera capacitado para darle información. Recordaba sus nombres, pero no sus apellidos.

¿Las enfermeras catalanas de Bayo? ¿Quién podía darle algún tipo de información sobre ellas? La pregunta siempre caía en saco roto. Algunos pensaban que se habrían salvado. «¿De veras?», apuntaba ella para tranquilizarse.

La respuesta final tardó demasiados años en descubrirse.

Sangre y muerte. Sangre, sangre y olvido con el que tapar ese asunto desgraciado de la guerra.

Cayeron prisioneras la noche del 4 de septiembre, el mismo día que Putz, Valentina y otros rezagados consiguieron escapar de la derrota. La venganza de los vencedores había sido terrible. Los hombres fueron fusilados el mismo día de su detención dejando a las mujeres como trofeos de guerra. La suerte de las enfermeras fue distinta: las detuvieron junto a los veinte heridos a su cargo, que fueron ejecutados. Muertos los hombres, a ellas las trataron «como reinas», según decían sus verdugos. Primero se dedicaron a exhibirlas desnudas de una punta a otra de la isla. Al camión que las llevaba lo llamaban «el botín de putas» y así lo señalaban comparsas y escoltas que iban tras ellas, haciendo gala de que esas mujeres no merecían otro nombre. Entre una exhibición y otra las fueron pegando,

violando y acuchillando todo lo que quisieron. Una de ellas era pianista, otra profesora y, según se supo después, también había una monja. Sufrieron violaciones en cadena coreadas con las frases más groseras que puedan salir de boca alguna. Los fascistas tenían pactado que el suplicio de las jóvenes no debía tener otro fin que la muerte lenta que sus verdugos dirigían. Les rompieron los dientes a puñetazos, les desgarraron la vagina, les cortaron los muslos a filetes y, a fuerza de dentelladas, despedazaron sus pechos.

Cuando ya no quedaba de ellas más que la vergüenza de morir, abandonaron sus restos en cualquier basural de la isla romántica.

Durante la travesía de regreso del *Marqués de Comillas* a Barcelona los tripulantes evitaban mirarse a la cara. Apenas se habló en el barco. Eran seres distintos a los que partieron felices a la aventura mediterránea de la libertad. Jamás podrían olvidar aquella derrota. Sus caras expresaban rabia y temblor. Dormían despiertos. El retorno de los sobrevivientes estaba siendo el extremo opuesto a la excursión de aquellos incautos y valerosos combatientes que unas semanas antes zarparon felices rumbo a la innegable victoria. Era la primera derrota de la revolución y no encontraban otro modo de afrontarla que un mutismo tenaz y la desesperanza ciega.

Al tocar puerto, despuntando el día, alguien del barco encargó a Valentina Mur llevar a un grupo de compañeros al local del POUM, en un antiguo hotel situado en las Ramblas

conocido por dar alojamiento a milicianos y brigadistas extranjeros. Diez minutos más tarde, los combatientes llegaron al local sin hacer ruido, cual fantasmas noctámbulos, buscando confundir sus sombras con las de otros soldados que iban o venían del frente y las de algunos curiosos decididos a no moverse del edificio, tratando de seguir de cerca el desarrollo de los hechos. Valentina, gracias a su talento natural para manejarse en las situaciones más delicadas, se ocupaba de la intendencia. Se negaba a juzgar a ninguno de su grupo, mientras pensaba en qué hacer con ellos.

En verdad, el hotel estaba lleno a rebosar de milicianos y no había espacio donde alojar a los recién llegados, así que, con la ayuda de manos peregrinas y un relativo interés por complacer a los derrotados, fueron apareciendo colchones y mantas con los que improvisar camas en pasillos, rellanos y rincones. Las mujeres en un espacio, los hombres en otro. Mientras tanto, en la planta baja del antiguo hotel la mayoría se dedicaba a beber de unos barriles de vino que levantaban y vaciaban con avaricia.

«Bueno, ya estamos aquí; he luchado y he sobrevivido», pensó Valentina mientras miraba una multitud de rostros congregados a su alrededor que requerían una explicación. Tenía que ver la escena a través de unos ojos bañados de seguridad y confianza. No le gustaban los lloriqueos. Tampoco podía defraudarlos.

Deseaban conocer de primera mano lo sucedido en las islas. Los periódicos se habían ocupado de propagar la noticia de la capitulación aunque, lejos de llamarla así, empleaban términos

más optimistas como «tregua de la acción» o «relevo de tropas». Pero a quienes aguantaban en el local del POUM, milicianos en su mayoría, les interesaba la crónica real de la batalla. Sin patrañas.

Valentina fue contundente. Era buena oradora. Se subió a una silla y habló claro, alto y sin rodeos, en un castellano que pudiera entender todo el mundo, incluidos los periodistas extranjeros que inundaban el edificio y las aceras colindantes.

—Nos han utilizado —dijo la miliciana—. Primero, las cosas claras: hemos sido instrumento de los partidos locales, cuyos políticos están más interesados en sueños catalanistas que en la lucha por la libertad y la revolución. ¡Viva la libertad! —gritó—. ¡Viva la República!

Allí estaba ella lanzando su proclama como una política profesional. Y por qué demonios tenía que representar ese papel que, por otro lado, detestaba. Era ridículo y, al mismo tiempo, inevitable. Esos hombres y mujeres necesitaban de su credibilidad. Su amigo predilecto había muerto en la guerra: consideraba a Otto uno de los grandes héroes inocentes de la expedición fracasada.

Siguió un relato sobre las adversidades de la expedición, haciendo hincapié en los motivos que la habían propiciado. Ambición de unos, publicidad de otros, intereses nacionalistas injustificados. Su discurso resultaba convincente por lo sincero y apartado de consignas políticas.

—Es más, sigo persuadida de que los republicanos habríamos ganado las islas a los rebeldes si los altos mandos no hubieran

perdido un tiempo precioso de tan confiados como estaban en la victoria.

En ese momento fue muy aplaudida. Habló y habló pensando en su padre, sorprendida ella misma de que su voz y sus ademanes fueran iguales a los de aquel profesor valiente y honesto que los rebeldes no dudaron en asesinar el día de la gran victoria. Sus manos alzadas se movían con la misma lentitud confiada del anarquista Sócrates Mur cuando impartía discursos políticos o dictaba clases de economía productiva.

El suyo fue celebrado sin exageración pues, por buena que hubiera sido su elocuencia, la voz del fracaso no permite aleluyas. Al fin y al cabo, hablaba una mujer. Hermosa, valiente, pero sin retaguardia de partido político dispuesto a apoyarla.

—Te estás preparando para ministra —le había dicho Putz minutos antes de que pronunciara la soflama. La sarcástica Putz. ¿Dónde se había metido?

La descubrió apoyada en una de las columnas del salón, sentada sobre un montón de sacos y entretenida en desafiar la turbulencia de la meteorología circundante. La alemana parecía dispuesta a enfrentarse al tifón siguiente. A su modo de ver, la palabra no valía un pimiento cuando existían balas más eficaces para cantar victoria. Ésa era la cara que ponía Putz. Sin embargo, a Valentina se la veía hipnotizadora departiendo con los soldados su vasta filosofía sobre la vida y la muerte. Putz, por su lado, contaba los minutos que faltaban para salir hacia el frente de Aragón, donde aspiraba a cumplir

con su deber revolucionario. «Antes muerta que jodida», le había enseñado a decir una gitana mallorquina con la que compartió rancho y trinchera. Y ella repetía, una y otra vez, la frase de marras con la naturalidad de una duquesa ofendida por el infierno del mundo.

Junto a Valentina, subido en otra silla, otro compañero se afanaba en pregonar la lista de bajas del combate. Tenía un papel en las manos.

—Tampoco han sido muchos —dijo. Cuando conocidos de Otto escucharon que su nombre estaba entre los fallecidos se acercaron al rincón donde la rubia leona movía su melena como fiera dormida.

—Sí, ha muerto —les dijo—. Sí, sí. Nadie vive para siempre. Pero ¿por qué ponerse a llorar ahora?

Los despidió con una mueca indecisa, como si nieblas y reticencias se desvanecieran tras sus ojos, informándoles de que al día siguiente pensaba irse de Barcelona para reincorporarse al frente.

La noticia asombró a la audiencia entera. Y visto y no visto, el Ángel Rojo se convirtió en símbolo ferviente de los revolucionarios. Al llegar a oídos de Valentina la decisión terminante de Putz, fue donde estaba su amiga resuelta a no moverse de su lado hasta convencerla de que su alistamiento inmediato no era obligatorio. Ni conveniente. No todavía.

—Sé de lo que hablo —le dijo varias veces—. Desde luego hay que pelear, pero no en este estado cataléptico. ¿Qué tontería se te ha metido en la cabeza?

Agarró la mochila de Putz como si fuera a robársela.

Hacía tiempo que no se enfadaba con nadie. Después de un combate tan costoso e inútil, los expedicionarios merecían un descanso. Y Putz, en particular, más que ninguno de ellos; la invitó a pasar unos días en su casa, para ducharse y hablar, intercambiar pensamientos y olvidos. Le pasó un vaso de vino creyendo que la ayudaría a sosegar y mitigaría esa ansiedad guerrera y revanchista que la estaba carcomiendo. Pero ella seguía firme como una roca. En su opinión, Putz estaba demasiado herida para soportar otro nuevo combate y el entusiasmo que ponía en la seguridad de la victoria la llenaba de suspicacia. Le acarició el cabello.

—Oh, Putz, hazme caso.

Se la veía ingenua y dulce a la vez que fuerte y valerosa.

La alemana, mucho más tozuda que los brigadistas chinos (había unos cuantos asiáticos pululando por el hotel), aceptaba los consejos de Valentina sin contradecirla, aunque al mismo tiempo siguiera tenaz en mantener su desacuerdo con ella.

—Así es la vida —le dijo—. No podrás cambiarme.

Pobre Putz. Le reconoció sus buenas razones para pelear por la revolución pero también le asustaba tanta prisa por lanzarse al sufrimiento.

—Si te esperas, iré contigo.

Putz se negó en redondo. Se había preparado para dormir allí mismo, sobre una manta, y aquella mochila rota le serviría para recostar la cabeza. Vestían las dos el mismo uniforme descosido y sucio de los días de lucha, la camisa con los botones perdidos, polvorientos los pies y las zapatillas destrozadas. Pocas veces Valentina daba su brazo a torcer.

—A eso es a lo que vas ahora: a vengar a tu amante.

Putz sonrió. No se sintió aludida, ni enojada. Había un hombre, sí, que la había amado, y ahora estaba muerto. Pero eso no significaba que no hubiera más gente a punto de morir como Otto.

¿Cuáles eran finalmente los motivos que empujaban a hombres y mujeres a participar en una pelea a vida o muerte? La primera explicación que encontró Valentina fue que posiblemente ella también se había apuntado a la batalla de Mallorca para vengar la muerte de su padre. Allá había ido decidida a desagraviar un dolor sin consuelo ni memoria. Muerte llama a muerte. La sensatez del mundo era demasiado endeble para lograr convencer de que un dolor se repara con otro. Arrancó una hoja de su cuaderno y apuntó su número de teléfono. Luego, la dobló en cuatro y metió el papel en el bolsillo de Putz.

—Júrame que tendrás cuidado —le dijo al irse.

En el tranvía que la llevaba de vuelta a casa, Valentina no paraba de darle vueltas a las secuelas de la derrota. Perdidas definitivamente las Baleares, Franco se serviría de las islas mediterráneas como puente para enviar desde allí aviones italianos y alemanes a descargar sus bombas en Cataluña. Se entretuvo mordiéndose las uñas machacadas por los tristes días de odio y sufrimiento, mientras la lentitud del tranvía le permitía vigilar la ciudad a través de la luz de algún escaparate. Para colmo, el tranvía paró en seco entre las calles Rosellón y Provenza. Barcelona estaba a oscuras. Los altavoces situados estratégicamente en aceras y plazoletas se dedicaban a emitir alarmas que anunciaban un simulacro de bombardeo, organizado por los mandos en vistas a tener preparada la ciudad en caso de ataque. Obedientes, los pasajeros fueron bajando del tranvía uno después de otro. Habría podido volver a casa a pie pero prefirió no moverse del asiento, dueña de un silencio oscuro que ahora buscaba como aquel armario donde se encerraba de niña cuando quería sentirse fuerte e inspirada.

Se acordó de Putz y se preguntó qué habría hecho si el 19 de julio, fecha del alzamiento nacional, el disparo de un militar amotinado no hubiera ido a dar a la cabeza de su padre, Sócrates Mur, matándolo al instante.

La vida le daba la razón. Tenía que seguir las simetrías que ésta le dictaba a golpes.

Hasta la fecha del levantamiento de los militares, en cuestión de armas, Valentina había sido una incompetente declarada. No tenía ni idea de cómo se cargaba un fusil ni había pensado en aprenderlo nunca. Pero aquella mañana de julio, con los

militares en pie de guerra dispuestos a todo para derribar la República, estudiantes y profesores se reunieron en asamblea en el patio de la universidad dispuestos a proveerse de armas y salir de inmediato a la calle a defender Barcelona del asalto militar. Aquella ciudad se hacía querer por sus habitantes porque, a la manera de las amantes experimentadas, estaba siempre a disposición de sus ciudadanos.

Las primeras horas del golpe militar fueron históricas para Barcelona. Un hervidero de pavor y entusiasmo dominó a sus habitantes. Todo valía en esa lucha popular: desde macetas y otros objetos contundentes lanzados desde los balcones, hasta armas y cañones confiscados a los vencidos. Guardias y fuerzas del orden público fueron sumándose a trabajadores y ciudadanos de todos los partidos en diversos sectores del radio urbano con tal de enfrentarse juntos al enemigo.

Hacia el mediodía se había conseguido vencer al destacamento de militares que, llegados a la plaza de la Universidad, fueron llevados a la fuerza hasta la plaza de Cataluña, donde se encontraba otro de los pelotones fortificados del ejército rebelde. Valentina Mur se unió a ellos casi sin proponérselo. Le pusieron en los brazos uno de los treinta mil fusiles que los anarcosindicalistas habían logrado como botín de una de las casernas vencidas.

—No lo sueltes y dispara cuando lo creas oportuno —le indicó Fermín Reguero, su profesor de gramática española.

Ella abrió el fusil, observó cómo el profesor cargaba el suyo con dos cartuchos y con el ojo doblado, tal y como había

practicado en las casetas de la Fiesta Mayor de Gracia, apuntó a la rama más alta del plátano que tenía cerca. Sonó un disparo enclenque.

—No es tan difícil —dijo.

Tan pronto como volvió a tener el fusil cargado, un compañero gracioso la invitó a imaginar que estaba en la selva e iba a ser atacada por un gorila. Asumió el papel. «¡Adelante, adelante, adelante!», fue su santo y seña a partir de entonces.

En esas horas, sin duda capitales para el devenir del mundo, Antonio Ramoneda estaba sentado a la mesa de su despacho echando pestes contra los adversos designios de la realidad que le caía encima y furioso con su empleado de confianza, Expósito, mientras éste le iba transfiriendo el parte de lo que sucedía afuera. Nunca la lúbrica había estado así de solitaria e inactiva. Los trabajadores se hallaban en el corazón de la lucha y la población pasiva perseveraba en sus casas protegiéndose del terror o también, en muchos casos, dispuesta a salir a ventanas y balcones para aplaudir a los que ya eran ganadores.

El hijo menor del fabricante, Alberto Ramoneda, acababa de llegar a la ciudad suiza de Ginebra con el propósito de realizar gestiones mercantiles para su padre y, de paso, frecuentar a sus amigos bohemios, cantantes y actrices de teatro que eran la debilidad del joven empresario catalán. Arturo, aprovechando los días de verano, se encontraba en el sanatorio para tuberculosos Puig de Olena, donde era tratado como un miembro más de la saga familiar que lo regentaba.

Las mujeres de la familia del fabricante, atentas al desastre, se inclinaron por continuar quietas rezando rosarios y trisagios en la salita de la casa de la calle Anglí. Era la estación del año en que los rosales lucían espléndidos y los católicos seguían hablando diariamente con Dios para suplicar favores o invocar su protección santísima. Por fortuna, la radio era el alma de todos los hogares que podían disponer de ese aparato. Creyentes y ateos se pegaban a ella como lapas. Lo llamaban «el invento del siglo» porque, además de ofrecer compañía, servía para comunicar noticias buenas y malas dependiendo de la forma de pensar que tuvieran sus oyentes.

Expósito sufría por la terquedad del señor Ramoneda, convencido de que si insistía en seguir en la fábrica, como rey en su trono, se presentaría cualquier desgraciado dispuesto a asesinarlo. Alarmado por la situación, le pasaba mensajes de fuga inmediata. No pensaba lo mismo el fabricante, tranquilo por tener la conciencia limpia, pagar puntualmente a sus obreros, confesarse los sábados e ir a misa los domingos.

—Señor Antonio, ya es hora de que se vaya a su casa. Si insiste en seguir aquí lo único que encontrará es una muerte segura. Piense en su familia —le dijo varias veces.

Trató de hacerle ver el peligro que corría quedándose en ese barco vencido y aplastado. Lo avisó de la amenaza de un grupo incontrolado dispuesto a venir a fusilarle.

—Vete tú —le dijo harto de oírlo.

Expósito estaba lejos de obedecer esa orden. Personas como él creían que sus señores les habían salvado la vida. Desconocían la cobardía propia del resentimiento.

Cuando, casi un niño, llegó a Barcelona en busca de trabajo, con una mano detrás y otra delante, como le gustaba decir de sí mismo, y entró a trabajar en Hilaturas Ramoneda, gracias a su buen obrar y a la obediencia de carácter no tardó en convertirse en sombra devota de la familia. Bastaba un aviso de la dueña de la casa para que Expósito, servicial y más que satisfecho de ser necesitado por la señora, cruzase Barcelona tres veces al día para arreglar los plomos eléctricos, matar dos conejos del gallinero o podar el grandioso plátano del jardín. Lo cierto era que Catalina solía aprovecharse de sus servicios y no había día que ella no incorporase algún encargo añadido. «Llévate de paso la basura, Expósito, hazme el favor.» Y el hombre, que nunca conoció otra dicha que la de ser la mano derecha del señor Antonio, también obedecía a su criada. Sin mirar la hora. Porque los horarios, en aquella época, los marcaban gorriones chiflados y campanas locas.

—La verdad, Expósito, no acabo de entender por qué quieren matarme. ¿Por rico o por honrado? ¿Tú qué piensas?

—Por esto y por lo otro —le dijo él, siempre más perspicaz que explícito a la hora de conversar con el señor Antonio sobre temas serios e importantes.

A sus cincuenta años cumplidos, Antonio Ramoneda, de profesión industrial, con un dominio del inglés y del francés que ya quisieran muchos españoles, hablaba castellano castizo

y catalán ilustrado. En Madrid ejercía de catalán, en Cataluña de español, y de liberal demócrata en todas partes. Alternaba con políticos, artistas, industriales y, pese a ser miembro directivo del partido Lliga Regionalista de Catalunya, mantenía buenas relaciones con el gobierno de la República. Alto de estatura, tez blanca, cabello negro y ojos grises, en muchos lugares públicos lo trataban como a un extranjero de alto copete. Quienes estaban al corriente de la música francesa del momento, llegaron a confundirle en muchas ocasiones con el cantante Maurice Chevalier; su talante y su físico eran calcados. Tenía, además, una sonrisa que gustaba a las señoras. Era reconocido por la maestría elocuente de sus discursos, y presidía muchas asociaciones y juegos florales. Fumaba puros y tenía un objetivo muy claro en la vida: contribuir personalmente a mejorar su país sin que ello supusiera la obligación de dedicarse por entero a la política.

Pero en pleno apogeo de dislates históricos sucesivos, en ese día aciago de la rebelión, se avino finalmente a hacer caso de los consejos de Expósito cuando, en una de las últimas llamadas telefónicas al despacho, lo informaron de que los trabajadores de Sala Corominas habían asesinado al dueño de la fábrica, amigo muy querido de Antonio Ramoneda y pareja antagonista, junto con sus respectivas esposas, en el juego dominical de la canasta.

—¡No, no, no! —Dobló los codos sobre la mesa y se cubrió la cabeza con sus grandes manos marcadas por la inquietud y una ira que, a partir de ahora, trataría de dominar haciendo acopio del sentido del humor que lo caracterizaba. Encolerizado como

un oso deseó con toda el alma poder cambiar el devenir de las cosas. Pero quizá le convenía esperar un poco.

—Habrá que irse, entonces —dijo sin mirar atrás.

Se levantó bruscamente y, con la cabeza gacha, empezó a caminar hacia un lado y otro del despacho sin saber qué dirección tomar.

El problema inmediato para escapar de prisa era el tipo de transporte a mano para su traslado a casa. El coche de Antonio Ramoneda había sido requisado esa misma mañana por el chófer y otros compinches suyos, que, en un exceso de rebeldía, lo amenazaron con quemar la fábrica y adueñarse de sus bienes y propiedades. En vano, Expósito trató de hacer entender a su jefe que para los trabajadores que luchaban a brazo partido en la defensa de sus derechos y libertades, el hecho de ser fabricante, fascista, militar o sacerdote formaba parte de la misma oligarquía antirrevolucionaria.

—¡Qué locura! —dijo él—. Conseguirán dividir España en dos bandos irreconciliables. ¿Qué te juegas?

Tanto el tranvía como el taxi, únicos medios de transporte disponibles en aquella fecha funesta y combativa, era mejor descartarlos por peligrosos. Expósito dio con la solución más simple.

—Iremos en carro, señor. Como en los viejos tiempos.

Solicitó permiso a su amo para acercarse a la casa de su cuñado y pedirle prestada la mula. Diez minutos más tarde ya

estaba en la puerta trasera de la fábrica dispuesto a llevar a su señor sano y salvo a la casa de la calle Anglí. Por una vez en su colmada vida, Antonio Ramoneda no puso inconveniente en que otra persona que no fuese Montserrat, su resignada esposa, dispusiera de su indumentaria y de sus actos. Se deshizo del sombrero de fieltro y aceptó vacilante la boina campesina que su nuevo mentor le encajó en la cabeza sin ni siquiera pedir su consentimiento. La corbata la debieron dejar tirada en algún lugar ignoto. En uno de los sacos de la carreta metieron todos los documentos de valor para un futuro incierto, además de billetes atrapados en el fondo oscuro de la caja de caudales del despacho.

—En marcha —dijo.

La noche protegía la huida y el viaje podía durar lo que hiciera falta, eso sí, mientras llegasen vivos.

Los dos hombres salieron a hurtadillas de la fábrica, vigilados por la mirada confidente de un gato maullón y donjuanesco. Guiados por la mula parda de nombre Lola tomaron la ruta hacia la casa de la calle Anglí.

—Despacio, despacio —era el santo y seña del fabricante. Expósito, conociéndolo bien, lo interpretaba como aviso de impaciencia y prisa. Antonio Ramoneda era consciente de que debían cruzar toda la ciudad al paso lento del animal de carga. Y esa parsimonia impuesta lo agobiaba.

Al comienzo del trayecto, las avenidas lanzaban un silencio confuso. Habían salido cerca de las nueve de la noche y su reloj, una vez rebasaron la altura del edificio de Correos, marcaba casi la una de la madrugada. La lentitud del animal enervaba al fabricante, que en varias ocasiones estuvo a un tris de quitarle las riendas a Expósito y ponerse a conducir la mula. El sentido común lo privó de cometer tal disparate. Como expresaba bien el mutismo del arriero: «Quien luce automóvil no vale para carro.»

Las calles seguían desiertas y mudas. El taconeo cansino de las herraduras era acompañado, muy de vez en cuando, por las pisadas prietas de algún transeúnte oscuro. Los coches y taxis con los que se cruzaban eran contados. En algún lugar toparon con grupos de guardias civiles blindados como buzos. Barcelona daba la impresión de estar deshabitada pero en absoluto tranquila: el alboroto y las detonaciones empezaron a reinar por todas partes. Estallidos de granadas, armas y cañones regaron de forma aleatoria varios emplazamientos de la ciudad. El animal de carga pedía protestar contra la anarquía de los ruidos pero, resignado a su condición cuadrúpeda, seguía con el camino trazado. Cerca de la avenida Icària, cuando un clamor de voces venía anunciando algún pavor desconocido que se aproximaba por momentos, un hombre que bajaba en dirección opuesta los avisó de que por la Diagonal llegaba otra compañía de militares rebeldes con intención de asaltar la consejería de gobernación. Instantes después los del carro, paralizados como estatuas, levantaron la vista y descubrieron cientos de fusiles ocultos en las azoteas de las casas y detrás de las barricadas que, a paso holgazán, intentaban nortear misteriosamente. Se necesitaba ser ciego

para no darse cuenta de que la resistencia civil estaba bien organizada.

—Los pobres soldados están perdidos —farfullaba Antonio Ramoneda—. Algunos no saben adónde los llevan ni por qué van. ¿Y tú sabes adonde los mandan, querido Expósito?

Antiguo en el trato con el patrono, conocía de sobra que uno de los rasgos de su particular carácter era dar su opinión a fuerza de hacer preguntas que él mismo contestaba.

—Pues directos al matadero. Allá donde iremos a parar nosotros si Dios no nos manda otra cosa.

La suerte de esa noche dependía de la destreza de Expósito en gobernar el carro. Con la rienda firme en la mano izquierda, iba desviándose como mejor sabía del tumulto y de las concentraciones autoras de las descargas mortíferas. El momento más peliagudo del trayecto tuvo lugar en el cruce de la Diagonal con el Paseo de Gracia. Los militares avanzaron al tiempo que guardias y ciudadanos armados hasta los dientes ordenaron abrir ventanas y porterías de los edificios para subir a acomodar sus rifles y disparar con mayor acierto y fortuna contra los sublevados. En varias ocasiones los pasajeros del carro estuvieron a punto de ser blanco fortuito de los francotiradores, dado que éstos, suspirando por ser más heroicos que prudentes, disparaban al azar o con los ojos cerrados. En la esquina de la calle Córcega fueron testigos de los tiros que hicieron caer doblados a dos transeúntes desconocidos. No les quedó otra salida que detener la mula.

El convento de los Carmelitas acababa de ser tomado por el ejército y desde allí los soldados disparaban a guardias y civiles indiscriminadamente. Caían hombres de uno y otro bando.

—Más del otro —aclaró Expósito, gracias a la vista diáfana de sus ojos.

Dada la gravedad de la situación había conseguido esconder el carro en un pasaje contiguo a la calle Rosellón. Desde su escondrijo, y a la manera de pícaros limosneros, se entregaron a seguir el combate, comentado con pelos y señales por Expósito junto al oído doliente de Antonio Ramoneda. El progreso de la lucha se encontraba en su punto álgido. Sitiado el convento por las fuerzas republicanas, éstas ya estaban dedicadas al asalto terminante del enemigo.

—¡Caray, han matado a otro! —Era el comentario recurrente de Antonio Ramoneda—. Ya van... ¿Cuántos crees tú, Expósito?

Pese a las prudentes recomendaciones de su asistente, que reclamaba salir cuanto antes de aquel infierno, Ramoneda se negaba a abandonar su rincón de testigo privilegiado de la escena más aterradora que le iría a ofrecer la vida. La recordaría siempre, lo que en otras palabras quería decir que jamás en su vida volvería a referirse a ella. Y no por miedo o lástima. Por algo más simple que eso: necesidad de pasar página a aquella tragedia inexplicable.

Le dijo a Expósito al borde de las lágrimas:

—Es como si el mundo se hubiera vuelto loco sin saberlo.

El asedio a los rebeldes guarecidos en el convento de las Carmelitas le pareció que duraba un tiempo interminable. Lo sufría, sobre todo, por los infelices curas. A ellos les iba a tocar ser las víctimas mortales del asedio, por ser curas y por haberse atrevido a ofrecer refugio a las tropas militares. Miró su reloj de bolsillo, que marcaba ya las cuatro de la madrugada. Si la Guardia Civil estaba peleando a favor de la República, era obvio que poco tiempo de vida les quedaba a los vencidos. Necesitaba fumar, pero no se atrevía a encender su habano.

Clareaba. Quizá fue por ese motivo por lo que los militares cercados pidieron rendirse a la guardia del gobierno. Había tal tumulto en la calle que se hacía imposible obtener una comprensión diáfana del curso de los hechos. Un fotógrafo del periódico *La Vanguardia* se quejó de la falta de luz para tomar instantáneas. El resultado del combate andaba de boca en boca. Todo parecía haber llegado a un fin honorable, si bien lo peor estaba aún por decidir. Y sucedió muy pronto.

Acordada la rendición, salieron los soldados manos en alto acompañados de los frailes carmelitas que les habían dado alojamiento. No tuvieron tiempo de arrepentirse ni de acreditar su suerte. La turba que llevaba horas luchando y presenciando la muerte de sus compañeros de armas descargó ira y crueldad contra soldados y frailes. En pocos minutos consiguieron matarlos a todos, sin que las fuerzas públicas pudieran hacer nada por evitarlo.

Ramoneda se llevó las manos a la cabeza. Ansioso por hacer algo, cerró los puños. Era el preámbulo de una desgracia que iba a convertirse en único argumento durante demasiados días.

Hacia las once de la mañana del mismo 19 de julio, horas después del linchamiento de maitines de los carmelitas, la muchedumbre seguía armada y a punto de tiro tras las barricadas, provistas con toda clase de objetos de ataque. Hombres y mujeres seguían ubicados en posición de guerra mientras que otros, más pasivos, bailoteaban vivas, levantaban banderas y se tomaban buenas raciones de olivas y tortilla de patatas. El asfalto, carbonizado por el fuego y el grave tiroteo, quemaba a los viandantes. Los improvisados combatientes trataban de desplazarse con su fusil en mano, como si ese trabuco fuera el catecismo de los desesperados. A esa hora, Valentina, más por casualidad que por situación estratégica, se había colocado detrás de uno de los cañones tomados a los rebeldes en el mismo centro de la plaza de Cataluña. En el otro extremo de la plaza, que siempre fue de extensión magnánima, el profesor Mur se encontraba atareado dando el parte de los combates callejeros desperdigados por la ciudad a diversos sectores de la batalla republicana. El cometido del intelectual anarquista consistía en desplazarse por el centro de Barcelona para informar a los combatientes e infundirles ánimo.

El profesor era hombre querido y apreciado. De bondad sibilina, cabello canoso, bigote prieto y caminar confuso, vio en la revuelta la última oportunidad de hacer algo grande por su país. España. Cataluña. Desde que tuvo noticia del alzamiento militar, se autoordenó la función de animador de los distintos comités y sindicatos esparcidos por las calles, por si acaso hubiera algún dudoso en seguir adelante la contrarrevolución. Callejeaba a la velocidad que le permitía su natural torpeza de

movimientos y unas piernas que siempre fueron flacas e inseguras. El periódico *Solidaridad Obrera* y su fe admirable por la causa libertaria eran sus únicas armas de lucha y defensa propia. Muy cerca de él, su querido amigo el fotógrafo Agustí Centelles, con su Leica en las manos, retrataba aquellas escenas bélicas que el informador iba predicando por barrios y esquinas. Y cada vez que volvían a cruzarse en cualquier recodo de la calle, a los dos les parecía que fotógrafo y profesor caminaban juntos. Y cuando ocurría, se saludaban con la alegría de unos hermanos que se reencuentran después de superar una aventura entrañable y funesta.

En esos momentos Sócrates Mur acababa de anunciar que los militares pretendían entrar en el centro de la ciudad teniendo como objetivo la emisora Radio Barcelona de la calle Caspe.

—¡Hay que impedirlo como sea! —gritaba a los guerrilleros. De vez en cuando, regalaba un cigarrillo a los más valientes—. El fum us farà bé. Fumeu, fumeu. Es gratis.

Hubo un minuto, en la larga mañana, en el que padre e hija llegaron a coincidir en la esquina donde se encontraba la emisora, pero un simple paseante, que había bebido lo suyo y al que seguramente el profesor conocía de vista, lo retuvo unos segundos para decirle que también él, comprometido como nunca con la causa anarquista, quería convertirse en héroe. Ese era el día.

—Vete a dormir la mona —le dijo—. O nunca podrás contarlo.

El profesor Mur tenía dos pasiones ilustres: Bakunin y la pedagogía. Su conocimiento sobre la revolución social había comenzado en su época de estudiante; compaginando los estudios con el trabajo de aprendiz en un taller de imprenta se convenció pronto de que el anarquismo debía ser un medio formativo para la sociedad. Tenía también un amor secreto: su única hija, llamada Valentina, fruto de un matrimonio por amor con una maestra que había conocido en el Círculo de Bellas Artes durante la época en la que fueron alumnos de dibujo y pintura. María Estuarda fue el primer amor verdadero del profesor. Admiraba de ella su indefensión, su manera de ver la vida y su talento artístico. «Tú serás una gran pintora», le vaticinó, sabiendo, sin duda alguna, que se equivocaba en sus predicciones. No porque fueran dudosas: María Estuarda Mur tenía mano de artista y alma de creadora nata. Sin embargo, en los momentos históricos en que le tocó vivir resultaba difícil, por no decir imposible, dar con una Dalí mujer o una Gertrude Stein de voluntad picassiana. Por otro lado, una vida entregada al mundo del profesor y a los sucesivos encarcelamientos de los que éste fue víctima terminaron por llevarla a una depresión de importancia que la fue dejando en una invalidez anímica, donde se instaló de modo permanente, alternando períodos de abatimiento con otros de simpatía y ternura.

Tenía una manía: las flores. Y una obsesión: hablar sola con pájaros, plantas y ventanas.

En la casa de los Mur, cariño y calor doméstico se daban en abundancia. Fue idea del padre de Valentina convertir la única habitación grande de que disponía el piso en el espacio más importante de encuentro familiar. Lo abarrotaron de libros y lo

llamaron, con humor, el «sanctasanctórum de la inteligencia». No resultó extraño, entonces, que entre los olores preferidos de la hija destacasen por encima de otros más dulces y afrutados, los de papel, tinta y lavanda. Siempre sintió como orgullo propio que su padre fuera arrestado junto con Durruti y otros anarquistas durante aquel frío y fatídico enero del treinta y dos. A la edad en que las adolescentes asumen el aviso de su cambio hormonal, ella tuvo que aprender a entrar y salir de la prisión con la misma normalidad con la que canta el jilguero. Así ocurrió hasta que una inesperada amnistía permitió la liberación del profesor, dos años después de su internamiento.

El hecho de haber sido presidiario no contribuyó en modo alguno a aminorar sus convicciones ni favoreció tampoco el desánimo natural del profesor. «La cárcel es una de las cosas buenas para un revolucionario», solía decir a Valentina. Aprovechó su encarcelamiento en la Modelo para crear, junto con sus compañeros anarquistas, una escuela universitaria para presos que funcionaba con éxito inesperado en los amplios talleres del interior de aquellos espesos muros. La llamaban Universidad Obrera y el profesor Mur, entre otros participantes, llegó a decir que aquel patio de la prisión fue sin duda alguna una auténtica universidad.

No pocas frases de Sócrates Mur fueron aleccionadoras para la formación de su hija que, por aquel entonces, había aprendido a volar con sus propias alas y, para orgullo de su padre, se elevaba mucho más alto de lo esperado. La creencia de Mur en la revolución social de obreros y trabajadores lo llevó a completar el trabajo de maestro, al que dedicaba una gran parte del día, con el de mecánico de imprenta en horario

nocturno. Decía que no quería convertirse en uno de esos ideólogos dedicados a ver los toros desde la barrera. Deseaba ser uno más de la clase de los desheredados. O así, al menos, era como se permitía vivir. Su único lujo en la vida consistía en dormir seis horas seguidas los domingos. Anteponía educación, lectura y pensamiento libertario a cualquier bienestar social que, por otro lado, consideraba de una superficialidad irreverente.

En la casa de los Mur había pocos muebles pero confortables, y cada uno desempeñaba una misión fijada: lectura, escritura, ajedrez y musarañas; por este orden. Vivía en la casa una empleada leonesa llamada María Auxiliadora, a quien los Mur decidieron apodar con el nombre menos santificado de Francisca. El profesor se ocupó personalmente de darle clases de educación general hasta que Valentina tuvo edad para responsabilizarse de esas lecciones particulares.

—Francisca, deja los platos y vamos a estudiar —solía ser la frase más repetida del día y grito de guerra preferido durante su adolescencia.

Una mesa de pino natural colocada en el centro de la habitación de los libros era el elemento esencial de congregación de la familia. Allí se cantaba, se estudiaba, comía, leía, se celebraban tertulias políticas, se contaban cosas y se tomaba el té. El pedagogo Mur estaba convencido hasta la última célula de su intelecto de que el anarquismo suponía un medio formativo para la sociedad del que no se podía prescindir a riesgo de caer en una dictadura cualquiera, que significaría el fin de las libertades individuales y colectivas.

Después de tanto sufrimiento, la República española llegó para alegrar los corazones de los exaltados devotos de las libertades. Había, pues, que defenderla a muerte. Y a eso se dedicaba en su recorrido acelerado y fatal por el casco viejo de la ciudad.

Barcelona, los meses anteriores a la sublevación militar, simbolizó para el mundo un ejemplo notable y único de ciudad donde el anarquismo disfrutó de sus mejores formas. Muchas primaveras tendrían que transcurrir a partir de entonces y soportar incontables años de dictadura para que el barniz propio del ciudadano barcelonés, necesitado de dirigir su vida antes que sentirse manipulado por cualquier poder abusivo, pudiera desaparecer por completo de esa urbe solidaria.

El profesor Mur, conocedor de que los militares sublevados buscaban poner fin a un trabajo de siglos, saltó a la calle la madrugada del 19 de julio con el propósito de tutelar a los suyos y servir de correo a los diversos grupos populares que defendían la causa legítima de todo ciudadano, llamada libertad. Ebrio de entusiasmo, se dedicó a correr de un lado a otro anunciando a todos que las fuerzas anarquistas estaban a punto de derrotar a los militares rebeldes. Las explosiones de metralla se podían oír en los diferentes barrios, más drásticas y sonadas en los lugares en los que se concentraban los soldados acorralados por hombres y mujeres dispuestos a todo para lograr la paz. Al cabo de tres horas de marchar bajo el calor de julio y el fuego de la revuelta, el profesor perdió los botones de la camisa y un mechero de gas que le servía para matar

mosquitos en verano y encender cigarrillos todo el tiempo. De tanto correr se había olvidado de fumar. La mayor parte de los tiradores se encontraban en barricadas improvisadas de forma variopinta y Mur saltaba de una a otra, animándolos a detener a la masa militar que, mientras avanzaba hacia el centro histórico, iba proclamando el estado de guerra. Su talante conciliador y previsor lo instaba a aconsejar a los suyos y a otros grupos republicanos a que hicieran abstracción de sus diferencias ideológicas, pues lo único importante era hacer un frente común para poder vencer la revuelta.

El pueblo, apostado en barricadas y sin armas suficientes para actuar con la rapidez necesaria que exige la batalla, peleaba a sangre y fuego. A medida que iba conquistando tropas, frente a los ojos desorbitados del profesor y el gran foco de la cámara del fotógrafo que buscaba ser testigo del relato, se iba apropiando del armamento rebelde, colocándose encima sus pertenencias a fin de que, en cosa de segundos, un templado panadero se transformase, visto y no visto, en el soldado más experimentado y valiente. Mujeres y niños, desde ventanas y balcones, al grito de «asesinos», lanzaban a las tropas lo que tenían a mano: platos y cacerolas, planchas, vasijas y cuchillos. La improvisación, alimento básico de los inexpertos ciudadanos, los llevó incluso a utilizar caballos muertos por la metralla como parapeto de defensa y ataque. Recurrir a un animal cadáver para que sirviera de salvaguardia le pareció una idea triunfante al profesor, aunque en cierto modo también un tanto escabrosa, tal y como tuvo tiempo de comentar a su amigo fotógrafo, que acababa de hacer una de las mejores instantáneas de su vida.

Sócrates Mur, discreto y prudente a la hora de establecer conclusiones, se dedicaba en cuerpo y alma a lanzar pregones triunfalistas movido por la urgencia de alentar a los suyos. Mientras corría como galgo perdido en la ciudad, iba tomando nota de las refriegas, apuntándolas mentalmente con el propósito de esparcirlas en la siguiente esquina. En algún momento de su carrera, con el corazón a punto de saltarle del pecho y chorreando sudor, se sentó a tomar un poco de aire y sosegar. La batalla de los iniciadores de ese día maldito le parecía un motín de fariseos e idiotas que no sabían lo que hacían. Y lo que era peor: jamás se darían cuenta de las graves consecuencias del levantamiento aciago para el espíritu de este país comprometido y hermoso.

Ahora le tocaba llevar a las trincheras de las Ramblas una desagradable noticia. Tomó aire y se fue para allá veloz como un cometa. Se unió a la gente que estaba peleando y lo miraba como un sobresaltado más.

—¡Los sublevados acaban de vencer en la plaza de España!

Contra su propósito tenía que ir anunciando el avance del enemigo y al mismo tiempo ninguno de los suyos debía advertir los efectos de la noticia, no fueran a desmoralizarse. Marchaba maldiciendo, con la boca apretada contra el cuello, como las avispas cuando liban.

—¡No pasarán! —le respondían todos a una.

La ventaja de hacerse viejo, pensaba él, era dejar de tener motivaciones esenciales para demostrar un entusiasmo excesivo por nada. En su atareada vida de liebre andariega

había aprendido que una confianza excesiva en la victoria podía resultar contraproducente antes y después del triunfo. De ahí su afán de decir y repetir varias veces: «No cantéis victoria antes de hora.» Y al mismo tiempo, buscaba la mejor manera de convencer a aquellos héroes renovados de su valentía sin límites y de la fe en el éxito, sin callar tampoco que los militares acababan de barrer de ametralladoras el Paralelo, tomando como escudos a los compañeros que iban apresando en el camino.

Pasados unos minutos, se las arregló para cambiar el mensaje. Una mala noticia se convertía de inmediato en otro estímulo esperanzador, porque los responsables de la defensa del puerto de Barcelona, en lugar de quedarse cruzados de brazos frente a la marea militar, tuvieron la insigne idea de trasladar en carretillas eléctricas gran cantidad de balas de papel prensado, formando con ellas una inmensa barrera de resistencia capaz de hacer frente a los cañonazos de la retaguardia. Y el profesor, criado para despreciar el miedo, se encontraba en el lugar idóneo del que salir rápido hacia otra parte de la contienda para avisar de que había visto con sus propios ojos a mulos abandonados a su suerte caer despedazados por los explosivos de los nuestros. Y encima, además de todo el amargo altercado, aún le quedaba tiempo para implorar piedad por los pobres mulos.

Un calor infernal, sumado a los relinchos tremendos de los caballos destripados, contribuía a la baja de militares que, bien por desconfianza a la orden superior, debilidad anímica, miedo o heridas sin importancia, terminaban desertando y, en muchos casos, incorporándose al bando popular.

Sócrates Mur detuvo a un hombre del grupo que comandaba Buenaventura Durruti para decirle que el grave error de los sublevados estaba siendo la escasez de información de las tropas y el desconcierto ocasionado por la falta de comunicación entre ellos.

—Informa a tu jefe sin tardanza —lo obligó.

Se abrió la camisa y se alejó de prisa hacia otro lado.

Llegados a esa situación, el enemigo no cesaba su lucha, desconociendo las condiciones en las que se encontraban los diferentes núcleos de avanzada. ¿Qué tropas habían caído? No lo sabían. La desorganización minaba la gesta fatua. Además, les faltaba la voz del singular cronista.

Barcelona era una bola ardiendo. Los disparos saltaban de todas partes, desde árboles, terrados, sótanos y postigos. En la avenida Paralelo las fuerzas anarquistas y republicanas acababan de tomar presos a varios oficiales y se habían quedado con sus cañones. Es lo que contaba Mur ignorando que su hija, al otro lado del lugar, con resolución de aventurera instintiva, se dedicaba a disparar, como ella necesitaba repetirse a sí misma, a las fieras.

Una vez en la plaza de San Agustín, el profesor aún tuvo tiempo de contar, sin perder detalle, que en todos los puntos de combate la evolución era favorable al pueblo.

—¿Qué mejor noticia que ésta puedo daros, amigos míos?

Veinticinco segundos después de pronunciar su breve crónica del mediodía, el anarquista y pedagogo Sócrates Mur estaba muerto.

Voces testimoniales de quienes siguieron el rastro del cronista aseguraban que la única armadura de la que se sirvió en su arriesgada maniobra urbana fue un periódico. Lo habían visto abanicarse con él, usarlo de sombrilla y de resguardo contra el humo de las detonaciones. Empezó a correr la voz de que, sin la ayuda del valeroso cronista catalán, la batalla del 19 de julio habría tomado otro rumbo sin duda desventajoso para los republicanos. Entendidos y espontáneos entusiastas del comentarista hablaban del personaje puntero de la caliente mañana sin conocer todavía el nombre del anarquista muerto.

La fiebre de la victoria fluía en el delirio de la multitud, lanzada a la calle para formar parte esencial en el triunfo contra los militares rebeldes. El peligro, sin embargo, seguía existiendo, aunque menguado, gracias a los continuos logros. Quedaba algún reducto cerca de la plaza de Cataluña donde Valentina, rápida de movimientos dada su condición de deportista nata, se encontraba tras un nido de sacos con su escopeta al hombro, aprendiendo a matar pero sin poner todo su empeño en ello. Cumplía su cometido tan bien como podía mientras a su lado un batallador, alto de estatura, moreno de piel y porte llamativo, observaba su impericia al tiempo que la incitaba a imitar su ejemplo.

—¡Dispara sin cerrar los ojos! —la increpó aquel joven fogoso que llegaría a ser conocido como el asesino de León Trotski—. ¡Haz como yo!

Y con la pistola en alto le dedicó la siguiente hombrada: apretó el gatillo realizando una demostración filmada de tiroteo en ráfaga.

Cayeron cuatro.

Quedó embobada, no tanto por la destreza del tirador como por la inesperada atención que le mostraba. En pie, junto a los parterres de rosas, seguía tirando a matar una, dos, tres y repetidas veces. El pistolero de las Juventudes Socialistas le caía bien. Antes que de camarada curtido tenía traza de joven nacido en el Paseo de Gracia y educado en los jesuitas de la calle Caspe. Admitió, muy a pesar suyo, haber quedado atrapada de su sonrisa y una ilusión fugaz de que podría llegar a ser un buen compañero en los nuevos temblores de la vida. ¿Acaso no se parecía a un actor americano que le gustaba mucho?

Pero ¡ah, el cañón de los rebeldes seguía abriendo fuego! Ramón Mercader oyó que del otro lado de la calle alguien lo llamaba por su nombre. Sin pensarlo dos veces, saltó la barricada renunciando al arma y dispuesto a enfrentarse cuerpo a cuerpo contra dos soldados que querían derribarlo.

—¡Protégeme! —pidió a su compañera inexperta en apuntar el tiro.

Valentina trató de hacer lo que le pedían. La sola idea de matar a un hombre le sacudía las piernas. Aunque por otro lado le tranquilizaba que su compañero de trinchera pelease a brazo partido con los dos rebeldes, como si los estuviera retando a un combate de boxeo. En lo único en que ella ponía cuidado era que una de sus balas perdidas no fuera a darle a él cuando quería tocar al otro. Ramón Mercader no se dejó ganar aunque le ayudó bastante que otra joven de su partido sacara la cabeza de entre los sacos y fuera dictando órdenes a los armados para que lo protegieran adecuadamente. A los dos rebeldes pronto los dieron por vencidos. Y de forma automática ellos, al comprobarlo, saltaron de la barricada a ocupar sus puestos.

Ramón levantó el brazo.

—¡Vamos a por el cañón, Lena!

Entonces sí. Su grito fue inmediatamente acatado. ¡Saltaron sobre el objetivo de la pieza de artillería y se la quitaron de las manos a los rebeldes!

Tenían el cañón de los rebeldes. «Esto es lo más importante», pensaba Valentina. Todo se debía al tal Ramón. Deberían filmarlo para que todo el mundo lo viera.

Lena Imbert y Ramón Mercader formaban una pareja guerrera digna de figurar en uno de los carteles a favor de la causa republicana que algunos artistas errantes se dedicaron a pintar esa mañana ilustrando la contienda. Colgada del brazo de su compañero, frente a los ojos pasmados de Valentina, que no dejaba de mirarlos, lograron arrebatarse el cañón a los

rebeldes y un segundo después, con pericia menos militar que circense, se lanzaron a utilizarlo contra sus antiguos poseedores. Ella, la joven morena de ojos negros, rió de felicidad agitando los brazos mientras él se quitaba el sudor del rostro con un pañuelo blanco inmaculado. Ambos pidieron algo de beber de una cantimplora anónima. Pero la nota festiva provino de un tumulto que inmediatamente se formó a su alrededor vitoreando la hazaña de Mercader entre disparos, ametralladoras y aplausos. En un abrir y cerrar de ojos, acababa de convertirse en otro de los grandes héroes de aquella fecha histórica. Lo aclamaban sorprendidos por su coraje. La multitud apiñada en la acera del paseo se sentía parte del triunfo, aunque la mayoría de ellos no hubiera disparado un solo tiro.

—¡Viva Mercader! ¡Arriba Durruti! ¡Visca la CNT!

Nadie se privaba de ensalzar a los nuevos héroes de la batalla.

El combate podía darse por acabado. Los periodistas de guerra, que asoman de repente como caracoles después de la lluvia, se dedicaron a tomar nota de cada acontecimiento y a preguntar la opinión de los testigos. En pocas horas la ciudad había conseguido derribar a los sublevados. Valentina, extenuada pero viva, observaba la fiesta improvisada en el mismo lugar en el que, minutos antes, hombres y mujeres estuvieron arriesgando sus vidas por una causa que lo merecía sobradamente. Cafés y restaurantes de las calles Caspe y Claris

levantaron sus puertas herméticas y abrieron sus cantinas y comedores a los combatientes. Hacia allí iban todos a refrescar su sed y comer cuanto se les ofreciera.

—¡Sal de la barricada o corres peligro de quedarte frita! —le dijo la misma voz que poco tiempo antes se había preocupado de enseñarle a disparar sin balas.

Valentina soñaba con una aspirina, la sombra de un árbol o el nido de una cama, pero Ramón y sus camaradas la empujaron a tomar un vermut en el bar La Radio. El único tema de conversación versaba sobre el desenlace feliz de los acontecimientos. Por todos lados se comentaba que los pocos focos de resistencia que quedaban habían levantado bandera blanca y pedían entregarse a la Guardia Civil. Reclamaban su derecho al perdón o la posibilidad de ser juzgados como era debido, pero el pueblo no estaba para historias caritativas y la mayoría de los militares fueron asesinados a medida que pasaban las horas. «¡Curas y fachas al paredón!», gritaban los voluntarios a hacer de verdugos. Había, por supuesto, quienes trataban de evitar que el pueblo combatiente se tomara la justicia por su mano, pero éste, superado por las emociones y rencillas, no estaba para conductas éticas. Y lo cierto, para lamentación de muchos, fue que, apenas iniciada la victoria de la República, se desató una cadena de atentados, asesinatos, robos y secuestros sin antecedentes en la historia de un país que devoraba vivos a sus hijos.

Ajena a la tragedia, Valentina Mur se dejó hipnotizar por sus compañeros de mesa.

—Se nota que eres novata peleando —le dijo uno—. Yo te enseño.

—Calla, bocazas —le contestó otro.

Ella, quieta como un pájaro, miró a uno y otro lado, parpadeando y sonriendo a medias. Ahora pasarían un buen rato de celebración y, después, seguramente se organizaría una fiesta.

El más atinado en cuestiones de faldas fue Ramón. Tenía dotes persuasivas, y sostenía el cigarrillo en su mano como si fuera un insecto. Su timidez encandilaba a las jovencitas, aunque le impidiera brillar en reuniones y tertulias, destreza en la que Valentina era mucho más dotada y experta. Los ánimos enardecidos del ambiente la empujaron rápido a tomar parte en las discusiones sobre el futuro inmediato de la situación y a poner sobre la mesa una especie de pregón revolucionario. Sin apartarse de Ramón, se sumó a la propuesta de ocupar las casernas militares para convertirlas en cuarteles generales de milicias con el cometido de impartir allí una instrucción rápida a hombres y mujeres que, al igual que ella, nunca habían manejado un arma. La idea satisfizo a los reunidos, que no mencionaron que ese proyecto ya se estaba llevando a cabo en múltiples puntos del mapa urbano.

Después de asegurarles que al día siguiente se presentaría a la instrucción militar dejó de preocuparse por Mercader, convencida de que su desinterés hacia él era el mejor modo de tentarlo. Conversó con otros. Tenía que volver al lado de sus padres, ver si estaban bien. ¿Era la guerra o no? No terminaba

de creérselo. Los corrillos hablaban de salir corriendo hacia el hotel Colón, donde decían que quedaba el último foco de resistencia, con Jaume Graells combatiendo en la Telefónica casi en solitario. Al preguntarle a Lena Imbert quién era Graells, fue Ramón quien se preocupó de explicarle la clase de persona que era su inteligente y combativo amigo. Dirigía, además, el Partido de las Juventudes Socialistas. Un fuera de serie, concluyó.

Coches recién pintados con letras de la CNT o de la FAI aceleraban motores en busca de información sobre los últimos sucesos y de cómo hacerla llegar a los lugares oportunos. Las noticias que llegaban referentes al edificio de Telefónica tomado por los rebeldes no eran del todo buenas. Mercader animó al grupo que él lideraba a correr Rambla abajo para sofocar el difícil combate. Se preparaban a abandonar el local cuando dos coches informadores se detuvieron delante de ellos y clamaron a voz en grito que un grupo de la FAI, en complicidad con soldados desertores, acababa de apoderarse del cuartel de Pedralbes. Iban a celebrarlo cuando otro hombre que Valentina recordaba vagamente se le acercó y la tomó del brazo.

—Vamos, hija, acompáñame porque tu padre está muy grave.

—Qué, qué... —tartamudeó.

La cara que tenía el hombre no podía recordarla. Allí estaba el informador, ceñudo, más pendiente de irse que de quedarse.

Valentina buscó refugio en algún dolor externo. El hombre la tomó del brazo y ella, sin aire con el que poder preguntarle cosa alguna, siguió al informador con la precipitación que él pretendía. Una vez en la calle, entre el griterío y los bocinazos de la victoria, le preguntó detalles sobre la gravedad de las heridas, sabiendo que esa súplica alargaría una respuesta que ella tampoco deseaba.

—Ha caído en un día glorioso para la República —dijeron algunos compañeros.

«¿Qué sabrán ellos?», pensó. El desconcierto y la angustia le impedían aceptar cualquier muestra de consuelo. Prefería continuar en el caos y la incertidumbre que abandonarse a un sufrimiento sin nombre ni sentido.

Casi al momento llegaron otros cinco coches manchados también con las siglas reglamentarias. Buscaban a Ramón Mercader y al resto de los camaradas.

—Han matado a Graells —repetían de forma encadenada.

Alucinados por la noticia, los comunistas exigían pruebas fidedignas de si su dirigente seguía vivo o había muerto. Pero los informadores, antes de responder, estaban más impacientes por divulgar a viento y marea el lado positivo y rotundo de la desdicha: a los minutos de caer Graells ellos habían conseguido la victoria.

—¿Quién irá a la fiesta de esta noche? —voceaban como niños quitándose unos a otros la palabra de la boca y entorpeciendo la salida a la calle.

Contaron, finalmente, que desde el edificio de Telefónica, donde Graells resistía como un bellaco, la ametralladora de los golpistas había disparado a matar contra el dirigente con tan mala suerte que le dieron, joder, aunque por fortuna fueron los anarquistas, con Durruti al frente, los que se lanzaron en tromba al asalto del edificio hasta regarlo de cadáveres golpistas.

—¡Ya es nuestra! —jaleaban.

Alguien abrazó a Valentina. Estaba completamente sola y se dejó llevar. La sujetaban como un paquete. Sus piernas dobladas se negaban a obedecer un cuerpo que se dejaba caer al suelo. Una mano anónima le quitó el fusil. Todas las voces derramaban penas sobre su cabeza. Caras desconocidas la observaban con piedad flemática y sin saber cómo consolarla. Los detestó a todos. Quería explicaciones.

Lo mínimo que exigía era saber cómo había muerto su padre. Si en verdad él era el muerto y no otro. Temprano, por la mañana, sin haber podido dormir, lo había visto afeitarse y sonreír desde el espejo del baño. No podía creerlo.

La misma mañana en que Valentina, fusil en alto, estaba disparando con tozuda inexperiencia, momentos antes del mediodía, los tres famosos cabecillas del movimiento anarco Durruti, García Oliver y Ascaso, reunidos en la esquina de Canaletas, decidieron ir a por todas para detener el fuego cruzado y dilatado en exceso del cuartel de las Atarazanas. Sirviéndose de la cabina de un camión en la que habían

instalado una ametralladora y varios colchones con los que proteger sus cuerpos, los dirigentes resolvieron lanzarse a la ofensiva. Ya cerca del cuartel, y a efectos de conseguir un ataque firme y decisivo contra los rebeldes, decidieron saltar del camión y ampararse tras las esquinas y muros de la calle.

No eran novatos en cuestiones bélicas, especialmente el anarquista aragonés Francisco Ascaso. Histórico luchador, valiente y capacitado como el que más, su vida era un bagaje de muertes y renacimientos libertarios. Contagiado por la fiebre homérica acababa de encontrar la manera de acercarse lo más posible a su objetivo. Y se encaminaba ya al lugar de los tiros solo y sin esperar a nadie. Buscaba disparar al tirador apostado en la garita del cuartel de Atarazanas. Frunció el ceño, apretó la marcha. Aquel soldado tiraba igual que si fuera una máquina de propagación de balas. Buenaventura Durruti, compañero inseparable de Ascaso, al comprender las intenciones de éste de arrojarle en solitario a la embestida, trató de detenerlo sin éxito. No pudo o no supo. Por más que lo llamara y gritara, el otro siguió decidido con su objetivo: era hombre de inquebrantable firmeza. Había venido a este mundo a cumplir un destino, y al cuartel de Atarazanas se dirigía meneándose como tramoyista de aceras, seguido, eso sí, por tres hombres que querían acompañarlo al infierno; dos de ellos armados. El último era nuestro inevitable cronista y animador de la batalla, el profesor Mur. A éste, que conocía bien a Ascaso, no le pareció una simple coincidencia que el libertario fuese a luchar vestido y engominado como para una boda. Lo encontró demasiado contento para cumplir con éxito un cometido tan arriesgado. Pero hacia las balas fueron los dos. En ese momento estaban solos. Francisco Ascaso, primero,

seguido de cerca por el profesor. La hazaña no era nada fácil para un hombre dispuesto a atacar en solitario. Sócrates Mur únicamente servía de atrezo, y de hinchado predilecto del valiente Ascaso. Se comunicaban sin palabras. Buscaron refugio en la plaza del mercado de San Antonio, tras las barracas de madera de los libreros de viejo situadas, por aquel entonces, frente al cuartel de las Atarazanas. Desde allí, Ascaso descargaba su pistola contra el militar de la garita, más envalentonado que nunca debido, seguramente, a la visión privilegiada de los dos anarquistas ocultos entre los tablones. No se permitió el dejar de disparar ni un momento. Los tenía acorralados, o eso creía. Francisco Ascaso trató de ir hacia la garita avanzando a saltos. Tras él, el profesor brincaba lo suyo aunque con una destreza de movimientos tan penosa que su balanceo resultaba de lo más llamativo. Su miopía no era de buena ayuda. Y, sin embargo, cada vez se hallaban más cerca de la garita y de un guardia más y más acobardado que lanzaba tiros a boleo sin conseguir, por suerte, dar en el blanco.

Hubo un instante en esa eficaz avanzadilla en que los dos amigos pudieron mirarse a los ojos y decirse «ya es nuestro». En realidad, la razón guerrera estaba de la parte de Ascaso, que se comportaba como un heroico y bravo combatiente. El resto de los soldados que quedaban en el cuartel se veían perdidos, pero el de la garita continuaba dando bandazos de escopeta dispuesto a morir con las botas puestas. La asombrosa puntería del dirigente Ascaso, desplegada a conciencia los quince minutos que duró el tiroteo, dejó boquiabiertos a los testigos de la refriega. El guardia ya se veía muerto. Por su parte, Sócrates Mur apostaba diez contra cero a que tenían la batalla vencida. Y sucedió que, en esa pausa previa a la exclamación

de la victoria, dos de las balas perdidas del militar sitiado fueron a dar en sus cabezas. ¿Casualmente? Lo más seguro. Pero así fue.

Los dos campeones cayeron a la par, a un metro de distancia el uno del otro. El profesor, de cabeza; Francisco Ascaso, de pie. Cuentan que Durruti lloró. Dicen también que los dos anarquistas murieron entre los textos y folletos del movimiento revolucionario y que algunas librerías del famoso mercado de libros viejos todavía mantienen apartadas en sus casetas estas reliquias libertarias. Dicen que, a partir de esas muertes, el asalto al cuartel de las Atarazanas tomó el ritmo veloz de las películas de guerra que terminan bien.

Mientras los compañeros se ocupaban de recoger los cuerpos sin vida de los héroes, al otro lado del fuerte los rebeldes se entregaban a los republicanos izando el símbolo de la bandera blanca. Dicen que el profesor Mur, antes de cerrar los ojos, encontró tiempo suficiente para dar al político una buena noticia:

—Hoy comienza un mundo nuevo.

Y que el político le reprochó al intelectual:

—Menos periódicos y más armas.

Y que, para concluir con el ceremonial de frases inmortales, Durruti sacó fuerzas para glorificar la suya:

—La revolución no está ganada, sino en marcha.

El hombre que había conseguido dar con Valentina se ponía nervioso tratando de encontrar la manera más rápida de sacarla de aquel griterío oscuro. Él también lanzaba voces pidiendo un coche, pero la gente del bar seguía obstinada en celebrar victorias, sin tener que pensar aún en sus propios muertos. Cuando Valentina oyó que Ramón pedía un automóvil a unos informadores situados enfrente del establecimiento, se incluyó en la solicitud. Alegando causa grave logró apuntarse en el mismo trayecto de los amigos de Graells, destino al Hospital Clínico. Allá fueron, como si los difuntos los estuvieran esperando.

El gran edificio tenía habilitado el sótano para depósito oficial de cadáveres. En aquel lugar solían ubicar a las víctimas de uno u otro bando a fin de que las familias respectivas pudieran reconocer el cuerpo del fallecido y despedir el duelo de la forma conveniente a cada uno. A esa hora de la tarde, la derrota de los rebeldes era un hecho. En el coche no se hablaba de otra cosa. «¡Victoria!, ¡Victoria!», era el grito oficial, obstinados en negar una porción de tristeza al día. A Valentina el miedo la tenía apartada del triunfo. Estaba concentrada en alejar su dolor, mientras conservaba para ella aquel espacio diminuto en el que cabía la duda de que su padre fuese una víctima más en la contienda. Algunos de los heridos que había visto caer durante la mañana dándolos por muertos, minutos después aún respiraban. ¿Y si todo fuera una falsa alarma?

Ramón Mercader, por el contrario, al igual que sus camaradas, se aferraba al triunfo contra los golpistas para dar un sentido honorífico a la desaparición de su amigo y maestro Jaume Graells, joven como él pero provisto de una inteligencia

y formación política suficientes para llegar a ser el más celebrado instructor de la militancia comunista catalana. Lo conocía bien. Y le tenía afecto. Desde que se vieron por primera vez hubo entre ellos una unión afectiva y vital tan visible que generó celos y envidias de algunos camaradas. Graells se ocupó de transmitir a Ramón Mercader sus ideas sobre el proceder de un verdadero socialista revolucionario. Una de sus máximas más conocidas gravitaba en la exigencia absoluta de dar la vida en defensa de la ideología socialista.

Su forma de ser dejaba huella, sobre todo en espíritus frágiles, atolondrados y con necesidad de protección paternal. Sus camaradas de partido comentaban en corrillos el afán de Ramón por reproducir la conducta de su instructor, un apego involuntario que lo llevaba a repetir sus frases y a reproducir las maneras que aquél tenía de moverse y comportarse. No andaban equivocados.

De camino al depósito, Mercader se estaba prometiendo a sí mismo dedicar su vida a suplantar en lo posible la figura memorable y valiente de su mentor y camarada. «¡Ahora y siempre! —juró al amigo exánime—. ¡No está muerto! ¡Sigue vivo!» Trataría de superar, con creces, el compromiso heroico de Graells. Pensó que tenía el deber de comportarse como un verdadero hombre. Había llegado su momento. Eso le daba fuerzas.

La casualidad dispuso que los cuerpos de Graells y de Sócrates Mur fueran colocados en camillas gemelas, situadas a

escasa distancia la una de la otra. A los del coche, al poco de entrar en el depósito, se les fueron agregando anarquistas y comunistas decididos a velar a los difuntos con tristeza visible, los primeros, y sincero orgullo los otros.

Valentina perdió la visión del conjunto y fue a colocarse junto a su padre. La sangre. La cera de las velas. ¿Dónde estaban los demás? Se vio completamente sola, abrumada por un dolor que tenía una extraña forma de manifestarse. No lloraba, por ejemplo. Le pareció oír a tu padre diciendo: «No me mires, hija.» Levantó la sábana que le cubría el cuerpo y vio su traje de diario cubierto de polvo y sangre. Su frente herida y mal vendada destacaba menos que la invariable corbata con el lazo deshecho que todavía seguía allí, burlándose de todo. Educada en que la apariencia significaba un modo de pensar y de vivir, le arregló el nudo de la corbata. Luego, lo besó. Quería impregnarse del olor a calle y a batalla añadido al aroma agrio del profesor, que ella sabía dónde encontrar cuando lo abrazaba, casi siempre cerca del nacimiento del pelo. Acto seguido, alguien la acompañó hacia la silla donde estaba sentada su madre. La abrazó, seguramente. No podía precisarlo. El olvido de lo más inmediato formaba parte del sufrimiento.

Vestida de negro absoluto, María Estuarda Mur sollozaba sin dejar de mirar el suelo. No sentía nada más. Muchos pies delante: cucarachas y zapatos. Examinaba las piernas y el calzado de la gente que pasaba. Desde hacía años tenía aprendido que la militancia política se resumía en una conspiración diabólica de tumba y cementerio. Sí, claro que sí.

Estuvieron velando al profesor la noche entera. Amigos y desconocidos venían a despedir a Sócrates Mur en señal de duelo.

—¿Por qué lo han matado?

Se resistían a comprenderlo. Muchos levantaban el puño.

—¡Por la revolución! —decían, evitando el grito.

Los hubo que llegaron con la misma ropa desgarrada del tiroteo de la mañana y las alpargatas rotas, manifestando así que no cabía la menor duda de que seguían estando en pie de guerra contra el fascismo.

En la camilla de al lado, los comunistas velaban a Graells. Una multitud de mentes disciplinadas iba alternándose con orden y medida en la fila de despedida al cadáver cubierto, en ese caso, con la bandera del partido. Sin duda, formaban un velatorio más numeroso y trascendente. Hombres y mujeres guardaban orden mientras, por turno riguroso, se acercaban a saludar al camarada muerto. Una pancarta colgaba de la pared de enfrente. «El poder para los soviets», decía el escueto rezo. No se vio derramar una sola lágrima. Velaban a un muerto pero sin olvidar que también estaban celebrando una victoria. Hubo ruido de pies y voces quedas cuando vieron llegar al líder fundador de las Juventudes Socialistas, Gregorio López Raimundo.

—No estamos solos —dijo alguien.

Ramón Mercader se comportaba como un miembro más de la familia Graells. Recibía el duelo y apenas se movía del féretro de su amigo. Fue en ese velatorio, precisamente, donde Valentina Mur vio por primera vez a Caridad Mercader, secretaria, por aquel entonces, de la Unión de Mujeres Comunistas y madre de Ramón. Su llegada al duelo fue sonada. La cabeza de Caridad sobrepasaba a la del resto de los reunidos. Hablaba alto y fuerte en un tono que a Valentina le pareció poco conveniente para las circunstancias en que se encontraban. Empezó dando órdenes sobre los preparativos a seguir en el entierro de Graells, y comportándose como si nada hubiera ocurrido. Pero ahí había un cadáver que ella parecía no ver. Ni siquiera buscaba el beneplácito de sus camaradas. Sus disposiciones parecían gustar a todos los congregados. Acompañaba a Caridad un hombre con aspecto de camionero ruso. Ramón se dirigía a él con familiaridad. Hablaban cuchicheando entre ellos. Valentina concluyó que sus vecinos se habían servido del velorio para improvisar una reunión de partido. Resultaba imposible hacer oídos sordos a los planes y objetivos que ponían sobre la mesa y que, en algunos casos, también acordaban. Anteponer compromiso y poder a franqueza y sentimiento fastidiaba a los anarquistas de al lado, a los que no dejaban de considerar meros agitadores sociales.

No había pasado ni media hora de la llegada de Caridad Mercader cuando ya tenían decidida la reconstrucción de un cuartel en Sarriá, en el edificio requisado a los salesianos que llevaría el nombre del dirigente comunista abatido hoy. La idea de formar al día siguiente mismo la columna de combatientes preparada para partir al frente de Aragón también acababa de salir de ese círculo de conspiradores. Ramón Mercader

ocuparía un lugar destacado en esa columna en la que, finalmente, Caridad Mercader se incorporaría como un soldado más.

Fue entonces cuando Valentina, presa de un impulso volatinero y suicida, decidió que no se podía quedar tranquila, ni mucho menos satisfecha, de ser solamente una periodista melindrosa de cartera, tertulias y despacho.

Huyó del velatorio siguiendo cual sombra nocturna los pasos de Ramón de camino al local de las Juventudes Socialistas, donde tenían programado organizar aquella misma mañana una instrucción militar en toda regla. Al poco rato de llegar se sumó un importante número de voluntarios de diferentes edades, si bien estaba establecido que sólo aceptaban jóvenes de dieciocho años en adelante y adultos que no superasen los cuarenta y cinco. Dos jóvenes se encargaban de repartir normativas. El requisito necesario para apuntarse a la instrucción consistía en estar afiliado a algún partido o sindicato, lo que no siempre ocurría. Y para solventar algunos casos problemáticos, nada más doblar la esquina de la calle había quienes se ocupaban de repartir a granel los documentos necesarios para el pase. Un brazo firme le regaló a Valentina un café caliente y un chusco de pan que compartió con Ramón, cautiva aún de una agitación insólita que la alentaba a seducirlo.

Algo muy importante en su vida acababa de suceder. Su padre la había abandonado. Lo culpó por eso. Valentina estaba y no estaba. A ratos se movía como los demás; después, se separaba hasta confundirse con su sombra. Se quedó flotando

en la luz amarillenta del amanecer, alejada de todo. «Es la muerte —pensó—. Una se vuelve puta para espantarla.» No se reconocía en la misma joven llorosa y dolorida de unos minutos antes. Y tenía razón. Su cuerpo había tomado conciencia de que una mujer florece cuando se sabe deseada. «Es la muerte que me llama como una repetición», pensó otra vez, sabiéndose observada y requerida por algunos de los hombres apoyados contra el muro, a la espera de que una voz los ordenara formarse. Subió los hombros, agitó su melena y se dirigió resuelta en dirección al centro de la plaza del Pino, esquivando escombros y cenizas de la iglesia recién incendiada. Revisó su ropa, la misma que llevaba ayer cuando se vio disparando a golpistas a través de los sacos de la barricada. Los pantalones sucios y andrajosos, la camisa sucia. El color azul oscuro del mono recién estrenado se había disipado. La muerte del padre había convertido a la hija en símbolo de amor y odio. «Odio y amo —pensó—. Amo con demasiado amor. Esto es odio.» Sin duda, debía de estar hermosa. Sintió que su poder de atracción era grande e incontrolado. Por primera y única vez en su vida supo de su capacidad para amar y desamar. Y sabía, sin embargo, que ella no era culpable de la feroz transformación de su cuerpo. Era la muerte.

Hacia las siete sumaban un total de trescientos alumnos y alumnas acuartelados en la plaza del Pino. Corrió la voz de que otros grupos parecidos estaban cursando instrucción militar en los diferentes cuarteles confiscados a los rebeldes. Barcelona se preparaba para la ofensiva definitiva. En verdad, muchos de los confinados creían que, siguiendo el ejemplo de la soberanía de Castilla con el reino moro, ellos conseguirían reconquistar España para la República. Tampoco había nadie que les dijera

lo contrario. Todo favorecía la batalla. Cantos de dolor y esperanza de músicos y poetas se agregaban al aire matutino.

«¡Mirad la España rota! Y pájaros volando sobre ruinas, y el fascismo en su bota, y faroles sin luz en las esquinas, y los puños en alto, y los pechos despiertos, y obuses estallando en el asfalto, sobre caballos ya definitivamente muertos; y lágrimas marinas, saladas, curvas, chocando contra todos los puertos, y gritos que se asoman a las bocas, y a los ojos coléricos, abiertos, bien abiertos.»

Lo importante ese día era aprender a matar, y al día siguiente ya tendrían tiempo para saber a quién y por qué lo hacían.

Pocas horas después Mercader, en calidad de alumno aventajado, pasaría a convertirse en el nuevo instructor de campo. Valentina logró colarse en su escuadrilla por unos días; cuando decidieran separar a los hombres de las mujeres, ella habría dejado de estar a las órdenes de Ramón en ese grupo. Pero ese día, como se decía en Cataluña, campi qui pugui. Los otros hijos de Caridad, junto con otros jóvenes, se movían con comparsa soldadesca, con su madre al frente haciendo de capitana. Valentina admiraba el nervio de aquella mujer pero al mismo tiempo notaba algo grotesco en su forma de comportarse. Descubrió cierta pantomima en todo ese evento pseudomilitar, pero la olvidó en seguida para dejarse llevar por la fortuna de estar vivos y pensar en el mañana.

La empresa formativa tuvo sus problemas. Por ejemplo, el más importante: ¿cómo encontrar instructores de profesión militar en un grupo de hombres y mujeres no preparados para

el cargo? Los organizadores sabían que la formación de cadetes consistía en enseñar disciplina, adiestramiento de tiro y una actitud militar necesaria para la guerra. Comprendieron muy pronto que debían utilizar todos los recursos a su alcance para enseñar a aquellos novatos. Fueron a lo práctico. Buscaron y dieron fácilmente con algunos militares golpistas que, siendo oficiales del ejército sublevado, o simples soldados rasos, estuvieran dispuestos a enseñar al enemigo habilidades de combate y prácticas estratégicas. A decir verdad, la idea tenía su vertiente cómica: los alumnos comentaban atónitos que los asesinos de ayer, un día después de la victoria, fueran los encargados de enseñar a matar a los de su propio bando. Pero a éstos no les quedaba otra salida que aceptar un trabajo que a todas luces significaba más una recompensa que un problema. Pudieron salvar su vida.

Valentina aprendió a marchar en filas de tres, a formar una guerrilla y a practicar tiro con una escopeta provista de un punto de mira que había que aprender a cargar y descargar debidamente. Se lanzó a ello con todas sus fuerzas, que tampoco podían ser excesivas. En aquellas veinticuatro horas había aprendido a matar y, también, a llorar la muerte. Sin embargo, destacó por su destreza admirable en el tiro. No practicó con igual soltura el entrenamiento de las explosiones. Morteros y armas automáticas precisaban de un instructor especial y, por muy grande que fuera el arresto, tanto de maestros como de alumnos, carecían de especialistas y de instrumentos eficaces para el combate. Al término de las primeras prácticas reglamentarias de los milicianos nadie se atrevió a contar que las granadas de mano lanzadas durante la instrucción sólo eran piedras recogidas en un descampado

cercano y, cuando fue el momento de usarlas en la batalla de las islas Baleares, recordaron muchos de ellos el inocente método de educación para el ataque y la defensa con el que fueron adiestrados.

A su regreso de Mallorca, sentada en el tranvía que la llevaba a su casa de la calle Salmerón, Valentina comprendió, de una vez por todas, que su misión en el mundo no consistiría en matar. La lucha a favor de las libertades la emprendería con armas más sutiles, como el combate por la defensa de los derechos de la mujer. Ésa era la mejor lección que había aprendido después de vivir codo con codo con personas capaces de dar la vida por una idea pero propensas también a una conducta depravada en demasiados casos. Tomó sus decisiones. Era firme de carácter y rápida en la resolución de su día a día. A partir del día siguiente se encargaría de la formación de la mujer trabajadora. Escribiría en la revista de la Asociación de Mujeres Libres artículos de denuncia contra el papel de segunda fila dado a la mujer en cualquiera de sus facetas sociales e individuales. Dirigiría cursos de educación para mantenerse activas y resistir en tiempo de guerra. Viajaría a Madrid y a Valencia con el propósito de intercambiar ideas con las directivas. Sólo ahora se daba cuenta de que lo vivido en Mallorca le servía como ejemplo desgraciado de lo que podría llegar a ser la defensa de la República contra las fuerzas nacionales. Pero ¿cómo decirlo y con quién hablarlo? ¿Y hasta qué punto tenía razón? La perfecta soledad era la falta de comprensión. Y ella necesitaba a alguien cerca para poder contarle su experiencia, su historia, sin resentimiento.

La expedición fracasada del capitán Bayo le había abierto los ojos, sobre todo cuando con Putz y otras compañeras fueron a protestar ante el capitán y le instaron a que pusiera fin a las diferencias de sexo en el batallón. Salvo cuatro o cinco mujeres, a las que llamaban «capitanas» porque actuaban como verdaderos soldados llevando, como en el caso de Valentina, una compañía de ametralladoras, al resto de mujeres las habían confinado a labores de lavandería, enfermería y cocina. Bayo, como otros muchos oficiales republicanos, culpaba a las milicianas de que muchos de sus hombres desatendieran sus obligaciones guerreras, quedando más pendientes de las risas y carantoñas de las mujeres que de la lucha contra el enemigo. Aunque Valentina trataba de dejar de ser pesimista en sus apreciaciones, resultó obvio que los aviones italianos habían sido más efectivos e insistentes que los infortunados y escasos hidroaviones repúblicanos. Y lo que a ella le pareció lo más intolerable de lo vivido en las Baleares fue darse cuenta de que campesinos, políticos, trabajadores o intelectuales reproducían los mismos esquemas machistas atribuidos, en principio, a fascistas y católicos.

—¡Vaya con las mujeres! —le había dicho dos veces seguidas el capitán Bayo.

A lo que Valentina, capitana de compañía, le respondió:

—¡Y vaya con los hombres!

«La libertad seguía siendo lo más importante —pensó—. Para conquistarla...»

El tranvía quedó trabado en plena cuesta del paseo, y Valentina decidió seguir a pie el kilómetro escaso que le quedaba hasta llegar a casa. Desde la calle se oían sonidos de platos y cubiertos saliendo de las viviendas. La hora de la cena la tocó en lo más profundo. Tenía hambre. Iba soñando con darse un baño de agua caliente que durase horas, con cepillarse el cabello desde la raíz hasta las puntas y lavarse los dientes tres veces seguidas. Ser persona, en suma. Para empezar se soltó las horquillas del moño, se desanudó el pañuelo y dejó caer a la buena de Dios su melena rubia, quemada por la sal del mar y el sol de agosto. Un joven parado en la acera contraria que la miraba con el cigarrillo en la mano le recordó hasta tal punto a Arturo Ramoneda que casi llegó a confundirlo con él. Pensó, entonces, en el vestido que iba a ponerse cuando tuviese oportunidad de encontrárselo. Se decidió por uno de color blanco porque el blanco la ayudaría a resaltar el brillo de su piel quemada por la arena.

María Estuarda Mur, mientras tanto, seguía sentada junto al brasero de la galería donde pasaba las horas mirando a través de la ventana el ir y venir del pequeño barrio de Gracia. Miraba al herrero trabajar de sol a sol en la tienducha oscura, con su yunque y la llama azulada, que lo rodeaba por entero. Espiaba a la portera bizca de la casa de enfrente que, a su vez, se dedicaba a fisgonear a todos los vecinos de la calle, informándolos debidamente sobre aquello que no tenían necesidad ni ganas de saber. Se divertía con la gitana Petra de Hostafrancs, viéndola acosar al pobre transeúnte para ofrecerle la buenaventura a cambio de dos reales mal pagados.

—¡La suerte por naa..! —gemía dando pena. Pero no perdía la ocasión de echar una maldición a quien le diera esquinazo.

Al jardinero de la torre Solsona lo tenía vigilado porque sospechaba que se entendía con la mujer del colchonero mientras éste batía lana ajeno a chismes y maledicencias. Algunos se mostraban molestos de ser observados por aquella mujer, que no lograba dormir ni las horas nocturnas estipuladas al sueño y que, además, les sonreía todo el tiempo como si estuviera loca.

Así que, cuando llegó Valentina, su madre podía asegurar, sin engañar a nadie, que la estaba esperando. Se acercó para darle un beso: olía a pólvora y desengaño. Pero estaba tan feliz de tenerla ahí que ni pensó en preguntarle detalles del extraño viaje. La guerra cambiaba a las personas, aunque a ella no tanto. Se quedó con la mente anclada delante de la buganvilla azul que revestía el muro de la antigua casa de sus padres. Para hacer reproches ya estaba Francisca, a quien Valentina encontró con un plato de judías con chorizo en las manos que puso sobre la mesa con la obligación de que se lo comiera inmediatamente. A la escopeta la volvieron invisible, como si nunca hubiera existido, pues era cierto que algo muy profundo había cambiado en la casa desde el regreso de la niña. Se sentó a comer, gastó bromas a Francisca, hizo arrumacos a su madre, se preparó el baño que se había prometido y se frotó el corazón con jabón Lagarto y aceite de almendras tiernas.

Luego llamó a Mercedes por teléfono. Le exigió verse cuanto antes.

—Mañana. Mañana. Sí. Sí.

Ignoraba aún que le faltaba por vivir el argumento más importante de la guerra: el amor.

Los enamorados se dicen cosas que, más allá de la ilusión dorada, pueden parecer ridículas. Las personas aman sin detenerse a pensar seriamente que el programa amoroso consta de pocas palabras, siempre iguales y que, gracias a su repetición, se vuelven trascendentales y eternas. El sueño del joven romántico Arturo Ramoneda consistía en amar a una sola mujer, hacerla suya y dedicarse a cultivar ese amor toda una vida. Siempre supo que viviría poco, y tenía razones de sobra para creerlo. Por eso, desde el momento en que vio a Valentina comprendió que en su pasión habría fuego, espadas y dragones y que, a pesar de todo, la seguiría amando. Lejos de estar avergonzado por sus sentimientos, los sembraba a diario, convenciéndose de que lo que no se olvida tiene más probabilidades de llegar a realizarse. Fue de esa razón de amor de dónde sacó la fuerza necesaria para sobreponerse en los momentos difíciles. Ni una sola de las ocasiones en las que estuvo al borde de la muerte dejó de pensar en Valentina. Tan pronto la descubrió sentada en el canto de la acera de su casa, mostrando a regañadientes la inocencia que escondía esa belleza desconocida, supo que su compañía le traería suerte.

En septiembre seguía escondido en la azotea de la fábrica tratando de restablecerse de la enfermedad y de los daños soportados en San Elías. El seminarista que lo había cuidado en la casa de Expósito, al que llamaban el Sevillano, se encargaba de subirle la comida, ponerle las inyecciones, llevarle lectura y

ocuparse del asunto higiénico. También estaba obligado a rendir cuentas al Comité sobre el estado de salud del enjaulado, sin ocultar el interés de los camaradas de que se restableciera cuanto antes de sus enfermedades. «Ha dejado de toser. Creo que ha engordado. Hoy lo veo como una rosa», eran los partes sobre la salud de Arturo dados por el Sevillano a los jefes. Solían ser rimados, dada su costumbre de hablar en verso además de cantar coplas, cosa que iniciaba a la primera ocasión propicia.

Lo cierto era que su salud se iba recuperando. A medida que eso sucedía, los del Comité le procuraban material útil de ayuda en sus tareas. Una mesa diminuta, la estilográfica de su padre Antonio Ramoneda o la estantería con papeles y libretas eran ganancias obtenidas de los miembros del Comité. Desde el instante en que tomaron la decisión de esconder al hijo del antiguo dueño le tenían preparado un programa de tareas que le iban explicando de forma paulatina. Empezaron por visitarlo a horas intempestivas con la intención manifiesta de hacerle preguntas sobre algunos asuntos del funcionamiento de las Hilaturas.

—No es que no tengamos ni idea —le decían—, es que nunca nos dejaron el mando. El poder no viene solo. Es algo que se aprende.

Arturo les daba la razón. Jamás se enfrentaba a nadie. Vivía convencido de que discutir era la peor forma de perder el tiempo. Trataba siempre de resolver los problemas que le ponían sobre la mesa, hasta el punto de que los nuevos jefes decidieron llevarle ocupaciones de mayor responsabilidad,

como balances contables u organigramas productivos. «¿Cuál es la diferencia —se decía él en sus momentos de decaimiento—, si al fin y al cabo sigo trabajando en lo mismo que hacía antes de la guerra?»

Al caer la tarde, Arturo volvía a escuchar la contraseña del Sevillano mientras trepaba el último tramo de la escalera de mano que conducía a la madriguera entonando una canción que invariablemente lo identificaba. La que cantaba entonces decía algo así como «qué bonita está Triana cuando le ponen al puente las banderitas republicanas». Entonces era el turno de Arturo para levantar la moldura que separaba su diminuto espacio de otro más grande, también recóndito, de las buhardillas de la fábrica.

Aquel día la lluvia se colaba por el tejado semiabierto de la guarida, pero estaban en plena canícula y recibían el agua como una bendición. El seminarista era el único interlocutor-amigo del que disponía a diario, y nada más verlo entrar en el cuchitril, se preparaba para escuchar los chistes que el Sevillano narraba al recluido con la mejor intención de animarlo y fortalecerlo.

—Te traigo una buena noticia y otra mala —le dijo al verlo. Y soltó el recado que le habían confiado—: Tu novia viene esta noche a verte. Lo malo es que sólo se puede quedar un rato.

Arturo era lento de movimientos. Al principio, quedó confundido. Todo parecía una fiesta. «La felicidad es un lujo del cielo», pensó. Se puso nervioso. Dejó el plato de arroz para otra ocasión más serena. Obligó al seminarista a levantarse de

su asiento y le pidió ayuda para arreglar esa leonera. También le rogó, como cosa extraordinaria, que le subiera vino, la maceta con un geranio rojo que cultivaba en el lavadero, colonia y cigarrillos.

—Pero si tú no fumas —le protestó el chico de los recados.

—Claro que no —le contestó Arturo—, pero una cita amorosa lo cambia todo.

Aprovechó que su amigo cumplía con los encargos para volver a lavarse con el agua del cubo. Se puso la camisa blanca y el pantalón oscuro. Calzó alpargatas azul marino casi nuevas. Volvió a afeitarse. Se refrescó la cara con colonia. Y se sentó a esperar aquella tormenta de amor que muy pronto iría a desatarse.

«La sorprendente Valentina... ¿Podría ser una excelente esposa? Claro que sí», pensó.

En casa de los Mur movían puertas y regaban macetas. Valentina volaba de un extremo a otro del pasillo. Al verla salir tocando las nueve, arreglada como una señorita, Francisca le dejó claro que esa noche había un hombre a la espera de sus caricias incendiarias.

—No es lo que te imaginas —le dijo al despedirse.

—Peor, entonces —le respondió ella, tozuda con lo suyo.

Finalmente se había decidido por un vestido de flores encarnadas y sandalias de tacón, calzado poco recomendable

para una principiante en busca de la verdad amorosa. Podía imaginar los vericuetos por donde la llevaría la incierta noche pero, aun así, estaba dispuesta a soportar sus tacones altos, porque las aspiraciones de su feminidad triunfal se lo exigían como merecida penitencia.

Mercedes quedó sin aliento nada más verla. ¡Cómo era posible que fuera aún más guapa de lo que pensaba! Después de decirse una a la otra los piropos correspondientes, las amigas tenían mucho que contarse y lo hicieron de inmediato. En desorden, quitándose la palabra de la boca, a toda prisa. Caminando a saltos y maldiciendo los benditos tacones. Esquivando calles y avenidas.

Era sábado y Barcelona corría casi a la misma velocidad que ellas. Otras mujeres jóvenes paseaban cogidas del brazo por la acera del Tívoli, exagerando risas y perfumes con la intención evidente de provocar invitaciones y galanterías de los paseantes. Los brigadistas seguían sus bromas aprovechando cualquier excusa para alabar la belleza de la mujer catalana, reconocida por su temperamento enérgico, su andar florido y sus caderas atrevidas.

Entre jadeos y carreras, Mercedes contó a Valentina los percances consecuentes a la liberación de su hermano Arturo.

—Moribundo. Así fue como lo sacaron de la checa. — Intentaba preparar a su amiga para el encuentro íntimo con un hombre al que amaba sin apenas conocerlo—. Se ha salvado de milagro. ¿Estás segura de que quieres verlo?

Sí, decía el rictus cautivador de Valentina, que seguía sin comprender la razón de aquel amor fresco y alocado. Lo bautizó de excesivo, y también de irracional. ¿No lo estarían inventando entre todos? Durante la cháchara cambiaron tres veces de tranvía; a uno se subieron por error, o se equivocaron a propósito. Luego tuvieron que caminar un buen trecho. Estaban dedicando al momento cumbre del deseo todas sus energías.

Cuando casi estaban a punto de llegar a la fábrica y no les quedaba más que cruzar la última travesía, Mercedes lanzó el mensaje que llevaba preparado. Lo hizo sin preámbulos, a sabiendas de que era la única manera de mantenerse decidida en su objetivo.

—Mañana me voy al frente. Te lo prometo —le dijo.

A Valentina le pareció una idea admirable y también una temeridad. Probablemente se trataba de una broma. Dudaba de que Mercedes estuviese preparada para enrolarse en el equipo médico de la compañía de milicianos que se encargaba de convoyarlos. Aquella jovencita que, en circunstancias distintas, habría estado destinada a ser la esposa sumisa y católica de un burgués idiotizado, ahora, por decisión propia, se marchaba al frente de Aragón para atender a los heridos, con el riesgo que esa medida comportaba.

Sin querer influenciarla en su decisión se atrevió a preguntarle una sola cosa.

—Dime la verdad: ¿lo haces por la revolución?

—Claro que no —le respondió ella tan tranquila—. Ir donde hay heridos forma parte de mi trabajo.

La explicación no era del todo cierta porque otro de los motivos, que no pudo ocultarle, y menos esa noche de éxtasis compartido, tenía que ver con el hecho de que el capitán Ramón Mercader tenía previsto salir con su destacamento hacia el frente donde los nacionales combatían dispuestos a ocupar Cataluña cuanto antes.

—Hazme el favor de mantenerlo en secreto —le suplicó.

La figura de Expósito ya se divisaba junto al muro de la fábrica.

—¿Cuándo te darás cuenta de que todas las mujeres de esta ciudad están enamoradas de Mercader?

Pero a Mercedes no le importaba, convencida como estaba de no encontrar otra razón que justificara el amor más que el amor mismo. Tampoco se avergonzaba de tener un corazón grande y educado para el sufrimiento. El mundo le había dispuesto casarse con un hombre rico y vivir en una casa confortable como la de sus padres, pero ella prefería la independencia de las flores. Evitaba soñar y seguir marchita.

De Expósito comentaban divertidas que era un santo. Oculto tras un árbol, junto a la puerta trasera de las Hilaturas, vigilaba su llegada. De lejos las avisó con la mano para que bajasen la voz. Pensó que la miliciana se había excedido en su atuendo, y no contento con mostrar su desconfianza al verla con

semejantes tacones imposibles de subir por la escalera de peldaños ciegos, les dijo sin reparos:

—Nos estamos jugando la vida, jovencitas, con esta maniobra.

—Tampoco exageres, compañero —le respondió Valentina, que desde niña tenía la mala costumbre de decir siempre la última palabra.

A la hija del señor Ramoneda la advirtió, por si acaso, de que en diez minutos vendría un taxi para llevarla de regreso a casa.

Guiado por la linterna las hizo entrar en un subterráneo que apestaba a hongos y orín de gato. Atravesaron pasadizos, túneles, plataformas. Subieron por toda clase de escaleras: de piedra, de hierro, de mano, de madera. Hablar lo tenían prohibido, pese al silencio reinante. Las paredes ponían el oído. Las máquinas dormitaban. El sábado era el único día de la semana que libraba el turno nocturno pero, aun así, debían guardar todas las precauciones. A Valentina el recorrido le pareció que no terminaba nunca. Mercedes, que ya había hecho el camino en una ocasión, trataba de moverse como una experimentada. Hubo momentos en los que Expósito detuvo la marcha debido a algún ruido sospechoso. Esos parones erizaban la piel de las chicas, provocándoles ganas tremendas de reír e ir al baño.

En lo alto del edificio, desde su azotea celeste, Arturo contaba los segundos confabulados hasta el punto de que no podía distinguirlos de sus latidos. Se había permitido mantener encendida la lamparilla de aceite porque, de momento, las

estrellas se resistían a salir esa noche idealizada. En la mesilla, ocupada antes por carpetas y papeles, dispuso una cena para dos. Albóndigas con patatas como único plato que Sagrario, la mujer de Expósito, había cocinado con esmero. La salsa se dejaba oler por todo el palomar. Como bebida reinaba la botella de vino de Rioja Marqués de Cáceres de la familia Forner, que alguna mano caritativa hizo llegar a la cita de amor momentos antes de la hora de la visita. Todo un lujo para la situación desventurada de aquella ciudad en guerra.

Esa noche la contraseña fue menos ceremoniosa. Un escueto «¡Abre, que soy yo!», se oyó a través de la mampara. El panel cedió y las dos jóvenes entraron en cuclillas. Expósito prefirió quedarse fuera haciendo guardia. Mercedes, de naturaleza tierna hasta la náusea, se abalanzó al cuello de su hermano. Y no contenta con el apretón se permitió dejar caer algunas lágrimas. Valentina, a su lado, muy metida en su papel de invitada importante, permanecía en silencio.

—Bueno, ya es hora de irme —fue la única frase con sentido que se oyó durante ese prólogo de iniciación a la noche de los amores justos pero no castos.

Una vez solos, Valentina Mur se quedó de pie cerca de la lamparilla. Arturo, sin mediar palabra, le tomó la mano. Caminó dos pasos junto a ella y la llevó al terrado.

—Huele a mar —dijo sin mirarlo.

¿Cómo era posible tenerla ahí para él solo? Cortó la flor de geranio que tenía cerca y se la colocó en el pelo. Le habló al oído de su hermosura agitanada.

—Rubia con la piel negra como el betún —dijo ella nerviosa ante los modales atentos de su enamorado. Alguna fuerza, nacida seguramente del deseo mutuo de abrazarse, los mantenía quietos a una distancia de milímetros. Sus cuerpos parecían más sabios que el apetito de sus ojos. Hubo un instante en el que Valentina pensó: «Si no me besa, lo haré yo.» Hubo otro momento en el que Arturo tomó la decisión de casarse con ella y casi estuvo a punto de decírselo. Evitó ese error de principiante yendo en busca de dos vasos y cambiando de sintonía radiofónica. Acertó. La canción Tea for Two emergió del suelo como confidencia íntima. Bailaron con la seriedad que da el amor cuando no existen promesas. La música los apartó un segundo para volverlos a juntar en una fiebre y un delirio extremos. El beso fue eterno, como le gustaba recordar a él. El beso más largo de la literatura...

Lo cierto fue que bailaron dos canciones de principio a fin sin separar sus labios. Apagaron la emisora cuando terminó la música y obedecieron a un solo corazón, que dictaba calmar el deseo de los cuerpos. Se pidieron perdón porque el amor es ruego y codicia, pecado y clemencia. Valentina dijo que ella quería ver su cara todo el tiempo. Se negaba a cerrar los ojos e insistió varias veces en que quería más. Se había propuesto no malgastar ninguno de sus sentidos profundos. Arturo prefería dejarse llevar por la sabiduría del cantor de versos. Convencido de que amar era una invitación a morir, resucitaba a su amada en cada encuentro. Triunfaron. Al terminar la larga apoteosis de sus cuerpos se pusieron a reír como no recordaban haber reído nunca.

—Sssshhhh —los reprendió Expósito desde el otro lado.

A partir de ese día, sus citas se transformaron en sueños y siestas alborotadas. Tenían que intercambiar sus vidas y se lanzaban a ello con la misma intensidad que ponían en la culminación de sus deseos. Arturo le habló de aquella enfermedad famosa por ser estigma de artistas y desgraciados. También le contó historias sobre los diferentes sanatorios en los que estuvo ingresado junto a otros enfermos que, en muchos casos, tuvieron menos suerte que él. Se refirió a la visitante fiel que no dejaba de aparecer cada verano para llevarse a los más dolientes. Allí conoció a Bernat Amorós, su amigo fraile. Comentaban y estudiaban los mismos textos.

—Leyendo y escribiendo fue como aprendimos a comprender que la soledad tiene sus virtudes positivas —le explicó.

Le rogó que lo ayudase a dar con el paradero de su amigo. Las noticias que hasta ahora había podido conseguir eran terribles, y aseguraban que Bernat había sido uno de los ciento y pico frailes fusilados, a traición, por los anarquistas de la FAI. Esa visión lo exasperaba.

—No estará muerto, ¿no?

Valentina hacía lo posible por consolarlo.

Por mucho que dieran vueltas y más vueltas sobre los motivos del odio desatado en España tampoco encontraban una respuesta fiable. Cualquier persona de aspecto corriente y comportamiento intachable podía convertirse en un criminal

en menos de un segundo. Valentina lo informó de que los fusilamientos eran el pan de cada día.

—Matan por cualquier cosa. Sin juicio previo. Porque sí, para sentirse importantes.

Detenciones y asesinatos se realizaban a manos llenas continuamente por los responsables de patrullar la ciudad, sembrando el terror dondequiera que estuviesen. A Arturo le tocaba creer en las palabras de su amada; no podía olvidar a las víctimas inocentes que seguían sufriendo y muriendo a diario en cualquiera de las cárceles clandestinas de uno y otro bando. Cuando él caía en el desánimo, ella aliviaba su tendencia a la fatalidad intercambiando besos y planes para llevar a cabo juntos y por separado. Arturo estaba convencido de que a la República iban a dejarla aislada los gobiernos democráticos que ahora simulaban defenderla. Y de que la victoria fascista, dado el caos y la sinrazón actual, era un hecho cantado. Ella se negaba a reconocerlo. Continuaba escribiendo sus sueños de paz y fraternidad en artículos que publicaba en la revista de la Organización de Mujeres Libres. Con todo, habían aprendido a desconfiar de las noticias de la prensa y radios republicanas, dirigidas a convencer al pueblo de su fuerza para derrotar al enemigo aunque, a pie de calle, todo el mundo conocía bien las diferencias evidentes entre los partidos del mismo bando republicano. Para acabarlo de arreglar, los rencores entre comunistas y anarquistas empezaban a ser un motivo de debilidad de la República. Los primeros eran cada vez más poderosos, y pactaban alianzas que traicionaban seguidamente. Valentina le insistía en que su grupo no se casaba con nadie. Deseaban mantenerse independientes. Sin

embargo, no pasaba un día sin que surgieran problemas y desengaños. Los grandes avances sobre la liberación de la mujer, una realidad los primeros días de la revolución, al comenzar el otoño habían sufrido un importante retroceso. Gobierno y partidos reclamaban un nuevo papel para ellas. De tratarlas como heroínas de campaña ahora las obligaban a trabajar en la retaguardia. «Fregando platos», como decía Valentina con rabia. Y para colmo, las requerían en calidad de madrinas de guerra. Buscaban convertirlas en una casta de espíritus angelicales que desde sus casas se dedicaran a escribir cartas de amor a los chicos del frente dándoles ánimo para la fatal travesía.

Sobre ese punto, los enamorados mantuvieron algún que otro desencuentro. Arturo Ramoneda, sin soltar su mano, opinaba que las mujeres no debían lanzar tiros como los hombres. Y, a decir verdad, tampoco los hombres debían utilizar la violencia contra sus semejantes, rebatía ella.

—Si en lugar de pelear dedicásemos nuestro tiempo a leer más libros, todos seríamos más felices y nos llevaríamos mejor.
—Ésta era otra de las tesis del hijo del fabricante.

—Digas lo que digas, escribiré lo que pienso.

Y, en efecto, ni el amor que sentía por él, aun siendo enorme, era capaz de hacerle cambiar su temperamento que ella llamaba, en broma, retorcido y rebelde.

Pero la vida misma, más efectiva en su pasar templado que creencias y palabras, ya se encargaría de escribirlo a su modo.

Las horas que no dedicaban a revolucionar el mundo las reservaban al intercambio de arrumacos y delicias de amor. Arturo le podía cantar un fragmento de ópera italiana o zarzuela o declamarle por entero las tribulaciones de Dante en su descenso a los infiernos. Además, no dejaba de tener su gracia que el cautivo de la fábrica fuera precisamente uno de los encargados de la dirección de la misma. Y, con mayor motivo, ahora que la fábrica se veía obligada a cambiar de orientación productiva. Por decisión gubernativa impusieron a las Hilaturas que se ocupasen de confeccionar mantas de lana, ropa militar y otros géneros textiles útiles para la guerra. El hijo del dueño, desde su atalaya, había conseguido modificar la producción con resultados y rapidez asombrosos. Los del Comité no se cansaban de felicitarlo y él agradecía que, a cambio de su buen obrar, le concediesen más citas con Valentina.

—Lo terrible —le llegó a confesar durante un atardecer gélido del invierno, con estalactitas de hielo colgando del tejado— es que detesto tanto mi trabajo en la fábrica que ni consigo alegrarme por los éxitos obtenidos.

Una noche, cansada de divagar con teorías y especulaciones, Valentina le contó su decisión de ocuparse de actividades que tuvieran resultados inmediatos. Acostumbrado a las sorpresas de su novia y a su manera fantástica de crear situaciones nuevas, Arturo le añadía humor a sus resoluciones y a todo le decía que sí.

—¿Así que estás decidida a redimir a las putas?

Sonriente pero molesta, ella le dijo que si quería ser su novio lo primero que debía aprender era a no llamarlas «putas». Le aclaró que el nombre con el que a partir de ahora pensaban distinguirlas era el de «trabajadoras sexuales». Aunque él rio lo suyo, evitó llevarle la contraria. La apoyó en su tesis sobre la explotación a la que estaban sometidas las pobres mujeres, y en su propósito de ayudarlas a comenzar una vida nueva de «profesionales dignas». La animó, incluso, a que convenciera a los del Comité de las Hilaturas para que le dejaran impartir cursos de educación a las trabajadoras. Hábil en sacar partido de cualquier evento, Arturo la avisó de que también ganarían nuevas ocasiones para estar juntos. Sin embargo, el gran consejo que ella le agradeció casi más que el último abrazo de la noche tenía relación con los sanatorios para tuberculosos. Valentina tenía entre ceja y ceja encontrar centros apropiados donde trasladar a las mujeres de la vida y ofrecerles las condiciones para reeducarlas. Un poco en guasa, aunque sin duda hablaba en serio, Arturo le recomendó para sus fines redentores utilizar los antiguos, fríos y destartados sanatorios que él conocía bien.

—Magnífica idea —dijo Valentina. ¡Qué listo le parecía a veces!—. Incluso podríamos formar un equipo —llegó a proponerle.

Lo halagó a sabiendas de que un hombre, por muy inteligente que sea, no es inmune a las adulaciones.

Después se quedó dormida en sus brazos hasta que la despertó su voz leyendo en el periódico los versos de un brigadista llamado Auden.

—¡Ostras! ¡Hablas inglés...! —sólo tuvo tiempo de decirle con la garganta seca y los pies helados mientras se despedía.

Saber inglés era lo único que Valentina envidiaba de él.

En tiempos normales, cuando las familias acomodadas del país compartían nacimientos, horchata, bodas y tertulias, Lucrecia Palop jamás hubiese permitido que su sobrina Mercedes fuese al frente de batalla a trabajar de enfermera. Ni se le hubiera pasado por la cabeza aceptar una cosa así. Antes de consentirlo habría puesto unas buenas dosis de somnífero en la comida de su sobrina para dejarla exánime durante tres semanas. Pensó seriamente en encerrarla en su dormitorio, pero la alternativa, que era buena, le pareció demasiado truculenta e impropia para unos principios católicos que la tía jamás vulneraba. Al oírla decir tamaña barbaridad, en lugar de darle la sonora bofetada que su sobrina merecía, Lucrecia simuló un desmayo. No tuvo el efecto que esperaba. Mercedes, por su parte, ideó toda clase de razones para salirse con la suya. Recurrió a argumentos patrióticos y cristianos:

—Los catalanes mueren como gatos.

Era inútil. Nada podía conseguir ablandar el corazón de Lucrecia Palop. Entonces la joven se escudó en que Lali Fuster, la hija del doctor Fuster, el director del Hospital Clínico, era jefa del grupo de asistencia médica. El argumento de invocar el ejemplo de un apellido de familia de costumbres y valores

culturales parecidos a los Ramoneda tampoco sirvió para convencer a su tía. Ella lo utilizó contra su sobrina ordenándole que tuviera personalidad propia y no se dejara engatusar por falsas amistades.

Como Mercedes no dejaba de llorar, Lucrecia volvió a la habitación y desde la puerta le habló en susurros tratando de buscar complicidad con ella.

—Doy por sentado que tanto tú como yo nos hemos visto obligadas a hacer disparates. Pero ir al frente con los rojos y comunistas es el colmo de la desvergüenza. Tu padre nos mataría. Hazlo por mí.

Sus consejos y súplicas tampoco servían para hacerla entrar en razón. Llevaba más de un mes vigilando el cambio en el comportamiento de la niña. O estaba abatida y triste o alegre y exaltada en exceso. Tuvo que admitir, y flagelarse al pensarlo, que su imaginación había pecado de retorcida cuando se le ocurrió pensar que su sobrina podía estar embarazada. Pero la causa del arrobamiento de Mercedes provenía de un proyecto que estaba decidida a llevar a cabo contra viento y marea. A ella, la revolución también le había exigido un deber que pensaba cumplir a rajatabla: apartar a Ramón de su ideología atea y marxista. Es decir, según ella, de la influencia dañina de su alocada madre.

Ya era un secreto a voces que Mercedes se veía con Ramón a escondidas. Desde la muerte de Graells, Mercader vivía prácticamente en el cuartel Voroshílov de Sarriá, antiguo convento requisado por el Partido Socialista a los monjes

capuchinos y situado a poca distancia de la casa de la calle Angli. Mercedes se las ingeniaba para hacerse la encontradiza con su primo. Bastaba con rondar los alrededores del cuartel para dar con él a diario.

Sólo ella estaba al corriente de su tristeza por la muerte de su admirado y querido amigo. Los que conocían a ambos se daban cuenta de que el nuevo capitán trataba de transformarse en el valiente Graells, aunque también eran patentes en su comportamiento algunos gestos y actitudes de su padrastro, el agente soviético Nahum Nikolaievich Eitingon. Éste y su amante, Caridad Mercader, fueron los artífices de la inauguración del nuevo cuartel de Sarriá, al que bautizaron con el nombre del mariscal Kliment Voroshílov, máximo colaborador de Stalin.

Amparado por el ala dominadora de su madre, Mercader tenía bajo sus órdenes la formación militar del Voroshílov y se ocupaba de la instrucción de varias columnas de hombres destinados a combatir en el frente. Mientras se encontraban aprendiendo tácticas bélicas, racimos de chicas se dejaban ver por allí entregadas a sonreír y a contemplar embelesadas a los voluntarios de los batallones del cuartel de Sarriá. Todas las mañanas, una compañía de combatientes se dedicaba a marchar por el paseo de San Juan Bosco marcando el paso y obedeciendo las órdenes del capitán de la compañía Ramón Mercader. Alguna vez Caridad Mercader, vestida de soldado y con pistola al cinto, acompañaba la marcha. Apretujada entre otras jóvenes, Mercedes los veía pasar dando más alas a su sentimiento romántico. Trataba de dejarse ver, lo que no era difícil dada su altura, muy por encima de la media femenina.

Cuando se sabía descubierta por Ramón le mostraba la mejor de sus sonrisas sólo porque, en una ocasión, él le comentó que le gustaría amar a una «dona riallera com tu». En caso de que la suerte la acompañara y lograra una cita intempestiva con él, por regla general no iba más allá de una conversación fugaz en un banco de la plaza Artos, siempre cerca del Voroshílov. El amor insolente que ella le profesaba tampoco le permitía darse cuenta del interés de su primo por esconder esos encuentros furtivos y cándidos de la vista de lince de su madre Caridad Mercader. A la primita de Sarriá no podía verla ni en pintura, pues la consideraba una víctima de las trampas burguesas. Y realmente celebraba el ya famoso noviazgo de su hijo con la valiente comunista Lena Imbert.

Al corazón de Mercedes le hubiera convenido ver juntos y acaramelados a la pareja más célebre de la joven revolución catalana, pero si alguna vez tuvo esta oportunidad prefirió hacerse la desentendida y cerrar sus ojos a la evidencia. Ni tan sólo conocía el rostro de la señalada. Ramón Mercader sabía cómo comportarse para que su prima sólo reparara en él. Y Mercedes, una víctima más de los afectos desdichados, interpretaba los silencios y disimulos de su primo como una prueba de amor. Aun cuando él actuase, a veces, como si no la viera, ella siempre encontraba la manera de disculparlo. «Es un hombre que sufre distintos temperamentos», se decía, como si la frase la acabase de leer en un libro y estuviera tratando de comprender su significado. El signo evidente que ella esgrimía para demostrar que eran felices juntos se limitaba a que nada más verse no paraban de reír y gastarse bromas.

Hubo momentos en los que también probó a dejar de amarlo con aquella necesidad impaciente de sentirse correspondida, pero, al igual que sucede con los locos y los desesperados, su propósito conseguía el efecto contrario a su deseo: lo amaba más. Tampoco lo culpaba por no saber amarla; prefería poner nombre y apellido al obstáculo que impedía esa relación: Caridad Mercader, una mujer a la que su familia tildaba de enferma mental. Pese a todo, estaba más o menos satisfecha de sus progresos con Ramón. A decir verdad, los tristes tiempos en los que vivía la habían favorecido en ese aspecto. Y lo único que deseaba ahora era quererle. De los sermones dominicales en la parroquia se había aplicado la frase que más le convenía: «Ama y haz lo que quieras.» Bastaba con que a Ramón se le escapase un gesto o una palabra tierna para que su sentimiento amoroso estallase como primavera súbita. Jamás soñó casarse con él, ni mucho menos darle un montón de hijos. Sus fantasías amorosas debían ser posibilistas y, dado que otra clase de querencias eran del todo improbables, Mercedes se contentaba con regalarle devoción y afecto. Le daba besos de primos, caricias de hermanos y sonrisas mojigatas. Tampoco se avergonzaba de su encandilamiento. Y Ramón sacaba partido de esa adoración perpetua. Era un ganador nato, y un comunista terco en la victoria. La frase que le gustaba repetir era: «Vamos a Aragón a matar facciosos.» Y ella, queriendo entender en sus palabras una invitación para que lo acompañase al frente de batalla, le reconoció en seguida su disposición a ayudar a sus hermanos más necesitados.

—No, si en el fondo, tú eres más comunista que yo —le dijo él más de una vez.

Y Mercedes, sin querer creerlo, lo creía.

Después de un beso fulminante bajo la sombra de un plátano, se comprometieron a que ella le escribiría primero y él respondería cada una de sus cartas. Con suerte podrían llegar a verse en algún rincón de la contienda. En verdad pensaban que la guerra la perfilaba un mapa irreal y aventurero acoplado a la misericordia del destino. Eran jóvenes; de tanto hablar y fantasear sobre ideales rectos y mejores sentimientos fueron apagando penurias, matanzas y ejecuciones que la revolución llevaba en su equipaje oculto.

Según el programa establecido, el capitán Mercader, al frente del batallón Graells, partiría en tren hacia las dos de la madrugada de un domingo y Mercedes, adjunta al equipo médico de brigadistas, lo haría doce horas más tarde en una caravana compuesta de dos camiones con destino a Belchite. Marchaban en la misma dirección, al límite conflictivo donde peleaban los dos bandos enfrentados. El de los republicanos, dispuestos a conquistar Zaragoza y avanzar hacia Madrid, y el de los nacionales, que dominando el norte de España y parte de Castilla estaban listos para resistir y decididos también a ganar la guerra.

El tren militar en el que viajaban Ramón y su batallón de voluntarios salió de Barcelona sobre la medianoche. Se detuvo unos minutos en Lérida para partir de inmediato justo antes de clarear el día. El viaje prosiguió lánguido como un río. Pasaron por pueblos, llanuras desérticas y más pueblos en los que deambulaban seres de formas tétricas y expresión triste y desconfiada. Hasta los perros pasaban flacos y desorientados.

A Caridad Mercader le habían destinado un camión con veinte hombres y otras tres mujeres cuya ruta era la misma que la de su hijo. Con la única persona con la que se permitió cierta relajación de conducta durante el viaje fue con la joven rusa de mofletes rosados y dientes vidriosos, pero la mayor parte del trayecto lo pasó dando normativas sobre la disciplina de los soldados. A veces leía papeles que llevaba en una carpeta azul, o daba órdenes que surgían de su propia iniciativa. Se preparaba para limpiar el ejército de alimañas y veletas. «Soldats com Déu mana», llegó a decir.

En letra pequeña, en el reglamento comunista estaba previsto que si mandos y comisarios se veían en el deber de ejecutar por comportamiento indisciplinado a uno de los suyos, una vez cumplida la ley tocaba notificar oportunamente a las familias que la víctima había fallecido en un acto heroico de defensa de la patria. Los Mercader estaban dispuestos a mantener con regla inquebrantable la disciplina de soldados y milicianos. A vida o muerte, pues solía suceder que algunos camaradas, pese al amor que profesaban por la República, al llegar a la línea de combate huían despavoridos. Se achacaban unos a otros las culpas de sus muestras de cobardía. Por ejemplo, comunistas y socialistas decían que los milicianos del POUM eran «unos gallinas». Los propios mandos se ocupaban de alentar ese falso rumor. Y por si no fuera bastante, las rencillas entre los partidos de izquierdas no sólo seguían dándose en todos los rincones del frente, sino que aumentaban a una velocidad asombrosa en todo el territorio. Caridad no compartía con su camarada Dolores Ibárruri, la Pasionaria, el esfuerzo en formar batallones de mujeres dispuestas a luchar a brazo partido contra los fascistas. Sin

embargo, por grande que fuera el empeño de la Pasionaria en conseguirlo y agudo y claro el tono de sus discursos, los altos mandos del partido se negaban a aceptar esa maniobra. Y Caridad menos que nadie. Acataba sin abrir la boca lo que mandase Stalin.

En esas fechas, precisamente, empezaba a ser realidad la consigna establecida por los comunistas de crear en España un Ejército Regular del Pueblo como única salida para ganar la guerra. Caridad Mercader era de ese parecer. Contraria a las ideas feministas de su rival Dolores, nadie iba a impedirle actuar como la primera soldado comisario del Ejército Regular recién establecido. Era una cuestión de formas y de principios.

A los viajeros del tren se les exigía que no pensaran demasiado: bastaba con que obedecieran las ordenanzas sin más explicaciones. «¡Mudos como perros! Todos renunciamos a la libertad cuando vamos a luchar por defenderla», rezaba la contraseña. Los hicieron bajar en la estación de Sariñena y de allí fueron trasladados en camiones a los pueblos ocupados por las fuerzas republicanas. Era noche cerrada y la tropa dispersa se dispuso a buscar alojamiento y comida en las casas del poblado. Un silencio de consideración acorralaba el espacio. El frío invernal los mantenía serios pero atentos. La oscuridad y la ausencia de detonaciones estimulaban que se sintieran importantes. Sobre todo cuando, después de la cena, capitán y sargento volvieron a reunir a la tropa bajo la orden de que preparasen corraje y fusil. El aviso fue tomado como una

señal de alivio y de aliento bélico. Esa noche iban a atacar la ermita de Tardienta.

—¡En marcha! —cantó el mandato.

Sólo hubo un hombre que trató de excusarse ante los dirigentes debido a la premura de sus necesidades fisiológicas.

—Cágate en los pantalones —le ordenó el capitán Mercader. Y eso fue, ni más ni menos, lo que finalmente hizo.

Empezaron caminando bosque a través. La maleza les impedía acelerar el paso. Algunos tropezaban y caían, pero la patada que les propinaba el que iba detrás los obligaba a levantarse de inmediato. Atravesaron un río. El objetivo estratégico era relevar a una compañía de choque destinada desde hacía días a recuperar la ermita de manos de los nacionales, que estaban preocupados por defenderla a muerte dada la posición privilegiada del santuario de dominio sobre el territorio. Las órdenes generales indicaban que los soldados debían ocupar posiciones, vigilar la carretera que une Zaragoza y Huesca, permitir el avance silencioso del enemigo y obedecer, de inmediato, la voz de mando dada por el capitán cuando dispusiera a abrir fuego con una descarga cerrada. Pasaron por campos de trigo y maíz. Pisaban sombras. Y como la noche continuaba muy oscura, dos camiones, en uno de los cuales viajaba Caridad Mercader, los seguían de cerca con los faros iluminados a medias. Devoraban kilómetros, la mayoría de las veces a tientes y en otros casos, cuando las condiciones de seguridad lo permitían, alumbrados por los reflectores del camión.

Continuaron subiendo caminos y bajando montañas. Sin embargo, debido a la acritud del recorrido, hubo quienes empezaron a quejarse por la marcha ligera que el capitán exigía a toda la escuadra. Otros fumaban, una temeridad que les podría costar el ser descubiertos por el enemigo. Ramón ordenó apagar cigarrillos, faros y motores. De inmediato.

Eran las tres de la madrugada y llevaban más de cinco horas de camino obtuso. Temían hallarse en territorio enemigo. Estaban perdidos y desorientados e intuyeron que, por error, debían de haber dejado la ermita atrás. La compañía se encontraba a la deriva. Estaban rendidos. El guía, un guerrillero de Grañén, precedía al capitán, y salieron juntos a explorar el territorio. Oyeron voces. Cargaron fusiles. El hombre afirmaba que se movían en territorio leal, que estaba orientado, pero Mercader no terminaba de creérselo, y las voces lo despistaban. Dio la orden de abrir fuego cuando, justo antes de disparar, descubrió que las voces cercanas, apenas entreoídas, correspondían a dos hombres de la compañía de la ermita de Tardienta a la que la escuadra había ido para hacer el relevo.

Entonces sí asomaron estrellas y se ordenó un descanso a los soldados con el permiso de suspirar un rato. Había sido una decisión firme de los mandos que toda la compañía durmiera en pleno bosque, salvo Caridad Mercader, que, en esos momentos, se preparaba para tenderse en la cabina del camión. Era su primera experiencia castrense y ya se consideraba una soldado auténtica. Había aprendido a disparar como cualquiera de los mejores tiradores del batallón Graells.

Antes de salir al frente, le dijo al despedirse a su querido general mayor Leonid Eitingon, también conocido como Kotov y jefe secreto de contraespionaje de la KGB:

—Todo por la revolución.

Lo amaba, pero no le importaba morir si era necesario.

—Nunca te creas más valiente de lo que eres —le contestó Leonid.

—Escucha, Kotov, te he dado un hijo y ahora estoy dispuesta a ofrecerte España —replicó ella.

En la compañía nadie sabía que la comisaria de cabello corto y andares enérgicos era la madre del capitán Mercader. Si algún camarada conocía el vínculo familiar que los unía optaba por darse por no enterado. De Ramón Mercader se decía que era presumido y valeroso; se movía ligero en campo abierto, esquivando charcas como si el fango fuera su peor enemigo. Lo llamaban el Catalán porque, a diferencia del resto de soldados, el capitán aprovechaba cualquier excusa para hacer gala de la cultura de la que provenía.

Los hombres se resistían a dormir y hablaban en susurros, anhelando la pronta llegada del amanecer que los llevaría a remplazar, en primera línea, a los cansados. Los que se iban, con el macuto preparado para el viaje de regreso, presentaban una expresión deplorable mientras se esforzaban en cumplir con el deber de informar a los que llegaban sobre la situación espantosa que habían vivido.

—No por los disparos y cañones —precisaban—, sino debido a la conducta lamentable del comandante de la compañía.

Se contaban al oído que el comandante Achueta viajaba acompañado de tres mujeres con las que fornicaba a diario, y los soldados declaraban ser contrarios a las perversidades del comandante, al que no reconocían como tal. Asesino e hijo de puta eran los epítetos más suaves que le dedicaban.

—El tal Achueta tiene de comandante lo que yo de ruso —explicaba un pobre chico salvado milagrosamente de un disparo que aquél le había propinado por las buenas.

Decían que provenía del lumpen, que era un criminal auténtico que al estallar la revolución se había distinguido por sus cualidades macabras como guardia de asalto. En Tardienta todavía había sido peor: lo acusaban de favorecer al enemigo llevando a morir a los soldados de su compañía en ataques simulados a la ermita.

—Cada ofensiva nuestra se convertía en un cementerio de cadáveres —contaba otro soldado.

Añadían que, para colmo, no contento con las bajas que habían costado sus ataques suicidas vendidos al enemigo, esa misma tarde había mandado fusilar a dos de los hombres más valientes de la compañía.

Los que huían se iban sin comer. Derrotados.

Había quien, con suerte, había conseguido dormir un par de horas. A toque de diana levantaron la compañía y se

dispusieron a caminar en fila india. Avanzado apenas un kilómetro, los mandos detuvieron la marcha en medio de un trigal, junto a una casa de campo abandonada. Prepararon un frugal almuerzo; no había tiempo que perder. El destino del día era la ermita de Tardienta, a la que sólo iría una parte de la compañía. El capitán mandó decir que continuaran el camino los que llevaran fusil. Dieron un paso hacia delante cien hombres a los que les entregaron, además de la bayoneta que cargaban en su magro equipaje, granadas, bombas de mano y pistolas. Por primera vez, y gracias a la luz del día, trataron de distinguir la situación exacta de la ermita, lugar vital de combate y centro neurálgico del frente de la guerra. El santuario, en poder de los fascistas, se encontraba en lo alto del monte, dominando una gran llanura de la provincia de Huesca. La carretera era empinada y los combatientes subieron a los dos camiones ya preparados como carros de combate. En uno se escondía Caridad Mercader, cuya discreción asustaba más a la compañía que su presencia constante y declarada.

Cerca de la ermita, al reparo de un camino y moviéndose como figuras de un belén improvisado, un grupo de campesinos apareció llevando a hombros la estatua de la Virgen. Los de la procesión, menos sorprendidos que sus descubridores, se detuvieron en el acto. Ni tiempo tuvieron de abrir la boca, ni tampoco los otros de pedir el alto, cuando un balazo salido del primer camión impactó en el rostro momificado de la estatua. Descompuesta la imagen, el yeso cayó en pequeños trozos. Un grito rompió el silencio de la fiesta aguada.

—¿Quién cojones ha disparado?

Como nadie respondió, el capitán mandó detener los camiones. Los campesinos parecían insensibles al desastre. Se apartaron de la violencia desatada en sus casas, sus huertos, sus montañas. Ellos mismos se habían bautizado por un rato como víctimas de la Divina Providencia.

—¡Que nadie mueva un dedo! —gritó el capitán Mercader.

Fue el primero en bajar a tierra junto con el sargento. A los soldados los tenía callados, obedientes y con el fusil cargado, como si ese encuentro chistoso con los peregrinos fuera algo determinante en sus vidas. Varios hombres conocían el origen del escopetazo; más les valía callar. La ametralladora seguía intacta. Todavía olía a nueva.

—¿Sois curas o republicanos? —interrogó a los campesinos pasmados. Miró sus caras de alambre coloreadas por el cielo. No quedó contento con la pregunta: habría debido pensar antes de hablar. Algunos asintieron.

De todos modos estaban perdidos. En los camiones se escuchaban voces que los acusaban de traidores. Sonaban detonaciones que no llevaban a ningún sitio, con el riesgo aumentado de poner en alerta al enemigo. El sargento Céspedes se movía nervioso y, adelantándose al capitán, trató de poner las cosas en su sitio. Con voz de pescador alicantino insistió en que ser republicano y a la vez católico resultaba inadmisibile.

—¡Coño! Soy socialista —confesó el cura con pinta de aldeano que acompañaba la romería. Acto seguido se declaró

responsable y custodio del festejo a la Virgen. Eso sí que no se lo esperaba el sargento. Se le cayó la gorra.

—Así que eres rojo, apostólico y romano. Chaval, ve con tu cuento a otra parte.

Mientras increpaba al párroco, Céspedes se dedicaba a pegar tiros a los pies del hombre, muy al estilo de las películas del oeste americanas. El cura, un campesino de mediana edad flaco, curtido por el sol y con desparpajo maño, no se arredró. Sin temblarle la voz afirmó que era un seguidor del general Vicente Rojo. Los dos oficiales lo escucharon sin querer oír lo que decía. La virgen decapitada estaba entre dos piedras del suelo. Había mujeres de rodillas, resueltas a seguir rezando sus oraciones a la inválida. «Mal día para los peregrinos», pensó Mercader. Encendió otro cigarrillo y se dedicó a observar las volutas de humo que su boca exhalaba. Alguna cosa tendría que ordenar, y rápido. Su compañía le imploraba guerra. Y sin disciplina y sin mando la guerra estaba perdida. Cerca de la ermita, tres aviones cazas se dedicaban a dar vueltas disuasorias. El dedo del sargento Céspedes —al que llamaban el Malaleche por su humor negro y mal ventilado— seguía pegado al gatillo de la pistola. La insolencia del sargento puso a su capitán en la disyuntiva de matarlo a él o al cura. Sólo por llevarle la contraria, el capitán ordenó que encerraran al cura en el camión y le pusieran un guardia, lo cual dejó pasmada a la tropa. Ramón era un buen estratega: en el fragor de una batalla a campo abierto, el cura podía servir de comodín contra el enemigo. Echó a los campesinos con un movimiento de brazo; unos obedecieron en el acto y otros se ocultaron entre los zarzales.

En aquel momento había dos pistolas con el gatillo alerta: la del capitán y la del sargento. El cura se dirigió al primer camión. Hubo un momento de incertidumbre en el que los soldados no terminaban de decidir dónde colocar al preso. Entonces se oyó una detonación. Una sola. Tambalearon las piernas del cura, que cayó despacio y con la conciencia alerta. Ramón creyó que había sido Céspedes. Éste, por un instante, también se sintió dueño del disparo insomne. Pero su pistola estaba fría. La bala había entrado al cura por los ojos. Adivinaron quién podía ser el responsable de su muerte pero decidieron pasarlo por alto. La aviación fascista volaba cada vez más cerca; la guerra tenía prisa. Había que saltar a los camiones, desperdigarse un poco pero sin perder el rumbo hacia Tardienta.

Caridad Mercader no se había movido de la cabina. Le latía el pecho. Había sido el primer disparo de esa ofensiva y había dado en el blanco. Ella, que se las daba de no saber matar. Descubrió que su sofoco era parecido al despertar de un sueño erótico, y esto la confundió y estremeció a un tiempo. Se felicitó por la suerte que había tenido. Una obra bien ejecutada: el disparo al cura le había salido bordado. Un hecho ejemplar para los soldados de su compañía. Después, caso de que lo considerara necesario, daría explicaciones a su hijo. Lo que contaba entonces era que sus muchachos estuvieran listos para luchar con ganas y conquistar la ermita.

—No perdem més el temps! —gritó al conductor con la alegría de una colegiala.

Los aviones que sobrevolaban el batallón, desparramado a corta distancia entre los escasos árboles del llano, ametrallaban sin tregua. Perdieron algunos hombres. El capitán Mercader, cuando advirtió en el cielo un resquicio de calma, ordenó que la compañía avanzara. Los aviones fingieron alejarse para regresar de inmediato, y la artillería enemiga también disparó. A Caridad la habían perdido. Alguien aseguraba que durante la ofensiva la habían visto esconderse junto a las ruedas del camión, pero ella lo negaría hasta la muerte. El capitán y sus soldados más valientes lograron alcanzar un montículo donde emplazaron la ametralladora rusa recién llegada del Kremlin y el fusil ametrallador. Decidieron abrir fuego contra la ermita sin descansar un segundo. Anochecía.

—De aquí no nos abrimos. Que traigan municiones —fueron las últimas órdenes del capitán.

Tocaba permanecer despiertos. Ya ni se acordaban de si tenían hambre o de si llevaban suficientes provisiones.

Esa noche la luna era la gran aliada de los republicanos. Gracias a su luz, que se extendía sobre el campo con su manto de claridad espantada, los recién llegados podían limitar sus objetivos. A los fascistas los vieron bajar del monte, los dejaron llegar y en un momento los obligaron a retirarse. Oscuridades que respondían a hombres y más hombres que pronto serían cuerpos putrefactos. Silbaban las balas en cortina. Por si acaso hubiera miedosos entre los de su tropa, el capitán los previno a latigazos:

—A los cobardes los fusilamos.

Ninguno lo ponía en duda. La batalla del anochecer estaba ganada.

Sin embargo, de buena mañana, la aviación enemiga asomó de nuevo. Llovieron bombas y la compañía se desesperó. Hubo quien, de hecho, abandonó su cometido. A los heridos tenían que recogerlos y, si el enemigo lo permitía, amontonarlos en el camión que los trasladaría a los dos únicos hospitales de campaña instalados en el frente aragonés. Una vez allí encontrarían a Mercedes Ramoneda y su gran corazón de oro. El encargo de transportar heridos y mutilados resultó confuso, pues a los hombres fuertes se les necesitaba en primera línea y a los débiles ya no les quedaba ánimo ni para bostezar su pena.

Aunque siguieron resistiendo, se fueron batiendo en retirada. Cuando ya se creían perdidos, conscientes de su desánimo, irrumpieron en el cielo cinco bombarderos republicanos. Eran soviéticos, pero qué importaba. La réplica de los nacionales no se amilanaba. Estalló un combate de aviación de tal ferocidad acrobática que tuvo embobados a los de tierra. El último parte del capitán señalaba que habían caído dos de los suyos y uno fascista. Las escuadras se habían ido remplazando. Al grupo más belicoso del día le tocaba rancho y sueño. Se ordenó dormir a los hombres, que cayeron como títeres sobre los fusiles de adiestramiento.

Mientras tanto, Caridad Mercader presumía de sabelotodo metiendo el pico entre las patrullas desperdigadas. Se disponía a hablar con los guerrilleros entrenados para acciones de

espionaje, que conocían el terreno palmo a palmo. Eran pastores y campesinos de esas montañas, aleccionados desde niños para cazar como perdigueros y comunicarse al estilo de aves, lobos o cabras montesas. Algunos de ellos resultaron ser bravos y temerarios a la hora de burlar la vigilancia del enemigo. Había otros, de los que Caridad hubiera hecho bien en desconfiar, que también trabajaban para el fascismo. La comisaria se dedicó a atosigar a todos y ponerles trampas para esclarecer su comportamiento. Tenía crucificado a más de uno. Pocos vivirían para contarlo.

El capitán Mercader aprovechaba los pocos momentos de tranquilidad para escribirle cuatro líneas a Mercedes. Las historias del día a día se las había ido contando en supuestas cartas de amor cifradas que le enviaba a través del camarada encargado de repartir la prensa y los paquetes al regimiento.

El sobresalto en el que vivía desde su llegada al frente, mientras trabajaba a destajo en el hospital de campaña asignado, tenía su recompensa en las cartas que Ramón le enviaba como si sintiera el deber de detallar a su prima el informe diario de su hazaña. No eran esa clase de cartas las que ella hubiera preferido recibir. Mientras las leía y se las aprendía de memoria se dedicaba a buscar con lupa cualquier detalle epistolar digno de magnificar de acuerdo con sus preferencias íntimas. Si para despedirse él le decía «el teu Ramón» ella se tomaba la frase en el sentido más preciso y apasionado. Cada vez que abría un sobre empezaba a leer la

carta por el final porque, de ese modo, la sentía más querida y sincera.

Las primeras cartas no fueron más que breves notas sobre sus ocupaciones en el frente de batalla pero, tan pronto Ramón se dio cuenta de que escribir lo convertía en alguien importante, extendió su tamaño e intensidad argumental agregando su versión particular de los combates y silenciando cosas, claro, entre ellas el asesinato de un hombre al que, por sorpresa, clavó varias puñaladas en sus órganos vitales.

En esos momentos Stalin había tomado la resolución de prolongar la guerra en España con la idea de utilizar el conflicto bélico para que sirviera de inicio de una guerra entre países europeos —como, en efecto, sucedió después—. Una guerra en la que Rusia quedaría al margen mientras observaba al resto de territorios destrozarse entre ellos. Media España estaba bajo el dominio del dictador ruso y la otra media bajo el terror fascista. Mercader, fiel y obediente a las consignas soviéticas, omitía toda referencia a esa situación o cualquier otra que pusiera en entredicho a su ejército. Silenció el número de muertos y heridos en combate. Tampoco dijo nada, ni siquiera a Mercedes, sobre las compañías capitaneadas por milicianos que llevaban a los hombres a morir porque sus fusiles eran como escobas y un ochenta por ciento de las municiones que llegaban de Cataluña estaban estropeadas. Aún menos le habló de su padrastro Leonid y de sus negociaciones con el gobierno de la República, pacto que, a cambio de un buen caudal de oro, propició la llegada de los bombarderos dispuestos a salvarlos de una situación imposible. Por el contrario, se extendía en describirle la llegada anhelada de los tanques soviéticos: «Y no

te lo crearás. La ermita ya es nuestra. Hem guanyat», escribió tres veces seguidas.

En su correspondencia de éxitos y victorias olvidó que horas antes había ordenado fusilar, por error, a tres revolucionarios ejemplares. Esas actuaciones misérrimas tampoco salían en la prensa que leían en el frente. Los periódicos se dedicaban, en gran parte, a celebrar victorias imaginarias de los republicanos y embaucadoras derrotas de los fascistas.

Alguna vez Ramón escribió la verdad: «Imagina cómo serán de valientes nuestros hombres, que duermen con una granada en la mano y el fusil en la otra. Y lo más increíble es que no los sueltan.» Se explayaba a gusto diciéndole que esa tarde habían ido a visitarlo unos amigos de Sarriá. Le habían hecho fotos bastante divertidas y le prometió que le enviaría una en la que llevaba un pañuelo atado en la cabeza como un payés del Ampurdán. Tampoco le diría, más adelante, que la ermita había vuelto a caer en poder de los fascistas ni que en su batallón había demasiadas bajas. Que se encontraba deprimido. «¿Y tú? —le preguntaba—. Explica'm les teves coses.»

Mercedes le contaba con detalle el mejor invento de la guerra, que consistía en unas botellas de sangre limpia y pura que diariamente viajaban de Barcelona al frente de Aragón, con las que conseguían salvar muchas vidas. «Un banco de sangre improvisado, el primero en el mundo, y funciona maravillosamente. Es el único correo seguro que nadie frena. ¿No te parece increíble, capitán? ¿Cuándo te darán permiso para volver a Barcelona? Según se dice, parte del equipo médico tendrá que ir a Sariñena, pues cuanto más cerca se

encuentre del frente mejor será para los heridos y también para mí», añadió con coquetería.

Lo cierto era que su equipo médico se iba acercando al pueblo donde Ramón peleaba en esos momentos. Si ella lo mantenía en secreto era con intención de darle una sorpresa. Mercedes insistía en que su hospital de campo se dedicaba a curar a todos los heridos por igual, sin distinción de ideas políticas. Pero él, en lugar de responderle que en su vida había una mujer llamada Lena a la que acababa de ver en un permiso, la engañó con que ese domingo se habían pasado al bando de los republicanos tres soldados del Tercio de Regulares y, algo diabólico, añadió que le había extrañado no ver entre ellos a Alberto Ramoneda, su hermano menor. Trató de arreglar su traspié con la fórmula socorrida de «no te lo tomes a mal. Es una broma». A modo de posdata agregó la última orden que acababa de llegarle. Su batallón debía ir a Bujaraloz, zona espinosa del frente. «Tal vez ésta sea la ocasión de vernos», dijo, convencido de que Mercedes Ramoneda acabaría cansada de esperarlo en balde.

El tenía otros planes para su vida y, si se refugiaba en su prima, era en parte por comodidad y también porque algo había en su proceder que le recordaba el temperamento serio, austero y bonachón de su padre, el industrial catalán con el que apenas se relacionaba.

Le costó adaptarse al nuevo foco de batalla. La higiene dejaba que desear. Los soldados apestaban e iban llenos de piojos. Ya ni miraban lo que comían ni el agua que bebían. Pero de vez en cuando recibían una visita de los técnicos rusos. En

su opinión, no había otra escuela en el mundo con un nivel tan alto de instrucción militar. Le gustaría que ella pudiera ver su cambio de uniforme. El capitán Mercader era conocido en todas partes por sus botas de cuero relucientes y la estrella de su camisa. En la última carta le subrayaba que estaba harto de la indisciplina de los anarquistas. «Son unos vividores. Y si algo me alegra de verdad es que nosotros —se refería a su partido— hemos conseguido acorralarlos.» Llegando al final, le dijo de pasada que tenía ganas de verla, aunque no ofrecía pista alguna para posibilitar un encuentro.

Como él nunca hablaba de Caridad Mercader, Mercedes tampoco se atrevía a preguntar por su madre. «No soy santa de su devoción», le dijo la última vez que se vieron en Barcelona. Tuvo noticias de que la habían visto correr en plena línea de batalla esquivando balas como cualquier soldado. La confidencia llegó por boca de un herido del frente de Bujaraloz. Mercedes se hizo unas fotos con el equipo médico de las Brigadas Internacionales y puso su preferida, una en la que sonreía con naturalidad, en un sobre. No se avergonzaba de confesarle que algunas noches perdía los nervios y lloraba como una desconsolada. Pero también le contó una anécdota chistosa sobre sus lágrimas. Sus compañeras extranjeras se asombraban de que las mujeres catalanas pudieran llorar tanto. «Qué quieres que les diga. Somos así: unas sentimentales.» En esa ocasión consiguió tocar la fibra de su primo. Mercedes formaría parte de la gran nostalgia que Ramón siempre sentiría por su país, Cataluña. «Somos iguales», le escribió ella. Y, sin lugar a dudas, nunca se habían visto dos personas tan distintas capaces de mantener una relación que casi se podría calificar de amorosa.

Luego hubo un silencio en su correspondencia en el que Mercedes no hizo otra cosa que esperar y esperar. Ninguna noticia de Mercader, ni buena ni mala. Lo que, por otro lado, también representaba un alivio. Los correos llevados por conductores de camiones o soldados de permiso dejaron de preguntar por ella. «¿Me estaré matando?», se preguntaba cada noche al acostarse. Soñó que a Ramón lo habían trasladado a Rusia, pero prefirió olvidar esa pesadilla y pensar en positivo. Los sueños, según ella, representaban lo contrario a lo que sucedía en la vida real.

Continuó buscando información entre los heridos que llegaban a Sariñena. Un tal Matías Baduel, de acento argentino y con la mitad del cuerpo cubierto de metralla, entre gemidos y desventuras le dio el aviso de que al capitán Mercader se lo habían llevado de urgencia a un hospital de Lérida.

—Explícate, camarada —le reclamó ella dominando la jerga del equipo enemigo.

Pero el compañero sólo podía hablar de oídas. Con el rostro lleno de lágrimas, Mercedes le confesó su parentesco con el capitán. La confidencia gustó a Matías; el capitán era un hombre conocido y admirado en el frente.

—De su compañía sólo hemos quedado veintidós y yo, que no valgo ni siquiera por uno.

Añadió que no fuera tan «boluda». Su primo era todo un héroe.

El testimonio del argentino le hizo cambiar sus planes.

Aquella misma noche, desde la casa de campo convertida en hospital de campaña, Mercedes intentó comunicarse con el hospital de Lérida. Una voz anónima y malhumorada pretendía entender su caso. Ella insistía en que se trataba de un asunto familiar, suplicaba que buscaran en las listas algún enfermo ingresado con ese nombre. Trató de poner un tono inflexible a su petición, pero los nervios traicionaron su voz, siempre asustadiza. Se vio obligada a esperar un largo rato hasta que Lérida terminó admitiendo que, en efecto, el apellido estaba en la lista. Con una salvedad: en lugar de un hombre veía registrada a una mujer llamada Caridad, procedente de la columna Durruti y herida en Bujaraloz. «Pronóstico grave», fue lo último que dijeron antes de colgar el teléfono.

Allí mismo, Mercedes tomó la decisión de viajar de inmediato a Lérida. Tozuda como suelen ser las adolescentes caprichosas y las viejas solteronas, no cedió en su propósito hasta conseguir permiso del jefe médico para salir hacia allí y visitar a su tía moribunda. Poco dotada para la elocuencia, disfrutaba de otras maneras —algo aññadas, todo sea dicho—, ventajosas en la seducción del género opuesto. Pedía favores o amparos descomponiendo su rostro en una sonrisa grande y cándida y mirando a los ojos de sus benefactores con la pupila empapada de un gesto socarrón. Y no había hombre, por poderoso que fuera, preparado para resistirse a la admiración de una mujer sola, joven, distinguida y necesitada como Mercedes Ramoneda. Pero a ella, al contrario que Valentina Mur, no le interesaba en modo alguno rivalizar con un sexo que no dejaba de juzgar fuerte e importante. Sus objetivos eran

inocuos de tan elementales: sólo procuraba acercarse a Ramón. Estar con él. Comérselo con los ojos.

Todo ese arsenal complejo de virtudes le sirvió para lograr el permiso de regresar a Cataluña. Y no contenta con ello, obtuvo la posibilidad de quedarse a trabajar en calidad de servicios especiales en el hospital leridano, donde a buen seguro, con las referencias que llevaba, iba a ser bien recibida.

Cuando vio el coche Hispano Suiza aparcado delante de la puerta, junto a las ambulancias de Sariñena, Mercedes pensó que se habían equivocado de persona. Era a ella, sin duda, a quien buscaban. Un automóvil negro y blindado, conducido por un joven ruso llamado Dimitri, acababa de llegar con la orden de llevarla a Lérida. Pecosó, bajo de estatura y con dieciocho años recién cumplidos, Dimitri, evitando preguntas indiscretas, prefirió hablar hasta emborrachar de sueño a su única pasajera.

Le contó su vida. Trapecista de profesión, había llegado a España por un inexplicable error de papeles. Antes que ser devuelto a las purgas de su patrón Stalin, sus jefes, que lo querían bien, prefirieron quedárselo en calidad de chófer. Hablaba más catalán que español y silbaba música del Cáucaso. Se mostró feliz de haber encontrado a una amiga que le recordaba a su profesora de ballet de Petrogrado, una española de Bilbao llamada Carmen Elizalde. Pareció sorprendido de que a la pasajera no le sonara el nombre, y se atrevió a reñirla por su ignorancia artística. A los cinco minutos de estar juntos, Mercedes ya había decidido adoptar al chico pelirrojo en su agenda personal de afectos. Sentía que debía

preservarlo de algún peligro inminente. Tan joven, mofletudo y rubio, daban ganas de acariciarlo y aplaudir sus gracias. Y no lo pensó un segundo cuando él la invitó a compartir su casa de Lérida, con tres habitaciones y a dos pasos del hospital. A no ser que prefiriese alojarse en la residencia de enfermeras.

El viaje se le hizo rápido. Las curvas de la carretera apenas se notaron. Y eso teniendo en cuenta que Mercedes era propensa a marearse en coche y debía utilizar las sales que siempre llevaba en el bolso. Ya estaba con una pierna encima de la acera cuando Dimitri, antes de dejarla marchar, se ofreció a esperarla frente al edificio y llevarla después a casa. Insistió tanto en guardar su equipaje, con las cartas de Ramón ocultas en su bolsa de mano, que a ella le pareció el colmo de la caballerosidad. Sin embargo, en el último momento tuvo una corazonada. En tiempos tenebrosos como los que ahora les tocaba vivir quién le aseguraba que a la salida del hospital Dimitri seguiría allí. Para evitar problemas recuperó su maleta y subió veloz la escalera principal del edificio.

Sofocada a causa del calor y los nervios, preguntó por la enfermera jefe de personal, y le señalaron a una mujer de cabellos grises que hablaba bajo, tratando de disimular un defecto leve en la pronunciación de algunas consonantes. Mercedes se explayó sobre Sariñena y su experiencia en el frente, lamentando, en seguida, haber sido demasiado explícita en su currículum cuando se enteró de que querían asignarle horario en la sala de operaciones. Le estaban haciendo una mala jugada.

—No, por favor —rogó, argumentando que por su estado físico, después de una temporada en las tinieblas del frente, aún no estaba preparada para afrontar la serenidad que requería ese trabajo y necesitaba, de momento, otra clase de dedicación. Suplicó que la destinaran al cuidado del posoperatorio a sabiendas de que sólo así podría localizar a Ramón y, en el mejor de los casos, curarlo y consolarlo. La candidez con la que expresó sus intenciones despertó compasión sin que ella tuviera que pensar ni añadir nada.

El sol del atardecer envolvía de resplandor las paredes blanquísimas y desnudas del despacho. A la superiora le gustó la sinceridad de Mercedes, se fijó en sus manos, largas y cordiales, y, sin apenas meditarlo, le dijo que hiciera el favor de seguirla.

Cinco minutos después de esa conversación, con el tiempo justo de ir al servicio, lavarse un poco y dejar la maleta tirada en cualquier rincón, Mercedes se encontraba junto a la cortina del cubículo destinado a pacientes posquirúrgicos graves. En el número tres tenían registrada a Caridad Mercader. Estaba completamente sola. Leyó el parte médico: la hoja informaba de que la paciente había recibido doce descargas de metralla en el vientre con dictamen de intestino y bazo perforados. Mantener las cánulas en correcto funcionamiento, darle sedantes fuertes y vigilar sus constantes vitales iba a ser el cometido de la nueva enfermera, además de ocuparse, con igual diligencia, de otros diez recién operados de la planta que le habían asignado.

—Duerme sólo cuando tus obligaciones lo permitan y siempre que haya otra persona para relevarte —fue la última recomendación que le dio la supervisora.

Ella no deseaba otra cosa que obedecer las normas de la enfermería, pasar en el hospital noches y días festivos, ver a Ramón, hablar con él y regresar a su casa de la calle Anglí a reponerse de su viaje. Su estómago continuaba revuelto y las palmas de sus manos empezaban a pelarse. Tenía el presentimiento de que a Ramón, cansado de la guerra, le llegaba el momento de enfrentarse a la cruda realidad de los hechos. Nunca perdía la esperanza. Vivía convencida de que el único comunismo indiscutible y esperanzador era el evangelio de un solo hombre: Jesús de Nazaret.

Abrió la cortina con decisión. «¡Aquí está!», pensó. Podía hacer con ella lo que quisiera. ¿Hablarle de Ramón?

La enferma le pareció tan frágil y apagada que daban ganas de ponerse a llorar. Antes de entrar, la saludó desde la puerta con palabras demasiado afables para una época caracterizada por la falta de las formas de comportamiento social, a riesgo de ser tachado de burgués fascista. Caridad mantuvo los ojos cerrados sin dar signo alguno de haber reconocido a su sobrina. Esta reparó en que llevaba el cabello muy corto y que su boca estaba contraída en exceso, seguramente porque la mandíbula de Caridad tenía fama de amplia y malcarada. Como la fiebre era alta, la mantenían sedada. Mercedes comprendió que se encontraba ante una enferma de la clase «aguántala como

puedas», tal y como el personal sanitario llamaba a las pacientes de temperamento agrio e insufrible. Sólo cuando, una vez cumplidas sus tareas, se acercó a preguntarle si deseaba algo, Caridad, que pareció resucitar de su tumba blanca, le espetó:

—I tu, qué hi fas aquí?

Mercedes se limitó a ofrecerle una sonrisa distraída y le acarició la mano. De alguna manera quería dejar claro que, por tiempo indefinido, ella iba a ser la directora del cubículo y Caridad la fiel subordinada.

Tuvo que pasar una semana entera, cuidada por las atenciones de Mercedes y ya fuera de peligro, para que Caridad accediera a conversar con ella. Durante varios días temieron por su vida. El equipo médico llegaba en tropel a visitarla. Mercedes pasó varias noches en vela atendiendo a Caridad, presumiendo que, si lograba superar su peligroso estado de salud, tal vez la experiencia podía servirle para encarrilar su personalidad desequilibrada. Caridad le contó el ataque feroz de los aviones italianos, y no quiso hablar más del asunto. Esa fue la única información que le dio sobre el origen de su grave accidente.

En el hospital circulaban distintas versiones sobre el episodio en Bujaraloz con la comisaria política más temida del frente de Aragón. Que si los anarquistas decidieron vengarse de ella por las maniobras criminales llevadas a cabo contra los milicianos. Que había sido traicionada por los miembros de su mismo partido, que buscaban ocupar su cargo de delegada política.

Circulaba, también, otra explicación de los hechos en la que se dejaba constancia de que Caridad Mercader, siendo militante fundadora del PSUC, había decidido incorporarse a la columna Durruti en calidad de espía soviética con objeto de vigilar los pasos del famoso sindicalista. Otras lenguas más enteradas convinieron en difundir que Caridad, en su condición de dirigente de la Brigada Comunista de Bujaraloz, era la primera responsable de arrojar a la fosa común a muchos comunistas a los que, previamente, ella misma se había encargado de denunciar y acusar de indecisión bélica y desvío ideológico. Hubo quienes pretendieron confundir su imagen con la de otra mujer valiente y luchadora a la que apodaban la Dinamitera. Pero los más se limitaban a calificarla de delatora y asesina de sus propios compañeros republicanos, a los que culpaba de fascistas y trotskistas sólo porque se negaban a obedecer ciegamente las consignas del Kremlin.

Por lealtad a Ramón, Mercedes prefería hacer oídos sordos a las historias que contaban sobre Caridad del Río, si bien compartía con los murmuradores su credibilidad y, lo que resultaba más grave, todas las versiones podían darse conjuntamente, dado el proceder de esa loba herida a la que, pese a todo, cuidaba con tanto apego. Muchos la despreciaban en silencio. Sin embargo, era también una mujer admirada por personas importantes que periódicamente se acercaban al hospital a visitarla. El fiel y cándido Dimitri, de quien Mercedes se había hecho amiga y compañera de piso, se encargaba de escoltar a los agentes rusos a la habitación de la heroína catalana. En el piso que compartía con él bromeaban comentando fachada y comportamiento de los visitantes soviéticos. Se notaba a la legua su procedencia. Ella los llamaba

los «cuervos rojos». Dimitri la dejaba hablar interviniendo lo mínimo en las descalificaciones. Preparado para escoltar espías, siendo él mismo uno de ellos, estaba convencido de que Mercedes no tenía doblez; su espíritu inocente la convertía, a su pesar, en aliada suya.

Al comienzo, Mercedes no prestaba demasiada atención al movimiento clandestino de los visitantes de Caridad. Sólo buscaba la ocasión de encontrarse con Ramón. Tenía indicios de que no estaba muy lejos aunque, por alguna razón desconocida, lo mantuvieran apartado de su madre, del resto de los enfermos del edificio y, por encima de todo, de ella misma. El amor no es un reloj de arena, y la paciencia de Mercedes podía ser infinita. Sabría esperar pese a que Lucrecia Palop, harta de los incidentes de la niña de la casa, estuviera amenazando por teléfono con ir a buscarla ipso facto a Lérida a no ser que regresara inmediatamente a Barcelona.

—Se lo explicaré a tus padres —había llegado a decirle fuera de sí en otra de sus llamadas. Una amenaza que dejaba de tener sentido pues, para Dios y para el mundo, a los padres Ramoneda se los había tragado la tierra.

Aprovechaba los momentos de intimidad doméstica con Dimitri para hacerle preguntas indiscretas. A ella le importaba poco que los técnicos rusos se dedicasen a regalar camiones, aviones y tanques a los españoles —algo que, por otra parte, no dejaba de resultar extraño—; le interesaba más conocer la vida y las aspiraciones de las personas que visitaban a la enferma. Sigilosas, distantes y, al mismo tiempo, extrañamente cercanas a Caridad. Sobre todo el comandante Leonid

Alexandrovich Eitingon, a quien todos trataban como si fuera el esposo de la catalana. Dimitri le aseguró que no solamente vivían juntos sino que su comandante cumplía con las obligaciones propias de padrastro de sus hijos. Mercedes fingió no dar importancia a la confidencia de Dimitri, pero su indignación se declaró horas más tarde cuando, sin razones aparentes, le sobrevino uno de aquellos ataques nerviosos que la dejaban imposibilitada y postrada en la cama como una cataplasma. Dimitri también le confió algo que se negó a creer por respeto a Ramón. De ser cierto que Luis, el hijo pequeño de Caridad, era realmente hijo de Leonid, el ruso, ella lo negaría siempre. Habladurías, seguiría diciendo hasta su muerte.

Tuvieron que pasar muchos años para que Mercedes se diera cuenta de que durante aquellas semanas en Lérida la tuvieron poco más que secuestrada. No pertenecía a ellos pero les servía de florero decorativo con el que tapar sus terribles juegos malabares.

A fin de conseguir sus fines, nada resulta más ventajoso a un traidor que la compañía fiel de un crédulo ilusionado. Y Mercedes, sin ir más lejos, era el ejemplo claro de la inocencia en bruto.

El mundo tardaría en averiguarlo, pero la época en la que Caridad Mercader permaneció ingresada en el hospital de Lérida marcaría un hito en la maniobra del Partido Comunista Español sometido al Kremlin. Allí se gestaron proyectos sobre las actuaciones triunfantes y terribles propiciadas por la guerra

que tuvieron repercusión fundamental y desastrosa en todo el siglo XX.

Una tarde que Caridad y Mercedes hablaron más tiempo de lo acostumbrado, mientras ultimaba sus curas a la enferma, aquélla, mirándola de hito en hito, le soltó:

—¿Será posible que aún no hayas visto a Ramón? Lo encontrarás en la habitación 23 de la segunda planta.

Sorprendida por la revelación imprevista, Mercedes siguió como si nada acabando de hacer sus cosas, pero, tan pronto salió del cuarto, subió de un salto la escalera que la llevaba al archivo de pacientes de la supervisora. El diagnóstico que descubrió en el archivo médico la desconcertó. Esperaba encontrar a un herido de guerra más, otro moribundo lleno de vendajes, tubos y gemidos, como otros muchos que habían pasado por sus manos, cuando leyendo el informe del doctor Carreras se dio cuenta de que Ramón Mercader del Río había sido ingresado por una grave disentería con evacuaciones sanguinolentas. Sin perder un segundo, nada más que para repasarse el peinado y pellizcarse las mejillas, fue a buscarlo. Bajó de un salto las escaleras. Sólo le faltó una cosa: llevarle un regalo. «En otra ocasión», pensó. Estaba demasiado alterada para dedicarse a atender todos los detalles de los que ella presumía.

Nada más verla entrar por la puerta, Ramón aparentó ver una aparición. Mostró la alegría del malicioso levantando los brazos mientras ella, cohibida, se acercaba a la cama a

arreglarle las sábanas sin atreverse a darle el beso fraternal de bienvenida.

—Lo tuyo no es nada —le dijo, franca.

—He estado a punto de morir —protestó él.

—Bah... Tonterías. Todos tenemos nuestros momentos malos.

Y como estaban solos, se tomó la libertad de inundar la habitación con agua de colonia, demostrando con ese exceso de confianza que el enfermo de la 23 le pertenecía por completo.

A partir de ese día, entraba y salía del cuarto más preocupada de sus travesuras románticas que de las visitas continuas de los rusos a su primo. Aquel reducto de almas tocadas por la guerra y representadas por Ramón y Caridad Mercader fue elegido como destacamento del contraespionaje soviético, a partir del cual unos cuantos comunistas rusos se encontraban gobernando claramente los hilos del ejército español del Ebro. Si bien no estaba ciega como para no darse cuenta de que esa parte del edificio se iba pareciendo cada vez más a una embajada soviética, dedicaba toda su atención a complacer a Ramón. Él se dejaba querer mostrando sin pudor sus encantos, que eran muchos y sonados. El olor a azufre que expulsaban los extranjeros cuando entraban en la habitación de su primo, Mercedes lo transformaba en el perfume a flores silvestres que solía llevarle a escondidas. En ningún momento se le ocurrió pensar que alguien como ella, con pedigrí de Acción Católica y con todos los puntos a favor para ser

abominada por los estalinistas que deambulaban por el edificio, pudiera moverse libremente por el círculo de los Mercader. Lejos de imaginar una cosa así, estaban pensando servirse de Mercedes para alguna acción determinada. La consideraban lo suficientemente bobalicona como para usarla como informante en el bando contrario. Le seguían la corriente. La trataban bien. Y la estudiaban con detenimiento.

Los primos acostumbraban a verse cerca de un murete del jardín trasero del edificio. Fastidiada de que no hubiera entre ellos otra conversación, aparte de los deberes y compromisos bélicos, esa mañana, más alterada que en otras ocasiones, le reprochó que tanto sus camaradas como él mismo quisieran convertir en política cuanto los rodeaba.

—Como si en la vida no hubiera nada más —le dijo a Ramón.

Estaba defraudada, pues era cierto que el partido lo era todo para Ramón pero, alguna vez, también se esforzaba en hablar a Mercedes como a ella le gustaba: haciéndola feliz por saberse su chica preferida.

Una mañana en la que el encuentro con su primo había sido más largo que de costumbre, el padrastro de Ramón, Leonid Eitingon, se acercó a preguntar a Mercedes si le gustaría hacer un breve viaje a San Sebastián y encontrarse con su hermano Alberto Ramoneda. No puso demasiado interés en la invitación, dando por supuesto que no se atrevería a aceptarla. Pero, para sorpresa del comandante, Mercedes dijo:

—Sí. Gracias.

Cuando respondió afirmativamente lo único que buscaba era hacer feliz a Ramón, sabiendo ya que su primo sentía un cariño muy especial por el comándame ruso, con quien parecía entenderse mejor que con su madre. Ignoraba por completo que éste se encontraba en esos momentos ocupado en reclutar mujeres españolas de buena apariencia para enviarlas en calidad de agentes al bando fascista.

Por fin, Mercedes podía sentirse física y moralmente útil.

Avanzada la guerra, desde el momento en que los comunistas lograron el poder, hicieron de la España republicana un laboratorio de pruebas en el que jugar sus mejores cartas. Del otro lado, y a cambio de un millón de muertos, el bando nacional dirigido por el general Franco planeaba poner fin al conflicto bélico tan pronto pasara el tiempo necesario para ensayar las nuevas armas de combate y tuviera sus ejércitos de tierra, mar y aire lo suficientemente entrenados para combatir con éxito en la guerra entre potencias mundiales que ya se aproximaba.

Stalin, por su lado, buscaba prolongar la guerra española. Sólo una obsesión lograba quitarle el sueño. Desde hacía tiempo se había propuesto liquidar a un hombre al que odiaba por razones más personales que políticas. Su rival era el político y revolucionario ruso León Trotski, que en aquellos momentos se hallaba exiliado en México. En el hospital de Lérida, sin embargo, Ramón ignoraba aún parte de la historia en la que él iba a ser el gran protagonista, pero, ya entonces, su

padrastro Eitingon tenía órdenes directas y personales de Stalin de eliminar de forma categórica a Trotski.

A última hora de la tarde, en su tiempo libre, Mercedes llamaba a la puerta de Ramón y muchas veces lo encontraba en compañía de su madre, de algunos de sus hermanos y de la parentela rusa. Parecía existir entre ellos una fraternidad perfecta. En esta armonía estaban incluidos varios consejeros y técnicos de la Komintern, además del comandante Eitingon, que nunca faltaba a la reunión, y el general Erno Gero, que asomaba de vez en cuando. Educada para saber cuándo su presencia estaba de más, Mercedes solía retirarse en seguida salvo en las ocasiones en que le permitían quedarse un rato con ellos.

El hospital estaba siendo el lugar idóneo donde organizar clandestinamente la escuela de asesinos más importante del mundo moderno, de la que, sin ir más lejos, Hitler obtendría ideas y formación adecuada para cometer sus crímenes. Allí se decidieron un sinfín de asesinatos. Entre ellos, los de aquellos diplomáticos soviéticos sospechosos durante el estalinismo. Fueron numerosos los homicidios realizados bajo sus órdenes: una cifra inconcebible de anarquistas y trotskistas, cuya cantidad de infracciones y desapariciones ni podía cifrarse, y muchos republicanos acusados de actitud comprometedora y crítica para el enloquecimiento soviético. Allí, entre copa de coñac y humo de cigarro, se concretó, por ejemplo, el método de tortura y consecuente desaparición del líder del movimiento socialista Andreu Nin; al general Gero le bastó el primer cuarto de hora de la tarde para puntualizar la orden. Allí, también, dedicaron un tiempo precioso a sembrar de terror y muerte el

país que estaban gobernando sin saber que ellos mismos, los que ejercían el papel de asesinos, irían muy pronto a ser depurados y eliminados por el mismo dictador al que ahora acataban sin reservas.

Apegada a su dolor de amor, Mercedes estaba más pendiente de las anécdotas e historias sentimentales de los rusos que de sus confidencias y acuerdos más tenebrosos. No se le escapó la pasión desmedida que Caridad sentía por su amante Leonid Eitingon, a la que él correspondía pero sin mostrarle excesivo entusiasmo. Del comandante corría el rumor de que era un hombre casado y con hijos en la Unión Soviética. Ese descubrimiento acercó a Mercedes un poco más a Caridad, pero la cordialidad duró pocos días. En realidad, terminó con la llegada a aquel círculo restringido de conspiradores de una nueva camarada llamada África.

África de las Heras tenía, como se comentaba entonces, «todo lo que un hombre puede desear de una mujer». Era joven, morena, andaluza y muy hermosa. A sus ojos, de tan grandes y negros, asustaba mirarlos directamente. Caridad la tutelaba y cuidaba de un modo que levantó los celos de Mercedes. Adivinó en seguida que en la solicitud por complacer a la recién llegada estaba la segunda intención de llegar a convertirla en la esposa de su hijo Ramón. Enferma de celos, dedicó parte de su tiempo a escuchar conversaciones y espiar movimientos de las dos mujeres. Se situaba en lugares estratégicos donde poder tomar nota de algunas frases sueltas que intercambiaban las dos mujeres y, sobre todo, del comportamiento pedagógico de Caridad en relación a su nueva alumna. De entrada, puso todo su empeño en cambiarle el

nombre. Escuchó claramente los que iban siendo elegidos: Ivonne, Patria y María Luisa ganaron a otros que la apodada rebatía porque le sonaban, según protestaba, a trenes siberianos. Atando cabos comprobó que todo el tiempo que la instructora consagraba a su alumna se reducía a mostrarle los pasos a seguir para aprender a moverse en el camino tenebroso del espionaje, en el que ella era una experta. Así se enteró de que su joven rival había sido educada en un colegio de monjas de Madrid y de que, de obedecer las consignas marxistas, terminaría empadronada en el Kremlin.

—Olvídate de tener conciencia. Ni buena ni mala —le oyó decir a Caridad con determinación. Pero lo que a Mercedes le pareció, si cabe, más inmoral e indignante fue el siguiente consejo—: Lo principal es resultar atractiva, abierta al otro, terca si conviene pero firme en nuestro propósito.

Para Mercedes, la conspiración de las dos mujeres demostraba un propósito evidente. No le cabía la menor duda del plan que estaban tramando: cazar a Ramón.

Coincidía esa calamidad con la noticia de que a Mercader le acababan de dar el alta hospitalaria. Estuvieron celebrándolo un día entero, sin referirse nunca a las posibles consecuencias en el eventual destino de Ramón. Se notaba una placidez en los pasillos próximos a las habitaciones de los rusos que a Mercedes, de haber sido más suspicaz, la habría escamado.

Sin embargo, ella estaba siendo la primera favorecida del nuevo cambio. A la misma hora en que el galán de noche del

parque cercano al muro regaba de fragancias el verano lánguido, ella estaba sentada junto a su amor platónico para festejar en la intimidad su vuelta...

«¿Adónde? —preguntaban los ojos de Mercedes—. ¿Al frente, otra vez? ¿A Rusia? ¿A un matrimonio preparado?»

Se le colgó del brazo. No fuera a defraudarlo.

—Esa mujer no es de fiar, Ramón —le dijo envalentonada—. La amiga andaluza de tu madre, África, se comporta de un modo extraño. A lo mejor es una prostituta.

La ingenuidad de la pobre Mercedes, surgida como baño de irrealidad noctámbula, conseguía despertar en Ramón un instinto dormido de protección y ternura excelsa. Duró poco, lo suficiente para empapar de maravillas los primeros minutos del encuentro. Las conjeturas de Mercedes sobre su rival África de las Heras le hacían morir de risa pero también le colmaban de un apego momentáneo hacia su prima, además de unos deseos tremendos de dormirla en sus brazos como si fuera una niña.

—¡Qué tonterías se te ocurren! —le dijo—. No seas dramática.

Pero fue gracias a esa declaración de celos por lo que él se atrevió a abrazarla, la invitó a cenar y dejó para el final de la noche decirle lo más importante.

Los dos sabían que esa noche era su despedida. Ella prefería creer que su separación sería sólo por algunos días, pero la sucursal del terror soviético dirigida a larga distancia por el

máximo ejecutor del terrorismo estalinista, Lavrenty Beria, colaborador de Stalin, y administrada in situ por Caridad Mercader, habían decidido apartar de su círculo a la enfermera Mercedes Ramoneda y enviarla a su casa por la vía rápida. De nuevo acompañada por Dimitri, Mercedes pensaba regresar al día siguiente a Barcelona. Estaba triste porque volver a su casa significaba dejar de ver a Ramón. Él le tomó la mano. Ella dijo que esperaría su regreso. Conversaron sobre dilemas y frustraciones del alma solitaria; ese divagar a través de signos intrascendentes de la vida era uno de los vínculos que la unían a Ramón. Recrearon los recuerdos de la niñez, el sufrimiento de sus padres y la esperanza del nuevo mundo que estaban construyendo.

—Háblame de ti —le pidió Mercedes.

Él le confesó que lo reclamaban en Moscú.

—Ese viaje no es una mala idea.

Soportaría la separación pero, en contrapartida, se alegraba de que lo apartasen del peligro a morir en las trincheras. En ningún momento se refirió Ramón al viaje de Caridad a México, programado para el 20 de octubre, aniversario de la Revolución mexicana, en el que estaba previsto que su madre desfilara con el mono azul de rigor como una obrera revolucionaria.

—Nos escribiremos cartas —dijo ella con insistencia.

—Me temo que no, nena —trató de explicarle él, con el argumento de que mantener contacto sería peligroso para ambos.

Calló como un muerto que el verdadero motivo del viaje de Caridad a México tenía dos vertientes. Por un lado, pedir armas a su presidente Lázaro Cárdenas y, por otro, acercarse al entorno del pintor Diego Rivera, anfitrión y parte del asilo político a León Trotski. Mantuvo también en secreto que en su lugar quien de verdad iba a viajar a Moscú era África de las Heras. Por idea de Caridad se había decidido que adquiriera allí la formación adecuada de espía, al servicio de los ejecutores de la operación de exterminio a escala internacional llevada a cabo por los oficiales Beria, Orlov, Sudoplatov y Gero, todos ellos cercanos a Stalin. Los rusos tenían puestas importantes expectativas en la actuación de la joven española. A instancias de Leonid y Caridad, la primera misión que iban a encomendar a la espía española sería convertirse en secretaria personal de León Trotski, obteniendo así la posibilidad de dibujar con precisión los planos de la casa en la que vivía el ex jefe del ejército rojo. Esto, en efecto, llegó a suceder según lo previsto por los vigilantes soviéticos, aunque, ante la amenaza de ser descubierta, a África de las Heras no le quedó más remedio que regresar de inmediato a la Unión Soviética. Pero a la Mata Hari de Stalin todavía le quedaba un gran futuro por delante.

En todo caso, Ramón aprovechó el frenesí propio de la despedida para llevar a Mercedes junto al jazmín dormido y hacerle entonces la confesión más cobarde de la historia de los corazones rotos. No la besó. Y no porque no tuviera ganas. Según diría Mercedes, las palabras que pronunció antes de despedirse de ella fueron más trascendentales que un simple beso.

—Aunque no lo creas —le dijo—, te quiero mucho.

Mientras tanto, Arturo Ramoneda, acostumbrado a hablar con estrellas y pájaros —pues desde su retiro en el palomar de la fábrica ése era su único modo de conversar con el mundo—, empezó a darse cuenta de que su encierro, debido primero a su mala salud y después a la guerra, estaba siendo poco conveniente para su equilibrio personal, sobre todo en ese período, cuando el azar se había puesto de su parte permitiéndole vivir sin testigos ni intermediarios el gran amor con Valentina Mur.

En la fábrica acababan de suceder hechos importantes, cambios en la producción que obedecían a las nuevas normativas del gobierno catalán y mermaban la empresa. En lugar de seguir fabricando tejidos para los almacenes Jorba, los del Comité estaban obligados a limitar su producción a la manufactura de géneros y paños orientados a las necesidades de la guerra. El asunto fastidiaba a Arturo, pero se consideraba en deuda con sus captores y, al mismo tiempo, benefactores. Por otro lado, esa situación de encierro en las alturas le daba la posibilidad de encontrarse con su amada, solos, a horas intempestivas y en un paraíso ignoto.

Tocadas las cinco, el Sevillano entró en el cuchitril llevando los periódicos en una mano y en los ojos el fulgor sombrío de las malas noticias. Era lunes y vendría Valentina a visitarlo. Pero el temblor del Sevillano proclamaba algo peor.

—Han matado al poeta —le dijo.

Y le puso delante el titular de la página y las letras definitivas sobre el crimen de Granada. Con la expresión descompuesta le confesó que había tomado la decisión de regresar a su ciudad natal y averiguar lo ocurrido.

—Entiéndelo. Los andaluces somos muy sentidos.

Estaban a primeros de octubre y el calor abrasaba azoteas y calles en las horas punta del mediodía. Al parecer, el poeta había sido asesinado en agosto y sólo ahora se publicaba la noticia del crimen.

—Lo mataron por envidia. Y por gitano y maricón, esto te lo garantizo. —Era la deducción a la que acababa de llegar el Sevillano, experto en saber oculto y al que algún catalán gracioso le puso un sobrenombre equivocado. Y a él le parecía bien. Nunca pensó en cambiarlo.

Salía el Sevillano en el tren de las siete con destino a Granada y cinco minutos más tarde entraba Valentina más bella, si cabe, que en los encuentros anteriores, porque el amor, cuando se colma y afana, responde como las flores con el agua. Prospera. Y tonifica.

Siempre que estaban juntos retrasaban el tiempo compartiendo caricias e ilusiones y, cuando sus cuerpos se resistían a separarse, volvían a la otra realidad del amor, que es la cara oscura de la existencia. Arturo no dejaba de preguntar a Valentina sobre su vida y la vida de los otros. Esa tarde, triste y furiosa, ella le comentó que los fascistas acababan de cometer otra atrocidad en Valladolid. Los muy malvados habían convenido matar a cuarenta republicanos todas las noches de

la semana salvo el domingo porque, para los fascistas, que se las daban de católicos, el domingo era fiesta de guardar. Los nacionales, inferiores en número y peor armados que los republicanos, contaban, sin embargo, con la disciplina y la eficacia de disponer de un mando único; esa circunstancia los convertía en superiores al bando enemigo, en el que la situación confusa de los partidos iba en aumento. Los anarquistas catalanes controlaban Barcelona pero, fieles a sus principios libertarios, se negaban a monopolizar el poder. Su actitud tenía como resultado que cada partido, sindicato u organización política instauraba su propia milicia y la trasladaba a luchar y morir al frente de Aragón. Con todo, la capital catalana seguía siendo sueño e ilusión de cualquier anarquista, pacífico o revolucionario.

Como un rayo morían las palabras, cuando estaban juntos, para pasar a los actos. Cada abrazo era una fiesta.

Después de hora y media de hacer el amor —ella encima y él debajo—, Arturo la pidió en matrimonio. La euforia por la libertad saltaba en todas las esquinas de la ciudad y este hombre honorable tenía la ocurrencia de solicitar la mano a Valentina, que se distinguía de otras jóvenes de la época por su convencimiento de que casarse representaba traicionar sus ideales más profundos de emancipación de la mujer en una sociedad que siempre calificó de patriarcal y expresión de la dominación masculina.

Las palomas gorjeaban en el antepecho de la terraza reclamando silencio para seguir tranquilas. Pero nadie hablaba ahora. Se estaba aguardando una respuesta. Dijo que nada

podía separarlos. Sólo faltaba una cosa, sin embargo. Pletórica por romper tabúes, a ella no le importó decirle que sí, que quería, que quería casarse con él a condición de que estuvieran solos y sin curas.

Eran los tiempos gloriosos en que las bodas podían celebrarse con una simple decisión de los novios como únicos personajes de toda la ceremonia.

Además, esa mujer de sueños indómitos estaba decidida a llevar a cabo una empresa innovadora, dirigida a reeducar al hombre en su relación con las mujeres. El día de la proposición matrimonial, feliz por la inconsciencia de haber aceptado esa prueba de amor verdadero, tenía la lengua suelta como suele ocurrir cuando la pasión, de tan intensa, adormece razones.

Valentina persistía con su proyecto de rehabilitar a las putas. A decir verdad, llevaba entre manos un método de operación bastante ambicioso y avanzado para la época. Desnuda junto a Arturo y sin dejar de hablarle, comentaba a su amante, ávido de confidencias, que había llegado la hora de que los hombres dejaran de tratar a las mujeres como objetos sexuales o meras bestias de carga. Culpó a la depravación burguesa de ser el alimento de la prostitución.

Para Arturo no todo era exactamente como ella decía.

—Fíjate, querida, que ahora sus clientes ya no son los burgueses desaparecidos, sino obreros y funcionarios.

Había una tendencia a achacar todo lo malo que estaba sucediendo en el país a la influencia de los principios de la

burguesía, pero Arturo Ramoneda sabía ingeniárselas para lograr convencer a su novia de que esta clase social que Valentina despreciaba —la suya, sin ir más lejos— además de terribles fallas tenía también virtudes culturales y humanas bastante notables. Ella acostumbraba a tomar sus postulados clasistas con cierta reticencia, aunque se servía de las discusiones con su amante como cuaderno de notas para sus artículos. Algunas veces le llevaba sus textos antes de publicarlos, pues se había dado cuenta de que cuatro ojos ven mejor que dos y de que su estilo mejoraba cuando hacía caso de sus advertencias. Él le aconsejó que utilizara un lenguaje menos contaminado por la arenga política, y que al escribir sus artículos se mantuviera más cerca de la crónica novelesca que del solapado discurso que sólo consigue ahuyentar al lector de la justa realidad. Ella le hacía caso y reescribía el texto usando frases más auténticas, personales o ficticias pero sin renunciar nunca al pensamiento libertario privativo de su corazón y su prudencia. Las dos cosas no siempre iban juntas.

—Entre lo que tú sabes y lo que yo quiero podríamos arreglar el mundo —le dijo convencida de esa revelación.

Luego volvió a meterse de lleno en su propósito más inmediato y urgente. Contó que se habían sumado a la maniobra de redención de prostitutas un escritor llamado Apóstol López y otras mujeres del movimiento de reforma sexual anarquista. Dedicaban todo su tiempo a buscar las mejores maneras de redimirlas, y Valentina pidió ayuda a Arturo para encontrar las soluciones más prácticas. El comportamiento de las prostitutas en el frente las había reducido al descrédito más absoluto. Muchas de ellas fueron

ejecutadas en los batallones de castigo. Para colmo, según los partes médicos conseguidos de la línea de batalla, causaban más bajas en los hombres que las balas del enemigo fascista, el cual se aprovechaba de la situación haciendo correr el rumor de que los rojos no tenían mujeres sino putas.

También era cierto que Valentina, por un pudor propio de la autonomía subjetiva, se reservaba detalles para ella sola. Frecuentaba a diario callejuelas, bares y meublés del barrio chino de Barcelona con el propósito de ofrecer a sus trabajadoras un trabajo digno y remunerado. Intimar con ellas no era tarea fácil; solían mostrarse reacias y burlonas frente a las melindrosas intelectuales de la revolución que buscaban confraternizar con las mujeres de mala vida.

—Algo andarán buscando que no tienen. —La mayoría alardeaban de su trabajo sexual como si acabasen de inventarlo.

—No entendéis nada —les llegó a reprochar Valentina más de una vez. La revolución pretendía construir un país más justo e igualitario, sin diferencias de ninguna clase. Pero ellas se carcajeaban en sus narices. Valentina, terca como una mula, seguía ofreciéndoles ideales sublimes. Las invitaba a llevar una vida distinta en la que la riqueza tendría una importancia relativa porque los valores clasistas, por fin, habían cambiado por otros en los que saldrían beneficiadas. Si querían ganar la guerra, necesitaban a mujeres en la retaguardia para trabajar de obreras, cocineras y hasta de madrinas de guerra.

—Pobre infeliz —le dijo una grandullona sin dientes que casi estuvo resignada a seguirla en ese nuevo oficio de marginadas sociales—. Apuesto lo que quieras a que estás resentida porque un hombre te ha dejado.

Valentina perseveraba en que debían aprovechar la situación actual y ponerse a ganar un salario digno.

Esa palabra la tomó como un insulto una puta llamada Pureza Lozano que, sin pensarlo dos veces, le dio una bofetada en plena calle. El guantazo la motivó todavía más en su esfuerzo de seguir adelante para erradicar o, en el peor de los casos, elevar a categoría respetable la profesión de mercenarias del sexo. A muchas logró proporcionarles asesoramiento médico y a varias de ellas les procuró medios higiénicos con los que evitar nacimientos inútiles. A fin de lograr ese propósito pusieron en marcha la aplicación del proyecto que llamaron «eugenesia obrera», que no era otra cosa que una técnica de control de natalidad más o menos decente. Aunque para evitar problemas, dado que la palabra «eugenesia» por sí sola podía llevar a interpretaciones equivocadas, los cabecillas del plan añadieron la coletilla consagratoria de «obrero».

En relación a Puri Lozano, Valentina estaba decidida a vengarse de aquella bofetada insistiendo de nuevo en su rehabilitación. Y una noche en la que aquélla se sentía más golpeada por su proxeneta que de costumbre consiguió convencerla de que se aviniera a compartir con ella su dormitorio y su cocina de la calle Salmerón. A la invitación de Valentina, motivo de la batalla campal desatada en la calle del

Teatro entre la Puri y su macarra de turno, se sumó Assumpta, su amiga para todo lo bueno, lo regular y lo menos malo.

Durante varios días las dos meretrices reinsertadas compartieron mesa y vivienda con la buena señora María Estuarda Mur, de piel tan blanca y fina que a las invitadas las tenía impresionadas. Ver a la madre de Valentina sentada a la mesa familiar, codo con codo junto a las putas más descalabradas del barrio chino, constituía una escena insólita que la vieja Francisca calificaba de humillante y reprobaba continuamente.

—¡Si tu padre levantara la cabeza para ver lo que estás haciendo, niña ingrata...! —Fue lo más suave que llegó a decirle cada cinco minutos de aquellos infinitos días.

Ganada la primera parte de la reinserción, Valentina resolvió ponerse a trabajar a toda velocidad. No paró hasta que sus invitadas, sin tiempo para pensar sobre el pasado que dejaban atrás, pintadas y vestidas como loros, fueron introducidas en el nuevo hogar que tenía preparado para ellas.

—Una especie de hotel —se avino a decirles con prudencia. Una casa temporal donde aprender a readaptarse a la vida ordinaria.

En ningún caso pensó en avanzarles que su nuevo hogar tenía el nombre menos interesante que habían podido encontrar las inventoras del nuevo léxico revolucionario: «liberatorios». Eran unos espacios urbanos donde las prostitutas podían alojarse libremente y dedicarse al

aprendizaje de la lectura, costura, escritura y otras aficiones artísticas.

En eso se encontraba Valentina, aspirando a convertir putas en poetas, cuando cayó la primera bomba en Barcelona.

El primer sobresalto tuvo lugar en noviembre, el mes de las hojas secas y el comienzo de los primeros fríos. Llegó el otoño por sorpresa y, con su contorno púrpura, marcó el comienzo de un infierno en la ciudad dormida.

La derrota de la sublevación militar y el entusiasmo idealista generado como consecuencia de la victoria aún no habían permitido a los catalanes temer en serio que podían ser el objetivo preferente de las bombas enemigas, pues daban por supuesto que, si los combates se originaban en las líneas del frente aragonés, los fascistas respetarían a la población civil, compuesta en su mayor parte por mujeres y niños.

La sorpresa ocurrió en plena noche y tan de sopetón que ni el Cananas, el crucero encargado de bombardear la ciudad aprovechando su llegada a un puerto afarolado de saludos, parecía creer el acto nauseabundo que estaba cometiendo. Hasta la fecha se había presumido, con frivolidad alarmante, que la guerra pasaba sin tocar la costa catalana. Sin embargo, once cañonazos fueron los que, según se dijo, dio el barco fantasma, calificado así porque nadie, ni siquiera el guardacostas, advirtió la presencia del buque y porque, además, sus fogonazos fueron irrisorios. Cundió cierta alarma en la ciudad, sobre todo en barrios cercanos a las playas, pero

el miedo se disipó en segundos al anunciar la radio, a través de altavoces instalados en calles principales, que las granadas habían caído en el mar y a cierta distancia de la costa. Arturo Ramoneda, oculto en su balcón, sí oyó claramente las explosiones. Eran las diez pasadas cuando se inició el torpedeo. Se detuvieron al instante las máquinas de la fábrica. Y luego, nada. La vida volvió a la normalidad con pequeñísimos cambios en la programación radiofónica, como fue el aumento notable de los espacios dedicados a la música clásica para alegría y suerte del cautivo.

El ataque del buque fantasma sirvió para que la ciudad, que hasta entonces vivía inmunizada a las agresiones, tomase las precauciones debidas. Prohibieron encender las sirenas de las fábricas. Se ordenó una bajada considerable del alumbrado urbano. Y, por último, se creó la Junta de Defensa Pasiva, encargada de ofrecer toda clase de sistemas de seguridad al ciudadano. Sin embargo, al ministro de Defensa le dio por seguir afirmando públicamente que consideraba improbables los ataques aéreos a la ciudad. Arturo, experto en descifrar mensajes radiofónicos, no estaba de acuerdo con las palabras del ministro. Sonaron rancias. Le agradeció, sin embargo, el regalo involuntario de la música que desde aquel momento empezó a emitirse sin apenas interrupciones.

El segundo ataque naval tuvo lugar el día 13 de febrero de 1937, cuando de las fiestas navideñas sólo quedaban restos de olvido y tristeza. Tres días antes, Arturo se había casado en secreto con Valentina Mur. No fue la clase de boda que él había imaginado en sus sueños adolescentes. Siempre tuvo a gala un romanticismo adecuado a las circunstancias, por eso se

convenció en seguida de que su matrimonio había sido la celebración más hermosa que en aquellos tiempos podía desear un novio moribundo de amor. Ella llegó a la azotea de la fábrica vestida con un abrigo rojo pasión y, prendidas en el pelo, dos gardenias blancas. La imagen de una mujer bonita, valerosa e inteligente fue el único retrato fiel que pudo conservar de su enamorada. Llevaba en la mano un documento extendido por los compañeros anarquistas que se ocupaban de formalizar matrimonios a las parejas que lo desearan, sin curas ni otras mandangas y sin reclamarles ninguna clase de certificado administrativo o eclesiástico. La verdad sea dicha, aun así, Valentina se sentía incómoda de tener que firmar un papel con el que formalizar un galardón tan azaroso y serio como el prodigioso amor. Lo hizo para complacer a Arturo y asegurarle que era el hombre de su vida, porque habiendo conocido a otros ninguno podría llegar a tener nunca sus ojos ni su belleza interior.

El novio llevaba puesta una chaqueta de hilo de su padre que le quedaba holgada, si bien mantenía el apresto vainilla de las mejores épocas. Una corbata oscura también prestada le daba el toque de sensatez necesaria para el acto festivo. Hacía sol y aquella luz impasible y nevada invitaba al vértigo. El frío agitaba sus pensamientos ardientes. Fue una boda breve, aunque nada sobria. Como testigos de su promesa de amor eterno contaron con unos tímidos gorriones a los que Arturo enseñó a alimentarse de sus propios labios. Tanto al novio como a la novia se les daba bien la oratoria y cada uno a su turno improvisó un parlamento amoroso que sonó a serenata cósmica.

—Lo único que le pido a la vida es hacerte feliz —le dijo él en el brindis. Bebieron champán en vasos inseguros—. ¿Te gusta bailar?

En realidad, ella no sabía hacer otra cosa. Había jugado a bailar todos los bailes conocidos del momento, de otras épocas y aquéllos aún por inventar o conocer. En su vida anterior, le contestó, había sido una de las bailarinas más celebradas de Hollywood. Seguramente de raza negra, porque la música se metía dentro de su cuerpo sin que ella pudiera dominarla y la empujaba a moverse como una poseída allá donde estuviera. Pero ahora sólo se sentía capaz de seguir el ritmo algo insípido que la radio dejaba ir en esos momentos dulces. Se mecieron como una pareja de baile obligada a danzar todo el rato sobre un mismo azulejo. No hubo intercambio de anillos. Sentados en las dos sillas rotas del improvisado nido cenaron canelones como plato único y crema catalana de postre. El festín lo había preparado Catalina con todo el cariño que merecía su niño preferido pese a que —«mecachis en la mar»— estuviera casándose con una roja republicana. A las seis en punto de la tarde, Valentina empezó a decir que debía irse. El tiempo de ceremonia había sido pautado por el Comité. A ella le esperaba, además, su trabajo liberador de las mujeres de la vida. Arturo la entretuvo con besos y planes de futuro.

«Quédate», expresaban sus manos.

—No —dijo ella—. Más vale que disfrutemos el presente, mientras podamos.

Ahora que podía presumir de mujer, Arturo se preguntó si era lícito amar a Valentina hasta el punto de no ser capaz de estar lejos de ella ni un minuto.

—No estés triste —le dijo al despedirse—. Confía en mí. Soy bruja pero buena.

Horas más tarde ocurrió el trágico bombardeo naval en Barcelona. La descarga consistió en un total de veinticuatro cañonazos disparados desde el mar, durante veinte minutos en tres series de ocho, por el buque Eugenio di Savoia. Desde su techo en la Barceloneta, Arturo sólo pudo contar los primeros estampidos porque mientras hacía cálculos aproximados sobre la importancia del ataque, la mitad del edificio de la fábrica se vino abajo, quedando la otra mitad encumbrada en un fuego sobrecogedor.

En esa ocasión el crucero italiano había puesto mucho cuidado en no equivocarse su objetivo. Sus movimientos fueron calculados con precisión. Se había situado cerca del puente de Marina, a dos pasos de la fábrica, con el propósito deliberado de atacar los edificios industriales de la ciudad, especialmente las naves encargadas de fabricar aviones, bombas aéreas y minas submarinas.

Tan pronto como comenzó el ataque, las sirenas no dejaron de sonar en toda la ciudad. Los pájaros de la azotea despertaron tan despavoridos que muchos de ellos fueron a dar contra los cristales de las ventanas, cayendo fulminados en el acto. La gente, indiferente a los peligros de la guerra, corría

espantada buscando proteger su vida, y las ambulancias, a la deriva, iban a la zaga de heridos invisibles. Valentina Mur, que en aquellos momentos se encontraba en el local de una emisora de radio situada en las Ramblas, seguía el devenir de los hechos gracias al locutor que, mal que bien, informaba sobre la calamidad. Una gran parte de las edificaciones lindantes a las fábricas de producción de municiones quedaron destruídas, sus inquilinos quemados o enterrados vivos entre cascotes, árboles y farolas despedazadas y, para mayor caos y desesperación, los incendios causados por los explosivos contribuyeron a que una gran parte de los heridos terminaran muriendo asfixiados por el humo o devorados por las llamas. Cuando los altavoces de la calle empezaron a aventurar un número posible de muertos, Valentina ya tenía urdida su estrategia.

El suelo del palomar se tambaleaba. Ahogado por el humo, Arturo buscó refugio en el minúsculo balcón de la azotea. Temía que el incendio desatado en la zona de los talleres pudiera entorpecerle la salida del edificio. Recordando su antiguo pacto con la muerte le suplicó que esta vez fuera delicada. Valentina, por su lado, guiada por su intuición rápida y brillante, vio en el Sevillano a la única persona preparada para sacar a Arturo del incendio. Se aproximó al micrófono de la radio y lanzó un mensaje urgente de aviso al camarada Fermín Pozo, también llamado Sevillano, para más señas. La voz reclamaba su presencia en la emisora por un asunto de vida o muerte. Sabía por Expósito que había regresado de su viaje a Granada, pero la probabilidad de que estuviera escuchando la advertencia era de una entre miles.

Fue la mujer de Expósito, Sagrario, quien saltó a la calle en busca de Fermín hasta encontrarlo donde ella suponía, dormido como un santo. Lo acompañó a la boca del metro, en esos momentos copado por cientos de sombras buscando refugio, con tal de abreviarle el camino.

—Parece Troya —dijo Sagrario repitiendo de forma mecánica el último comentario oído en las ondas. Desistieron, entonces, de acercarse a la emisora y la mujer determinó sobre la marcha tomar prestada una bicicleta anónima. Allí colocó al Sevillano y lo mandó volar hacia la fábrica a salvar a Arturo—. Ve como un rayo.

Valentina, sin tiempo para más, detuvo al primer coche que le salió al paso. La gente huía, pero ¿adónde? El conductor la acompañó sin preguntas. Quizá también él sentía la urgencia de correr y correr para poder salvarse.

Al Sevillano le tocaba la parte más difícil del programa. El fuego lo devoraba todo. Entrar en el edificio derruido donde las llamas habían engullido más de la mitad del cuerpo de la fábrica y seguían desafiantes hacia el cielo requería de una dureza de espíritu que al Sevillano le sobraba. Se permitió rogar a Dios la ayuda necesaria para conseguir su meta, y a él siguió invocando mientras se abría camino por las entrañas del infierno. Cuando después de andar y desandar por laberintos fumantes y ardientes logró llegar a la azotea tenía los ojos salidos de las órbitas, la ropa destrozada y el tizne de humo cubriéndolo por entero. Encontró a Arturo colgado en la balaustrada adjunta a una cubierta todavía intacta. La escena tenía su toque grotesco, porque ante la llegada de su salvador,

el joven fue liberando sus miedos cambiándolos por sonoras risas. Los dos estaban exhaustos, pero no tan locos como para seguir un segundo más en ese sorprendente abismo.

—Ahora es cuando nos morimos juntos —dijo Arturo.

—Mejor separados —le contestó el seminarista—, porque lo que eres tú, irás condenado al infierno.

Salieron tosiendo, arrojados por la humareda, sofocados por el fuego y astrosos como pordioseros que el transeúnte esquiva.

Valentina lo invitó a su lecho. Por primera vez dormirían en una cama de verdad, uno de aquellos altares donde los casados pasan la mitad de sus vidas pegados cuerpo contra cuerpo sin apenas intercambiar palabra. Al Sevillano la idea de que fueran a casa de Valentina le pareció descabellada. Mientras se servían de la manguera de los bomberos como ducha, recordó a la pareja que el comité de la fábrica era el garante de Arturo. Se negó en redondo a hacerles caso: su decisión ponía en peligro la vida de sus jefes y los amenazó con desentenderse de ellos. A su lado, Valentina Mur se puso melindrosa. Y ladina.

—Sólo por esta noche —le rogó. Finalmente, convinieron una cita para las ocho de la mañana siguiente y pactaron que pensarían por separado la mejor solución para seguir escondiendo a Arturo y evitar posibles represalias contra quienes se habían responsabilizado de protegerlo.

Ya era medianoche cuando Valentina, del brazo de un Arturo empapado de agua, caminaba calle arriba por el paseo de Gracia. Ese recorrido era una imprudencia, pero la posibilidad de estar juntos y respirar aire libre les compensaba asumir ese riesgo. A las malas, morirían juntos, lo que de por sí ya significaba una recompensa.

Escrupuloso sobre las formas de relacionarse, Arturo se abrumaba pensando en la manera correcta de tratar a la señora María Estuarda Mur.

—Mi madre no muerde —le dijo ella.

Cuando lo tuvo delante, ella en camisón y bata y él con la mugre negra engomada a la piel como un neumático, la señora Mur pidió a su yerno que la llamase María, a secas, sin más preámbulo. Luego, Valentina le permitió observar de arriba abajo al recién llegado, contenta de que la bombilla de cuarenta vatios fuera del todo insuficiente para profundizar en otros detalles desagradables de su aspecto.

—Ha estado a punto de morirse, mamá. No es un demonio.

La voz atenta y suave de Arturo Ramoneda, durante la breve conversación que mantuvieron antes de la cena, su cultura y sus modos de comportarse fueron suficientes para quedar convencida de que enamorarse de ese chico era la mejor locura que su hija había cometido en mucho tiempo.

—¿Y qué hace? —le preguntó a su hija cuando consiguió tenerla a solas un segundo.

—Lee libros, mamá —respondió ella pizpireta.

Durmieron abrazados toda la noche. Con la luz prendida. Vestidos. Como si la pared del cuarto fuese a traicionar el deseo de sus cuerpos. Arturo no paró de toser. Fue a partir de entonces que María Estuarda empezó a compadecerlo.

Al poco de despuntar el sol, Valentina oyó la voz del Sevillano llamándola desde la calle. Venía más calmado que anoche pero con el propósito firme de llevarse a Arturo de esa ratonera para enamorados. Por el momento, los del comité de la fábrica dejaban claras sus medidas terminantes con respecto a Arturo Ramoneda: no volvería a acercarse a las Hilaturas por ningún motivo. También tenía prohibido salir de la casa de Valentina hasta que hubieran decidido su siguiente destino. De los vecinos del barrio no debían fiarse bajo ningún concepto.

—De nadie —insistió el Sevillano. Preguntó varias veces si estaban seguros de que no los habían visto llegar la noche anterior. Como dato positivo les comunicó que los del Comité, en un plazo de tres días como máximo, esperaban encontrar una solución convincente. Andaban muy afligidos y preocupados con el derrumbe del edificio bombardeado, pero el lado menos malo del desastre era que todos los obreros en bloque estaban dispuestos a levantarla ladrillo a ladrillo.

Al quedarse nuevamente solos se entregaron a averiguar posibles salidas para Arturo. Cuando surgió la palabra «Francia», él desestimó rotundamente viajar al extranjero. En realidad, era la mejor escapatoria que podía ocurrírseles. La más segura, y también la que tenían más a mano. Él volvió a

pedirle que dejara de pensar en ello. Se les ocurrió también buscar refugio en un pueblo cercano a Barcelona. Sería uno más de «los furtivos» de la guerra, como llamaba Valentina a los que conseguían marcharse. Los había a montones. Hicieron una lista de posibles amigos y conocidos, pero, al final, tampoco llegaron a ponerse de acuerdo. La decisión más efectiva y práctica de aquel día consistió en que Valentina fuese a la casa de la calle Anglí y volviera con Mercedes.

Muchas de las personas que deambulaban por la ciudad tampoco eran lo que aparentaban. El fingimiento y la cautela eran ya un modo de subsistencia bastante eficaz en la ciudad dolida. Hubo casos en los que la simulación consiguió introducirse bajo la piel camaleónica del interesado. Así le sucedió a Mercedes. Arturo buscó en ella a la hermana dócil e inocente de siempre pero se encontró con una nueva Mercedes víctima de la desilusión y el exceso de fantasía. Llevaban tiempo sin verse y, nada más entrar a la casa de la calle Salmerón, Mercedes dedicó unos minutos a lanzar diatribas contra las familias capitalistas como las suyas. Comentó que en esas circunstancias de violencia y amenaza de bombas, a la tía Lucrecia le había dado la manía de ir con ella casi todas las tardes a dar un paseo a la Rambla de Cataluña, sentarse en el mismo banco de la acera, como si no hubiera otro, y quedarse allí charlando y sonriendo sus buenos tres cuartos de hora. Como si no tuvieran otra cosa que hacer las dos. Les contó que había perdido toda posibilidad de comunicación con Ramón Mercader y achacó el silencio al cambio político. Según ella, desde que los comunistas habían tomado el poder, la correspondencia de las mujeres con los combatientes del Quinto Regimiento era censurada o

prohibida. Valentina estuvo de acuerdo con Arturo en que, desde su llegada del frente, su hermana había cambiado.

—Lleva el pelo como una comunista —observó.

—Habla demasiado —apuntó él.

Sin embargo, su visita les dejó, además del regalo de su calor alegre, una propina involuntaria que iba a resultar beneficiosa para todos.

Fue durante ese invierno cuando el semblante de Mercedes Ramoneda pasó de ser el de aquella joven prometida a un galán confuso a transformarse en el de una solterona nada entristecida. Sin embargo, disfrutaba a su favor de una virtud que casi nadie veía en ella. Su presencia aportaba buena suerte a quienes la rodeaban.

Entre otras explicaciones atropelladas sobre lo sucedido en el círculo familiar, amén del incendio de la fábrica, Mercedes había dejado caer, por descuido, que el obispo de Barcelona, conocido de la familia, consiguió escapar del paseo de la muerte y se encontraba preso en la cárcel Modelo compartiendo celda con Apeles Casasús, notario de renombre y amigo muy querido de sus padres. Al parecer estaban protegidos y bastante conformados con su buena suerte. Lo sabía de buena tinta gracias a los rumores que llegaron a Lucrecia procedentes de las señoras de Acción Católica, que terminaban confirmando que el director de la cárcel era rojo pero una buenísima persona. Por quien sufrían las mujeres de la familia era por su hermano Alberto. Uno de los parientes de Reus les contó que había contraído el tifus, pero la peor

desgracia, Dios no lo quisiera, sería que lo hubieran herido. Continuaba peleando con los nacionales buscando la victoria a su manera.

—Me fío de Alberto. Lo único que no le perdono es que no me escriba —dijo Mercedes a su hermano antes de decirle adiós y darle un beso.

Arturo se quedó meditando en las confidencias de su hermana, viendo caer la tarde y con ganas de llorar por la suerte de ser uno más de aquellos protagonistas de las historias de amor que tanto le conmovían.

De la calle subía un griterío de voces, flautas y tambores. Por el postigo entreabierto pudieron seguir el pequeño desfile de carnaval improvisado por los vecinos del barrio. Se rieron de un personaje subido a unos zancos y disfrazado del mismísimo general Francisco Franco, al que el pueblo llevaba a la guillotina, seguido de cerca de una María Antonieta colérica, pintarrajeada y falangista.

La comparsa iba gritando eslóganes y voces de apelación a la lucha: «¡Visca la Revolució! ¡Victoria y Libertad!...»

Se esfumó el desfile y cuando la calle recuperó su quietud dudosa, apareció el Sevillano con cara de sepulturero. Se sentó a la mesa sin quitarse el abrigo, ni la gorra ni la bufanda. Le pusieron delante una sopa de garbanzos con chorizo, pero ni hablar de comer; la cuchara quedó intacta. El vino, sin

embargo, sí se lo bebió. La botella entera, iba diciéndole Arturo, guasón y divertido.

Lo que el Sevillano necesitaba era desahogarse. Desde su regreso a Barcelona, el ex seminarista no había tenido ocasión de compartir con nadie su accidentado viaje al pueblo. Conoció las perlas del amor gracias a un muchacho de Úbeda, electricista y lector de novelas rosas y, al mismo tiempo, encontró maneras de encararse contra el asesinato indiscriminado de miles de republicanos.

—Buena gente —dijo—. No hay derecho. Barcelona es gloria comparada con Granada.

Regresaba de su pueblo enteradísimo de lo sucedido al poeta. Con la cabeza volcada hacia el plato pero sin probarlo, se mostraba indeciso de soltar lo que llevaba dentro o guardárselo para los gusanos; eso dijo antes de vomitarlo.

—Habla —le ordenó Valentina—. Duele más un secreto a solas que una mentira compartida.

Contó que los asesinos fueron cuatro o cinco hombres, dos de ellos hermanos. Por lo visto, el poeta los conocía.

—Falangistas de los peores. En Granada todo el mundo se conoce, hasta yo los he visto alguna vez, o varias. Imposible olvidar el rostro ni la risa de Federico. Al poeta lo detienen y lo acusan de espía ruso. Lo llevan maniatado al Gobierno Civil. De allí, a un penal llamado La Colonia donde los que van a ser ejecutados pasan sus últimas horas.

Toda la historia la conocía de primera mano porque se la contó su nuevo amigo de Úbeda, lector sentimental y de quien seguía enamorado. A éste se lo narró el cura que llevaban diariamente al penal para dar la última voluntad a los condenados.

—Al alba, un camión se encarga de trasladar a las víctimas junto con sus verdugos a la Vega. Se detiene y los mandan bajar junto a una acequia, colocándolos en fila india. El poeta pide clemencia. Las súplicas divierten a sus asesinos. Le disparan, dijeron que a matar, pero Federico no muere y hay que rematarlo. Vuelven a dispararle unas cuatro o cinco veces.

Ya casi borracho, el Sevillano era incapaz de soportar su propia voz ni el silencio asombrado de sus contertulios. Pasó un rato sin que se oyera nada. El gato de María Estuarda Mur se inquietó y ahuecó el ala. Rompió el mutismo Arturo cuando se levantó para entreabrir los postigos de la ventana. Una vez allí encontró el momento de dirigirse a todos.

—Lo tengo decidido —anunció—. Diles de mi parte a los del Comité que hagan el favor de detenerme y me lleven preso a la Modelo.

A Valentina, que lo quería tanto, la sola idea de tener a su amor encarcelado junto a los presos falangistas la hizo levantarse de golpe. Se acercó a Arturo sin tocarlo.

—Espero que me cuentes con detalle tu propuesta suicida —le retó.

El Sevillano pareció no haberla oído. Arturo, por su lado, argumentó en seguida que la cárcel estaba repleta de gente inocente.

—Yo seré uno del montón. Ya no se permite la neutralidad: hay que ser de derechas o de izquierdas. No se aceptan términos medios: o comunista o fascista. Los que nos creíamos fuera de la lucha nos hemos encontrado dentro de la pelea. ¿De qué lado? No lo sabemos. No tenemos un enemigo sino dos; los blancos y los rojos, que cada cual a su manera quiere agradecernos metiéndonos en la cárcel.

—Sé muy bien a qué te refieres —le dijo ella—, pero necesito pensarlo mejor.

Aunque a primera vista la medida propuesta por Arturo resultaba brutal, seguramente también tenía indicios de ser la escapatoria más inteligente de todas las posibles. Volvieron a acordarse de los comentarios de Mercedes sobre algunos presos de la Modelo conocidos suyos; personas excelentes encerradas allí por iniciativa propia ante la amenaza de muerte de los comités de barrio que fueron a por ellos vengándose de quienes menos se lo merecían.

El Sevillano preguntó por el baño. A su regreso era otra persona. Y como si el agua de la cisterna hubiera lavado de golpe toda la melancolía que arrastraba encima, se puso en jarras. Reclamó un par de horas para valorar las ventajas y los inconvenientes de la proposición. Cada paso o movimiento debían realizarlo con cuidado y rigor. A simple vista no era una mala idea. Los del Comité detenían a Arturo Ramoneda y

mandaban encarcelarlo contra su voluntad porque vistos los asesinatos a mansalva preferían obedecer a la justicia de la prisión. Es decir, que se lavaban las manos como Pilatos.

—No está mal —dijo.

Arturo le replicó que para él era mucho peor seguir con la somnolencia de creerse muerto estando vivo.

Valentina se sentía dividida entre el egoísmo de mantener a su amante encerrado en su nido particular, con el riesgo persistente de ser descubierto, y la sensatez de ayudarlo a proteger su vida. Estaba claro que iba a defender la opinión concelebrada en la mesa de su casa, entre otras cosas porque estaba persuadida de que Arturo tenía razón.

Aquella noche María Estuarda Mur, más por pudor materno que por miedo de no poder conciliar el sueño, se colocó tapones de cera en los oídos. «Aun así, tampoco servirá de nada», concluyó antes de ponerse a dormir como un ángel.

Estaba asustada y triste, aunque se esforzase en fingir serenidad y valor. Llevaba en una mano el ramo de mimosas que Arturo le había regalado mientras caminaban hacia la cárcel, pues tenía la premonición de que acompañarlo le daría suerte. El trato convenido con los del Comité era que los novios debían separarse unos metros antes de llegar a la puerta principal de la calle Entenza. Según lo acordado, se despidieron en la esquina con un beso tierno y breve, como eran los de entonces. De esos besos sentidos que no dejan huella ni recelos. Fue allí donde él se encontró con los tres mandamases de la fábrica, comisionados de custodiar al preso hasta su

ingreso en su nueva casa. Circunspectos y malhumorados, porque no terminaba de gustarles el nuevo rol de denunciantes en ese sainete rocambolesco, se dirigieron donde se encontraban los guardias de entrada a la Modelo mientras el detenido iba poniendo su mejor cara de bandido peligroso. Ella lo veía todo desde el otro lado de la calle, rabiosa por tener que ceder la suerte de su vida a unos hombres insensatos que ignoraban por completo la ciencia sagrada del amor. Además, lo que Valentina Mur no podía soportar de ningún modo era que la abandonasen.

El director de la cárcel apareció al poco rato en la sala de ingreso de los prisioneros. Lo hizo rascándose el bigote y con la rutina del que se sabe sheriff transitorio, pero sheriff al fin y al cabo, de una penitenciaría.

El cabecilla patrullero dio un paso hacia delante.

—Don Vicente, aquí Simón Maroto, para servirle —dijo y le tendió la mano.

Al director le llamaron la atención los buenos modales del nuevo detenido y el esfuerzo que hacía por cubrirlos de sospecha y desconfianza.

Luego, Simón lanzó su frase como si acabara de sacarla de un libro:

—Bien dicen que usted sabrá hacerse cargo de este joven soberbio en sus ideas y de escaso, por no decir nulo, espíritu revolucionario.

A Arturo le divirtió escuchar aquel castellano cervantino en boca de uno de los grandes líderes del catalanismo resurgente. Pero aún le gustó más la manera con que el supuesto denunciante pasaba de un idioma a otro con el mayor respeto a la tradición retórica y literaria de cada cual.

Don Vicente asentía, se atusaba el bigote e iba a decir lo acostumbrado en esas situaciones, demasiado repetidas desde que asumió la dirección del centro (superabundancia de reclusos, disciplina correccional, días de locutorio, enfermería...), cuando Expósito, por su cuenta, añadió una puntualización sobre el detenido.

—Orgullosa y de buena familia, sí, pero también enfermo de tuberculosis.

Frunció el cejo y se puso la mano sobre el pecho sugiriendo al director, con esa aclaración, que tuviera cierta responsabilidad en la salud del chico.

El hatillo de Arturo constaba de una vela, una muda, un abrigo y tres libros con los que contrarrestar el solitario encierro. Los libros pensaba aprenderlos de memoria porque sabía por experiencia que ésa era la única forma de extender su lectura al infinito. El perfume de Valentina lo llevaba impregnado en la piel con la vana idea de poder conservarlo eternamente.

Con esa guisa de bohemio hambriento y enamorado entró Arturo en la cárcel, dispuesto a salvaguardar su vida porque ahora había una razón de peso que lo motivaba.

Tan pronto como hubo cruzado el umbral de su nueva residencia asumió un propósito determinante: conocer cuanto antes el funcionamiento del centro a fin de pasar desapercibido entre el ejército de funcionarios y presos.

Ser hombre invisible era su ley de vida.

La Modelo se hallaba en un edificio conocido en la ciudad por su sofisticada construcción en forma de estrella. Constaba de un edificio central de cuyos troncos salían seis galerías debidamente organizadas. En la primera se encontraban individuos de la FAI que, a esas alturas de la guerra, habían empezado a ser juzgados y condenados por asesinato, desertión u otros motivos de indisciplina y mala conducta. La segunda galería estaba destinada a miembros simpatizantes del POUM, partido marxista afecto a Trotski, en rebeldía constante a la doctrina estalinista y a los que, por su más que razonable desobediencia al dictador ruso, los comunistas españoles apoyados por el gobierno inculpaban de espías del fascismo y traidores a la causa revolucionaria. Esa ala de la cárcel estaba cada vez más llena de presos, hecho que servía de excusa a los de fuera para mandar fusilarlos con alevosía y sigilo. La tercera galería la ocupaban falangistas, fascistas, burgueses y fabricantes. La cuarta la llamaban Barrio Chino, porque encerraban en ella delincuentes de cualquier calaña, desde ladrones y atracadores a jugadores, rufianes y proxenetas. La quinta galería merecía cierto respeto a los funcionarios del penal, pues incluía a algunos de los militares que se habían salvado de morir durante la sublevación del 19

de julio, además de otros profesionales como jueces, policías, abogados o escritores, reconocidos por un comportamiento crítico contra los recientes acontecimientos. A la última y sexta galería la apodaban el Seminario, debido a la cantidad de sacerdotes encarcelados. Allí se encontraba también la enfermería, que los más sarcásticos no dudaban en llamar el sanatorio por la sencilla razón de que los enchufados del director se servían de ella para engañarse con aires de libertad y relajar tensiones. Y, en algún que otro caso, a ser posible, escapar por la puerta trasera.

Los presos se sabían condenados a muerte pero trataban de vivir como si esa verdad no fuera con ellos. Urdiendo silencios y maquinando fugas pasaban la mayor parte de su tiempo. Las expectativas ilusorias los ayudaban a vivir en el penal como si el auténtico terror estuviese fuera. Y no había duda de que para una mayoría de casos era cierto.

A Arturo Ramoneda, después de asignarle un número de identificación, lo encerraron en una celda de la galería tres. El preso encargado de pasarle el formulario de registro clasificó al nuevo inquilino de forma expeditiva.

—Como tienes cara de fabricante, te pongo fabricante —le dijo.

Arturo lo miró a los ojos. Llevaba el pelo cortado al rape y mantenía una sonrisa demasiado amable para ser confiada y sincera. Incómodo por el desafío del novato, preguntó:

—¿Algo que objetar?

—Sí —dijo él—. En otras condiciones, seguro que seríamos amigos.

En seguida se dio cuenta de que su interlocutor debía de tratarse de alguien de cierta importancia en la cárcel, de otro modo no se encargaría de llevar con diligencia el archivo de los presos, ocupándose, además, de tener siempre a mano la documentación referente a ellos.

El preso burócrata aceptó la provocación: «Otro pipiolo que busca padrinos. A tomar por el culo», pensó.

La celda apestaba a tabaco y agua de fijapelo. Como compañero le había tocado un empresario engominado del Vendrell, fabricante de vinos, personaje rudo, grasiento y aferrado a la ilusión de que la gordura otorga felicidad y riqueza. Su nombre le sonaba de algo. Se llamaba Ernest Fruitós y hablaba a voz en grito, como si estuviera de espectador en un campo de fútbol. El hombre vivía como un rey en su calabozo. Nada más entrar le demostró a las claras su disgusto por la intromisión de un don nadie en su vida privada pero, tan pronto escuchó que Arturo era uno de los hijos del dueño de Hilaturas Ramoneda, cambió radicalmente de actitud y le cedió la cuarta parte de su casa. También le dio de comer sin reservas. Arturo se relamía de ver lo que tenía el plato. Nada menos que merluza en salsa verde pescada esa misma mañana en la playa de Calafell. Su familia se encargaba de llevarle diariamente a la cárcel lo que él les solicitaba. La primera recomendación fue hacer lo mismo con los suyos. «Les escribes una nota y arreglado.» Tenía un defecto grave y difícil de soportar: repetía varias veces cada uno de sus dictámenes. Y

también una cualidad que Arturo agradecía sobremanera: hablaba solo, sin necesidad de un pobre oyente resignado a poner atención a su parlanchina boca.

Ya más confiado con su huésped, le preguntó:

—¿Por qué te han metido aquí? ¿Por fascista o por fabricante?

A Arturo se le ocurrieron varias respuestas posibles. ¿Por tísico? ¿Por delación de algún vecino resentido? ¿Por ser hijo de su padre? ¿Por tener una biblioteca particular? ¿Por haber escondido a su amigo Bernat Amorós, marista y erudito de gran consideración? ¿Por haber conseguido salvarse de la checa?

Sin embargo, prefirió elegir la más apacible y falsa.

—Por escritor —dijo.

La contestación pareció tranquilizar a Fruitós, aunque de poder elegir habría preferido tener de compañero de celda al padre de ese joven serio, flaco y meditabundo, y con una tos seca e insistente que le disparaba los nervios. Ahora, en cambio, tendría que vérselas día y noche con un poeta.

Arturo echó la manta en el suelo y colocó de cabecera su escasa muda. Desde ese mismo instante estaba decidido a aprender astucias y tejemanejes de los reclusos más afortunados. Fruitós se lo puso fácil.

—La única manera de salir vivo de aquí es sobornando al director. —Explicó que don Vicente tenía buen corazón y una

gran necesidad de alimentos y beneficios económicos como cualquier hijo de vecino de esta ciudad, cada día más sitiada por los designios de la guerra—. No lo olvides —añadió antes de caer dormido como un tronco.

El cabo de vela que se había traído le sirvió durante la primera noche para escribir a Valentina. Optó por ser cauto. Ignorante aún de los entresijos referentes a la correspondencia de los presos, se las ingenió para declararle su amor sin poner su nombre ni apellido. En ningún caso debían sospechar que su esposa era reportera del grupo anarquista Mujeres Libres. A Lucrecia Palop le escribió pocas palabras pero cargadas de sentido práctico. Conociendo el talante dadivoso de las mujeres de su casa se limitó a poner sus peticiones en forma de lista de la compra. Medicamentos no (por la información que le había llegado la enfermería estaba bien abastecida y disponían de neumotorax). Calzoncillos sí. Alimentos, los que buenamente pudieran. Libros, no (en su fantasía funesta se había propuesto trabajar de jardinero o de bibliotecario, siempre que hubiera libros o plantas vivas en el recinto amurallado).

La última petición de su inventario decía exactamente: «No. Valentina prefiero que no venga.»

Aun sabiendo que no podría vivir sin verla, prefería renunciar a esa posibilidad convencido de que era la mejor manera de que ella lo siguiera amando.

Pues en aquellos tiempos sombríos existían hombres capaces de renunciar a su amor por un exceso de exaltación romántica.

Desde que se produjo el primer ataque de las tropas fascistas y de sus aliados europeos, Barcelona ya no pudo descansar tranquila sin la amenaza constante de bombardeo. La ciudad iba siendo lentamente destruida. Sus habitantes, acostumbrados a contemplar aquellos melones que caían del cielo, se felicitaban cuando ni ellos ni sus casas habían sido objetivos infortunados. Segundos después de cada ataque, la desesperación se prolongaba por todo el radio urbano estremeciendo de pena hasta las vísceras de los perros. Oraciones y reniegos dejaron de tener efecto, pues la estrategia del enemigo consistía en aterrorizar a la población con un bombardeo que, de ser ocasional, pasó a convertirse en sistemático, dejando a su paso miles de muertos y heridos. Escuelas, hospitales y fábricas eran los objetivos preferidos del ojo fascista. Los edificios se venían abajo en un fragor espeluznante de gritos, sangre y humareda. Miedo y ruinas.

Fue entonces cuando Barcelona pasó a ser llamada la ciudad de las bombas.

Durante el primer año de la guerra, la población se preservaba a su modo. A fuerza de correr y buscar refugio en sótanos, entradas de metro, porterías, los ciudadanos resistían y trataban de llevar una vida normal. Morían muchos, pero el número de muertos no era suficiente para reducir una población conformada esencialmente de mujeres, ancianos, niños y refugiados civiles que, asolados por el delirio fascista, llegaban de todos los rincones de España. Los perseguidos se pasaban horas interminables haciendo colas para conseguir un

mendrugo de pan, algo de leche o un puñado de judías secas, cuando no eran obligados a buscar resguardo en cualquiera de los mil quinientos refugios contruidos con sus propias manos en los distintos barrios de la ciudad.

Cuando le llegó a Lucrecia el sobre con el membrete de la prisión Modelo y la carta con la lista de peticiones de Arturo, en el corral de la calle Anglí sólo quedaba un gallo flaco, desplumado, poco cantarín, y dos famélicas gallinas. Reservaron la mitad del pollo para el primogénito de la familia. Catalina salió airoso de su viaje de ida y vuelta al pueblo de Viladrau al que llegó en tren, en mula, y como decía ella, en el coche de san Fernando, un rato a pie y otro andando. Unos parientes de la familia donde trabajaba su hermana le llenaron su fardo con patatas, coliflor y un par de boniatos, que Arturo adoraba. Para arrancar algo de pan, las tres mujeres de la casa se turnaban en la cola de racionamiento. Ésa era la tarea más practicada por niños y mujeres: buscar alimento. El enemigo avanzaba y Barcelona, cada día más acorralada, dedicaba todo su tiempo a encontrar comida.

Valentina Mur renunciaba a sus raciones para llevárselas a su madre y a Francisca. Como acostumbraba a decir ella: «Me buscaré la vida.» Y, en electo, lograba más éxitos que fracasos cuando movía cielo y tierra para alimentar a los refugiados que iban invadiendo la ciudad sin tener donde caerse muertos.

Ocurrió otro pequeño milagro.

De la noche a la mañana se creó un ejército subterráneo de mujeres que con la irresoluta aplicación de las hormigas

trasladaban de uno a otro lado migajas de cualquier cosa que pudiera abastecer a los suyos.

Sin embargo, pese a las urgencias por sobrevivir, los gordos dejaron de ser gordos —con la excepción de aquellos comunistas barrigones entregados al soviet, que tenían, además, la desfachatez de declarar que su gordura era un problema genético—. Los flacos adelgazaban sin ser vistos. Los más delgados se hicieron invisibles. Y los indigentes se centuplicaron por millares.

Y aún no había llegado lo peor. Empezaba el fatídico 3 de mayo.

Así fue como sucedió y lo han contado. A las hostilidades entre fascistas y republicanos, nada más empezar la primavera de 1937, vino a sumarse una segunda revolución de consecuencias imborrables. Estalló la guerra entre comunistas y anarquistas, compañeros del mismo bando republicano. Los mismos que juntos defendieron a vida o muerte sus ideas frente al ejército fascista se escindieron en dos. Ahora había dos guerras en Cataluña.

La izquierda se rompió como un castillo de naipes. Los comunistas, con Gero a la cabeza y los Mercader en retaguardia, buscaron adueñarse del poder y comenzaron por eliminar a sus hermanos de lucha. En su propósito figuraba acabar con anarquistas y trotskistas acusándolos de fascistas y contrarrevolucionarios. Stalin, de nuevo, estaba siendo el causante de la gran traición al pueblo español. Sus agentes y

seguidores acababan de trasladar a Barcelona los procesos de Moscú, siendo los responsables directos de uno de los desastres más tristes de la historia de la ciudad.

Fue entonces cuando Arturo Ramoneda se dio cuenta de que la guerra estaba definitivamente perdida. Para todos. Tres meses habían pasado desde su ingreso en la prisión y, aunque no le resultaron fáciles los comienzos, gracias a su buena conducta y a las relaciones amistosas con algunos reclusos, el prisionero 2.003 ocupaba el cargo de nuevo secretario del director de la Modelo.

Hubo otro dato vital para ese cambalache de suerte. A las dos semanas de estar encarcelado, Arturo logró recabar información sobre los mejores métodos para conseguir favores del director de la penitenciaría y los jefes de servicio. Todos eran sobornables.

Empezando por don Vicente Rico. Arturo era el encargado de informar a las distintas galerías de lo que estaba sucediendo fuera de los muros a base de transmitir cuanto le decía el director de la cárcel sobre la nueva y recién desatada revolución popular. Los presos se mostraban inquietos al oír disparos y descargas continuadas. Querían saber. Por accesos anexos recibían cartas supuestamente de amor escritas con tinta invisible que anunciaban noticias desoladoras sobre el ritmo de los combates callejeros.

Los cinco días que duró la revolución de mayo fueron seguidos, segundo a segundo, por los prisioneros de la Modelo. La mayoría no daba crédito a lo que estaba sucediendo. Por

orden del gobierno catalán, ahora vendido al estalinismo, la misma Guardia Civil, responsable antes de haber defendido la ciudad contra los militares sublevados, la emprendía ahora con igual ferocidad contra los trabajadores anarquistas que los habían ayudado a socorrerla. No pasaban cinco minutos en Barcelona sin que surgiese un tiroteo y, momentos después, por arte de radio macuto, los prisioneros ya estaban al corriente del lugar en donde había sucedido. Los comunistas, instalados en el gobierno, dedicaban toda su energía a detener a hombres y mujeres afines a la revolución trabajadora y a llevarlos directamente a las cárceles secretas donde serían torturados hasta la muerte. Muchos de los brigadistas internacionales llegados a España para dar su vida por la libertad fueron eliminados del modo más vil y perverso por sus antiguos y queridos compañeros de lucha. Muchos desaparecieron y jamás volvió a tenerse noticia sobre ellos. Otros, por suerte para todos, pudieron contar la verdad y dar testimonio de esa represalia infame. Silencio y secreto fueron las pautas de los poderosos. Y mientras sucedían los graves acontecimientos de mayo, la prensa se limitaba a negar la realidad o a hacerse la desentendida.

En la Modelo se esperaba un aluvión de presos anarquistas y trotskistas pero, en contra de lo previsto, y para intranquilidad de Arturo, apenas se registraron cien presos nuevos. Ésa fue la noticia que más pudo alarmarle. ¿Qué iba a ser de Valentina?

Valentina, que arde enloquecida entre millares, con áureo tahalí ceñido bajo el pecho descubierto, guerrera, mujer que se atreve a combatir contra hombres, andaba de un lado para otro, vestida de amazona griega...

Así era como veía él a su amada, como una de aquellas Amazonas que Virgilio canta tan líricamente en su Eneida. Y algo de cierto había en esa fantasía del enamorado infeliz. Lejos de imaginar que ella podía ser una de las detenidas por los nuevos ejecutores de la autoridad, Valentina no dejó un instante de correr por la ciudad, llamando a las puertas de los consulados extranjeros y visitando locales de partidos para reclamar ayuda y exigir sensatez a las personas responsables del orden público. Impetuosa como cualquier valquiria sin marido al uso, en ningún momento dudó en qué bando situarse. Salió al frente de las víctimas tratando de auxiliarlas de aquella caterva de bárbaros. Al comprobar muy pronto que sus dotes de mando quedaban mermadas frente a un poder oscuro indiscutible, se entregó en cuerpo y alma a esconder a aquellos compañeros y compañeras que se encontraban en peligro, arriesgando su vida en todas las ocasiones.

Ante el fracaso de la acción, pero sin bajar el ánimo y con la bandera de la verdad en el pecho, tomó la pluma y escribió para su revista: «Pasan los días y una gran decepción acompañada de cierto temor empieza a morder nuestra fe. Las instituciones que salieron del pueblo y para el pueblo van siendo podadas al filo constante de la disciplina estalinista. Objetivos y muros que hicimos derribar bajo el vendaval del 19 de julio se aferran a esta fecha memorable para volver a tomar las riendas funestas y el látigo.»

Temiendo aún más por la vida de Arturo, al que no veía desde la fecha en que lo acompañó a la puerta de la prisión y lo despidió como si fueran a encontrarse muy pronto, buscó la manera de acercarse a él. Por intermediación de un compañero

del POUM, que había colaborado con ella en su campaña contra la prostitución, consiguió llevar un mensaje a su enamorado: «Soy feliz porque sé que estás a salvo —decía el billete que cosió en el fondo de un calcetín de lana. Y en el otro—: Iré a verte, amor meu.»

Fue una suerte, y también una temeridad, que en pleno fragor del combate en las calles de Barcelona, cuando sus habitantes vivían más pendientes del panorama que brindaban las ventanas de sus casas que de la falta de alimentos en su mesa, Lucrecia Palop decidiera acercarse a la Modelo.

Se presentó en prisión con traje de chaqueta primaveral, moño alto, bolso de color marrón y los zapatos de la antigua casa de costura Dique Flotante que solía ponerse para la festividad del Corpus. El trayecto a pie desde la casa de Sarriá hasta la calle Entenza lo recorrió en un tiempo récord para su edad y el peso que llevaba oculto entre los enredos de la ropa. Era la época en que la gente enfermaba y moría de frío. A fin de rehuir esa probabilidad se confabuló una manía lúcida por parte de las mujeres de abrigar a maridos y retoños de los pies a la cabeza. Lucrecia, pese al calor primaveral, no descuidó prendas de lana apropiadas para cualquier eventualidad. En una fiambarrera de latón llevaba la comida y en uno de sus dos bolsillos libres, forrado en un paño azul, el encendedor de oro de Antonio Ramoneda.

Salir de casa en aquellas circunstancias funestas, cruzar barrios encendidos de ira —por suponer sus habitantes que aquélla era la mayor traición histórica de la falsa izquierda a la izquierda auténtica del pueblo de Cataluña—, fue otra de las

proezas propias de Lucrecia Palop. Sorteando barricadas en cada esquina y protestas armadas de los milicianos enfurecidos contra un gobierno vendido a los soviéticos, logró llegar a su destino. Sin embargo, tamaña valentía en acercarse a la cárcel no era solamente para ver a Arturo. En su cabeza, de vitalidad épica, tenía programada una cita con su director, don Vicente Rico, con la excusa de llevarle un obsequio procedente de una dama muy agradecida.

Don Vicente, de conducta refinada pese a los tiempos astrosos, consideraba un ejercicio de caballerosidad necesario atender a las señoras que así lo requerían. Su educación de funcionario de carrera lo diferenciaba en comportamiento y maneras dentro de la escala burocrática. En verdad, su proceder tenía más modales de director de hotel que de una penitenciaría. Así lo dedujo Lucrecia una vez hubo cumplido su objetivo. Por fallos evidentes en la economía familiar, el director era hombre permeable a las recomendaciones, siempre que fueran avaladas por un buen propósito y mejor si iban acompañadas de un obsequio apropiado. Don Vicente quería dormir con la conciencia tranquila, y si aceptaba el soborno lo hacía convencido de su buena acción, dado que el fin, si era caritativo, justificaba los medios. Empezaba a correr por vías subterráneas que, cuando los comités de los diferentes partidos se presentaban de improviso en la Modelo para reclamar su lote de presos a los que juzgar y fusilar seguidamente, don Vicente conseguía, en muchos casos, salvar esas incómodas situaciones apretando la balanza a favor del condenado. Hasta ahora había salido bastante airoso de esas componendas. La única amenaza empezaba a ser la policía

política creada por el partido que había tomado el mando del país y, por supuesto, de su colonia penitenciaria.

Recién peinado el cabello con abundante agua de colonia más una raya perfecta en el lado izquierdo, y escondiendo su barriga con unos kilos de más, el director recibió a Lucrecia en su despacho. Fue cosa de brujería que no coincidiera allí con su sobrino Arturo mientras cumplía con sus obligaciones de ordenanza. «Mejor que mejor», pensó cuando se dio por enterada Lucrecia. Le habría estropeado parte del plan.

Lo primero que le preguntó don Vicente, después de ofrecerle asiento, fue si la señora Palop venía a interceder por alguno de los anarquistas y trotskistas que en esos días caían de cabeza entre esos pesados muros.

—Son tiempos difíciles para todos —respondió ella muy digna. Añadió en seguida—: ¿Sabe quién soy?

—Claro que sí. Faltaría más —confirmó con sus ojos de búho impresionado. Tampoco quería dar a entender a la señora que no tenía remota idea de quién era ella, aunque, con toda seguridad, el apellido le resultaría conocido a poco que rebuscase en su linaje familiar. Fue entonces cuando Lucrecia dejó caer a su interlocutor la magnánima y humanitaria conducta con la que éste era conocido en la ciudad por sus atenciones y cuidados como primer responsable de un montón de hambrientos e inocentes prisioneros.

Convencido de que la señora se excedía en ceremonias, Vicente Rico jugó a tomar sus halagos como una galantería

exagerada. Sucumbió a las atenciones y encantos de Lucrecia y se precipitó a ponerse a sus pies.

A los tres minutos escasos de iniciada la conversación, ya eran amigos.

—Vengo a pedirle tres cosas. Nada del otro mundo —dijo Lucrecia.

Por un momento, el director de la Modelo temió que en esa ocasión la visita se excediera en exigencias, pero respiró tranquilo al escuchar el nombre del solicitante.

—No se preocupe —la interrumpió, para explicarle seguidamente que al chico lo guardaba en calidad de ordenanza particular en su despacho por méritos que había ganado a pulso.

Lucrecia no pudo evitar una sonrisa de complicidad familiar que beneficiaba a ambos.

—No está bien que lo diga yo, pero Arturo es un joven muy bueno y muy inteligente. —Aprovechó entonces para recordarle la dolencia pulmonar que sufría y que tanto preocupaba a la familia—. Es como si su hijo tuviera alguna enfermedad grave, Dios no lo quiera, y se encontrase en la misma situación que mi sobrino. Pobres muchachos.

El director no le permitió que siguiera por esas tortuosas rutas de intimidad y confianza. En realidad, evitaba tener que sentirse culpable de la salud precaria de Arturo. Y cerró finamente la boca de su visitante levantándose de su asiento.

Cambiando el tono de voz, impostado a propósito, le confesó su insistencia en convencer a Arturo para que viviera en la enfermería y la negativa del chico a aceptar ese privilegio. Le contó que su valiente sobrino sólo estaba dispuesto a pisarla para hacerse las sesiones de neumotorax.

—Algo es algo —le dijo ella.

Entonces sacó la fiambarrera de su bolsa y la colocó sobre la mesa del director. La mitad del único pollo de corral de la casa de la calle Anglí tenía un nuevo dueño para disfrutarlo.

—Tome, que su familia también lo necesita —fue lo último que dijo antes de despedirse.

Vicente Rico le ordenó amablemente que no tardase en volver a visitarlo. Ella le respondió con un silencio enigmático. Ni sí ni no, ya vería. Por el momento, conservaba aún en el bolsillo de su chaqueta el encendedor de oro de su abuelo, Antonio Ramoneda. La muy astuta sabía que en los negocios de un perdedor nunca hay dos sin tres. Iba prevenida.

Una vez en el locutorio, frente a la mirada crédula y resignada de su sobrino Arturo, Lucrecia lloró sin lágrimas todo lo que su buena educación le permitía hacer en público. Hablaron de la familia y de dar importancia a lo bueno olvidándose de lo malo. Tenían la suerte de seguir vivos. Hablaron del nuevo terror instaurado en el país y de las consecuencias positivas y negativas que acarreaban los extraños cambios. Hablaron de que el final de la guerra estaba

cerca. Como buena demócrata, Lucrecia creía que Francia e Inglaterra vendrían a salvarlos.

—No estés tan segura —la previno Arturo.

Hablaron del éxito en la construcción de refugios antiaéreos de la ciudad. Se felicitaron mutuamente por el carácter solidario de los barceloneses. Hablaron de la señora Forcada y de los primos Mercader. Habían huido a París, contó Lucrecia, desde que una bomba partió por la mitad su piso del paseo de Gracia.

—Todos se van —dijo Arturo.

—Los que pueden y quieren, claro —preciso Lucrecia acongojada. Entonces recordó que al pobre Pau Mercader, hermano de Ramón, despachado a Madrid por su madre como castigo por indisciplina militar, lo acababa de matar un tanque—. Pobre noi. ¿Por qué será que siempre terminan pagando justos por pecadores?

De mutuo acuerdo dejaron para lo último el asunto más significativo de su encuentro.

—A Valentina la vemos poco. Mucho menos de lo que nosotras queríamos —dijo.

Ambos sabían los motivos. Los desórdenes provocados por la revuelta de mayo la tenían muy ocupada dedicando todo su tiempo a la ayuda de los perseguidos por la calamidad terrorista de los nuevos dirigentes. Se hablaba sin tapujos de la detención y desaparición de figuras memorables del

anarquismo como Andreu Nin o el brigadista Kurt Landau. Lucrecia misma admitió que Valentina corría peligro.

—Mi intención es fugarme y protegerla —silbó Arturo al oído de su tía.

Ella le pidió que no lo hiciera de ninguna de las maneras. Para convencerlo de su locura le prometió que, por encima de su cadáver, iría a verlo en los próximos días.

—Ya me conoces —le dijo—. Lo que prometo, lo hago.

En aquel lugar inhóspito, de rejas siniestras tras las que los presos trataban de fortalecer a sus desoladas familias, resultaba complicado aceptar que la vida siguiera siendo la de siempre, con sus afectos, sus rarezas personales, sus sacrificios, sus miedos. Lucrecia aprovechó la proximidad de su sobrino para acariciar su cara y pasarle la manta con el mechero de oro del abuelo.

—Es tuyo —le dijo—. Haz con él lo que quieras.

Y calló, la muy astuta, su entrevista con don Vicente Rico.

Antes de irse acercó su rostro a la mejilla de su sobrino pero no le dio un beso. Un joven con barba ya era historia y pasado.

Tan pronto como descubrió Arturo que los familiares podían visitar a los presos a horas convenidas recordó la frase del escritor ruso a propósito de que la auténtica felicidad radicaba en saber apreciar lo que uno tiene y no desear en exceso lo que no se tiene.

Las visitas al locutorio y los paquetes de comida creaban una especie de mercadeo del que siempre se beneficiaban los penados. Los que más poseían repartían su parte a los que apenas les llegaba el rancho siempre parco del refectorio. Pero, antes incluso que la comida, los presos más jóvenes, sensibles y vehementes preferían utilizar su ingenio para no desaprovechar la oportunidad de abrazar a sus enamoradas. Algunas tardes, con la primavera como telón de fondo, el locutorio oscuro y tenebroso adquiría color y aspecto de entoldado de barrio. Muchas chicas llegaban adornadas con perifollos excitantes para alegría de sus enamorados. Algunas traían también fotos de amigas que valieran para encandilar a aquellos reos huérfanos y solitarios.

Valentina Mur hizo su primera visita a la cárcel en forma de trueno y cataclismo. Vestía de negro riguroso como las viudas dolientes. Pero, escondida en sus ojos, guardaba el alma impura y los labios de un encarnado inmune al duelo y al lamento.

—Ay, Arturo —le dijo nada más verlo—. ¿Sabes lo que dicen estos nuevos papas del comunismo?

Giró la cara y miró a la concurrencia, ocupándose bien de que la oyera todo el locutorio. Guardias y presos. Familias y rufianes.

—Pues nos llaman traidores y contrarrevolucionarios. Así, como lo oyes. ¡Desgraciados, más que desgraciados!

Él pensó que su mujer seguía siendo el cometa más hermoso del universo. Al igual que la luna, que cuanto más alta en el

cielo más enfadada parece, también Valentina se mostraba más grande y enfurecida.

Tomándola de la mano y sin ánimo de convencerla se vio en la obligación de referir a los presentes que en el movimiento anarquista, pese a la pureza de ideales, había, como en todas partes, santos, pistoleros, agitadores y asesinos. Alguien de otro grupo recordó que muchos miembros de la FAI, tomándose la justicia por su mano, se presentaron en cuadrilla en los pueblos y se dedicaron a ejecutar en grupo a seres indefensos y pacíficos.

Fue coreado.

En lugar de un coloquio de amor, aquella visita convirtió el locutorio en una reunión política. Por fin se tuvo la sensatez de retroceder a la costumbre tradicional de la sala de visitas. Volvieron a las confesiones y siseos.

¿Quién era ahora el enemigo? ¿Contra quién estaban peleando? Llevaban muchos días sin verse y ella necesitaba hablarle de sus cosas antes de que él la asediara con preguntas. Le explicó que la ciudad estaba aplastada pero no vencida.

—Ya no van a por mí —le dijo—. Los problemas son mucho más graves. El mundo ha cambiado, rei meu.

Con un gesto de coquetería, le mostró sus manos con las uñas destrozadas de trabajar en la construcción de los refugios antiaéreos. Anunció que día tras día llegaban refugiados a

millares a los que la ciudad tenía que socorrer. Venían con lo puesto. Había que alimentarlos, lavarlos, darles cobijo. Cuando se cansó de hablar y la fiebre del encuentro se hubo dulcificado, desplegó sus encantos de amante atribulada por causa de la separación, la impotencia y también el miedo.

Arturo le insinuó que se escaparan juntos. Cruzar los Pirineos.

—¿Como los cobardes? —le dijo ella. Añadió en seguida—: Yo te veo bien.

Él no podía decir lo contrario. Gracias a la buena concordia que seguía manteniendo con el director, con algunos de los funcionarios y varios presos, Arturo disponía de un envidiable puesto de confianza en la cárcel. Nunca había imaginado que un hombre tranquilo y silencioso como él pudiera obtener los privilegios de los que ahora disfrutaba. Dos veces a la semana, Lucrecia o Mercedes le llevaban puntualmente la comida. El médico responsable de la enfermería cuidaba de su salud con devoción metódica. Una buena parte de su tiempo podía dedicarlo a la lectura. Sin embargo, no había que dejarse confundir por la apariencia: el solo hecho de ser un preso del gobierno de la República ya lo colocaba en la situación de hombre desahuciado.

Valentina se las daba de realista.

—Es la guerra, Arturo.

—Sí, amor mío —le dijo él—. Pero en la nuestra los enemigos somos todos.

Convencido de que la vida de su amada corría peligro, le suplicó que tuviera precauciones y que no se expusiera a ninguna clase de riesgo.

La posibilidad de perderla le quitaba el sueño. A diario el gobierno catalán, vendido al movimiento soviético, detenía a compañeros del movimiento libertario. La depuración ejercida por los nuevos ministros consistía en eliminar sin reserva a hombres y mujeres de corriente distinta a la del dictador ruso. Mataban a muchos, y encerraban al resto en barcos carcelarios anclados en el puerto y destinados a engrosar la lista de desaparecidos. Alguno pudo escapar y contarlo a la prensa extranjera. Sin embargo, pocos periodistas estaban dispuestos a creerlo. También en esa guerra las sublimes mentes del mundo estaban de parte del infierno.

En un momento de ternura máxima, ella le dijo:

—Lo que más me duele es no dormir contigo.

Aquella petición lo colmó de rabia, placer y desasosiego. Desde aquel momento, se propuso hacer lo imposible por estar a solas con Valentina. Seguía convencido de que el amor vencería cualquier impedimento.

—Te prometo que la próxima vez será como tú quieres —le dijo sin caer en la cuenta de que sus promesas podían desaparecer en el espejismo de su confianza vaga.

Pasó el verano. Los meses de otoño e invierno que siguieron a la persecución contra trotskistas y anarquistas fueron de frío atroz y de una violencia sanguinaria incalculable. Nevó copiosamente en toda España. Pero, entre tanta desgracia, la buena suerte llegó en recompensa de Arturo. De forma providencial, mientras estaba en el patio junto con otros presos, reconoció a Carlos de Andrade, antiguo compañero de su hermano Alberto en el colegio de los jesuitas. No fue a saludarlo. Primero lo estuvo observando de lejos para, poco después, hacerse el encontradizo con él y convertirse en amigos inseparables.

En primer lugar porque se necesitaban. Los estudios que compartían eran superiores a la media de los condenados y sus conversaciones alcanzaban metas incitantes de compañerismo y quimera. Andrade había publicado una novela de juventud titulada *El cazador de mujeres*, lo que ya daba una idea de la energía aventurera de su corazón. Colaboraba en la prensa desde los diecisiete años, pero sabía que su carrera profesional iría por rumbos distintos al periodismo. Sería explorador en África, o capitán de navío mercante; quién sabía. No anhelaba cualquier cosa. Era hombre de extremos. El periplo por el que pasó antes de entrar en prisión podía ser calificado de vía crucis. Incluso llegaron a clavarlo en un poste de electricidad. Por maldito católico. Antes, sin embargo, le propinaron una semana de latigazos en la checa de la calle Villarroel por quintacolumnista. Con el cuerpo destrozado y la piel a tiras lo llevaron a la prisión de Montjuic, de donde salió, como irónicamente decía, de sí mismo, reencarnado en un gigantesco piojo de piojos.

Arturo lo vio por primera vez en el patio de la cárcel haciendo flexiones y ejercicios gimnásticos propios de deportista ocioso. Pero no fue por eso por lo que se conocieron. La mayoría de los días, las celdas permanecían abiertas y los presos, exceptuando los de la cuarta galería destinada a delincuentes difíciles, podían moverse a su aire. Alguien llevó a Arturo a la celda que Andrade ocupaba con otros dos presos: Jacinto Rosés, abogado, y Lisandro Gomis, juez y magistrado. Los tres descansaban en camas que habían hecho traer directamente de su casa. Sus familias disponían de recursos con los que proseguir una lista interminable de sobornos. Le ofrecieron un colchón de lana y una pequeña escribanía, dos lujos impensables para el soñador de sueños.

Muy pronto, Andrade aleccionó a su nuevo amigo en la habilidad de desenvolverse en el recinto carcelario. Lo introdujo en su grupo de amigos. Le presentó al poeta Vives, que trabajaba de electricista, y a Gabriel Aparicio, antiguo capitán de artillería, en el puesto de jardinero en un solar ciento por ciento pavimentado. Los presos con suerte de tener oficio y cargo elegido tenían mayores probabilidades de salir con vida que aquellos otros cruzados de brazos y sin excusa para esgrimir como escudo de salvación cuando la nueva policía instituida viniera a buscar su parte de condenados a muerte.

Los bombardeos aéreos, programados por los nacionales en un estudiado afán de exterminio masivo, continuaban destruyendo edificios y sepultando vidas inocentes. Los presos eran conscientes de que su vida no valía más que el plato de lentejas rancias servido cada tanto. Pero guardaban una

esperanza común. De entre todas las posibles formas de morir, sólo parecían librarse de una: los aviones fascistas tenían orden de prestar atención al lugar hacia el que orientaban sus objetivos. Entre los puntos prohibidos estaban la cárcel Modelo, donde se suponía que se encontraban los suyos, además de algunas factorías importantes cuyos propietarios se hallaban esperando la victoria en el otro lado de la España dividida.

Para los condenados a muerte, que eran la mayoría de los prisioneros, la gran amenaza seguía siendo la represión ejercida por el gobierno a partir de la famosa revuelta de mayo. Los nuevos mandos del comunismo acababan de instaurar una nueva actividad policial llamada Policía Política o Servicio de Investigación Militar. El SIM producía auténtico terror ciudadano. Sus agentes se dedicaban a denunciar, torturar y eliminar a cualquier elemento disidente, o sospechoso de serlo, del nuevo gobierno comunista. Dentro de su radio de acción aniquiladora se encontraban desde infiltrados fascistas, marxistas-trotskistas, anarquistas y cualquier persona que discrepara o bien se tuviera la más remota sospecha de que se enfrentaba al actual gobierno autoritario.

La cárcel también se resentía de esa situación represora. Los presos comprendieron que los meses anteriores a la aparición del SIM en el gobierno eran gloria ante el abismo de terror del que ahora estaban siendo las primeras víctimas. Los prisioneros condenados a muerte, como Carlos de Andrade, sabían que su plazo era inmediato. Había que moverse si no querían ser los primeros en palmarla. El grupo de amigos desplegó sus

estrategias de defensa, y Andrade no tardó más de siete días en hacerse dueño de la oficina central de la Modelo. Ese departamento consistía en una torre de cristal provista de dos jefes de servicio encargados de vigilar, minuto a minuto, las seis galerías, pero era también el lugar donde se encontraban los ficheros de los encarcelados y su filiación completa. Quienes se ocupaban ahora de manejar el preciado tesoro documental eran los presos Carlos de Andrade —que actuaba en funciones de persona de confianza del director— y Arturo Ramoneda, suplente del primero. Los botes de leche, la mantequilla y el chocolate que un matrimonio de Londres enviaba a la casa de la calle Anglí sirvieron para que Arturo pudiera ascender a la categoría superior de presidiario electo, al punto de permitirle alcanzar, custodiado por el funcionario de turno, la misma puerta de la cárcel. E incluso llegar a asomar su cabeza a través de ella.

En varias ocasiones pensó en huir. ¿Qué lo impidió? La noche que tomó la decisión de casarse con Valentina supo que su única ilusión en este mundo tenía un nombre. Sabía que él la amaba más y, por tanto, su preocupación más importante era cuidar de ella.

Por aquellos días, los agentes de la policía estalinista, dirigidos por Javier Méndez y controlados por Julián Grima, al que llamaban el Ojo de Moscú, solían presentarse en el patio y llevarse un puñado de presos que iban destinados a los campos de exterminio o a cárceles clandestinas de las que resultaba

imposible salir con vida. Los más afortunados suplicaban ser llevados al pelotón de fusilamiento.

Como contrapartida, la Modelo llegó a estar ocupada por un número excesivo de internos. La cantidad de presos disminuía la probabilidad numérica de ser señalado por los agentes, pero la cuestión estadística no era, de ningún modo, una garantía de vida. Tenían que espabilarse.

La llegada de los ángeles de la muerte era aleatoria. Cuando se presentaban de improviso, los presos se aterrorizaban y se lanzaban a buscar soluciones elementales que tampoco ofrecían garantía de salvarlos del matadero. Pero hubo algo en la estrategia de sálvese quien pueda que funcionó aceptablemente. Los prisioneros Andrade, Ramoneda, Gomis, Manolo y Perico, en su calidad de ayudantes de funcionarios, idearon una impresionante maniobra que les permitió, al menos por un tiempo, salvar de la muerte a bastantes de sus compañeros. Empezando por ellos mismos. La oficina de la galería central pasó a convertirse en una agencia extraoficial de salvoconductos vitales. La experiencia les había enseñado que, de acuerdo con la normativa impuesta, los hombres del SIM tenían prohibido sacar de la prisión a los presos que ocupasen algún tipo de función en el centro. De ahí que don Vicente, y su humanidad congénita, hubiera tomado como algo personal adjudicar a un número desorbitado de internos tareas y servicios que excedían del organigrama penitenciario. Su afán de libertador de vidas lo llevó al extremo de inventar destinos totalmente ilusorios para un centro carcelario. En su lista de cargos había desde cartero a botones, pasando por educador gimnástico y ayudante de fontanería. Sólo le faltó poner, como

comentarían con guasa el grupo de amigos autodenominado Los Quijotes, empleos de sacerdote y monaguillo. Y a buen seguro que lo habría hecho de no ser porque esas actividades estaban impedidas por la cuadrilla invasora.

Los Quijotes permanecían las veinticuatro horas del día en posición de alerta, dispuestos en todo momento a poner en marcha su maquinaria de amparo de los compañeros señalados por los agentes comunistas. En el mismo instante en que el SIM asomaba en la Modelo con encargo de saca o captura de uno o varios presos, se lanzaban como fieras a activar su mecanismo de salvamento. Cada segundo a su favor valía un toisón de oro. Don Vicente los entretenía en el patio. Lisandro Gomis pulsaba un timbre que sonaba solamente en el interior del recinto. Entonces, era turno de Ramoneda avisar a Jacinto Rosés, as de la rapidez y el volante, quien salía volando hacia la reja donde Gomis le pasaba una nota con los nombres de los reclamados que, a su vez, Rosés, siempre pilotando, entregaba a Carlos de Andrade. Este último tenía como cometido comprobar, con más de cuatro ojos y cien dedos, el fichero de los presos y encontrar vertiginosamente el nombre de los reclamados. En otra proeza de resolución acrobática se ocupaban de alertar a médico y enfermeros, a fin de que los presos requeridos fueran ingresados en la enfermería con diagnóstico de cualquier tipo de dolencia que les imposibilitara el movimiento.

Nunca hubo en una cárcel un número de roturas de pies, rodillas y caderas tan elevado como las contabilizadas en la Modelo de Barcelona durante los dos últimos años de la guerra. La maniobra, sin ser del todo imperfecta, no podía durar eternamente, y cuando los agentes empezaron a

sospechar que había gato encerrado, volvió don Vicente a ingeniar otra entelequia. Responsabilizó al educador gimnástico, un militar rebelde formado en los cuarteles de África y Mozambique, que medía dos metros de largo por dos de ancho, de los golpes, roturas y demás accidentes de los presos dada la severa disciplina deportiva del negro. Los agentes maquiavélicos se iban entonces más tranquilos y ligeros de conciencia por tener a alguien a quien culpar del entorpecimiento del encargo. Pero, sobre todo, porque en todas sus visitas siempre se llevaban un grupo de presos con los que cumplir el castigo encomendado.

La salida de los condenados a muerte dejaba a Los Quijotes con la conciencia descompuesta. Su actuación, por generosa que fuese, no renunciaba a tener un componente injusto y hasta inmoral hacia el compañero que no podían salvar de la decisión asesina. Tenían que elegir a unos de entre todos. Los dedos de Andrade decidían grosso modo quiénes podían escapar aquel día de la ejecución. Arturo se sobrecogía viendo los rostros de los elegidos traspasar la puerta de la calle escoltados por la policía secreta.

—Esto es lo más jodido de una guerra —le dijo a Andrade—. Verte obligado a decidir quién merece vivir o morir.

El plan que había ideado Arturo para encontrarse a solas con Valentina tuvo su efecto por primera vez un día cualquiera entre Navidad y Fin de Año del que iba a ser el nuevo y terrible 1938.

El corazón socialista y republicano de don Vicente Rico también se valía de las fiestas navideñas para realizar buenas acciones con los detenidos. A más de un preso le permitió huir por la puerta falsa de la enfermería. Y con sus cinco protegidos llegó a mantener un comportamiento rayano en el afecto filial. Advirtiéndolo que andaban necesitados de abrazar a solas un cuerpo de mujer accedió a ofrecer su despacho como nido de amor accidental de los chicos con la condición de que sus citas no sobrepasaran el horario estipulado: la hora de la siesta. Que tampoco se les ocurriera la descortesía de contarle sus devaneos amorosos. Arturo, orgulloso de su condición de casado, le explicó a don Vicente que la visita que él recibiría era de su esposa.

—Sea, pues, y lárgate —resopló—. No me vengas con cuentos y ciérrate con llave.

El despacho de don Vicente conservaba la austeridad del mobiliario castellano, pintado con cal y con suelo de ladrillo rojo. Dominaba el espacio una mesa de roble repujado al que la seguían un par de estanterías, cuatro sillas y una alfombra llegada de Tánger en tiempos inmemoriales y muy útil para ofrecer calor a aquellos desprotegidos cuerpos. Arturo se esforzaba en retener sus deseos más elementales para ofrecerle a ella las caricias menos decentes que había soñado nunca. Descubrió que las mujeres amaban con la misma proporción con la que necesitaban reír, hablar y ser escuchadas. La trampa del amor los mantenía atados y en silencio pero una buena parte de la hora prevista para amarse se les iba en charla y besuqueos.

Valentina le contaba historias escalofriantes sobre los recogidos llegados de la España fascista. Una maestra huida de un pueblo granadino, María Esperanza Seco, llegó a decir que los nacionales mataron a todos los habitantes de su pueblo. Pero no tuvieron bastante con asesinarlos. Después de violar a las mujeres y amputar sus cuerpos, los quemaron en el centro de la plaza, delante de sus hijos y maridos, a los que exterminaron como conclusión del espectáculo. De cada ciudad o poblado conseguido por Franco sólo dejaban ruinas y cientos de muertos esparcidos por todo el territorio.

La forma que utilizaban los rebeldes fascistas de exhibir su victoria consistía en ir sembrando de cadáveres el terreno ganado a los republicanos. Otra mujer malagueña contó el asedio constante por mar y aire con el que sometieron a la población mientras describía impasible el rostro satisfecho de los marineros, que jugaban a contar el número de muertos caídos a medida que disparaban sus descargas. A la madre de Lolita Vecino, embarazada de ocho meses, la mataron de un tiro. La niña de diez años escapó monte arriba viviendo un tiempo entre los matorrales hasta ser encontrada por otros refugiados: la desgracia la había vuelto loca. Detestaba la luz y la compañía humana.

—Hemos perdido algo más valioso que la libertad —le dijo a Arturo entre sollozos—. Nos han robado el sentimiento.

Y aquel día se fue contenta, pero hecha un mar de lágrimas.

El motivo principal de su tercer encuentro en la cárcel era una celebración. Valentina acababa de cumplir veintitrés años.

En esa ocasión fue ella quien trató de animar a Arturo prometiéndole una infinidad de celebraciones futuras. A él le dolía verla tan desmejorada. Tenía ojeras y la piel del rostro de un blanco grisáceo. Se preguntó qué iba a suceder con ella los próximos meses, y lo primero que hizo fue recomendarle que dejase de confiar en las personas. La prisión seguía siendo cuna admirable de informaciones fidedignas y aquella mujer joven y valiente, saltando por las calles de Barcelona con un corazón cargado de buenas intenciones, era carne de cañón para traidores y delatores.

Protegida por la penumbra del despacho, Valentina se encargó de que él no pudiera apreciar la enorme tristeza que sentía. Fue más amante, si cabe, que aquellas mujeres escandalosas del libro que su padre guardaba en la biblioteca. La alfombra raída y sucia que les servía de lecho apestaba a roña y basurero, pero allí quemaron sus ansiosos cuerpos con la insolencia de los amantes generosos y heroicos. La guerra alentaba sus ardores. La tristeza los incitaba.

Cumplido el amor, Valentina, dichosa de haber sofocado a un hombre, sintió que se le doblaban las entrañas.

—Esta vez lo has conseguido, Arturo. Acabamos de engendrar un hijo.

No lo decía en serio, pese a que Arturo confesó que la posible noticia lo llenaría de felicidad. Ella, desde luego, dijo que sería una locura. Él prefirió reír. Ella insistió:

—En unas circunstancias tan terribles como éstas, ilusiones y sueños deberían estar prohibidos.

Luego se quedó dormida a su lado, arropada con el chaquetón color de rata que siempre llevaba encima. Tan debilitados estaban que abrazados uno contra el otro parecían formar un solo cuerpo.

A la mañana siguiente, cuando las alarmas anunciaban un nuevo bombardeo en la ciudad, Valentina atribuyó su malestar a la gripe. Saltó de la cama para llegar cuanto antes al refugio. A pocos pasos de la entrada de la calle Salmerón, vomitó dos veces. «Será la gripe», volvió a repetirse convencida de que enfermedades y molestias conseguían vencerse a fuerza de pensarlas y ahuyentarlas. Alrededor de ella, la gente se apilaba como animales de corral que embuten en un camión en dirección al matadero. Algunos niños dormían en los brazos de sus madres. Otros, los más, lloraban desconsoladamente.

Ahora vivía sola. Nada más comenzar el invierno tomó la determinación de enviar a su madre y a Francisca a Vallfogona de Riucorb, el pueblo de la provincia de Tarragona de donde procedían sus abuelos maternos. Para convencerlas de que le hicieran caso, les prometió que estaba dispuesta a seguir las una vez se hubieran instalado en la casa de la tía Raimunda. Luego les mandó una carta en la que les informaba sobre lo que más podía interesarles: «Voy muy abrigada y me alimento lo suficiente.» Pero lo cierto era que estuvo vomitando bilis durante tres semanas seguidas. La comida que daban en los comedores para los refugiados la echaba para atrás. Finalmente, cuando el ayuno la empujó a confundir sueño con vigilia, resolvió hacer lo más apropiado: acercarse a la casa de la calle Anglí.

—¿Tienes hambre? —le preguntó Catalina nada más abrir la puerta.

Desde que supo la historia de la boda desordenada de Arturo, sin curas ni cruces ni testigos, se permitía tutear a la nueva esposa sólo porque ella le había obligado a hacerlo.

—Está muy bueno, Cata —le dijo frente al plato de sopa que le puso delante.

Llevaba más de un mes sin probar algo caliente y mientras comía despacio, saboreando cada cucharón de sopa de verduras con fideos, decidió que era una barbaridad dejarse dominar por un cuerpo como el suyo, que tenía la simpleza de haberse acostumbrado al capricho de una existencia siempre resuelta y remediada.

Lucrecia Palop se alegró muchísimo de tenerla en casa. Buscaba convencerla de que se fuera a vivir con ellas pero, por respeto a los hábitos de Valentina, no se atrevía a mencionarlo. La estuvo observando con la curiosidad de las matronas sabias y sensatas. Mientras conversaban y la miraba comer a gusto, prestó atención a los ojos tristes que se les ponen a las mujeres con nostalgia de sueño, mar y ligereza. Volvió a buscar la mirada de Valentina y se la sostuvo un rato.

Fue entonces cuando entendió lo que ocurría.

Una vez más, guardó el secreto para ella. Primero se asustó. Luego, deseó con toda el alma que el milagro ocurriera.

Muy al estilo de su temperamento práctico y previsor le vinieron a la cabeza un montón de compromisos para llevar a cabo. La canastilla del bebé que iría preparando a escondidas de todos. Ideó la forma de alimentar a Valentina sin que ella se sintiera abrumada. Se las apañaría para llevar a su casa de Gran de Gracia una fiambra con comida aprovechando sus recorridos a la Modelo. Con que comiera cumplidamente una vez al día ya se podía considerar afortunada. Aun así, no la dejó marchar sin pedirle antes que accediera a vivir con ellas.

—Dime que sí —le insistió sabiendo que ni apoyada por el refuerzo de Mercedes lo conseguirían.

Al cabo de un rato, mandó a las dos chicas a airearse un poco en su banco predilecto de la Rambla de Cataluña. Allí fueron a sentarse sólo por dar gusto a la antojadiza tía.

El frío intenso del atardecer y una nube volcánica de tristeza envolvía sus cuerpos flacos y desvaídos como figuras arruinadas. De aquellos bares y cafeterías colmados a rebosar de clientela e ideales tan sólo quedaba un decorado rancio y la memoria de los nombres del local sofocados en los rótulos. Valentina, y su don de desvelar secretos, necesitó dos minutos para enterarse de que Mercedes seguía enamorada de Ramón, pero más de una hora para estar al corriente de dónde se encontraba en esos momentos. Según ella, existían varias versiones sobre su paradero. Ya no recibía cartas suyas, ni oficiales ni crípticas. Sin embargo, convencida como la que más de que el amor mueve montañas, aprendió pronto y rápido que los enfermos del Hospital Clínico podían ser una fuente considerable de noticias sobre militares caídos y los que

continuaban en activo. De forma sibilina, Mercedes se valía de su contacto con los pacientes para indagar los movimientos de Ramón.

Mercader era una persona muy conocida en el frente. En Guadalajara las fuerzas militares superiores lo habían ascendido a comandante del Quinto Regimiento. Malas lenguas contaban que, en un momento dado, destacó por haber protegido la vida de los suyos asesinando a navajazos a un soldado enemigo. Llegó a convertirse en el personaje estrella del campo de batalla. Muchas mujeres viajaban al frente para ver a los más valientes, y entre ellos a Ramón Mercader, sus botas de piel reluciente, sus dientes blancos y el uniforme militar que mantenía impecable pese a las detonaciones y penurias propias de la guerra. La batalla de Guadalajara había sido un gran triunfo para las tropas republicanas donde, por primera vez, fueron vencidas las tropas del imbatible Mussolini. Los soldados republicanos, pocos y mal abastecidos, consiguieron derrotar en campo abierto a un ejército formado por ochenta mil hombres, en su mayoría italianos, y equipado con toda clase de armas. La victoria los había exaltado. Hicieron acopio de prisioneros y uno de ellos, pese a la gravedad de su estado, fue quien se encargó de contar a Mercedes las medallas y laureles del comandante Mercader. Otras voces, sin embargo, propagaron un rumor sobre la desaparición de los Mercader del mapa belicoso de la España hundida. Informaciones documentadas aseguraban que, en premio al comportamiento heroico de Ramón Mercader, Stalin le requirió viajar a Moscú para convertirlo en un gran agente del socialismo soviético. Mercedes no sabía a quién dar crédito. Empezaba a correr la voz de que ya nadie en el bando

republicano creía en la victoria de la revolución y los más atrevidos acusaban a los engreídos comisarios del Partido Comunista Catalán de haberse fugado al extranjero en el momento más delicado y peligroso de la refriega.

—¡Es terrible! —gimoteó—. ¡Terrible!, ¡terrible!

Valentina la vio tan desanimada que sintió una compasión inmensa hacia ella. Las ojeras cruzaban su rostro como un vendaje. El cabello lo llevaba revuelto. Y, además, fumaba como si el humo la mantuviera hipnotizada.

—Como dice tu hermano Arturo —le comentó—, muchos cobardes huyen de España dejando a sus camaradas hambrientos y desprotegidos.

A Mercedes le molestó el comentario. Para bien o para mal, ella seguía enamorada de su primo. Por egoísta y extraña que fuera su manera de comportarse, nadie ponía en duda que Ramón era un héroe. Le había escrito cartas cariñosas y era el único hombre que sabía comprenderla.

Aquella tarde no le contó a Valentina la aventura de Ramón en París con una novia francesa con aspecto de institutriz y porte desaliñado, de la que se enteró casualmente. Gracias a la abnegación y renuncia en su trabajo como enfermera pudo congeniar con heridos en situaciones límite y éstos se decidieron a contarle sus vidas. Soldados jóvenes, muchos de ellos, con extremidades amputadas y sin esperanza alguna de sobrevivir. Ella los consolaba fraternalmente. Algunos llegaron a formar parte del grupo de amores incondicionales cuyo recuerdo llevaría siempre consigo.

Uno de sus preferidos había ingresado en el hospital una noche de tormenta y truenos. El recién llegado estaba solo y desnudo. Los médicos lo daban por muerto. Ella le preguntó si podía oírlo y él le contestó que sólo deseaba escucharla. Le lavó el cuerpo con delicadeza y lo cubrió con una sábana limpia.

—¿Me estás preparando para morir? —preguntó el chico.

Ella le respondió que sólo se trataba de una ceremonia sanitaria para recibir el día. Después se sentó en el borde de su cama. Él le tomó la mano y Mercedes le acarició los dedos. Sin esperar nada a cambio, le prometió que la amaría siempre. La fiebre le hacía delirar a ratos. De vez en cuando, ella le tomaba el pulso y él se dejaba acariciar. Sonreía con una tranquilidad insólita para un moribundo. Le sonreía a ella. «Oh —pensó—, esta sonrisa no podré olvidarla nunca.» Entonces prometió a la Virgen convertirse en novia espiritual del desahuciado. Le pidió un beso y ella se lo dio de inmediato. Un beso próximo a sus labios. Tenía en sus brazos al hombre que con toda seguridad sus padres le hubieran elegido como esposo. Le besaba las manos y la frente. Luego, lloraron juntos porque el trabajo de morir se parece al sufrimiento de amar. Poco antes del amanecer, ella le prometió amarle para el resto de sus días. Es más: le contó su vida. La inventó para él. Una vida vivida a la espera de ese encuentro. Él la escuchó fantasear, e hizo como si la conociera de siempre. Ella lo abrazó. Él la estuvo mirando fijamente. Se acostó a su lado. Se amaron durante un largo rato. Quietos. En silencio.

—No puedo verte —le dijo antes de morir. Luego se apagó. Se escuchó su adiós. Un eco seco en el cerebro. Ella permaneció a su lado. Desnuda. En la cama. Abrazada a su cuerpo hasta la muerte.

Era lo peor y lo mejor de la guerra: cambiaba demasiado a las personas. También Mercedes había dejado de ser aquella jovencita ingenua y jovial de los dorados años.

La noche del 16 de marzo del año 1938, Barcelona continuaba siendo un abismo de calles oscuras desbocando quimeras al mar del amanecer. Valentina, metida en un pijama de su padre, intentaba leer un libro bajo la luz turbia de una vela cuando el estruendo de un primer cañonazo, al que siguieron pitos de sirenas, trastocó su ilusión semidormida. La ciudad volvía a ser atacada por aviones italianos que mantenían sus bases en la isla de Mallorca. El escándalo de las alarmas urbanas, sumado al zumbido de las bombas y las explosiones sucesivas, estremeció a una población convulsa que saltó a la calle en busca de la protección de los refugios antiaéreos. Había, sin embargo, quienes optaban por no moverse de su lugar del sueño y proseguir con sus rutinas habituales plantando cara al terror con una pasividad cada día más débil y escurridiza. Pero durante esa noche adversa, los bombardeos se sucedían cada tres horas y se alargaron hasta bien entrada la mañana.

Sentada en la cama, Valentina decidió levantarse y encontrar un poco de calor en la monotonía de las tareas domésticas. Se

sirvió en un plato una patata hervida con su piel de pergamino esquivo, que arrancó despacio llevándola a su boca con parsimonia. Las lágrimas empezaron a juntarse con el alimento. No era mujer de llanto fácil. Su padre presumía de haber educado a su hija con mayor exigencia, si cabe, que la obligada a un varón. «Será más fuerte y también más mía», se dijo al ponerle un nombre dulce a la vez que enérgico.

El cuarto ataque se produjo alrededor de las siete de la mañana. En el momento en que Valentina se proponía salir a la calle alcanzó a divisar seis aviones en posición de flecha desgranando sus proyectiles en lugares cercanos y diversos. Un sol primaveral se mostró cano y atónito ante el desdichado espectáculo: hasta entonces los ataques siempre habían sido nocturnos. Así pues, empezaba un designio nuevo y peligroso. Imprevisto. La prensa matutina clamaba el número de muertos y heridos rotulando en portada que Barcelona era la primera ciudad en la historia cuya población estaba siendo víctima de bombardeos indiscriminados. Los mismos repartidores de periódicos coreaban que los aviones Saboya volaban directos a matar al pueblo. En portales y esquinas volvían a formarse las inevitables colas de ciudadanos hambrientos buscando algo que llevarse a la boca. Valentina perseguía en el aire alguna señal oculta que le repusiera las ganas de vivir y sobreponerse al horror. Pero el desastre circundante seguía desfigurando el mapa de una ciudad que en otros tiempos era conocida y envidiada por su cultura y disposición artística.

El ataque contabilizado con el número cinco, de los doce terribles bombardeos que asolaron Barcelona aquel 17 de marzo, tuvo lugar poco antes del mediodía. Las primeras

detonaciones ocurrieron en el puerto, pero las siguientes ya estaban cayendo en las Ramblas, las rondas y el Paralelo. Hombres, mujeres y niños se alineaban tumbados y destrozados en plena calle. Sin embargo, una vez terminadas las explosiones, a los pocos minutos la ciudad volvía a recuperar su ritmo normal de mundo averiado. Las calles se llenaron de gente. Eran muchos los que salían de sus casas o lugares de trabajo para ir al encuentro de los familiares que pensaban víctimas de los obuses. Ofuscados y silenciosos seguían a pie rutas imaginarias que caminaban una y otra vez, desanimados y perdidos. Otros se dedicaban a inventar itinerarios absurdos que dieran un sentido racional a ese día loco y enlutado. Por ejemplo, plantando cara a los fascistas con su actitud de vida ordinaria y cumpliendo, como si tal cosa, con las tareas programadas del día.

Valentina quería ser una más de la tropa de los desentendidos. En su camino hacia el centro de la ciudad se cruzaba una y otra vez con grupos de personas y familias enteras decididas a alejarse de las bombas. Marchaban en dirección a la montaña del Tibidabo con el plan de ponerse a vivir al aire libre, bajo puentes y pinos, pero lejos y apartados de la violencia fascista. Todos habían comprendido que el objetivo del enemigo consistía en terminar con la población civil y cada uno trataba de espabilarse a su modo.

Cuando llegó a la Gran Vía, la situación urbana daba la sensación de haber recobrado la normalidad. Tranvías y autobuses pasaban de un lado a otro cargados de gente que salía del trabajo para volver a casa y cumplir con el rito del almuerzo en familia. Eran las mismas personas que dos horas

antes se habían conmocionado ante el horror, ofreciéndose voluntariamente a rescatar las víctimas de los últimos bombardeos.

Valentina Mur seguía colaborando, junto con otras compañeras de la organización, en la oficina de la revista para la que trabajaba escribiendo artículos sobre ideas y acciones del grupo. Allí fue a donde se dirigió en primer lugar. La recibieron ansiosas y enfurecidas y la obligaron a sentarse y conversar unos minutos con ellas. Les preguntó si podía abrir la ventana porque estaba algo mareada. La invitaron a coñac. Ella dijo preferir otra cosa y le dieron agua del Carmen con azúcar. Oyó a alguien contar que, a su madre, el susto de los últimos bombardeos le había dejado el cabello totalmente blanco. Mareada aún, se despidió con la excusa de una cita de trabajo.

—Tengo que ir a buscar unos papeles —dijo.

Salió al callejón y entró en el bar de la calle Caspe; la misma cantina en la que los héroes del 19 de julio habían celebrado la victoria contra los militares rebeldes. Hizo otro gran esfuerzo por no desplomarse. «Cómo he cambiado», pensó. Se le pasó por la cabeza ir a visitar un médico, pero prefirió sentarse a una de las mesas y ojear el periódico. El editorial era optimista:

Piensen los bárbaros asesinos inconcebibles que así pueden ganar la guerra y acabarán abrasados por sus propios procedimientos. No triunfarán. No pueden triunfar porque ni Londres ni París ni Washington ni Moscú se resignarán a ser destruidos como los amenaza la barbarie

teutona. Con el trágico antecedente de España se le plantea al mundo una guerra monstruosa a base de aviones poderosos y bombas de una capacidad espeluznante.

La clarividencia del editorialista le levantó el humor. Se quitó los zapatos y pidió su bebida favorita. Faltaban pocos minutos para que llegasen sus amigas. Pensaba comentar con ellas la confianza de que los europeos demócratas vendrían pronto a socorrerlos. Educada para cambiar el mundo, deseaba estar a la altura de sus expectativas. Visitaría a un médico... Trataría de ser optimista.

La despertó de sus meditaciones un estruendo tan sonoro que le reventó el oído. Las explosiones eran sucesivas y, en cosa de segundos, la onda arrasó la totalidad del área impactada. Su cuerpo fue arrastrado hacia la mesa de billar. Aun así, logró resguardarse en su silla, pero las personas sentadas junto a las vidrieras de la calle fueron desclavadas de sus asientos y lanzadas varios metros más allá. Visto y no visto, la calle quedó sembrada de cuerpos descuartizados. El impacto atravesó el local levantando de cuajo puertas y ventanas, convertidas en el acto en montones de escombros. Todo el espacio se llenó de un polvo grueso y seco que cegaba los ojos y obligaba a los vivos a moverse como si también estuvieran muertos. Los que buenamente pudieron se abalanzaron a la calle, convencidos, en un primer momento, de que la descarga había dado únicamente en el edificio donde se encontraba el bar. Pero lo que vieron fuera resultó de tal espeluznante crueldad que los dejó clavados en sus puestos.

El mundo se demolía alrededor de ellos, los vivos y los muertos. La tierra abierta aplastaba sin remedio a algunos de los que permanecían impávidos ante la catástrofe. El aire se volvió irrespirable. Toses. Gritos. Sollozos. Valentina se protegió el rostro con las manos mientras veía con espanto cómo el edificio vecino al cine Novedades se desplomaba y enterraba en su caída a gente desperdigada que chillaba y gemía al verse sorprendida entre los muros deshechos. Los más afortunados, Valentina entre ellos, se lanzaron a la ayuda de aquellos que aún luchaban pidiendo auxilio. Recogían heridos y orientaban confiadamente a las voces de quienes seguían enterrados.

En el Paseo de Gracia, autobuses, tranvías y coches quedaron carbonizados y sus ocupantes calcinados y mutilados en el interior de los vehículos. En el tranvía detenido en la esquina del bar, Valentina distinguió claramente a su amiga Alicia Xicoy. Justo en el momento en el que ésta bajaba por el estribo, la metralla le había seccionado el cuerpo dejando su cabeza en el asfalto y los brazos y piernas apoyados en la escalera del vagón. Se resistió a volver a mirar el rostro de su amiga. Mucha gente necesitaba ayuda y resolvió ocuparse de encontrar vehículos de auxilio. Coches y ambulancias se detenían cerca de la tragedia con el deseo de ser útiles en cualquier tarea: socorro a las víctimas, reconocimiento de cadáveres, traslado a los hospitales y depósitos. Junto a otros voluntarios espontáneos, Valentina estuvo la mayor parte del día liberando cuerpos que despidieran algún soplo de vida, pero en su entregada búsqueda sólo encontraba niños bañados en polvo iguales a estatuas momificadas.

A voz en grito, la Junta de Defensa Pasiva aconsejaba a curiosos y holgazanes que se abstuvieran de merodear por el entorno. Profesionales y voluntarios eran sin embargo bienvenidos. Era forzoso seguir levantando piedras y cascotes, buscar cuerpos entre las ruinas y ponerse en fila india para sumar fuerza en alguna embestida.

En otros momentos, cuando la descomposición de los cuerpos se confundía con el dolor que impregnaba el ambiente, Valentina se dio un respiro. Y lo que llegó a ver en una de sus treguas le enseñó que nada en la vida es inimaginable. Al mirar hacia arriba descubrió aterrada que de las ramas de los árboles colgaban pedazos de carne humana, miembros y trozos de ropa sin dueño ni apellido.

Era noche oscura cuando creyó llegado el momento de salir de allí a desprenderse de sus miedos. Aprovechó el viaje de la ambulancia al Hospital Clínico trasladando a una mujer atravesada por una de las flechas de las farolas del paseo para pedir, por favor, que la dejaran cerca de la calle Entenza. No se le ocurrió pensar que a aquellas horas la cárcel estaría cerrada a las visitas, como tampoco dispuso de claridad mental suficiente para reflexionar que su irrupción en el penal era propia de un suicida o de una mujer trastornada. La condujo hasta allí el atrevimiento de su corazón dolido y maltratado.

La gran puerta de madera de la Modelo estaba cerrada, pero ella lloraba de rabia llamando con los puños para que la abrieran.

Un guardia levantó la mirilla y le preguntó sus intenciones.

—La verdad —dijo ella—, no vengo por mí, sino porque no me queda otro remedio.

Al ver el aspecto descuidado de la mujer, la ropa raída y sucia, su cara desencajada y aquella voz que parecía venir del mismo infierno, creyó que se trataba de otra desequilibrada más de las miles que vagaban por la ciudad en ruinas.

Valentina no se arredró. Optó por decir la verdad.

—Vengo del teatro Coliseum, donde los muertos son tan numerosos y están tan destrozados que nunca nadie será capaz de acordarse de este día sin sentir la insoportable desgracia de estar vivo.

El guardia se convenció de que se había presentado en prisión para dar aviso a algún interno sobre el fallecimiento de un familiar. El día terrible no estaba como para escatimar sentimientos. Y como tampoco era normal en la Modelo una visita intempestiva como la de esa mujer, la invitó a esperar junto a la garita mientras él se ocupaba de preguntar a los jefes. Otro poco de suerte hizo que el poeta Vives se encontrase en la entrada a las galerías reparando unos fusibles eléctricos y, nada más descubrir a Valentina, se dispuso a cumplir con las tácticas utilizadas para alertar al grupo de lo que estaba sucediendo en la puerta principal. De acuerdo con lo establecido entre ellos, se dieron prisa en informar a Andrade, que a su vez advirtió al secretario suplente, que a su vez notificó un permiso urgente de entrada a la mujer en el locutorio. A Arturo lo encontraron leyendo un ejemplar de Las

cien mejores poesías de la lengua española con las esquinas negras de tanto uso. Para un preso persuadido de que nunca iba a dejar de serlo, que Valentina estuviera allí significaba una sorpresa increíble, pero también podía tratarse de una calamidad. ¿De qué muerte o muertes venía a traer noticia?

Cruzó el puente, bajó interminables escaleras todo lo rápido que podía hacerlo un hombre de andar pausado y algo torpe y entró, sin más, en la cabina.

Cuando la vio se descompuso. Tenía la cara negra y el cabello ceniciento. Tuvo que besarla y palparle el rostro como un ciego antes de preguntarle nada. Ella lo esquivó al principio, para luego acercarse todo lo que pudo al agujero del locutorio. Rastros de sangre en sus ropas anunciaban a gritos los pobres cuerpos que había estado ayudando a ordenar en serie sobre el pavimento despedazado de la avenida. El resto eran sombras y olvidos.

Con gesto infantil se apartó unos cabellos del rostro que terminó recogiendo con una peineta perdida entre sus rizos. Que no pensara él que eran sueños de amor lo que venía a reclamarle: su encargo de hoy tenía que ver con laberintos inseguros de la vida y las fatigas de un cuerpo dividido entre el deber y la oportunidad.

—Vamos a tener un hijo —le dijo, incrédula aún de considerar pertinente y feliz una noticia que no sabía explicar más que con pena y humor sombrío.

Él ni siquiera intentó iniciar la batalla inútil de hacerle ver que la llegada de los hijos del amor había que celebrarla como

prueba definitiva de que esa guerra iba a ser sometida muy pronto. Se preocupó, primero, por su salud. Pero volvió a equivocarse; un hombre enamorado tiene pocos argumentos para persuadir a una mujer de que deje de ser la que es y se convierta en otra. Le declamó su amor. Se comprometió por entero a hacerla feliz.

—A cambio —le dijo—, júrame una cosa. —Ella temió lo peor. Pronto la sacó de dudas—: No voy a pedirte nada que no desees.

Ella se defendió con argumentos variables sobre el amor verdadero, una predisposición natural que, en caso necesario, debía ser un sentimiento independiente de los deseos del cuerpo.

—No me considero una mujer lo suficiente tranquila para ser madre —le dijo—. Soy una revolucionaria.

—De acuerdo. Trata de vivir sin hacerte notar —le rogó a sabiendas de que le estaba pidiendo lo imposible—. Mejor dicho: escóndete. Esta vez en serio.

La situación era de gran peligro. De un tiempo a esa parte, muchos republicanos estaban siendo fusilados por resistirse a la dictadura soviética. Entre ellos también se encontraban socialistas. Seguía estando a la orden del día inventar denuncias y acusaciones falsas: cualquiera podía ser delatado por cualquier cosa. En un solo año la supuesta ayuda rusa había conseguido sofocar todo el espíritu libre y solidario propio del temperamento barcelonés.

Fuese porque la encontró en un momento de debilidad o por su forma de hablarle pausada y ardorosa, Arturo consiguió de Valentina la promesa solemne de ponerse a resguardo.

—Tienes razón —le dijo—. Una mujer rebelde no puede exponer su vida a los cobardes.

Ese comentario los hizo sonreír a ambos. Ella misma confesó seguir sorprendida de quererle tanto. Él le respondió lo mucho que le costaba dormir sin tener su cuerpo abrazado a ella. Luego, Valentina le preguntó por qué la seguía amando.

—Porque estoy seguro de que tú y yo moriremos juntos —le dijo.

Y ella, incrédula por naturaleza, le creyó.

El general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor de las Fuerzas Armadas de la República, compartía con el prisionero Arturo Ramoneda un punto de vista parecido sobre la vida, la legalidad y la muerte. Los unían importantes coincidencias personales: un sentido del deber demócrata, una pasión común, la familia, y un talante fundamentado en la sencillez de sus aspiraciones vitales.

General y preso no se conocían, ni tampoco cabía la posibilidad de que fueran a encontrarse nunca, a no ser que un escritor demasiado audaz en sus visiones novelescas brindase a ambos la oportunidad de cruzar sus vidas en la geografía bélica.

El general, alto de estatura, bigote esquivo, bizarro de maneras, de inteligencia calculadora y estratégica en grado sumo, dotado de una visión casi profética del conflicto bélico, se encontraba en esos momentos calibrando la ofensiva de sus tropas en la batalla del Ebro, el ataque más sangriento y dilatado de la contienda, y en el que estaba en juego la última baza de la democracia contra el fascismo. Conocido por su temperamento hermético y taciturno, Vicente Rojo no gustaba de malgastar palabras. Era tan prudente en sus movimientos tácticos como inquebrantable en sus principios éticos y militares. No había tenido amantes, cosa rara en su rango profesional. No había conspirado ni traicionado a los suyos. Tampoco se le imputaban crímenes ni haber confabulado para conseguir la fama. Ni heridas de guerra tenía con las que justificar su arrojo. Ordenaba a sus tropas el respeto garantizado a la población fuera ésta de uno u otro bando. Se distinguía por su compromiso con la legalidad de un gobierno democráticamente constituido. Y, por si fuera poco, además de ser un republicano cabal ejercía de católico confeso.

Para Arturo Ramoneda, el general Vicente Rojo era, después de Alejandro Magno, su héroe particular.

La batalla del Ebro llevaba prolongándose varios meses y ante el peligro de un desenlace desfavorable a la República, el general informaba constantemente sobre la escasez de armamento, el desgaste de la artillería, la merma de la aviación y las dificultades de la flota. Escribía a diario sobre el desarrollo de los hechos evitando engaños y subterfugios de cualquier tipo:

Las luchas intestinas que minan los partidos afectan a mandos, comisarios y unidades, que van demostrando un acusado matiz político de una u otra ideología. Cataluña ha quedado sitiada y se teme la ofensiva fatal del ejército fascista. ¡Por Cataluña, por España, por nuestra independencia! ¡Adelante, sin vacilar, en el ataque!

Pero la energía de Rojo no era suficiente para lograr la victoria contra los fascistas. Pensaba. Meditaba. Reflexionaba. Como jefe del Estado Mayor escudriñaba los caminos posibles que lo ayudaran a defender la causa republicana.

«No todo está perdido», escribió.

Porque antes de comunicar el fracaso que amenazaba las tropas deterioradas de la República, el general tenía un propósito. Era secreto de Estado: había decidido iniciar una guerra contra Hitler.

Demostrada la indiferencia de la Europa democrática por la espera de la promesa de proporcionar ayuda a un país sometido al fascismo, el general había propuesto una ofensiva por mar y aire contra la nación alemana. En su cabeza de estrategia ilustre sabía que Hitler, viéndose atacado, respondería con una guerra abierta contra España, y sería entonces cuando los países demócratas, dada la inferioridad republicana, se verían obligados a intervenir con el resultado último de una guerra internacional, en la que España contaría con Francia e Inglaterra como sus aliados.

El general Rojo comprendía que su plan era la única salida que le quedaba a España para librarse del fascismo.

En la Modelo se sabía todo. La cárcel seguía en su función clandestina de colador de noticias. La información secreta sobre pactos y discrepancias en los consejos de ministros circulaba entre los muros de la prisión como serenata en clave que llegaba a presos de cualquier ideología política. Arturo Ramoneda, optimista cabal, prefería confiar en el plan oculto del general antes que dejarse amilanar por el desánimo que reinaba en la población barcelonesa. La opinión popular, dolida de muerte, hambrienta e indolente a su destino político, al verse forzada a elegir entre una victoria de Franco u otra de Stalin prefería al primero, con la esperanza difusa de que el porvenir les sería más suave y soportable.

El plan de Rojo hubiera podido ser la última esperanza para la República. El ataque frontal contra Hitler, según tenía planificado, habría cambiado de forma milagrosa el devenir de Europa pero, como tantos otros errores de la historia, su éxito quedó en tinta borrosa de las hemerotecas.

Valentina Mur cumplió con la promesa que hizo a Arturo de cuidarse para él y su futuro hijo. Dos veces por semana se acercaba a la casa de la calle Anglí, donde le tenían preparado el precario alimento que las mujeres habían podido conseguir a fuerza de largas horas en las colas nocturnas con las tarjetas de racionamiento falsificadas y otras picarescas de las que Catalina andaba debidamente sobrada. El día que tocaban alubias con morcilla, la comida se transformaba en un banquete. Las mujeres de la casa se sentaban a su lado a verla comer. Porque lo habitual consistía en disculparse ante

Valentina por haber comido antes de su llegada a fin de que las cuatro acelgas cocinadas con más cariño que ingredientes alimenticios fueran todas para ella.

A Lucrecia Palop se la notaba más distraída que de costumbre. Con el verano en puertas, se le había agravado la manía de echar a las dos jóvenes literalmente de la casa y obligarlas a dar un paseo hacia el maltraído banco de la Rambla de Cataluña, donde debían sentarse a contemplar cómo los clientes poderosos, en su mayoría funcionarios del gobierno recién constituido, bebían horchata de chufa de La jjonenca mientras ellas los miraban con envidia ardiente y sedienta.

Cuando Lucrecia Palop iba con ellas se las ingeniaba para entretenerlas contándoles toda suerte de historias de la familia, incluidos nacimientos, bodas y entierros, aderezadas con la fantasía propia de aquellas señoras a quienes la soltería representaba un motivo más para presumir de sus maravillosas retahílas.

El revés de la situación política de la República, añadido a la más evidente amenaza de la victoria fascista, puso fin a los encuentros furtivos de los enamorados en el despacho de don Vicente Rico. En aquella ocasión, meses después del día tenebroso del bombardeo italiano, Valentina fue a visitar a Arturo vestida de mujer, como le gustaba precisar cuándo se tomaba tiempo para arreglarse la ropa, perfumarse el cuerpo y peinar con tenacillas su larga melena a fin de conseguir las ondulaciones del peinado de rigor. Entonces, a causa de sus siete meses cumplidos de embarazo, aceptó la invitación de ir a vivir a casa de los Ramoneda. La razón principal que la movió a

hacerlo fue la insistencia de Arturo, que anunció desde la cárcel que los nacionales estaban a punto de entrar en Barcelona, confidencia que significaba una amenaza de vida o muerte para su amante anarquista. La radio, con un mes de antelación a la fecha señalada, no dejaba de tocar villancicos navideños como prueba reveladora de que la victoria estaba al caer. Y en la casa de la calle Anglí el aparato de radio ocupaba el lugar sacro y furtivo de la vivienda.

En la Modelo había pasado a la historia el período optimista en el que uno lograba comprar a los funcionarios con regalos, trapicheos y hasta alguna lágrima de misericordia. Por orden del nuevo gobierno comunista, los presos debían permanecer cerrados en sus celdas con el fin de evitar que se amotinaran. El horario de visitas en el locutorio observaba un programa duro y riguroso de posibles encuentros entre presos y familiares. La enfermería, antes colador de fugas, dejó de ser un lugar seguro para los prisioneros. Cualquier actividad insidiosa era calificada por los guardias de alta traición y merecedora de la pena final e inmediata. Muchos de los problemas carcelarios se resolvían a tiro limpio.

—Seamos realistas, Arturo —le dijo Valentina—. La cárcel es un polvorín. Tienes que escapar. Yo te ayudo.

Se hablaban al oído, y no sólo para esquivar la atención de los guardias. Lo forzaban por la urgencia propia del deseo erótico.

En lugar de saturarla con penalidades y tristezas, de las que ya estaban más que hartos, Arturo le habló de amor. Se apegó

a la ilusión de permanecer toda la vida juntos. Evocó los tiempos del palomar en los que se amaron con la feliz libertad de los pájaros. Le acarició el vientre. Se entretuvieron un rato buscando nombres al hijo o la hija que esperaban. La hizo reír a carcajada limpia hasta que a ella le dio por ponerse seria; quedaban pocos minutos de los treinta estipulados para la visita y Valentina empezó a sufrir por la separación. Vio a su amante claramente desmejorado. Más consumido que meses atrás y también más confuso, porque la tristeza nubla los ojos y Arturo, que los tenía miopes, los mostraba a través de la reja con el desconcierto del caracol esquivo. Sin embargo le dijo:

—Estás guapo. —Y presumió que nunca había visto a un hombre tan atractivo ni tan dispuesto al amor como él y su habilidad maravillosa para seducirla—. Pareces de otro mundo.

Arturo aceptó el galanteo. Al menos podía comprobar que seguía bella y combativa como siempre y con ganas de enfrentarse a todo y salir airosa. Pensó que no le necesitaba para vivir, y esta conclusión casi lo tranquilizó. Comprendió que su posible muerte no iba a ser un hecho capital para la salvación de Valentina: sabría arreglarse sin él. De suceder lo contrario, él no soportaría la vida sin ella. Se alegró de que ésta fuera una de las ventajas de las mujeres fuertes e inteligentes con respecto al hombre, nunca tan necesario para sus vidas como a ellas gustaba asegurar.

Aquél estaba siendo un encuentro de amor adornado con la ceremonia de rozamiento y gestos de grandes amores intemporales. Con el sexo aplazado por la distancia y los barrotes de hierro, la unión de sus almas estaba llegando a

éxtasis camaleónicos. Unas cuantas palabras separadas por silencios reveladores, ciertas muecas escogidas que intercambiaban podían llegar a ser mucho más ardientes que las confesiones íntimas y los ejercicios eróticos con los que, por momentos, también soñaban. La separación obligatoria resultaba muy valiosa para el fuego que los consumía mientras buscaban calmar su dolor con reservas y miradas.

Los verdaderos amantes se distinguen por actuar como valientes soldados expelidos a la maniobra y en prueba incesante para luchar y defenderse contra las adversidades. No soportan proyectos humildes. Van a todas. Incluso siendo defensora acérrima de la igualdad de géneros y del amor libre, Valentina había sometido su corazón a la fuerza de un Romeo reencarnado que se desmayaba cada vez que ella lo abrazaba o sonreía.

—Júrame que al menor síntoma de peligro escaparás a Francia —le suplicó al despedirse.

Y Valentina, porque le gustaba el reto, le juró que sí.

La guerra de Cataluña tocaba a su fin mientras en la cárcel no acababan de estar seguros ni presos, ni funcionarios, ni los muros que la circundaban. Entre miedos, zozobras y actos desesperados, una Barcelona desmantelada, a cargo ahora del gobernador Juan Negrín, buscaba soluciones suicidas tratando de arreglar la situación temida. Los bombardeos no cesaban y la Modelo estaba a punto de ser ocupada por la policía del SIM, imitación exacta de las checas soviéticas, dispuesta a purgar,

torturar y asesinar a todo tipo de ciudadanos. Las cárceles se encontraban a rebosar de hombres y mujeres de variada ideología, desde demócratas a falangistas pasando por todo el abanico político. Todo el repertorio de la guerra tenía allí pruebas visibles de la fatalidad que la había desencadenado. La vida se iba acortando para los presos a medida que transcurrían las horas.

Movido por el interés de alentar a los comunistas de su partido y bajo el pretexto de que el número de prisioneros era demasiado elevado y variopinto, el gobernador Negrín tuvo la original idea de ordenar el aumento de las penas de muerte. Y ése fue el último mandato que dio antes de salir para el exilio.

Arturo tenía presente que el horror estaba allí, dentro de la cárcel y sin muestra alguna de querer irse. Todo lo contrario: con la victoria fascista a las puertas, los presos pasaban a convertirse de inmediato en carne de venganza para los vencidos.

El sábado 14 de enero tuvo suerte y consiguió hablar en el locutorio con su tía Lucrecia.

Fiel a su natural optimismo, Lucrecia Palop le contaba historias sobre la ciudad moribunda y desierta. Los comercios estaban cerrados y la gente huía, sin más equipaje que una manta, en dirección a la frontera francesa, donde la nieve y el frío iban a ser sus magnánimos anfitriones.

—Cuando esto termine de una vez, Dios lo quiera..., hijo mío... —era su forma de consolar a su sobrino.

—A estas alturas, tía, sólo me queda esperar lo peor. Quién sabe si volveremos a vernos.

Gracias a su experiencia de alma solitaria y bondadosa, Lucrecia no iba a aceptar nunca un desánimo tan fatal como improductivo de su sobrino amado.

—Todos tenemos que morirnos, hijo, pero no ahora que vas a ser padre.

Luego aprovechó el abrazo que se dieron para colarle en el cuello de la camisa la pluma estilográfica de su padre.

—Es de oro —dijo—. Úsala como mejor te convenga.

Después, ya en la calle, se puso a llorar lágrimas inmensas mezcladas con la lluvia torrencial que le caía encima. Con la cara inflamada y los ojos dolientes se metió en la cama sin beber, sin comer y sin ni tan sólo querer hablar con Valentina, que continuaba en la casa de Sarriá para tranquilidad y consuelo de sus mujeres.

Al día siguiente, cuando Arturo vio la luz azul por el ventanuco de su celda, advirtió un silencio anormal proveniente del corredor de su galería. Indicios infalibles en el ambiente, ciertas señales preliminares que anunciaban los días malos en el recinto se dejaban translucir a través de los poros del muro carcelario. Su actual vecino de celda, un hombre entrado en años de nombre Calatayud, acababa de tener un altercado con el oficial de la galería. Hubo gritos. Calatayud lo

mandó a tomar por el culo y la respuesta inmediata fue encerrarlo en la cámara de castigo, donde ratas grandes como conejos trataban de lacerar un cuerpo cuya parte inferior se encontraba bañada en agua de cloaca.

Durante la mañana, una nueva columna de aviones fascistas se estaba adueñando del cielo catalán. Arturo y sus compañeros llegaron a contar nueve bombardeos seguidos. Ninguno tocó la Modelo, para desdicha de los condenados. Hacia el mediodía, la cárcel fue acordonada por los guardias del gobierno de la Generalitat, momento que aprovechó el SIM para desembarcar en la prisión con el consecuente espanto de los reclusos. Los presos fueron concentrados en el patio mientras chequistas de disposición violenta y severa se dedicaban a practicar un exhaustivo registro a las celdas.

A voz en grito, el funcionario de la organización comunista militar, papel en mano, fue leyendo en cada una de las galerías los nombres de los presos que debían presentarse para ser evacuados de inmediato. Los amigos inseparables, Ramoneda y Andrade, se encontraban en la misma lista de elegidos para ser conducidos al pelotón de fusilamiento, práctica habitual en los últimos días. Lo primero que hizo Arturo fue ir en busca de Andrade. Tenerlo cerca iba a ser un alivio para él. No lo encontró en el patio ni en ninguno de los escondrijos donde solía refugiarse para libar humores. Cuando ya daba la búsqueda por fracasada, un cenetista llamado Montalbán, de existencia anónima y con la suerte de no estar entre los designados, le avisó de que durante la pelea de la mañana entre Calatayud y el oficial de turno, había ido a parar a la enfermería.

Allá fue Arturo sin perder un segundo, y lo que se encontró lo dejó estupefacto. Andrade, echado en un camastro, tenía una de sus piernas convertida en un magma de pus y sangre que daba escalofrío verlo. El encargado de cometer con Andrade la operación caníbal llevaba el brazo izquierdo escayolado debido a un golpe que se había propinado él mismo.

Le costaba creer lo que estaba viendo. Y casi se indignó cuando el improvisado cirujano, chuleándose de ser el autor de aquella carnicería, le contó cómo había sucedido.

—Lo tumbé en el catre. Le até la boca con un pañuelo, no fuera a alarmarnos con sus gritos. Trinqué la cuchilla de afeitar y sin pensarlo dos veces le rajé la pierna. A la herida abierta le incrusté una bola de sosa cáustica que se encargó de dejar a nuestro amigo para el arrastre: inútil total por varias semanas o unos cuantos meses. Veremos cómo va la jodienda.

Acto seguido le propuso actuar con igual rapidez en sus muslos. Ya lo tenía sentado en la camilla de maniobras cuando dos guardias aparecieron en la enfermería reclamando a Arturo. Ni tiempo le dieron de abrazar a Andrade. Prefirió gastar su minuto de gracia en una nota de amor dirigida a la única persona que lo hizo feliz en la cama, en la vida y también en el pensamiento.

Mi querida Valentina, es más prudente soñar que ser soñado. Te amaré siempre. Arturo.

La misma tarde de aquel domingo lúgubre y gélido del mes de enero, a Valentina le sorprendió que el guardia le permitiera la entrada a la cárcel, sin pedirle acreditación alguna, y la acompañase él mismo al locutorio donde por primera vez en lo que iba de la guerra la invitó a sentarse. «Mala espina», pensó. Para colmo de desgracias, los aviones fascistas no cesaban de sobrevolar la ciudad y desde el locutorio, situado en el entresuelo de la Modelo, se podía escuchar el estruendo de los bombardeos. Las sospechas más aterradoras minaron su cuerpo durante los diez minutos que duró la espera. Ya desde el momento en el que al llegar a la prisión advirtió que se hallaba rodeada de armamento y policía secreta, supo, sin querer saberlo, que al final de todo tampoco vería a Arturo.

En su lugar llegó Andrade, cojeando y apoyando el cuerpo en una muleta improvisada. Su expresión era mitad cadáver y mitad sepulturero.

Nada más verlo, lo reprendió cargando sobre él toda la rabia que llevaba acumulada desde el comienzo de la guerra.

Andrade, sin abrir la boca, le entregó el mensaje de Arturo. Pero ella se negó a leer algo que sabía que no iba a gustarle. Guardó el papel y se le enfrentó con su cuerpo bravo y ondulante. Le exigió comprender en palabras claras y precisas lo que estaba ocurriendo. Él era consciente de que debía hablarle con mesura y juicio, contándole sólo una parte de la situación por la que estaban pasando; de lo contrario, aquella mujer valiente, rabiosa y embarazada a más no poder caería fulminada en el lugar más inoportuno.

Empezó por decirle que durante los últimos días, después de la Navidad, los dos amigos se habían pasado horas y horas mirando el cielo y rogando para que las bombas de los Yonkers alemanes fueran a explotar en la misma cárcel, aprovechando ellos la confusión y el desorden que hubieran ocasionado las explosiones para evadirse por alguno de los huecos. Le habló también de una carta que presos socialistas y trotskistas habían escrito a los gobernantes Negrín, Azaña y Companys, así como a los comités de los partidos políticos, reclamando para los presos firmantes una libertad justa que les permitiera salir de la prisión con el objetivo de que pudieran participar activamente en la defensa de Cataluña. Le comentó, como gran hazaña, que Arturo también había firmado esa carta. Sin embargo, el resultado fue derogado. Tras la indiferencia de los políticos prevalecía una sordera mayor a cualquier protesta o petición que no casara con sus intereses de fuga inmediata. Valentina, ansiosa por conocer la verdad, le tapó la boca con la mano.

—Ahora cállate y dime si está muerto o vivo.

Era un requerimiento propio de alguien que no admite respuestas distintas a su pregunta. Andrade lo tuvo fácil.

—Lo he visto resignado a subir en los autocares con los otros presos —le dijo.

—¿Qué quieres decir?

Le temblaban las manos y tenía el vientre endurecido, como si el hijo que llevaba se hubiera levantado de golpe.

—Quiero decir —le dijo— que a lo mejor ha tenido más suerte que yo, que todavía sigo dentro.

Con sus explicaciones algo sincopadas intentaba convencerla de que, posiblemente, Arturo había salido ganando con la evacuación militar. Valentina buscaba compartir con él la idea de que fuese una buena noticia. Le reclamó más datos. El locutorio estaba desocupado y oscuro. Andrade siempre lo asoció a uno de aquellos confesionarios de las iglesias en los que la única salida gratificante para el pobre feligrés era penitencia y escarmiento.

Le reveló seguidamente que, ante la negativa del gobierno a la petición firmada, recurrieron nuevamente a la benevolencia de don Vicente, el director socialista de la Modelo, que una vez más se entrevistó con el estalinista Santiago Garcés, jefe del SIM, para pedirle camiones en los que evacuar a los presos responsables de firmar la carta al gobierno brindando su libertad a la defensa de la República. La respuesta del famoso torturador fue inmediata: «Me pides liberar a los presos del POUM, ¿verdad? Pues para ellos no hay camiones. Que los fusile Franco.»

No fue fácil tranquilizar a Valentina, pero Andrade, con su cualidad innata para poner color a las historias tristes sin tergiversarlas demasiado, se las ingenió para asegurarle que la evacuación de Arturo podía significar precisamente su garantía de vida.

—Ahora hablemos de ti —le dijo—. Vete cuanto antes.

Ella era consciente de que escapar era su obligación inmediata. Seguir escondida en la casa de la calle Anglí podía traer consecuencias tremendas para la familia Ramoneda. Tenía que encontrar la manera adecuada de pasar la frontera, porque una mujer a punto de dar a luz siente más pero corre menos. Pensó en los caminos del espíritu que el pensamiento insta a fin de tranquilizarnos con la posibilidad de que seguirlos nos llevaría al punto anhelado del retorno. ¿Quién sabía si Francia también iba a ser el destino de Arturo?

—Gerona será la última en caer. Está cantado —dijo Andrade—. Pero date prisa.

Los presos seleccionados durante la mañana pasaron todo el día de domingo en los lavaderos de la cárcel aguardando la noche mientras, desde el otro lado del patio central, las ametralladoras seguían apuntándolos sin descanso. Pasada la medianoche, dieron la orden a los evacuados de subir por turnos a los autocares bajo la amenaza irrevocable de los policías de «quien se mueva, disparo y muerto». Arturo trataba de no prestar atención a la intimidación constante. En todo caso los presos, en su totalidad, se sabían sentenciados. Testigo de otras revueltas internas, jamás había visto un despliegue policial de una magnitud tan excedida y solemne.

Policías y caravana empezaron a avanzar por la Gran Vía. La ciudad por la que transitaban era un limbo apestoso y sombrío. El silencio plomizo roto solamente por el fragor lejano de los aviones fascistas preparándose para el ataque. Las calles

estaban repletas de basura y excrementos. Ni una sombra de vida animal o humana cruzó en su camino hacia las rondas. Los edificios todavía en pie permanecían cerrados a cal y canto. El resto: amasijos de escombros. A Arturo le dio por toser en varias ocasiones y esas sacudidas y carraspeos fueron mal vistos y recriminados por sus compañeros. La tos era vaticinio de muerte segura y acelerada. En la cárcel, él se aplicó a aprender a toser sin levantar sospechas. Pero, en esa partida hacia las tinieblas, el desánimo y la ausencia de Valentina le jugaban una mala pasada. O era él que, harto de estar vivo, se dejaba morir.

Una vez llegados a la Estación del Norte, a golpe de fusil fueron obligados a dejar el camión y subir a un convoy preparado para transportar ganado. Junto a las vías del tren y desolados por la inanición, trenes-hospitales, plataformas con cañones inservibles y otros vagones fantasmas evocaban deserción, peligrosidad y derrota. El tren de los presos partió rozando la aurora. Con la primera luz, los aviones enemigos seguían bombardeando escombros y asesinando muertos. Las escasas aberturas del tren estaban precintadas de tal modo que apenas alguna salpicadura de claridad valía a los agónicos para saber que comenzaba el día. Nadie se preguntaba hacia dónde los enviaban.

Siguieron mudos y atemorizados cuando el tren se detuvo en un descampado y los guardias de turno obligaron a los presos a bajar a la solitaria vía y formar columnas de cuatro.

Nevaba. Llevaban escarcha en el pelo. Tenían frío. Sentían miedo.

Bebieron nieve, que fue lo único que pudieron llevarse a la boca durante el largo trayecto a pie atravesando campos y montañas, bordeando pueblos y hurtando caminos.

A alguno de los guardias se le ocurrió correr la voz de que iban a servirse de los presos como escudos humanos contra las bombas del enemigo. De ser así, parecía claro hacia dónde se dirigían: una huida descarada de las tropas a Francia, donde esos pobres hombres tendrían la función exclusiva de ser piezas de protección de sus vigilantes.

La primera noche los metieron como animales en el almacén de una fábrica de embutidos. Agradecidos con el resguardo no faltó quien se dedicase a gastar bromas macabras a propósito de la carne con la que iban a hacer las próximas butifarras y longanizas. Alguna broma o sonrisa saltaba de vez en cuando en la tropa, contribuyendo a aliviar el desánimo de los prisioneros. Sumaban un total aproximado de seiscientos. Arturo y otros tres compañeros, más dos sacerdotes y un militar rebelde, decidieron poner algo de orden en aquel grupo que habían conformado. Se juntaron treinta hombres con un único propósito en mente: escapar en la misma dirección que sus captores pero negándose a ser utilizados de cobayas en la fuga masiva.

Cuando lograron apiñarse entre ellos para calentarse y pasar la noche, llegó a sus oídos que en el piso superior de la antigua fábrica estaban alojados distinguidos oficiales soviéticos. Se oían voces extranjeras acompañadas de un eco roto y

continuado de sus botas. Así era, en efecto. Leonid Alexandrovich Eitingon, comandante de Seguridad del Estado, amante de Caridad Mercader y padrastro de Ramón, se disponía en ese momento a comerse un surtido de fiambres y soñar con que al día siguiente habría cruzado ya el horizonte de esa guerra para adentrarse en otra no menos popular y sangrienta.

Arturo colocó su manta cerca de donde estaba acostado Luis Canals. El cura daba muestras de sentirse enfermo y de necesitar de alguien con el que compartir un poco de consuelo.

—Nunca estés seguro de que vas a morir —le dijo el sacerdote—. No siempre ocurre lo que está previsto que ocurra. Y lo que desconoces, muchas veces, puede ser peor de lo que imaginas.

Arturo siguió callado.

Canals, acostumbrado a ser bálsamo de sufrimientos ajenos, trataba de animar al amigo y al mismo tiempo le facilitaba argumentos que lo ayudasen a estar preparado para lo peor. Le contó que cuatro meses atrás a él le había tocado hacer un viaje parecido al que ahora estaban soportando. En el trayecto que llevaba a los prisioneros a un campo de concentración de Lérida, en una de las paradas del tren a uno de ellos le dio por echar un piropo a una joven sentada en el apeadero de la estación de Cervera. La respuesta de los guardias fue matarlo de inmediato. Pero lo peor, seguía contándole Canals, vino luego. Los escoltas preguntaron si entre los presos había un médico. Levantó la mano el doctor Andreu Pixot, respetado por

su saber científico y su humanidad instintiva. Uno de los guardias le exigió un certificado que acreditara la muerte natural del preso asesinado. El médico se negó en redondo. Fue fusilado.

No todo acabó aquí. Canals se incorporó hacia Arturo evitando en todo momento que sus vecinos pudieran escuchar su historia.

Coincidió la noche de Todos los Santos con su llegada al campo de Lérida. Sebastián Astorga, jefe del campo de castigo, se ocupó de recibir a los prisioneros, invitando a los que se sentían enfermos a que se agruparan junto al barracón sanitario. Se presentaron unos veinte. Fueron fusilados. Acto seguido, y con voz tiránica, advirtió a los cuatrocientos hombres restantes de que si alguno de ellos se escapaba fusilaría a catorce presos, fuera cual fuese su condición de cautiverio. A todos, sin distinción de ideología: marxistas, periodistas, políticos, anarquistas... Resultó que uno de la FAI consiguió fugarse. La venganza fue cumplida sin concesión alguna. Revisaron las listas y llamaron a los siete presos que iban delante del fugado y a los siete que le seguían detrás. Fueron fusilados.

—¿Por qué catorce? —preguntó aterrado Arturo.

Canals respondió sin inmutarse que catorce era el número de años que tenía el hijo primogénito de Sebastián Astorga.

La fiebre, el hambre, los golpes y los castigos más atroces constituían el pan diario de aquel campo de exterminio. A un estudiante llamado Antequera lo sujetaron por los hombros

hasta conseguir arrodillarlo, obligándole acto seguido a recitar los diez mandamientos uno a uno. Al llegar al quinto, no matarás, los guardias se turnaron para golpear al chico hasta dejarlo muerto.

La voz de Canals fue apagándose lentamente. Cerró los ojos y fingió dormir porque la fiebre alta no le dejaba conciliar el sueño.

Arturo lo escuchó toser. Se le acercó al oído.

—Éste es el único error que no podemos permitirnos, amigo.

A la mañana siguiente, el escenario de la retirada cruel parecía un fin de fiesta repleta de borrachera y naufragio. Tanto los guardias de la patrulla de seguridad del capitán Líster como los presos de la Modelo ofrecían un aspecto de abatimiento y capitulación definitiva. La orden recibida para aquel día consistió en recorrer a pie varios pueblos hasta llegar, con noche cerrada y sin probar bocado, a un corral junto a una plaza empedrada donde los presos podían acostarse y pasar la noche. Seguía nevando. El grupo de Arturo organizó rápidamente una comunidad de mantas con las que protegerse lo mejor posible del hielo que cubría por entero sus cuerpos. Se dio la orden terminante de no encender cigarrillos ni cerillas. Situados a cierta altura, sobre una colina elevada, desde allí podían ver de lejos los resplandores procedentes de Barcelona, seguidos de explosiones intensas. La ciudad estaba a punto de ser liberada de su asedio. El funesto espectáculo era para algunos de los prisioneros una noticia esperanzadora, mientras

que para los otros expresaba una terrible premonición. De cualquier manera, la alegría era un donativo tan remoto como el alimento del que también carecían. La carretera general que divisaban desde la cima del monte estaba atiborrada de camiones, armamento y muchedumbre afligida huyendo a Francia con toda la prisa posible. Arturo no podía dejar de pensar en la situación de Valentina. Esa era precisamente la ruta que ella debiera haber seguido en lugar de quedarse en el sótano de la calle Anglí a esperar las represalias del nuevo régimen. Se hizo un juramento de amor, un convenio de esperanza: se prometió que, si lograban salvarse de esa desventura, dormiría todas las noches abrazado al cuerpo de Valentina. Logró conciliar el sueño después de haber tomado la decisión de regresar al día siguiente a Barcelona.

La luz del amanecer lo liberó de su romanticismo. Todo le pareció peor de lo que había imaginado durante la noche. Salvo la comida. Les ordenaron hacer cola para un plato de arroz. Aprovechó la proximidad de sus amigos para consultar con ellos su evasión.

—Tu plan es un suicidio en toda regla —le dijo Pere Santamans. Ingeniero de profesión y astrólogo en sus ratos libres, llevaba el mando de aquel equipo de desahuciados. El resto del grupo opinaba que a la media hora de escapar de ese lugar, en caso de que Arturo lo consiguiera, cualquier unidad en fuga que lo encontrase en su camino le pegaría un Uro. Hicieron un pacto: seguirían juntos hasta cruzar la frontera. Luego, cada cual decidiría su mejor suerte. Arturo estuvo de acuerdo.

De los amigos, solamente uno reclamó su derecho a no someterse al compromiso pactado. Se trataba de Luis Canals, que expresó su deseo de regresar a Barcelona. Enfermo como estaba nadie se atrevió a refutar su idea, aunque la seguían considerando peligrosa. A ninguno le pasó por alto que Canals estaba más muerto que vivo. Quisieron pensar que era la única salida que le quedaba al sentenciado.

Se comprometieron a cubrirlo. Sólo Arturo pensó que la decisión de Canals debía de obedecer a otras intenciones ocultas. Temblaban por el frío y la nieve. No paraban de hablar y de moverse para evitar congelarse, todos menos Canals, que permanecía en el suelo del corral hecho un ovillo con sus propios huesos. Y cuando decían «a saltar, a espabilarnos», sólo Canals seguía quieto como un muñeco embalsamado.

Al anochecer, Arturo volvió a compartir su manta con el amigo enfermo. Algo malo se temía porque las primeras horas se las pasó mordiéndose los dedos de las manos para no dormirse. Pasada la medianoche, Canals tuvo un acceso de tos. Arturo le pasó el brazo por encima del pecho tratando de engañar el estertor imparable de su compañero. Lo apoyó junto a la pared al tiempo que oía las voces molestas de los guardias examinando el origen de los ruidos. Luego sintió que Canals hacía un movimiento para incorporarse y al instante sonó un disparo que le dio directamente en la cara. Se desplomó como un ciervo. Dejó de toser y, a partir de entonces, su agonía se convirtió en una respiración infinita y doliente. Nadie dormía. Clareaba cuando levantaron el cadáver. Volvieron a la nieve. Tampoco les quedaba nada que comer, pero eran muy pocos los que tenían apetito.

La orden de aquella mañana consistió en que, después de orinar en un terreno boscoso, los prisioneros debían cavar un cinturón de hierro con la idea de detener el avance de las tropas fascistas. Los tuvieron formados un buen rato sermoneándoles con que aquella excavación de tres al cuarto serviría para salvar la República. Los presos menos idiotizados sabían que la intentona era tan absurda como la de matar un elefante con la punta de una aguja. Sin embargo, parados entre los pinos, a presos y a guardias les resultaba imposible dejar de mirar en el horizonte los aviones de Franco ejecutando acrobacias victoriosas.

Llegó un camión de no se sabía dónde y descargó decenas de picos y palas con los que cavar la empresa milagrosa. Arturo cogió un pico pensando que en algún momento podría utilizarlo como arma. También fue uno de los primeros en subirse al camión que los llevaría a lo alto del monte, de nuevo junto a las vías del ferrocarril.

Con el sol desplomándose y la zanja bastante perfeccionada, los aviones enemigos se iban acercando por el lado este. En verdad se diría que volaban directamente hacia donde estaban ellos. «Un pelotón de hormigas tratando de encararse a un gigante», pensó Arturo. Ya nadie dudó de la derrota. Abandonaron las herramientas. Indecisos y ansiosos, no sabían qué hacer con sus manos ni con su espíritu. Los presos llamados marxistas felicitaban a los que suponían fascistas. Los ateos a los católicos. Los blancos a los rojos.

Oye, Arturo, los vuestros han entrado en Barcelona.

—Serán los tuyos, Manolo —le dijo él—. Parece mentira que todavía no entiendas nada.

¡Qué más daba! La confusión era motivo de alegría para los condenados. Algunos de los guardias empezaron a simpatizar con ellos. Otros, por el contrario, malhumorados y violentos, los seguían apuntando a tiro de cañón. De todos modos, los custodiaban en una marcha sin rumbo ni destino. Quedó obsoleta la orden de terminar la zanja porque las tropas del ejército nacional estaban pisándoles los talones. La única guardia que persistía en vigilarlos a tiro de escopeta eran los escoltas del SIM. Con disciplina rusa, y temerosos ahora de las represalias, trasladaban a los prisioneros en una peregrinación demente y precipitada sólo para servirse de ello» como parapetos en su salida a Francia.

Durante la larga caminata en dirección a los Pirineos, el escuadrón fatal iba topando con fugitivos correccinistas y, cuando tenían suerte, con paisanos vecinales dispuestos a ofrecerles comida. Al llegar a Gerona no le quedó otra salida que detener la marcha. En la carretera de La Jonquera no se podía dar un paso. Algún idealista sentimental había colocado un cartel con letras amenazadoras: «Quien se atreva a cruzar esta línea camino de la frontera es un traidor.» Sin embargo, era allí precisamente donde había empujones y codazos para ser el primero en atravesar la raya prohibida. Carros de caballos, coches atiborrados de familias numerosas, camionetas de las que desbordaban muebles y baúles, caminantes de todo género y categoría social, niños, ancianos y

hasta autobuses de transporte público de Barcelona se hacinaban allí a la espera de que les tocara el turno de avanzar un paso.

A pesar de aquel bullicio de juicio final, Arturo tuvo un presentimiento. O acaso una alucinación. Entre el caos de ruedas, bocinazos, gritos, golpes y muchedumbre desquiciada vio pasar a Valentina Mur cruzando el puente a escasos metros de donde se había quedado inmóvil y extenuado. Gritó su nombre. Atropelló al gentío y se habría atrevido a golpear a quien tuviera delante con tal de alcanzarla. Desistió. Al principio supuso que era ella, pero luego cayó en la cuenta de que su visión de amor había sido, una vez más, fruto del delirio y del cansancio.

Pronto le tocaría lamentar no haber permanecido quieto como un poste de la carretera a Francia. En el mismo lugar de la cita soñada. O, quién sabe, presentida.

La noche del viernes, alguien dijo que llevaban caminando más de quinientos kilómetros. Una manera de avisar de que esa fuga estaba siendo un éxito, al menos, para los vivos. Que los amigos de su grupo, salvo el pobre Canals, siguiesen allí era lo que más sorprendía a Arturo.

Sus pies llagados goteaban sangre a través de los zapatos rotos. Él mismo estuvo a punto de desvanecerse en varias ocasiones, pero la solidaridad del grupo era grandiosa. Los mandamases de la expedición continuaban sin perder un instante su violencia extrema. El número de prisioneros

disminuyó de forma considerable. A aquel que daba síntomas claros de debilidad los guardias lo eliminaban de un disparo. A los que conseguían huir, que fueron unos cuantos, otros soldados procedentes de unidades soviéticas en retirada los remataban en el acto. A esas alturas de la fuga desdichada, estando ya en lo alto de los Pirineos, eran más los guardias que los presos.

Acamparon sobre la nieve. Esa vez, y como acontecimiento inesperado, guardias y prisioneros juntos. Juntos se dedicaron a conseguir troncos y maderas para hacer una fogata. También hubo quienes obtuvieron algo de comida en las casas de un pueblo abandonado, que repartieron como buenos hermanos. Hirvieron patatas y cocieron sopa con restos de grasa de cerdo. Francia estaba a tres kilómetros. Veían sus árboles, sus campos y sus casas. Mañana pisarían tierra extranjera. Se relajaron convencidos de que cruzar la frontera iba a ser la salvación para muchos. No para Arturo, que andaba maquinando la manera de regresar cuanto antes junto a Valentina. Estaba seguro de que, desde la caída de Barcelona, se había convertido en pieza de caza del gobierno fascista. Estaba, además, a punto de dar a luz y necesitada de cuidados precisos que sólo él se sentía capaz de darle. Su propósito no era absurdo: consistía en entrar en Francia como prisionero del gobierno republicano para volver nuevamente a España uniformado como vencedor. Claro que su empresa dependía de la suerte que quisiera acompañarle, de lo bien o mal informados que estuvieran los franceses y de la posibilidad de contactar con su hermano Alberto, capitán del ejército de Regulares.

Por primera vez en lo que llevaban de días de fuga, pudieron dormir sin pensar en la muerte. No hablaron entre ellos para no tener la sensación de entorpecer el tiempo. Pero nada más clarear, los guardias volvieron a recuperar sus habituales órdenes y exigencias. Hicieron un círculo con las ametralladoras y concentraron a los prisioneros. Mientras tanto, muy cerca de ese escenario napoleónico, tronaban sin descanso los morteros del enemigo. Los presos se vieron morir. Era conocido en operaciones militares que el verdugo, sabiéndose muerto, antes de abandonar el rifle elige el método menos deshonroso de desaparecer: morir disparando. Un contable de unos destacados almacenes corrió la voz de que iban a matarlos a todos como conejos. La alarma desencadenó un surtido de reacciones. Hubo presos que rezaban implorando una especie de milagro. Otros maldecían cielo e infierno.

—Resulta cómico que la inexperiencia de morir sea la invitación de muchos a matar —dijo Arturo a sus amigos, perplejos de tener que escuchar, a esas alturas de la vida, las idioteces de un filósofo.

La sonrisa de uno de los guardias le dio la clave. Esa vez no iban a ser penalizados con la medicina mortal a la que los tenían acostumbrados.

—Esta vez va en broma —adivinó Santamans cuando pudo comprobar que el motivo de aquella escenografía armamentística se debía a la prisa de los escoltas por fugarse de aquel alboroto. De ahí el paripé de las ametralladoras desmontadas con urgencia y el interés de los guardias por incorporarse a la columna que se dirigía a Francia. Convencidos

de que pronto regresarían a España para proseguir la lucha contra el fascismo, mandaron a los presos esconder entre la maleza y otros escondrijos naturales los restos de las piezas del armamento desmontado. Apenas unos cuantos hombres, al servicio de la policía secreta y del comunista Líster, seguían custodiando a los prisioneros mientras cavaban lo imposible, hasta que, viendo la alegría diáfana de los otros, resolvieron cambiar su oficio sanguinario por otro más natural y práctico. Comprar la libertad de los prisioneros les pareció un justo arreglo para quienes estaban obligados a matarlos. Éstos, sin hacerse de rogar y a cambio de su inmediata liberación, les ofrecieron relojes, anillos de boda y hasta escapularios. Arturo Ramoneda fue el más afectado por el cambalache: le tocó donar la famosa pluma estilográfica del patriarca de la familia.

Nadie se detuvo a pensar que en el despropósito de participar en el juego de perseguidores y penados todos estaban igualmente vencidos.

Valentina, el día de la caída de Barcelona a manos de los nacionales, se negó a celebrar con sus vecinos anarquistas de Gracia y los católicos de Sarriá el fin de aquella lucha indigna y encarnizada. Para que no la vieran llorar se encerró en el sótano, el nuevo refugio engalanado para ella en la casa de la calle Anglí, y se dedicó a pasar ante sus ojos la película desconsolada de mocos y legañas mientras se preguntaba por la mejor manera de escapar y encontrarse cuanto antes con Arturo. Dos proyectos que, dicho sea de paso, resultaban antagónicos. Una segunda pena añadida a la anterior provenía

de los vítores de la gente que inundaba las calles en su inusitado empeño de olvidar el pasado cuanto antes. Tronaba la ciudad entera de un entusiasmo valentón y alegre. La República era un fantasma de ayer. Muchos demócratas veían con buenos ojos la entrada a la ciudad de las tropas fascistas porque representaban la seguridad de una nueva época de tregua y paz. Comentaban para sus adentros: «Ya volverán los nuestros.» Y con ese convencimiento mantenían la conciencia tranquila y la esperanza intacta.

—Una cosa es ganar, tía, y otra perder con dignidad —le dijo a Lucrecia Palop cuando ésta subía y bajaba del sótano para tenerla al corriente del relato del día de la victoria.

La Guardia Mora, coreada por el público y el requiebro de las herraduras de sus caballos, se encargaba de regalar a manos llenas paquetes de cigarrillos y tabletas de chocolate que Lucrecia, diligente y engañando su euforia en una resignación suprema, llevaba de inmediato a su querida sobrina.

—¡Qué alegría, Valentina! —le dijo en uno de esos momentos de felicidad soterrada—. ¡Tendremos un niño!

El hijo era lo último en lo que ella pensaba. El embarazo estaba en su apogeo y todo su cuerpo semejaba una pelota andante. En sus trabajos sociales, ayudando a mujeres con problemas, Valentina había atendido suficientes partos como para conocer de cerca el método natural con el que las mujeres tenían a sus retoños. Gritonas al principio, exasperadas en la cumbre y lloronas en la escena final. En cambio, Lucrecia y Catalina la estimulaban cuidándola con toda la ternura que una

madre puede ofrecer a una hija parturienta. Entre ellas tenían programados sus particulares quehaceres en caso de que el nacimiento se precipitara. La duda estaba en quién de las dos llevaría el mando de la operación. Por las noches bajaban de puntillas y por turnos para vigilar si dormía bien, llevarle un vaso de leche o abrirla con una nueva cobija improvisada. En un viejo tocador isabelino, muy cerca de la cama, habían ordenado la ropa del futuro recién nacido y envuelto cada pieza en papel de seda con una etiqueta indicadora. Las tres mujeres tejían todo el santo día, salvo Valentina, que prefería recluírse en un libro o hacer solitarios.

Nunca contaba Lucrecia que tarde en la noche, cansada de coser y sufrir hasta la extenuación, deslizaba las cuentas del rosario luminoso de la Virgen de Lourdes entre sus dedos, rezándolo con devoción sacramental y mecánica. Piadosa no era. Tantas guerras civiles la habían preparado para una vida más pragmática que propiamente espiritual. Pero ni aun así, después de haber repetido rosarios infinitos y letanías eternas, conseguía invocar el sueño. A ratos se adormecía, pero sin dejar de interrumpir el rezo, lo que a fin de cuentas tampoco significaba descanso. Determinaba, entonces, rezar y rezar para no dormirse y seguir rogando que los muertos vinieran pronto a solucionar los trágicos problemas de los vivos.

Primero la asustó el timbre ronco de la puerta que a una hora inapropiada de la mañana sonó en la casa con estridencia propia de asalto villano. Después de aquellos insoportables años en los que fueron sometidas al pánico de los registros de

las patrullas, el sonido del timbre se había convertido en motivo de terror perpetuo. Lucrecia Palop miró por la ventana: dos soldados de fachada anónima y siniestra somnolencia hurgaban entre los barrotes de la verja buscando dar con el picaporte sin cerrojo. Se quitó los lentes de coser y con la montura dio un golpe seco al cristal para hacerse la enterada del fisgoneo. Bajó a abrirles en bata y zapatillas y una expresión en el rostro que debió de intimidar un poco a los sabuesos. Dueña de sí, pues con la victoria de los nacionales los tiempos volvían a ser favorables a conservadores y burgueses, plantó cara a ese despertar insano.

—¿Les parece que éstas son horas de llamar a una casa? — fue lo primero que dijo.

Uno de los soldados fingió no tener nada que ver con el asunto mientras el otro se daba prisa por mostrar una hoja de papel sellado emitida por el juzgado militar del distrito.

—Buenos días, señora —le dijo para empezar—. Aquí le traigo una denuncia contra la republicana anarquista Valentina Mur.

Con el papel en mano pero sin intención alguna de leerlo, se hizo la tonta, que era la mejor manera de entenderse con la policía fascista. Les advirtió que su deber, antes de irrumpir en un hogar decente, consistía en informarse sobre el historial de las personas que vivían en él. Los soldados seguían sin moverse, como si oyeran llover. Negó entonces, por Dios y por España, que una persona con ese nombre viviera en su casa, ni por asomo, y que si aún seguían sospechando una cosa así, los

invitaba a pasar y comprobar ellos mismos cómo era la familia a la que estaban tildando de impostora.

Tras sus pasos fueron los hombres y sus malolientes botas. Las piezas religiosas, además de algunas obras de arte y otros objetos de valor que Catalina logró salvar del infierno de la expoliación, habían recuperado su lugar de antaño. Incluso las cortinas de damasco verde del salón seguían colgadas imperturbables al deterioro sufrido en aquella media noche del mundo.

Recuperada del susto, dominando la difícil situación, se le ocurrió que unas copas de coñac servirían para subir el ánimo a esos crápulas de la audiencia. Fue directa al trinchero, el mueble con espejo que solía haber en las casas dignas para poner la vajilla buena y la cubertería, y sacó ella misma la botella de Soberano ordinario. Siempre de pie, los atendió en la salita, descartando la cocina, como sería lo habitual en esos casos. Mientras les servía la copa fina dijo varias veces, como quien no quería la cosa, que el frío invernal estaba malogrando el bienestar de la anhelada victoria nacional.

—Deberían ir más abrigados —les dijo maternalmente.

¡Cuánto los detestaba, sin embargo!

Con la segunda copa en los labios, buscaba tiempo Lucrecia para fijar su atención en el texto de la denuncia. Disimuló su pánico sirviéndose ella misma una copita de anís del Mono. Recordó que la mañana anterior, a la portera del edificio contiguo a la casa la habían detenido junto a sus dos hijas pequeñas como consecuencia de la delación de algún resentido

que, como otros tantos malparíts (ella sabía hablar mal cuando se la provocaba), se habían servido de su situación favorable con el gobierno de la derecha para acusarla. Ahora se encontraba presa en la cárcel de Les Corts con otras tres mil mujeres llegadas allí por motivos parecidos. Nunca entregaría a Valentina. Antes estaba dispuesta a confesarse culpable de cualquier sedición o violación de las normas existentes y responsabilizarse de las faltas de aquella denuncia. Nada más fácil. Porque en aquel entonces lo difícil consistía en demostrar que uno no pensaba diferente a lo establecido por el nuevo régimen.

Segura de la situación, trató de mantener la calma y un brillo de poder del que, por supuesto, carecía. Se arregló la cabeza y el moño que llevaba para fijar su atención en el texto de la denuncia. A los soldados de mofletes colorados debido al coñac les subió el volumen del aparato de radio con la idea expresa de alborotar la disciplina visceral que sus superiores les habrían inculcado.

El documento en cuestión estaba firmado por un tal Ernesto Estivill, empleado del Ayuntamiento y en funciones de archivero y bibliotecario de la misma alcaldía. A Lucrecia le costó algún tiempo poner rostro a ese miserable funcionario que, maldiciendo y mintiendo, buscaba la ocasión de sacar algún beneficio ignoto, o ni siquiera eso, bastándole con inflar su resentimiento al vengarse de la familia Ramoneda acusando al ser más querido por ellos.

En varias ocasiones —eran palabras textuales—, he sido testigo de cómo la denunciada impulsaba a matar sin

escrúpulos a infantes indefensos, vociferando sus arengas feministas en la biblioteca del Ateneo a la vez que invitaba a la movilización de las masas y organizaba para todos sus adeptos un equipo y material técnico de prácticas abortistas.

Consciente de que la denuncia valdría lo suficiente para condenar a Valentina a la pena mayor de los vencedores, echó mano de su antigua astucia juvenil e improvisó una salida. Llamó a su sobrina Mercedes:

—Baja, nena, hazme el favor.

La joven, que había seguido punto por punto todo el entramado del asalto, obedeció a su tía dejando a Catalina el encargo de vigilar, como si fuera un tigre, la puerta de la carbonera y del sótano.

Los soldados, por su parte, creyeron que la señora mandaba llamar a la denunciada. Pues, en efecto, en el éxito o fracaso de ese equívoco consistía la encerrona de Lucrecia.

Llegó Mercedes y tomando a su sobrina de los brazos, comenzó a besarle el cabello y el rostro como a una recién resucitada mientras se lamentaba en voz alta delante de los visitantes magnificados.

—Lo que ha tenido que sufrir mi pobre sobrina no lo sabe nadie.

Siguió diciendo que de lo único que se arrepentía en la vida era de no haber logrado liberarla de aquel hospital de sangre

donde la llevaron a la fuerza los republicanos, haciéndola trabajar en las tareas más indecentes y sacrificadas para una joven católica y devota como ella, desde amputar las piernas de los asesinos a poner en sus manos la responsabilidad de los abortos miserables. Para agregar más veracidad al relato, lo aderezó con el ejemplo evangélico de las persecuciones cristianas en las que pagaban justos por pecadores debido a infamias parecidas.

—Como santa Eulalia, virgen y mártir... —añadió astuta y dirigiendo la vista hacia la calle de Sarria que lleva su nombre por ser el lugar donde fue martirizada.

Los reclutas no pusieron en duda que su intromisión en aquella casa de artesonados vistosos e imágenes sagradas colgando de las paredes se trataba de un malentendido. Pensaron que ellos habían cumplido con su deber y que ese mochuelo se lo cargaran otros. Su preocupación más urgente era llevar documentos similares al que habían entregado a la señora Palop a muchas otras direcciones señaladas en la carpeta. Dejaron las copas mostrando cierto desdén hacia el trabajo encomendado.

Ya iba Catalina fulminante por el pasillo de servicio a abrirles la puerta de la calle y despedirles cuando quedó petrificada al encontrarse, frente a frente, con Alberto, su adorado Alberto, hecho todo un hombretón con su uniforme de tachuelas doradas, manto principesco y gorra ladeada como los actores que solían aparecer en las portadas de las revistas extranjeras.

El la abrazó con cariño gigantesco mientras ella se limitaba a darle un tirón de orejas y a quejarse de los apretones de Alberto. Porque a diferencia de sus señores, ésa era la única manera con que se veía capaz de manifestar los cariños desmedidos hacia esos tres hijos de Dios que había criado como si fueran suyos, confundiendo alegría con enfado como si ella, pobre y analfabeta, no tuviera derecho a expresar un sentimiento tan distinguido y privado como el amor.

Llevaba una bolsa en la mano que dejó tirada en el escalón por las ganas que tenía de abrazar a su tía y a su hermana. Las mujeres lloraban al recibir aquellos apretones y Alberto Ramoneda reía con ganas repartiendo ternura a manos llenas.

Considerado el más guapo de la familia, y también el más zalamero, las obsequió con carcajadas estruendosas.

Cuanto más reía él, más lloraban ellas. Los reclutas, apartados un poco de la escena, observaban alucinados al oficial del ejército de Regulares de dos metros de altura que la mala suerte les ponía delante. Después de hacer el clásico saludo militar, salieron casi corriendo.

—Has crecido —le dijo Lucrecia. Y un instante después le dio la siguiente orden—: Ven conmigo, que tenemos problemas.

De un empujón tierno e inflexible lo metió en el despacho de Antonio Ramoneda y cerró la puerta con llave. Aquél era el lugar donde se deliberaban las cuestiones importantes de la familia. Y como por el momento, hasta nueva disposición, Alberto iba a ser el hombre de la casa, debía demostrar su

sabiduría y buen hacer solucionando aquel grave conflicto que apestaba cada vez más a terror y desgracia.

Lo primero que hizo el recién llegado fue quitarse el uniforme y mandar a Catalina que lo quemara sin ningún reparo.

—Ni se te ocurra guardarlo en el desván —la previno a sabiendas de que ésas eran sus intenciones.

Desde el momento en que, formando parte de la tropa nacional bajo las órdenes del general Yagüe, Alberto Ramoneda pisó las calles de Barcelona, se juró que a partir de ese día, considerado como el glorioso de la Victoria, profesaría una oposición activa y secreta al franquismo, adoptando para sus propósitos una impostura perseverante y selecta. Bajo la imagen de industrial frívolo y artista esporádico dedicaría parte de su vida a proteger y salvar a los perseguidos políticos.

Para Alberto, la guerra no había terminado.

Vestido de civil, con un suéter de lana de su padre, bajó la escalera del sótano. Encendió las luces. Sentía curiosidad por conocer a la enamorada de su hermano.

—Una anarquista redimida, pero muy hermosa —le acababa de decir Lucrecia con cierto orgullo. Como si las mujeres libres e independientes tuvieran que seguir unos patrones de masculinidad nada seductores.

Ella lo esperaba de pie. Ni tensa ni apocada. Iba sin maquillar, con la melena suelta y un pañuelo a modo de bufanda. El abrigo lo llevaba puesto de manera que no cupiera duda sobre su intención de escapar cuanto antes, aunque no obtuviese el mismo éxito tratando de esconder su estado de buena esperanza, que pretendía disimular a toda costa. La maleta con la ropa del niño estaba cerrada a sus pies. A punto de partir. Como si Valentina hubiera estado al tanto de lo sucedido arriba cuando, en verdad, tan sólo lo había sospechado.

Alterado por la presencia en la casa de una mujer extraña y de mirada lúcida, Alberto dudó entre darle un abrazo o saludarla con la mano. Se decantó por lo peor que puede decir un hombre en situaciones embarazosas. Le preguntó a bocajarro para cuándo creía que iba a tener lugar el nacimiento.

—... de mi sobrino —añadió en un vano intento de arreglar un poco la metedura de pata.

Valentina tampoco lo sabía con certeza. Le confesó, sin embargo, sentirse muy preocupada por Arturo. Con la victoria franquista los presos serían utilizados como carne de cañón de los vencidos. Ella le preguntó si cabía alguna esperanza de encomiar a su hermano. Alberto le respondió que lo primero de todo era pensar en ella. Luego se ocuparía de Arturo.

Valentina se puso el sombrero y caminó hacia la puerta.

—Escúchame, Alberto, llevo quince días encerrada en este sótano y no quiero seguir sentada esperando a que vengan a buscarme.

Fijaron un plan. Alberto la invitó a sentarse, pero ella no le hizo caso. Él fingió no darse cuenta y siguió preparando la salida de Valentina hacia la frontera francesa, que, sin lugar a dudas, debía hacerse en las próximas horas. Fue descartando uno a uno los clásicos medios de transporte utilizados por los refugiados. Le señaló que las carreteras a Francia estaban atestadas de camiones, carros, tanques y gente a pie que ocupaban kilómetros y kilómetros de la calzada. Huían despavoridos teniendo claro que, de no poder atravesar la frontera a tiempo, serían asesinados. De ahí las prisas y las peleas por ser el primero en cruzarla. Desechó también la posibilidad de viajar en tren. Estaba al corriente de que Juan Negrín, presidente del gobierno de la República, había tardado más de dos días para recorrer un trayecto de dos horas. Y en esos momentos aciagos se encontraba aislado en la masía Can Bech de Agullana, a tres pasos de la línea fronteriza.

Trató de improvisar algo distinto. Teniendo en cuenta su delicado estado de salud se le ocurrió de pronto que lo más acertado sería recurrir a una ambulancia de la Cruz Roja. Disponía de los contactos suficientes para conseguir el coche, y tenía amigos a quienes confiar un asunto privado como ése. Satisfecho con la resolución quiso mejorarla en lo posible: propuso que Mercedes se encargara de acompañarla.

—No —dijo ella—. No voy a ser tan cobarde. Sería como salvar a un naufrago para asfixiar a otro.

Competente para dirigir cualquier clase de operación táctica, Alberto era también una persona acostumbrada a hacer su santa voluntad, evitando, eso sí, ejercer cualquier clase de

imposición indeseada. Él dispuso el programa haciendo uso de sus innegables instrumentos de mago y a ella no le quedó otro remedio que seguir sus pautas.

Justo antes del anochecer, cuando los pájaros sueltan trinos de revuelta vespertina, una ambulancia se estacionó en el vado de la casa de la calle Anglí. Lucrecia, deseosa de obsequiar a Valentina con algo útil para el viaje, le dijo:

—Si tuviera un revólver te lo daría sin problemas.

Pero el único bulto de la resistente catalana consistió en un pequeño equipaje cargado de enseres infantiles.

En el interior de la ambulancia dos heridos, un hombre y una mujer, permanecían exánimes en sendas camillas del cajón de la camioneta. Hacia ella se dirigió Valentina seguida de Mercedes, que, vestida de enfermera del nuevo régimen, fue a sentarse junto al conductor, un tal Tenorio, quien se puso a musitar y a suspirar para sus adentros que la vida era un tango mal jodido.

Con el motor en marcha y las puertas traseras abiertas, ayudada por Lucrecia, subió Valentina Mur envuelta en una manta y evocando con nostalgia que una vez había sido una joven libre y alegre de provincias.

La ambulancia emprendió camino hacia la ciudad de Figueras. El conductor optó por seguir rutas desconocidas. Había que fiarse de él; tampoco tenía sentido quejarse. Tenorio

era bueno al volante, y vendía fachada de individuo sin futuro ni pasado. Las señas de identidad de cualquiera de ellos dejaban de tener interés en aquel embotado presente. Los de la camilla callaban. Ni un quejido salía de sus vendados rostros pese a que Tenorio se disculpaba del traqueteo y los frenazos ocasionados por los socavones y la huida a mansalva de millares de refugiados.

De vez en cuando, Valentina se acercaba a los heridos del coche para preguntarles si necesitaban alguna cosa. Ni agua pidieron. En el vendaje de la cabeza del hombre aparecían surcos sanguinolentos que no auguraban nada prometedor. La mujer, enyesada del tronco hacia arriba, lloraba a escondidas ocultándose parte del rostro con la manta. La noche lluviosa no suponía ningún impedimento para que la gente siguiera su ruta a lo largo de la carretera. A medida que los fugitivos avanzaban, cansados de sobrellevar en hombros los tesoros domésticos, los iban abandonando allá donde mejor les conviniera, de manera que los vehículos rodantes, además de circular entre peatones y animales de carga, se veían obligados a sortear toda clase de artefactos caseros.

Ya cerca de Gerona, Tenorio, escamado porque dos mujeres habían intentado detener la ambulancia colocándose delante de las ruedas, propuso dar media vuelta y tomar caminos rurales. Quince minutos faltaban para medianoche cuando la lluvia se convirtió en diluvio. Valentina lo oyó hablar con Mercedes sentada en el asiento de al lado. Tenorio paró el motor a esperar que arreciara y poder echarse un sueñecito.

—Con las primeras luces estaremos en Figueras —la tranquilizó antes de caer en el sopor del pecador iluso.

—Dios le oiga —le dijo Mercedes como una exhalación. Ahora ya era libre para reclamar al cielo la paz y la tranquilidad que les había robado.

Por primera vez en su vida Valentina Mur, inerte en su asiento de caucho, sintió el miedo pegado a su cuerpo; siempre tan combativa y valiente, desconocía el modo de liberarlo. En el terror de los bombardeos vio morir a mucha gente. Algunos rezaban y gemían mientras sus cuerpos eran despedazados. Vio también a otros que, en la misma situación de pánico, seguían imperturbables, como si aquel infierno nada tuviera que ver con ellos, sus principales víctimas. El miedo y la desazón no la dejaban dormir. Empezó a temblar. Persiguiendo dar con alguna estratagema mental para la relajación de los sentidos trató de recordar la música de alguna canción amable. Masculló la letra: el miedo se resistía a dejarla. Recordó la época en que arrebatada de amor por Arturo perdía la noción del tiempo en sus brazos. Entonces, aunque explotaban bombas a su alrededor, el miedo se convirtió en una representación externa. Mataba pero no dolía. Buscó congeniar con las sombras de su viaje al destierro. Pensó en su madre; sufría por no haber podido acercarse a su casa de la calle Salmerón para darle un abrazo de despedida. La muerte era esa desaparición, un no lugar hacia ninguna parte. Las lágrimas cayeron silenciosamente por su rostro, pero olvidó el llanto y comenzó a preparar planes de futuro. Transformó el miedo en un enemigo real que estuviera a su lado, asediándola. Sólo entonces consiguió enfrentarse a él y

calmarse un poco. Tendría el hijo que esperaba y ese alumbramiento le daría fuerza para sus proyectos futuros. En su próxima etapa no descartaba acciones políticas clandestinas. Buscaría trabajo como periodista; hablaba francés con fluidez y aprendería inglés porque, como decía Arturo, ése iba a ser el idioma del mundo.

Un murmullo de voces y gemidos la despertó bajo un cielo más azul que soleado.

—Sopla tramontana —avisó Tenorio.

El viento empujaba hojas, árboles y hasta cuerpos, inquietando aún más aquellos desasistidos ánimos. Un grupo de hombres y mujeres, con niños de pecho colgados de los brazos, rodeaba la camioneta buscando en ella la salvación a sus vidas. Narraron su desdicha con pelos y señales. El bombardeo fascista los alcanzó en Gerona y despavoridos, viendo huertas y calles sembradas de cadáveres, habían conseguido escaparse campo a través. Suplicaban por comida. Se servían del cristal de las ventanas del coche para mostrar a sus niños cubiertos de barro, mocos, toses y lágrimas secas con intención de tentar la compasión de los viajeros para que les ofrecieran alimento. Sin mediar palabra, los embestidos decidieron que les darían la comida que llevaban en la cesta. Bajaron Mercedes y Valentina a repartir leche, pan y algo de butifarra que había quedado del día anterior. Tenorio se quedó en su asiento, no fueran a robarle la camioneta. Apretaba el pedal del gas como Nuvolari, dando a entender que tenían prisa. El enemigo progresaba con descaro su avanzada. Anunció que, a su entender, se había roto la línea de

resistencia propuesta por el general Rojo. Pensó, aunque no lo dijo, que de momento ni siquiera Figueras era ya un lugar seguro.

—O nos vamos o no respondo por nadie —previno a las chicas.

La tramontana se ocupó de allanarles el recorrido hacia Figueras. Como si el viento los incitase a rodar a mayor velocidad, llegaron a la ciudad en un tiempo que les pareció admirable. Entraba la ambulancia por el cruce que daba a la Rambla cuando fueron sacudidos por el segundo ataque de los bombardeos nacionales. El ruido descomunal de las bombas cayendo como globos sobre las casas los obligó a detenerse y buscar refugio.

La camioneta iba de un lado a otro sin que, al parecer, el conductor pudiera controlarla.

—¿Adónde nos lleva, Tenorio? —gritó Mercedes buscando apaciguarlo.

—A que nos maten —dijo él, por aquello de que era mejor pensar lo peor para evitar que ocurra.

Encontraron amparo en las ruinas de un estacionamiento de carros. La mayoría de los edificios que daban a la calle estaban destruidos: casas de dos o tres plantas de altura se habían convertido en escoria. Los peldaños de piedra mostraban sus entrañas. Lina espesa bruma envolvía aquella desolación.

Aunque tenían previsto pasar la frontera sin detenerse, dado el escenario apocalíptico de la ciudad bombardeada, tomaron la decisión de aprovechar el primer descanso del ataque aéreo para correr a refugiarse en el hospital más próximo. Pero los bombardeos seguían su cañoneo incesante. Entre el polvo de las detonaciones y el hacinamiento natural de los escombros resultaba difícil enfocar la vista. Una madre a voz en grito escarbaba la tierra, buscando a algún ser querido enterrado allí, y ante la imposibilidad de sacarlo decidió sepultarse con él. Otro, fuera de sí, declamaba su furia contra el cielo.

La aviación fascista procuraba cebarse con la población civil de Figueras y la comarca haciendo gala de una ferocidad sin parangón con otros ataques anteriores. En la zona del Alto Ampurdán se encontraba la plana mayor del gobierno republicano, que perseguía el exilio. Las fuerzas nacionales pensaban acabar con todos ellos. Asesinarlos en una ratonera. A los políticos ocultos en los alrededores, como Negrín, Tarradellas, Azaña y tantos otros, a los miles de refugiados que trataban de ganar la libertad de los países demócratas, al general Rojo, al comandante Líster, a todos los combatientes republicanos. También acabar con el armamento que los militares procuraban llevarse en su huida. Y, de paso, exterminar a los habitantes de una ciudad que nunca lograría recuperarse de aquel terrible ensañamiento.

Al rato, cuando los aviones hicieron asomo de abandonar su campo de aniquilación, Tenorio asumió el papel de capitán del barco naufragado.

En el fragor de la estampida y del fogueo llegó a su# oídos que en un colmado de ultramarinos quedaban restos de alimentos. A pesar de las bombas había, sin embargo, quienes a riesgo de perder la vida se beneficiaban del caos para salir de los refugios y asaltar el almacén del centro. Tenorio avisó de que iba a dar una vuelta por la Rambla. Pese a ser de los últimos asaltantes en llegar al almacén recóndito aún alcanzó algo de embutido y vino. De regreso a la ambulancia fue recibido como un ángel,

Los heridos del vendaje tampoco quisieron desaprovechar su porción en el banquete, y comieron con precaución de pájaros. De vez en cuando, Valentina salía de la ambulancia y se quedaba un rato junto al muro con la mirada ida y las palmas de las manos colgadas del cielo como una pordiosera.

Al caer la noche, un silencio cumplido se apoderó de la ciudad más desgraciada del planeta. Considerando lo peligroso de continuar quietos, Tenorio resolvió volver a la carretera de La Jonquera a sabiendas de que las calles, de por sí estrechas, que conducían a la salida de Figueras se encontraban obstruidas o insalvables. El continuado zarandeo de la camioneta no le sentaba bien a Valentina. Pensando en la complicada situación de la mujer, Tenorio trataba de conducir el vehículo poniendo el mayor cuidado posible. Centenares de cuerpos se apiñaban en los escombros de los edificios destrozados. Las ramas de los famosos plátanos de la Rambla caían esparcidas por la metralla, como si un huracán apoteósico se hubiera cebado en ellos. De vez en cuando

sonaban las sirenas, pero los viajeros trémulos preferían hacer caso omiso de su posible significado. Por ningún motivo pensaban modificar su ruta hacia Francia. Contaban los escasos kilómetros que les quedaban para lograr su objetivo, y las fuerzas que aún tenían para conseguirlo. Soñaban con llegar al aire libre cuando un grupo de carabineros detuvo la ambulancia. El guardia que les salió al paso los increpó por viajar en plena nocturnidad y acto seguido reclamó la documentación con la mayor de las desconfianzas.

A la luz de la linterna se entretuvo un buen rato en verificar la autenticidad de los papeles relativos a la Cruz Roja internacional. Después se dedicó a inspeccionar heridos y viajeros. La caja de latón provista de medicinas y equipo médico de primera calidad infundía sensatez a esa fuga preparada a conciencia.

Sin objeción que hacerles afianzó su autoridad con la orden de no mover la camioneta hasta rayar el alba. Pero no fue ésa la peor noticia de la noche ni la más triste: otro carabinero de tez lívida y enfermiza, harto de cansancio y frustración, aceptó el cigarrillo que le brindó Tenorio. Mucho más simpático se puso el hombre gracias a la conversación que de inmediato surgió entre ellos.

Hablaron pegados al cristal donde se encontraba Valentina. Un cielo colmado de estrellas alumbraba la bahía de Rosas como una gran luna vidriada. Las palabras mansas del carabinero tranquilizaron a Valentina proporcionándole una compañía distante pero necesaria en esas horas de la desolación final. Entre bocanadas de humo espeso se dedicó a

contar el número de víctimas del último bombardeo de la tarde. Niños, en su mayoría sin identificar. El control de la mortalidad de las víctimas fue una tarea llevada con estricto rigor, como si el ejercicio de numerar resolviera la magnitud de la catástrofe. Puntualizó el sonámbulo hablador su experiencia vivida durante la mañana. Mejor dicho: la vomitó. No se ahorró detalles al explicar que el día anterior llegó a Figueras un grupo de prisioneros de Barcelona. Fuera porque hubiera un cura entre ellos o por casualidad se habían instalado en la rectoría de Cabanelles. En ese punto se esforzó en bajar el volumen de su voz; no quería que alguno de los suyos le oyera contar esta historia maldita en la que los carabineros fueron a medias responsables. Su capitán había recibido una orden proveniente del negociado de prisioneros, firmada directamente por el general Rojo, de entregar los presos procedentes de la Modelo a las fuerzas aéreas, también en fuga, con el expreso mandato de no practicar con ellos actuaciones revanchistas. Valentina tenía su oreja pegada a la voz consternada del hombre. Le oyó comentar de pasada que entre los prisioneros se encontraban el obispo de Teruel, un coronel de artillería, curas, militares y varios civiles. Por lo visto existía un acuerdo tácito, aclaró, de que una vez se hallaran bajo la jurisdicción de las fuerzas del aire los prisioneros serían liberados. Se necesitó todo un día para llevar a término las gestiones de la transferencia de presos.

—Nosotros estábamos encargados de vigilarlos cuando esta mañana, a eso de las once, se presenta un camión militar con el comandante Pedro Díaz de la columna Líster, un comisario político, dos sargentos y una treintena de soldados rasos

reclamando la liberación inmediata del obispo y del resto de compañeros.

Los dos hombres no se miraban a los ojos, avergonzados de tener que conversar sobre esas operaciones deshonrosas.

—Joder —dijo Tenorio.

Valentina, mientras bebía el líquido de la verdad, estaba enojada porque el reloj se le había parado y no conseguía saber la hora. «¡No puede ser! ¿De qué hablan?» Trataba de mantenerse erguida para escuchar mejor.

—¿Qué querías que hiciéramos?

—Obedecer sin chistar —protestó el otro.

—Aunque no lo creas, discutimos lo nuestro antes de entregarlos a los comunistas. No hubo manera. Llevaban, como siempre, las de ganar.

Los militares llegados a Cabanelles ordenaron a los guardias que atasen a los prisioneros de dos en dos para llevárselos de inmediato. Así lo hicieron. Apretujados en la caja del camión, los presos temblaban contra el viento. Tomaron la carretera de Báscara, llena de curvas y meteoritos bélicos, y al pasar por el barranco de Pont de Molins, obedeciendo las voces inmundas de los cabecillas, los ametrallaron a todos, rociándolos seguidamente con gasolina para no dejar rastro de sus cuerpos.

—Y la orden del general Rojo a tomar por el culo. Así de claro —dijo el hombre todavía alucinado por la historia vivida.

Ahora sí. Convencida de que Arturo había sido uno de los asesinados en esa emboscada revanchista de la guerra, Valentina tuvo su primer desmayo. Lo escuchó cantar en la soledad de su recuerdo. Sumida en el estadio de la sinrazón, él le estaba ofreciendo la escena más hermosa de sus vidas. Después de un baile apacible, la besó con el jadeo ardiente de sus labios enamorados y le habló de sus deseos y ardores. Ella le respondió turbada.

Desvariaba y gemía.

Cerraba los ojos pensando que era preferible soñar a morir. Soñar era un desafío; la muerte, una brusca revelación.

A falta de más literas echaron a Valentina en el suelo de la camioneta. Aireada por el abanico de Mercedes, fue recuperando levemente el sentido. Mientras tanto,

Tenorio se armó de valor. Saldó cuentas con los carabineros porque las circunstancias de la parturienta le exigían correr de urgencia al hospital y, sin más preámbulo, puso en marcha la ambulancia.

Despuntaba el sol. El golfo de Rosas echaba fuego. Según el carabinero locuaz, el hospital de Figueras se encontraba a tan sólo tres kilómetros; no había pérdida. Era un edificio gris espoleado por las bombas, si es que, con suerte, aún se conservaba en pie. Tenían que regresar por el mismo camino, torcer hacia la derecha y preguntar.

Pasaron por el antiguo campo de fútbol, dejaron a un lado lo que quedaba del edificio de las Escuelas Pías y tomaron la carretera de Besalú. Pese al aire de nocturnidad impuesto por la atmósfera, Tenorio decidió utilizar la sirena porque el rompimiento de aguas de la parturienta lo reclamaba sin excusa. Eso sí, apagó las luces, por otra parte inútiles en la confusión del alba. A los aviones fascistas los tenía borrados de su campo inmediato de peligro. Ahora se encontraban viviendo otra clase de operaciones estratégicas, menos aparatosas pero igualmente arriesgadas: la del nacimiento más accidentado de la noche. Cuando estaban llegando al hospital, tuvo que asomar la inevitable sombra de Hitler, que, en ayuda de su amigo Franco, enviaba la inolvidable y temible legión Cóndor a arrasar con su poderío todo lo humano viviente. Alguien comentó que acababan de topar con el mismo infierno. La intrusión de la aviación nazi y sus torpedeos estremecedores, aviones cazas arrimándose a la tierra con la precipitación de insectos voladores, volvió a ocupar el aire y, en consecuencia, el mundo entero. El conductor, en otro intento de sobrevivir a la brutalidad celeste, haciendo un giro brusco del volante arrinconó el coche bajo los membrudos olmos de una plazoleta abandonada a su fatalidad.

Los gemidos de Valentina durante la recta final del alumbramiento eran sofocados por el repiqueteo de las bombas, que descargaban otra vez como tormenta destructora sobre la ciudad incendiada. La cabina de la ambulancia quedaba pequeña para esa delicada operación de dar a luz sin más ayuda que las buenas intenciones de Mercedes rezando en silencio, eso se daba por descontado, y poniendo en práctica

algo aprendido de su trato a los enfermos, más lo poco que le llegaron a contar sobre nacimientos y operaciones quirúrgicas.

Pese a las buenas intenciones, no había forma de parir dentro de aquella caja sombría, entre los dos heridos embutidos en sus armazones e impávidos como estatuas mortuorias. Así que, para hacer más fácil la expulsión, recostaron a Valentina sobre unas mantas en la misma plazoleta mágica que los refugiaba. La colocaron en una de las cuatro esquinas, la que les pareció más segura y donde dos niños de corta edad, recién amanecidos y febriles, miraban extasiados la escena apurada.

Mercedes trataba de animar a Valentina dándole toda clase de dulzuras.

—Lo harás muy bien, querida. Si has sido fuerte pan» la guerra, esto de ahora es coser y cantar.

Ella le fue franca:

—¿Has visto a un hombre parir? Entonces no mientas —le dijo con la transpiración ardiente.

Como no había ni rastro de agua de que la improvisada comadrona pudiera servirse, Mercedes miró suplicante a la mujer que vigilaba a los niños junto a la puerta de la casa. No se lo tuvo que pedir dos veces. A decir verdad, se había preparado para lo que pudiera venir. Sacó agua de la cisterna, la puso en un barreño y con la misma naturalidad se remangó para ponerse al trabajo de auxilio. La sangre iba a correr

durante unos minutos. O menos, si había suerte. Después, la hizo sentar a horcajadas.

—Como las gallinas —dijo. A Valentina se la veía abatida y asustada y, para confirmarle que estaba en buenas manos, le confesó que ella había parido a sus tres hijos sin ayuda de nadie. A Tenorio, hombre para todo, le tocó el papel de vigía y enfermero. Por un lado observaba la lluvia incesante de granadas explosivas y, por otro, aguantaba la espalda de Valentina mientras las mujeres cumplían con sus labores por la parte de delante. Tan ofuscadas estaban en sus tareas que ni capaces eran de ver el polvo y la ceniza que iba envolviéndolos a todos como un lienzo negro. Sin duda, era un desatino el esfuerzo sobrehumano por querer traer un hijo a un mundo en el que todos estaban condenados. Pero la vida es sombra, deja vivir y morir hasta que aparece su espectro o su delirio.

El niño salió antes de lo esperado. Felicitándose del éxito en el parto, Mercedes envolvió al recién nacido con trapos y mantas que tenía a mano. Los hijos de la comadrona ayudaban a traer de su casa lo necesario. Deshecha en lágrimas de pánico y felicidad, se lo entregó a Valentina.

—En realidad es una niña —le dijo deslumbrada por el tremendo acontecimiento.

—Mejor así —dijo Valentina—. La llevaré a París.

Debían de ser cerca de las ocho de la mañana, minutos después del accidentado nacimiento en la pequeña plaza de la

República de Figueras, cuando se produjo el gran estampido. Fue una explosión temible. Su descomunal radio de acción jamás se vio en la península. El origen (como se supo más tarde) fue el castillo. Su causa, la desmañada incapacidad de algunos de los vencidos para afrontar la derrota. Entre la torpeza y el rencor por el triunfo del enemigo, los militares republicanos colocaron como garante de despedida al destierro cargas de explosivos en las bóvedas del fortín, con intención expresa de provocar una voladura tan grandiosa y sangrienta que alcanzase a explotar en toda la comarca. El cielo se descompuso en rayos de fuego vivo y desatado. Truenos retumbaban sin sosiego. El aire olía a pólvora: un olor parecido al de la muerte pero más fogoso, no tan nauseabundo aunque más desafiante e impreciso. En un anillo de cincuenta kilómetros de circunferencia explosionaron toneladas de piedras y aerolitos. No fue tanto la metralla el artefacto originario del crimen a mansalva como la onda expansiva consecuente y el desmoronamiento inverosímil de muros y edificios. La explosión gigantesca desintegró seres humanos y animales, lanzando sus partes donde buenamente caían, en calles, descampados, techumbres y postes de electricidad. La cara de Tenorio quedó aplastada en el suelo y se descompuso como un rompecabezas. Las vísceras le sobresalieron revueltas del vientre. El cuerpo de Valentina tuvo mejor suerte que los dos hijos de Teresa, la improvisada partera de Figueras. Quedó prácticamente intacto pero inerte, lo que hizo difícil verificar el motivo exacto de su fallecimiento. Con toda probabilidad, un canto de piedra fue a dar en algún lugar de su cabeza hasta desnucarla. ¿O se dejó morir?, como intuyó Mercedes, convencida de que bastaba con dar una orden al corazón extenuado para que éste detuviera obediente sus latidos.

En la ciudad humeante de Figueras, mientras las tropas nacionales y la guardia mora entraban por la carretera de Gerona, resultó imposible a los parias encontrar un médico forense que pudiera reconocer el cadáver y determinar la causa de su muerte. Cuando horas más tarde hubo posibilidad de realizar la autopsia ya no había cuerpo ni prueba palpable del acabamiento.

El recuerdo de aquella tragedia sigue tan vivo que, en las madrugadas gélidas, los ampurdaneses que lograron sobrevivir a la catástrofe, los hijos que oyeron la historia de sus padres y los nietos que heredaron penas y silencios, despiertan con convulsiones y fantasías siniestras contra el comandante Líster y contra el general de todos los ejércitos Francisco Franco que, enemigos a muerte uno del otro, fueron para las víctimas de aquella guerra insensata semejantes y hermanos en el ejercicio de la depravación y el crimen.

En plena explosión tenebrosa, Mercedes y la madre de aquellas criaturas infelices salieron pitando de la única casa de la plazoleta que había resistido al bombazo. A la recién nacida acababan de colocarla en la cuna junto al tercer hijo de Teresa Pascual. Corrían como locas en busca de Valentina y los niños cuando lo que vieron las dejó lívidas y sobrecogidas. Se abrazaron con la impulsiva fe del que busca morir para conseguir el milagroso reencuentro con los vivos. A Teresa le habían destrozado los hijos. Mercedes aulló de espanto. Gritó al cielo y al infierno. Tuvo una crisis de inmisericordia que le duró un segundo. Luego, se maldijo una y otra vez por no

haber sido tan previsora como para llevar a Valentina hacia el interior de la casa.

Oyeron voces. Advirtieron movimientos intermitentes en la caja de la ambulancia. La camioneta había sido duramente golpeada, pero la caída de un plátano prodigioso parecía haber protegido a sus ocupantes. Las puertas estaban abiertas y los dos heridos, igual que falsos espectros, estaban arrancándose el uno al otro los vendajes y el aparente yeso que los tuvo transfigurados durante el trayecto.

Cuando todo apestaba a descomposición y defunciones, los simulados heridos aparecieron más saludables y robustos que cualquiera de sus antiguos compañeros de viaje. Pidieron excusas. Se identificaron.

—Traidores —los llamó Mercedes. Era incapaz de encararse con ellos porque la desesperación le impedía manifestar cualquier tipo de emoción y sentimiento. Los veía sonreír y moverse como si tal cosa frente aquella desolación sin nombre, pero en lugar de enfrentárseles y desahogar su ira con ellos, el odio que sentía hacia todo la empujaba a rehuirlos de forma inexplicable. Le molestó sobremanera la prisa que se daban por escapar y abandonar los cadáveres a su suerte. La mujer iba vestid.» como si fuera a recibir los honores solemnes de algún comité revolucionario. Aseguraba que en La Junquera les estaba esperando otra ambulancia de la Cruz Roja Internacional con la orden expresa de ocuparse de ellos.

Mercedes se resistía a hacerles caso. Necesitaba tiempo para tomar la decisión adecuada.

—¿Qué va a comer la niña? —le preguntó a aquella mujer condecorada con medallas mientras el hombre trataba de poner en marcha la ambulancia. Se encogió de brazos. Necesitaba llorar y los recién resucitados sólo pensaban en salir corriendo. Se acordó de Ramón, porque en momentos trágicos el corazón suele reclamar al amor la parte correspondiente de aquel sufrimiento robado. Llevaba en su bolsillo un papel con la dirección de su tía, la señora Forcada, y de su prima María en París. Allí, seguramente, podría encontrarse con su primo.

Se acercó al cuerpo de Valentina, tendida en el lugar exacto donde acababa de regalar una vida y terminaba de perder la suya. Estaba hermosa, con un destello de luz en el rostro propio de una maternidad todavía no vencida. Teresa se había ocupado de abrigoarla y taparla correctamente.

—Mi querida Valentina —le preguntó al cadáver—, ponte en mi lugar y dime qué harías.

Esa súplica no tenía traza alguna de que la muerte fuera capaz de responderla. A Teresa Pascual, republicana hasta la médula, le pareció que se trataba de otra llamada inútil al otro mundo. Aguantaba cruzada de brazos sobre el delantal todavía sucio y en los ojos la conciencia clara de que la tragedia fue siempre la otra cara de la moneda de su vida.

—Basta de rezos. ¿Quieres quedarte? —le dijo a Mercedes.

Criada en la penuria rural, desde niña tuvo claro que donde comía uno se alcanzaba a alimentar a varios. Se ofreció a compartir la cuna de su hijo de dos meses con la recién nacida. Mercedes comprendió claramente que ésa era la actuación

más sensata y realista de llevar a cabo. Por fortuna, sólo guardaba el romanticismo para sus horas de alcoba y de ir a misa. El compromiso generoso de esa buena mujer, cuyos dos hijos se encontraban desperdigados entre un montón de piedras, ofreciéndose para dar el pecho a la recién nacida, lo sintió como una bendición del cielo.

Resolvió, entonces, quedarse en Figueras hasta que las aguas de la paz regresaran a su antiguo y ordenado cauce.

Se quedaron. Tenían mucho trabajo por delante y poco tiempo disponible para llevarlo a cabo. En primer lugar, y sin concederse tiempo suficiente para llorar a sus muertos, se ocuparon de darles sepultura. A Valentina la llevaron en brazos hasta la cocina de la casa. Colocaron su cuerpo encima de la única mesa disponible; o se quedaba allí o la trasladaban al establo, donde finalmente decidieron poner el cuerpo desventurado de Tenorio. Lo más triste y doloroso fue recuperar los restos de los niños. La madre, por primera vez, se permitió acusar al mundo de su pérdida. Luego controló su rabia, no fuera ésta a hacerle perder la leche aprisionada. Pidió ayuda a un chico de unos catorce años que se encaramó a árboles y aleros de los muros derruidos buscando rescatar una pierna, una parte del brazo o la cabecita de la niña dispersa en el sacrificio diurno.

A las nueve de la noche llegaron a las puertas de la ciudad las tropas nacionales. Un tanque con cuatro soldados cruzó la plazoleta siniestrada. Si apisonaban cadáveres en su torpe

andadura no parecía importarles. La guardia mora estaba acampada en las cercanías de Figueras, en los cultivos de Mas Boixadors, para pasar la noche. Cantaban todo el tiempo una música extraña y lejana que turbaba a los vecinos. Muchas calles estaban ardiendo y algunos se aprovechaban de las llamas para incinerar los cuerpos. A ese respecto, el único comentario que se hicieron las dos Antígonas atormentadas fue agradecer la prisa que se habían dado en la recuperación de los restos de los suyos.

Comida no había, pero Mercedes se las arregló para cocinar en el fuego de leña una sopa de ajo con farigola y puntas de pan duro. Comieron con un sentimiento de culpa que les cerraba la garganta. Cuando Teresa tuvo a la recién nacida agarrada al pecho preguntó a Mercedes:

—¿Qué nombre le ponemos?

—Frida. Frida —repitió—. En germánico significa «la que impone la paz».

Aunque la explicación le pareció notable, Teresa no pudo evitar poner una mueca de asombro y admitió seguidamente que no conocía el nombre.

—Yo tampoco —dijo Mercedes—. Fue idea de su madre. Una santa, una luchadora nata, una mujer de bandera...

Todo eran bendiciones para Valentina. Oh, Dios mío, ahora era cuando necesitaba un crucifijo para ponerle sobre el pecho. Se decidió por colgarle su medalla de oro con el escapulario de la Virgen de Montserrat en un lado y el Sagrado Corazón de

Jesús del otro. Pidió entre sollozos a Valentina que creyera un poco en la vida eterna.

—Has traído un hijo al mundo —le murmuró al oído.

Al amparo de aquella humilde casa, entre rezos de velatorio y eternidades lactantes, las dos mujeres se avinieron muy pronto a formar una familia. Aquella noche durmieron con un ojo cerrado y otro abierto. Mercedes contempló cada una de las posibilidades a su alcance para regresar a casa con la niña. Teresa, entregando sus senos a aquellas bocas sedientas, las adormeció en sus brazos.

Con las primeras luces se levantó decidida a dar sepultura a sus dos inocentes niños. Los enterraría en el pequeño huerto, junto a dos rosales secos por el invierno arrasador que, en la primavera, darían flores suaves como esponjas marinas. Se puso a cavar la tierra presa de un arranque que invitaba a pensar en una intentona de enterrarse junto a sus dos hijos.

A las siete de la mañana, los niños ya estaban debidamente colocados en aquel árido lugar donde las rosas dormían. Mercedes rezaba y cambiaba pañales. A las ocho, un cuerpo del ejército nacional comenzó a desfilar por la Rambla de Figueras. Se oyó el toque silencioso de una corneta y, acto seguido, como si la rutina descorriera su telón dramático, la ciudad cambió radicalmente de escenario. Se abrieron ventanas, puertas y balcones. Hasta un sol resplandeciente pretendían percibir los desventurados habitantes de Figueras, cuando la verdad era que el astro irónico se encontraba cubierto por un tachón de nubarrones. Humillados por el

pánico y el desconcierto de aquella masacre, se dispusieron a colgar banderas y damascos bicolores favorables al nuevo régimen victorioso, cantando a su paso la liberación del pal» al tiempo que dejaban traslucir también la llegada de uno de los períodos más desesperanzadores de su historia. Muchos de los que ahora vitoreaban a las fuerzas nacionales, que contentas y complacidas marchaban siguiendo la música militar, lo hacían más por desesperación que por proximidad ideológica. Ignorando aún que en pocos días serían denunciados por algunos de sus conciudadanos y enviados a la cárcel o a campos de exterminio, se saludaban entre ellos como si fueran otros. La delación iba a ser, durante bastante tiempo, el pan diario de aquella comunidad perdida.

Sin fuerzas para salir a la calle, pues el ánimo de Mercedes se encontraba a miles de kilómetros de cualquier celebración, no podía evitar alegrarse por la victoria.

—Déjate de monsergas, Teresa. Lo que interesa es volver a la paz de los hermosos días.

A solas pensaba con gratitud que el régimen instaurado permitiría reunir a la familia. O lo bueno que quedaba de ella.

—Tenemos otro problema —le dijo—. Debemos enterrar a Valentina y a Tenorio como Dios manda.

Habían ingeniado una escoba para apartar a las ratas que aparecían por todas partes acercándose a los cuerpos difuntos con facilidad aterradora.

Teresa Pascual explicó que el cementerio se encontraba detrás de las últimas casas de la calle. La solución que les pareció viable fue utilizar la carretilla de la granja y llevar uno y después otro. Cubrirían los cuerpos con sacos para evitar comentarios dañinos. La verdad era que en aquella pequeña ciudad devastada apenas quedaba algo inmune y exento de daño irreparable. Unos setecientos edificios fueron derruidos por la pólvora. No había agua. Por suerte, el pozo de la casa continuaba dando un escuálido goleo suficiente para salir del paso.

Pero las alcantarillas estaban reventadas, el hedor a despojo humano descomponía el aire y las calles destripadas mostraban agujeros muy profundos. Montañas de escombros y cuerpos momificados dificultaban cualquier tipo de movimiento. Por el contrario, las tropas vencedoras, adiestradas para moverse a través del lodo, precipicios y trincheras, se trasladaban de punta a punta de la ciudad como hormigas inflexibles en su marcha capaces de sortear cualquier obstáculo hasta conseguir su meta.

Indecisas sobre el camino a tomar, continuaban junto al fuego cuando recibieron una visita. Las noticias sobre el estado real del cementerio las traía un cuñado de Teresa Pascual, que luego de caminar campo a través veinte horas seguidas, entró en la casa con rostro apagado, mandíbula desencajada y dos gotas de sudor cruzándole la frente. Terminó de perder la poca fe que le quedaba cuando las dos mujeres le abreviaron el vía crucis sufrido durante la gran explosión de la cólera fratricida.

—¡Santa María! —era todo cuanto podía decir aquel buen hombre de orejas grandes como péndulos. Hasta que, harto de implorar a los santos, comenzó a blasfemar con una violencia desaforada, nueva e incomprensible para Mercedes. Luego, más aliviado y recuperado el resuello, desaconsejó a las mujeres servirse de la carretilla para llegar a un cementerio donde lo único ileso era un ciprés largo como un túnel. El resto eran ruinas. Impidas, tumbas y nichos estaban partidos en mil pedazos y los esqueletos emergían de la tierra como espectros del juicio final.

A las doce del mediodía se creó la Comisión Gestora Municipal que, escudada bajo ese rimbombante nombre, decretaba como primera disposición convocar a todos los bomberos del cuerpo de la ciudad, así como a los voluntarios preparados a tal efecto, a presentarse con urgencia en la Casa de la Villa para prestar sus servicios de apagar fuegos, recoger cadáveres y apuntalar muros con amenaza de derrumbe.

Frida bostezaba como una bendita en los brazos de su tía, que la miraba y remiraba, rendida por el hechizo de aquella criatura huérfana y complacida.

A la convocatoria urgente se apuntaron unos cuantos hombres. Sin embargo, cuando a medida que avanzaba el día corrió la voz de que los presentes en la cola serían avalados por el ayuntamiento con el pretexto de no ser depurados por la Comisión Clasificadora de los Prisioneros del nuevo régimen establecido, sumaban más de doscientos los hombres que a pie

o en carro podían dedicarse a tiempo completo a las tareas comisionadas.

El aumento de ayudantes civiles y la desmedida autoridad y disciplina trabajadora del esfuerzo que contagiaban tenía una explicación evidente y muy intencionada. Muchos de los apuntados contemplaban la posibilidad de librarse de la condena a la que serían sometidos como medida correctiva del nuevo régimen, que había decretado purgar a los rojos y a todos sus simpatizantes.

Frida volvía a agarrarse al pecho de Teresa, tranquila, glotona y con los ojos totalmente cerrados a los próximos cuarenta años de penumbra que le iba a deparar la vida.

Tuvo que dejar a la niña cuando vio llegar a Pitu Farriols, compañero de lucha de su marido, y a su mula tirando de un carro repleto de cuerpos amontonados en dirección a la carretera del barranco de Vilademires. Nada más ver a Teresa, detuvo el carro de un bramido. Y sin moverse de su asiento le reclamó los muertos que guardaba en la vivienda.

Ella se abalanzó contra el carro.

—No te da vergüenza, so bandarrra. Los enterraré como personas y no como animales.

Por más que gritaba y lo insultaba no podía dar crédito al cambio repentino sufrido por su camarada y antiguo amigo. Lo retó con el coraje de los hombres cuando sienten que van a matar y al final no matan. Lo despreció. Hizo una pelota rabiosa

con su dolor y se la lanzó a la cara. Le impidió la entrada en su vivienda, echándolo de allí con un rugido de hiena encañonada.

El mulero levantó los hombros, arrió el carro y les giró la espalda. De ninguna manera iba a dejar las cosas como estaban. Se rebelaría contra esas dos mujeres resueltas a sabotearle la labor comisionada. El recién estrenado sepulturero tenía treinta años y un arsenal de delitos cometidos contra familiares y amigos de muchas de aquellas personas que ahora habían conquistado el mando. Estaba resuelto a salvar su piel por encima de los gimoteos de esa perturbada.

Pasados unos cuarenta minutos, el tiempo de ida y vuelta al barranco pestilente, Pitu Farriols regresó con el carro vacío a la plazoleta de la República. En esa ocasión lo acompañaban otros dos voluntarios del nuevo plan de saneamiento urbano, tan traidores y cobardes como el que los había inducido a ir en su ayuda.

—Ahora somos la autoridad —dijo, envalentonado.

—Ahora y antes, so canalla —gritó Teresa para que la oyera el vecindario—. A cagar tú y la santa mierda que traes de compañía.

Podía matarla allí mismo. Lo pensó. Tenía la mano encallecida de homicida atlético y fama sobrada de matón de figuerenses. De cualquier manera, él ya había tomado la decisión de denunciarla al Comité. Ahora mismo.

—Por las buenas —le dijo a su contrincante—, porque si nos obligas a hacerlo por las malas será peor.

—A la merda —murmuró ella.

Al final no les quedó otra que aceptar la amenaza del amigo ingrato. Subieron los cuerpos de Tenorio y Valentina a la carreta. Mercedes, con la resignación propia de una buena hija de Jesús María, ayudó a acomodarlos, y se impuso el compromiso de rezar un rosario al día y la promesa de mantener vivo en Frida el recuerdo de su madre. Sólo así pensó que cumplía, en parte, con el funeral de la memoria que le habían enseñado. Reclamaron un poco más de tiempo para despedirse de los cuerpos, retrasando el momento del adiós hasta que los hombres, más para hacerlas callar que por otra cosa, les confirmaron el lugar exacto en donde pensaban deshacerse de los cadáveres. Eso les dijeron. Los creyeron a medias.

Mercedes tenía los ojos llenos de lágrimas. Ésa no era, en modo alguno, la despedida que Valentina se merecía. Después de tres años de lucha valiente y de una historia de amor colmada de buenos y malos sentimientos, su amiga iba a quedar atrapada entre decenas de huesos tan ignorados como el suyo, despeñados cuesta abajo en el barranco. Al ingrato castigo se añadía el deber de explicarle a Arturo una muerte aún más increíble que el nacimiento accidentado y grotesco de Frida. Pero lloró la niña y tuvo que acercarse a recogerla. A Mercedes le asaltó la curiosidad por buscarle parecidos, jugándose lo que fuera a que saldría a la madre. Se preguntó qué iba a hacer ahora, pues, al fin y al cabo, también los

muertos al marcharse dejan tras ellos amargas dosis de esperanza. Desde la cocina, Teresa le dio una rápida respuesta a su pregunta.

—Fregotear con agua y jabón las huellas de la desdicha. Eso haremos.

Y eso fue lo que hicieron. Limpiar y fregar para descargar el dolor y refrescar el alma.

En ese mismo instante Arturo Ramoneda, desde lo alto de la montaña de Portbou estaba siendo testigo de la llegada de las fuerzas nacionales a la frontera francesa. El hecho incuestionable de la caída de la segunda República española sucedía minutos antes de que el presidente del gobierno Juan Negrín y el general Vicente Rojo hubieran atravesado la línea fronteriza. Dio la espalda a Francia y contempló la ciudad humeante de Figueras y el mar generoso de Rosas bañando los pinos, encinas y viñedos de la costa. Deslumbrado por la luz azulísima de la bahía decidió que sería un lugar perfecto para celebrar su próxima fiesta de amor con Valentina. Aquí vendrían todos los veranos a bañarse en el mar y a seducirse entre las olas como dos desmemoriados de aquel tiempo de odio y de tinieblas.

No estaba solo. Dos de sus compañeros de prisión regresaban con él a casa. De aquellas patrullas republicanas que los remolcaron como escudos humanos tan sólo quedaban rastros furtivos de su rápida desbandada. Francia, con las tropas fascistas a pie de puerta, decidió en el último momento

abrir la frontera a los perseguidos; una invitación tramposa porque los refugiados, nada más pisar suelo fraternal y democrata, iban a ser tratados por sus vecinos franceses en calidad de rehenes y encerrados en campos de concentración a fin de protegerse de la riada humana que les caía encima.

Arturo despertó sobre las seis de la mañana, cuando los pájaros perseveraban dóciles bajo el duro fragor de los aviones caza. Previsor como nunca antes, se movía entre matorros y zarzales evitando ser alcanzado por alguna bala ciega o resentida. Su aspecto harapiento no invitaba a confianza alguna: flaco hasta la inanición, barba de siete días, descamisado y medio desnudo, con llagas en cuello y brazos. Tan sólo un capote, recogido al azar para protegerse del frío, devolvía un poco de dignidad a su físico descompuesto. Desconocer el día exacto en que se encontraba lo ponía nervioso. Que todas las familias fueran felices y se jactaran de traer niños al mundo como regalo natural de la vida no le aseguraba tranquilidad; más bien inquietud y desconfianza. Imaginar su encuentro con Valentina y el hijo que esperaban lo incitaba a bajar trotando por la pendiente húmeda. Pero, sabiendo también que una alegría desmedida suele ser la peor enemiga del deseo, se propuso caminar despacio, algo alejado de sus compañeros. Y siempre sin mirar atrás.

Aún no había llegado a la estación de Figueras cuando, al ver los rostros de amargura de quienes se iban cruzando en su camino de regreso a casa, comprendió el terrible duelo en el que vivían sus ciudadanos. No le hizo falta indagar demasiado para entender que la mitad de la población ya no estaba allí, sino sumergida en la tenebrosidad del suelo. Aquel deambular

de espíritus asustados le recordó las figuras escuálidas de las batallas pérsicas. Eligió no pensar en lo que estaba viendo. Buscó colarse en el primer vagón en dirección a Barcelona. Sólo cuando el tren arrancó, y la risa de algún pasajero presagió un posible pacto de fe ciega en el progreso, Arturo sintió el grave estremecimiento de la soledad final y decisiva.

A las tres de la tarde, ahora sí bajo un sol helado de un Ampurdán esquivo, la Comisión Gestora Municipal de Figueras leyó otra nueva disposición que daba por prohibida cualquier actividad política opuesta al nuevo régimen. El mandamiento de los recién estrenados responsables del orden dictaminaba hacer desaparecer las luchas ideológicas de los españoles y que de ahora en adelante la única política a seguir fuera la reconstrucción de Figueras. Lo siguiente que dispusieron los mandos franquistas, tratando de conseguir la higiene impuesta en la restauración de la ciudad, fue cambiar los nombres de las calles. Se cantaron los nombres de unas cuantas. La avenida de la República se convirtió en Generalísimo Franco. La plaza del Presidente Wilson perteneció ahora por decreto a José Antonio Primo de Rivera. Y así sucesivamente. El nuevo alcalde promulgó un edicto que obligaba a todos los ciudadanos a proporcionar hospitalidad, cama y comida, fuera la hora que fuese, a las fuerzas del ejército nacional.

Seguidamente a ese bando hubo otros de ultimátum irrefutable y concluyente a los liberados del grupo republicano. Todos los hombres y mujeres sin excepción movilizados por organizaciones marxistas debían presentarse con urgencia a la

Comisión Clasificadora de Presos con el aval, caso de tenerlo, de la autoridad militar o civil de la Falange que certificase su solvencia. De lo contrario, serían encarcelados de inmediato. A las pocas horas se formaron colas de pálidos sacrificados a la espera del temible dictamen. Pitu Farriols estaba en una de las filas con el cuerpo torcido y ningún documento formal que mostrar a la comisión clasificadora. El edicto terminaba con una nota aclaratoria señalando que, a fin de facilitar la actuación de la justicia, toda persona que tuviera noticia o conocimiento sobre la situación delictiva de algún ciudadano, estuviera preso o todavía no, debería presentar la denuncia correspondiente a los hechos de esa comisión.

De modo que la epidemia de delaciones comenzó a extenderse por todo el país como cólera vengativa que ponía en la picota a todas las personas que no comulgaban con el régimen franquista. Esa medida profiláctica cumplida a rajatabla consiguió las consecuentes torturas y asesinatos de muchos inocentes. Pagaron buenos por malos. Cuando le llegó el turno a Pitu Farriols, apoyado en la garantía oral de voluntario enterrador de muertos, el funcionario de turno decidió informar negativamente su solicitud de depurado. Escribió en el documento correspondiente: «Reconocido homicida patrullero.» Y se quedó tan ancho.

Al día siguiente, a las diez de la mañana, tocadas una después de otra en la campana recobrada de la ermita de San Telmo, se celebró la primera misa en la Rambla de Figueras por no disponer de iglesia en pie donde reunirse a festejar la consagración cristiana. La misa la dijo el sacerdote Buenaventura Coma y asistieron las autoridades civiles y

militares, además de un gran número de ciudadanos que incluía también a aquellos que nunca habían ido a misa y ahora tenían sus razones de vida o muerte para hacerlo. Como era el caso de Teresa Pascual. Mercedes se empeñó en que acudieran juntas a la ceremonia llevando cada una un niño en brazos y colocándose, a poder ser, en primera fila.

Con el clero se sentía como pez en el agua. La atracción acostumbraba a ser mutua, especialmente con aquellos curas de talante menos conservador y fascista. En la guerra aprendió mucho, en especial a desenvolverse como una mujer moderna, siendo en realidad una feligresa ejemplar y de comportamiento intachable. Llevaba entre ceja y ceja acercarse al sacerdote, en primer lugar, porque cualquier hombre con sotana le daba seguridad y deseo de abrazarlo, y después porque, según experimentaba muy adentro, sólo en la parroquia podrían facilitarle alguna solución inmediata al problema de sus desperdigadas vidas.

A Teresa no le explicó sus intenciones, pese a los aspavientos y la cara de asombro que ésta puso mientras la veía lavar a los niños de los pies a la cabeza, vestirlos como príncipes con la ropa traída de Barcelona, echarles agua de colonia, protegerlos del frío con sendas mantas de lana tejidas por Catalina y hasta colocarse ella misma su mejor abrigo de ciudad.

Frida no estuvo tan pacífica durante la ceremonia. A decir de Mercedes, que la tenía en brazos, el sacerdote se explayó demasiado en el sermón y en los movimientos consagatorios. ¿Sería verdad que iba a parecerse a su madre? Rezó por ella. En cambio, el hijo de Teresa no se movió ni despertó.

Minutos después de concluido el oficio, con casulla el capellán y mantilla negra la piadosa, iniciaban cura y feligresa una relación de afecto mutuo que iría a perdurar toda la vida del padre Ventura.

Estuvieron conversando más tiempo de lo esperado. Ella comenzó por aceptar contenta sus bendiciones y penitencias.

—La oración —decía el padre Ventura— nos ayudará a olvidar, perdonar a nuestros enemigos y recordar a nuestros muertos sin odio ni amargura.

En lo tercero, Mercedes le daba la razón. En lo primero y segundo, ya se vería.

Luego entraron en materia profunda. Intimaron rápido. Le habló sobre el problema familiar por el que estaba pasando: un hermano prisionero de los republicanos, del que no se tenía noticia alguna, el padre de la niña que llevaba en brazos con una mujer que acababa de morir en el último bombardeo. Pasó por alto el pedigrí de Valentina. También le hubiera gustado hablarle de Ramón Mercader, pero consideró que estaba fuera de lugar abrir su corazón romántico a un capellán desconocido. Instruida por los desahogos de los soldados agonizantes, Mercedes aprendió muy pronto que nunca se debe hablar a un hombre de otro hombre. No con el sentimiento que ella ponía al referirse a sus pasiones imposibles de disimular. No lloró mientras contaba su tragedia, cosa que le sorprendió bastante. Vestida de luto parecía como si la tristeza se le hubiera escapado del rostro para instalarse en la piel de su envejecido cuerpo. En su conversación con el sacerdote se centró en

informarle de quién era hija. El nombre de Antonio Ramoneda no podía pasar inadvertido a un hombre que había estudiado en el seminario de Vic, coleccionaba tallas de arte románico y pasaba los veranos en el balneario de Valfogona de les Monges. Sus ojos cansinos y azules brillaron al escuchar la noticia.

—Estoy seguro —le dijo— de que coincidí en un par de ocasiones con el señor Ramoneda.

Le pidió cinco minutos para recapacitar y ponerse en marcha. La instó a acompañarlo hasta la sacristía con intención de cambiarse y hacer una llamada telefónica urgente a Barcelona. Dos chicos vestidos de monaguillos los siguieron bajo pretexto de vigilancia y séquito.

Entretanto, los habitantes de la casa de la calle Anglí se movían irritables entre muebles y paredes, y en duda constante sobre su vivir inquieto. Las mujeres sollozaban por la falta de noticias de las pobres niñas. Arturo, que acababa de llegar hecho un guiñapo, vivía apartado de las tristes mujeres, cuya compañía y consuelo le resultaban insufribles. Pasaba las horas en el sótano, como si Valentina aún siguiera acostada en aquella cama oscura de cenicienta encubierta. Los hombres fumaban, tropezaban con las puertas y se preguntaban a cada momento qué hacer o no hacer para localizar a Valentina y Mercedes sin poner en peligro sus vidas. Todos vivían pendientes del teléfono. Se habían puesto como límite algunas

horas más de espera atenta antes de salir al rescate de aquellas fugitivas.

—Removeremos cielo y tierra hasta encontrarlas —dijo el patriarca de la familia.

El único momento de distensión de los dos largos días vividos a la espera de información sobre el paradero de las niñas fue la llegada de Antonio Ramoneda y de su esposa Montserrat Palop. El entusiasmo quedó larvado de inmediato por la desaparición de las chicas, pero, cuando decidieron revelar el lugar en donde ellos estuvieron escondidos los tres inacabables años que duró la guerra, fue imposible impedir una sonrisa de agradecimiento en aquellas caras abatidas. La noticia de que iban a ser abuelos no era nueva para ellos pues, pese a su aislamiento, estuvieron al tanto de todo lo importante en la familia. Solamente Lucrecia era sabedora del secreto.

Los aparecidos regresaban con la mitad de peso de cuando tuvieron que escapar precipitadamente al iniciarse la guerra. Se desplazaban con lentitud y desánimo dentro de unos trajes que bailaban con cada uno de sus movimientos.

Pese a todo, Antonio Ramoneda, aficionado al juego y las sorpresas, se concedió el placer de dilatar al máximo la revelación sobre el lugar donde habían permanecido ocultos. Comenzó desvelando que Valentina Mur no era una extraña para ellos. La habían visto con el pantalón azul de libertaria. Luego, con el chaquetón amarillo, con el cabello suelto, con moño, con gafas de sol, bebiendo horchata. Sus hijos se preguntaban extrañados cómo sus padres podían jactarse de

conocer a Valentina si durante todo ese tiempo estuvieron en casa de los Malferit en Valencia. Taciturna y sentada en la mesa camilla junio a su hermana Lucrecia, Montserrat Palop permanecía en silencio cediendo el protagonismo a su esposo.

Este siguió hablándoles, como si tal cosa, de la impresión de ver a su hija Mercedes vestida con el uniforme de enfermera y, luego, a Arturo acompañado de Valentina la noche veraniega de los arrumacos, cuando saliendo de la fábrica en llamas se dirigieron a la calle Salmerón. La emoción pudo con ellos al revivir la historia. Fue entonces cuando intervino Lucrecia, al descubrir que los paseos de sus sobrinos a la Rambla de Cataluña obedecían a un objetivo claro y premeditado. Bajo la excusa de una afición caprichosa de la tía por las horchatas de chufa, instigando a las chicas a sentarse en el banco situado junto a La Jijonenca, conseguía permanecer allí el tiempo suficiente para que sus apenados padres, encerrados en un desván del edificio de enfrente, siempre a oscuras, pudieran ver a sus hijos y confirmar, si bien en la distancia, la felicidad de saberlos vivos.

Aquella habitación siniestra y bienaventurada en la que estuvieron refugiados los Ramoneda se la cedió un antiguo contable de las Hilaturas, Sebastián Villagordo Pérez, en una reacción inesperada de generosidad de alguien a quien el prestigioso industrial no había tratado con suficiente benevolencia. ¿Por qué lo hizo? No lo sabían a ciencia cierta. Cosas de la guerra, también. Concesiones que se hacen para aliviar el alma. ¿Locura pasajera del contable o premonición sagaz para que Antonio Ramoneda se acordase de él cuando vencieran los suyos? Seguramente, en la conciencia de algunas

personas siempre hay un momento en el que dejan de sacudir la ira y el deseo de aniquilar al otro para rendirse a la evidencia de que obrar sin maldad tiene también su recompensa.

Y la tuvo. Cuando Villagordo Pérez les abrió la puerta para comunicarles la noticia de que en esa ocasión ellos volvían a ser los ganadores anunciándoles que podían regresar sin peligro a su casa, Antonio Ramoneda le dijo con la voz apagada del secuestrado inmóvil:

—Me has salvado la vida, amigo. Mi misión a partir de ahora será demostrarte nuestro agradecimiento y ocuparme de ti hasta que Dios quiera.

Y cumplió su palabra. Aquel antiguo contable, de pocas luces y corazón sofista, pasó a ser el secretario personal del fabricante, su intermediario en asuntos de resistencia antifranquista y, en alguna ocasión en la que las circunstancias lo exigían, se ocupó de ponerle el abrigo, calarle el sombrero y retocar el nudo de su corbata.

Padres y hermanos estaban comiendo arroz caldoso en la mesa del comedor de la calle Anglí cuando asomó Lucrecia con una expresión de felicidad en la cara que pocas veces se le veía.

—La teva filia Mercedes al teléfono —le dijo a su cuñado.

Le costó sacar la frase y respirar al mismo tiempo. Todos corrieron al aparato negro de la salita. Nunca hubo una llamada telefónica más esperada ni tampoco tan angustiosa

como aquella de siete minutos que duró la conversación del padre Ventura con la familia. Otro dato singular fue constatar que la línea se mantenía sin interrupciones importantes mientras la telefonista de Figueras conectaba con la de Gerona y ésta, con suerte, lograba llegar al barrio apartado de los pinos de la Bona-nova.

Los gritos fie Mercedes resonaron por el Alto Ampurdán. Los de la casa preguntaban por su paradero: querían datos precisos. El niño, por ejemplo.

—¿Habrá nacido el niño?

—Sí —decía Mercedes—. Es una niña.

Mosén Ventura le robaba el auricular.

—Algo desagradable ha sucedido.

Las interferencias de la línea finalmente sirvieron de ayuda en el desgraciado encargo de comunicar la triste noticia sobre el fallecimiento de Valentina. La delicada papeleta corría a cargo del padre Ventura. Los curas solían ser, entonces, compañía y consuelo de contratiempos graves y otras noticias infelices.

—Qué dius, si us plau? No se sent, filia —decía Antonio Ramoneda—. ¿Cómo dices? No te entiendo, hija.

Arturo se apoderó del teléfono. Era su turno.

—Mare de Déu! —gritó Lucrecia—. ¡Madre Santísima!

Él insistía en hablar con Valentina. El capellán volvió a hacer uso de su preparación apostólica y vivificante. Rogó al joven del otro lado que hiciera el favor de pasarle al señor Ramoneda. Cuando éste se aseguró de tenerlo al cabo del hilo, hizo uso de la práctica en resignación cristiana que solía dar buenos resultados en los creyentes cuando se trataba de comunicar noticias malas como si fuesen buenas.

—La niña está como una rosa. Pero a la madre —explicó solemne—, Dios se la ha llevado al cielo.

En una casa donde se lloraba con facilidad, las lágrimas decidieron pasar a un segundo plano.

—¿Dónde está mi mujer? —preguntaba Arturo, aterrado por las impresiones del padre.

El padre Ventura se permitió una mentira piadosa.

Les dijo que estaban todas allí, con él, seguras bajo su protección y amparo. Pasó el teléfono a Mercedes porque la voz de aquel joven no le inspiraba la piedad que ahora solicitaba. Sobre todo cuando le oyó decir:

—¿Quién la ha matado?

Fue difícil, pero no imposible, terminar convenciendo a Teresa Pascual de que fuese a vivir una temporada a la casa de la calle Anglí en calidad de ama de cría de la recién nacida. La negociación tuvo sus más y sus menos hasta llegar a un

acuerdo. A cambio de su conformidad en formar parte temporal de la familia, además de ser remunerada por su dedicación, Antonio Ramoneda se comprometía a encontrar para ella un trabajo serio para toda la vida.

—En Figueras, señor —fue la única condición exigida por Teresa. Volver a su humilde casa junto a las rosas del huerto donde dormían sus niños.

Madres adoptivas nunca le faltaron a Frida. Dulces, cuentos, juegos y canciones acompañaron su infancia dándole cariño y calor pero sin llegar a borrar la nube de orfandad y aquella inquietante dureza en la expresión de anhelos y sentimientos. Por el contrario, cuanto más avanzaba el tiempo, la curiosidad de Frida por desvelar su pasado se fue haciendo lo suficientemente importante para arrebatarse el destino. Y nada hay más misterioso en el destino de un ser que la búsqueda de un retrato desconocido.

En el interior de la casa, la vida seguía igual que antes de la guerra. El silencio mantenido por la familia, con la sola excepción de Lucrecia, sobre los pasados años de violencia y delirio resultaba claustrofóbico para la adolescente, invitándola a prestar atención a cosas de las que nadie hablaba y que ella iba elaborando con su imaginación dudosa. A veces imaginaba que estaba muerta y al mismo tiempo viva, buscando descubrir si los vivos la querían o añoraban. La presencia constante en la casa de unos seres llamados Ramón Mercader, León Trotsky, Valentina Mur..., que evocaban las fotografías colocadas en la repisa del comedor de sus abuelos, actuaba para ella como cebo pasional de conciliación con la vida. Cuanto más la

repelían las mentiras del presente más se sentía próxima al pasado y a sus olvidos y quimeras. La asfixia que sitiaba un país sometido a la dictadura franquista y la consecuente desaparición de su madre Valentina Mur le habían enseñado a vivir como si nunca tuviera que morir.

¡Abominable Franco! ¡Abominable Stalin!

Frases que muchos pensaban y casi nadie decía.

Así transcurrían los años. Con los almuerzos dominicales en casa del abuelo Antonio, a los que concurrían los miembros de la familia Ramoneda al completo, encontrando cierto placer en juntarse para resistir sin rencores la represión impúdica del nuevo régimen. Así pasaron: serenos pero no felices. Con el parloteo continuo de las mujeres de la casa que, acercándose a la vejez, se iba volviendo cada vez más sabio y también más cómplice con los fantasmas del tiempo. Con sus llegadas y sus despedidas.

Allí seguía imperturbable el patio de Lucrecia, junto al invernadero de hortensias y geranios, donde las (ardes de todos los veranos, sentada en la mecedora verde, se abanicaba la señora Forcada, siempre recién llegada de Roma y siempre con noticias calientes de la casa que compartía con su hija María y el esposo de ésta, el celebrado Vittorio de Sica.

Nada más llegar y tomar asiento, sin abandonar el bolso que colocaba de manera invariable en su regazo, la señora Forcada se disponía a hablar con prolijidad absorbente, como si el

ejercicio de narrar y de exponer su vida lo tuviera prohibido el resto del año en el que estaba fuera de España; en el extranjero, como se decía entonces, marcando bien las sílabas de la palabra para distinguir esa libre realidad del espanto de una población anclada en el fascismo. Ella pasaba la tarde contando historias con su voz fina y gangosa y su aspecto intolerablemente chic, utilizando frases teatrales cargadas de doble sentido que sólo pudieran entender las iniciadas. Frida se lo tomaba como una diversión extra del verano, pues tenía que agarrar esas palabras al vuelo y ponerse luego a colocarlas en el lugar conveniente de su desorden mental hasta conseguir, en parte, completar los acertijos del insufrible puzle.

El tema principal de todas las tertulias veraniegas se llamaba Ramón Mercader, aunque las mujeres, al referirse a él, pusieran mucho cuidado en evitar mencionarlo. Muchas veces, esa decisión dependía de lo cerca o lejos que se encontrase Mercedes Ramoneda de sus tías. Ella y la señora Forcada mantenían opiniones diferentes sobre la actuación de uno de los asesinos más sonados de la historia contemporánea. Esta última consideraba que el encargado de matar a Trotsky era otro homicida bolchevique a sumar a aquellos que fueron capaces de asesinar a millones de inocentes porque el jefe mayor del estalinismo padecía el capricho del crimen generalizado. Sin embargo Mercedes, en su papel de novia secreta del comunista contrito, estaba convencida de que el desgraciado atentado contra Trotsky obedecía a un crimen político. En cierta manera, para esa enamorada infeliz, Mercader seguía siendo un héroe.

También, en lo referente a otros aspectos de la vida cotidiana en la España franquista, las posiciones de una y otra eran contrapuestas. A Mercedes, la figura de Francisco Franco le revolvía las entrañas. Por el contrario, para la señora Forcada el dictador representaba la salvación de un país que estuvo a las puertas de caer para siempre en el credo estalinista. A su modo de ver, totalmente opuesto al de su hija y su yerno Vittorio, el Generalísimo había liberado el país de los rojos y demás farándula canallesca. Respecto al nuevo régimen sólo estaba en total desacuerdo en una sola cosa: en el odio declarado de Franco por los catalanes. Muy pronto, sin embargo, y por una cuestión de intereses esenciales de Mercedes Ramoneda, empezarían a limarse las diferencias entre las dos mujeres. El cambio tuvo lugar cuando esta última descubrió que para alegrar su afligido sentimiento amoroso iba a ser inevitable el espíritu redentor y aliado de la señora Forcada.

La historia tuvo lugar en México, en la ciudad de Veracruz, mientras la señora Forcada paseaba cogida del brazo de su último pretendiente, al que acababa de localizar y seducir en otro más de los costosos y distinguidos cruceros trasatlánticos a los que estaba abonada cada año. Al bajar del barco en compañía del supuesto multimillonario mexicano y sentarse ambos en uno de los vistosos cafés del puerto se encontró de pronto con la inesperada fotografía del asesinato. Sobre la mesa acababa de descubrir, en primera página del periódico, el rostro vendado y sangriento de su sobrino Ramón, al que acompañaba el titular siguiente: «Trotski muere a consecuencia de un atentado.» Hábil en el arte de la

simulación logró ocultar a su acompañante el fuerte impacto que le produjo la noticia. Acercó distraída el periódico a sus ojos, dispuesta a leer lo que decía. El artículo era breve. «Demasiado corto —pensó— para un hecho de importancia tan notoria.» Lo que leyó la dejó, si cabe, más perpleja. Allí no salía el nombre de Ramón, por suerte para todos.

Según parece, hace poco tiempo, un comunista francés que dijo llamarse Frank Jackson se presentó en casa del revolucionario y consiguió mantener estrecha amistad con Trotski, a quien visitó frecuentemente hasta conseguir asesinarlo.

¿En eso se resumía la explicación? Ningún comentario más sobre la noticia que en esos momentos debería estar conmocionando al mundo.

La señora Forcada dio un respiro, llamó al camarero y ordenó un cóctel margarita de esos que ayudan a exaltar el ánimo. Luego optó por sacar el abanico del bolso y darse aire con precisión turbada. Poco tiempo después, con el pretexto de que sentía un calor insoportable, se dirigió al baño de señoras, donde expulsó un vómito amarillento y fulminante. El apellido Mercader, originario de una familia clásica, honesta, católica y catalana, quedaría mancillado y unido para siempre al crimen más famoso de la historia. Mientras se empolvaba la nariz le comentó al espejo: «Por lo menos, Ramón es menos tonto de lo que parecía y ha tenido la decencia de ocultar nuestro apellido a todo el mundo.» El honor de la familia quedaba a salvo. Nadie más en México, excepto ella misma, conocería la verdadera identidad que se ocultaba bajo ese nombre vulgar y

socorrido. Y si pasado el tiempo alguien lograba averiguarlo, ella ya no estaría en este mundo para tener que soportar la vergüenza del escándalo. Pero conociendo el temperamento disciplinado de Ramón sabía con certeza que ni policías ni jueces, sirviéndose de los métodos de tortura más terribles, lograrían sacar al preso una sola palabra sobre su procedencia y los motivos del crimen.

Permaneció un rato más en el baño de señoras especulando que Caridad Mercader podía estar detrás de todo aquello. Los infortunados chicos siempre fueron dominados por las ideas de Caridad. Sintió pena por ellos y una tremenda decepción hacia su cuñado Pau, incapaz, el pobre, de haber actuado con sus hijos con la disciplina obligada de un padre.

Regresó coqueta y sonriente a la terraza del café con un proyecto de acción futura en su cabeza. En un descuido de su acompañante tomó el periódico, lo dobló en cuatro y se lo guardó en el bolso. A partir de ese momento se entregó en cuerpo y alma a lograr que don Norberto Forcada Vargas, viudo a su vez de una hacendada mexicana, fuese su próximo marido. Se casaron el 12 de octubre de 1940, dos meses después del suceso. Un matrimonio breve y del que, para desgracia suya, la señora Forcada sólo pudo obtener su apellido y un perro de lanas blanco como el hielo. Don Norberto Forcada Vargas murió a la hora de la siesta en el mes de julio del año siguiente. El sofocón provocado por un copioso almuerzo y otros ardores mediterráneos lo trasladó de Palma de Mallorca al cementerio de Valldemosa poco antes de que la nueva recién casada resolviera apartarse de su marido al descubrir que el supuesto millonario del crucero era un hombre tan necesitado como ella

misma de un cónyuge provisto de fortuna copiosa y más que suficiente.

A los pocos días de enviudar, vestida con alivio de luto, la señora Forcada llamó a la puerta de la casa de la calle Anglí. Entró irguiendo los hombros, la piel del rostro inmaculada en grado sumo y llevando bien abiertos sus ojos azules alumbrados de satisfacción por ser ella la poseedora del secreto más disputado de su tiempo.

—Ja sóc aquí! —le dijo a Lucrecia, dándole un beso escurridizo que le dejó marcado en la mejilla el rosa reluciente de su carmín de labios.

Se sentaron en la galería a beber horchata y distraer la tarde de los geranios rojos con el material succulento que llevaba entre manos la mundana y cosmopolita confidente. Hubo un silencio forzado. La torre de la parroquia de Sarriá dio sus seis campanadas. El sol despertaba adelfas y dondiegos divulgando su caída. Iba a cumplirse un año del comienzo de la segunda guerra, ocasionada por la invasión alemana a Polonia, y la señora Forcada, que en contadísimas ocasiones hablaba de política, comenzó despotricando contra Hitler. El Führer, como se hacía llamar, era un amanerado y un maniático capaz de adueñarse en un santiamén del mundo.

—Y también de España —subrayó. Eso era lo que se contaba en los mentideros de todos los puertos que junto a su querido esposo había visitado. Era lo que se vivía en casa de su yerno Vittorio. Jugador, sí, pero también enemigo acérrimo del diablo

alemán que se había propuesto eliminar del mundo a gitanos, judíos y todo aquel que no comulgase con sus principios fascistas—. Sólo falta que invada Cataluña. Con el pedigrí que tenemos, podemos darnos por muertos.

—María, siempre serás una exagerada —dijo Lucrecia, dejando claro que esa clase de bromas no le hacían ninguna gracia.

—No son bromas, no. Son verdades como puños, créeme.

Y pasó a otro tema.

Lucrecia no tenía reparos en admitir que ella viajaba gratis gracias a las historias que le contaba la señora Forcada. Empezó ésta refiriéndose al nombre del buque. Se llamaba Los Adioses, pues, según comentaba, era propio de los venezolanos, siempre novelescos y pasionales, poner nombres poéticos a los barcos. Siguió con que antes de zarpar destino a México, en la barandilla del puente se encaprichó del hombre que alzando unos prismáticos simulaba divisar la costa mientras enfocaba con sus lentes los ojos azules de la señora Forcada y su piel translúcida como la espuma costanera. Fueron las palabras exactas de Norberto Forcada Vargas, un rapsoda: ése era el hombre.

Continuó explicando a Lucrecia, sin ahorrar detalles, la ruta magnánima del crucero quejándose de que la guerra asolaba la mitad de la geografía asequible y que debido a ese percance el recorrido había quedado limitado de modo considerable. Tuvo el atrevimiento de dejar caer un par de lágrimas por la desaparición imprevista de su nuevo esposo, aunque se sentía

contenta de llevar su apellido. Un nombre sin referencias estrambóticas. La señora Forcada nunca perdía la ocasión de lamentar que Caridad Mercader fuese responsable de haber manchado el honor de la familia.

—Ho entens, reina? Lo comprendes, ¿no?

Pero Lucrecia no cazó el sentido. O prefirió ignorarlo, teniendo en cuenta que su prima, María Forcada, seguía con la cabeza llena de pájaros y que si uno sabía cómo tratarla ése era precisamente uno de sus encantos.

Iba a pasar al tema central de la conversación cuando de la puerta de la galería vio salir a Mercedes acompañada de una niña de orejas salidas, piel dorada, cabello engominado, más bien feúcha, que quedó embobada al encontrarse con la visita. La señora Forcada hizo una rápida carantoña a la pobre Frida y consideró que ése era el momento providencial de lanzar su gran descubrimiento.

Llevaba metida en el bolso la hoja con el recorte del periódico mexicano. Lo abrió ceremoniosamente. Daba toda la impresión de que iría a sacar de allí y en bandeja de plata la cabeza de Juan el Bautista. Hizo una pausa antes de pasar al siguiente acto, para el que exigió a la audiencia el máximo secretismo ante lo que estaba a punto de mostrarles.

Lucrecia se puso los lentes.

El retrato de Ramón Mercader con el rostro golpeado como un santo cristo y acusado públicamente de asesinato

convulsionó la hamaca, los balancines y los emparedados de la mesa.

Mercedes le robó el papel de las manos. Se indignó al leerlo. El misterio que envolvía el nombre verdadero del asesino de León Trotski casi le molestaba más que descubrir a su primo apaleado por policías y guardias. Con sólo ver la imagen del retrato, aun tratándose, como no era el caso, de un desconocido, lo perdonaría por la ternura de sus inocentes ojos. Lo que más la atormentaba no era que hubiera un asesino en la familia, sino algo mucho más terrible y perpetuo. Haber dado muerte a Trotski transformaba a Ramón en un asesino legendario. ¿Cómo se podía reparar ese desastre? Sintió un fuerte dolor en el pecho.

—Una aspirina —dijo. Y desapareció un segundo.

Mientras tanto, Lucrecia aprovechó para despotricar contra comunistas y su parentela prosoviética.

—Por mí que se pudra en la cárcel. Así viviremos tranquilos —les dijo sin mirarlos.

Lo bueno del amor inmortal es que vive libre de impedimentos y encierros. Lo malo, que ni siquiera muros y ausencias consiguen desterrarlo. La señora Forcada se apresuró a contestar a Lucrecia:

—¡Oh, no! No des por seguro que lo mantengan vivo. Tal vez lo maten para que no hable. Así es como las gastan los rusos con sus espías internacionales.

Ellas la miraban embelesadas.

—Esto lo sabe hasta el papa de Roma —les dijo para pincharlas.

—Caray, tía, no sea tan aguafiestas. Lo mejor de la noticia es que nosotras hemos sido las primeras en descubrir dónde se encuentra. Podemos ayudarlo.

Silencio sepulcral.

No hubo comentarios a la decisión compasiva de Mercedes. Eligieron correr un tupido velo sobre el trasfondo interesado de la frase y poner el máximo sentido práctico a una situación complicada y gravemente embarazosa. Por el bien de su sobrina y el entorno social y familiar decidieron, de común acuerdo, que iban a mantener oculta la identidad del asesino de Trotski. Los abanicos, disgustados por el tono y el ritmo que habían tomado las circunstancias, abrían y cerraban sus varillas con golpes sincopados de protesta.

De pronto, la relación de Mercedes con la señora Forcada comenzó a dar un giro asombroso. De ignorarla cortésmente y reír a sus espaldas pasó a endulzarla con toda clase de alabanzas y regalos. Le gastaba bromas y aplaudía sus meteduras de pata de un modo que encrespó a Lucrecia. Sin que viniera a cuento se disculpó por no haber sido lo suficientemente atenta con ella cuando, de paso por Barcelona con su marido mexicano, llamó por teléfono para darles la buena nueva de su matrimonio. Habrían debido invitarlos a comer el domingo. Eso estuvo mal. Uno nunca sabe lo que puede suceder en la vida. Si lo hubieran sabido... Avanzada la

tarde volvió a la cocina y regresó con una bandeja de pastelillos de bizcocho llamados quatre quarts, sin precedentes en la cocina española, que eran la delicia de los pocos elegidos para probarlos. Pero no contenta Mercedes con ofrecer a la señora Forcada uno de los pasteles más apreciados por los sabios en repostería, por primera y única vez en su vida le reveló el contenido de la receta más famosa de la casa de la calle Anglí.

La señora Forcada no podía imaginar siquiera pasar toda una mañana en la cocina. Pero agradecía el detalle de su sobrina.

—Mis virtudes son otras —dijo. Sin embargo, alabó de nuevo las cualidades culinarias de Mercedes, disfrutando con cada bocado.

De la noche a la mañana, la eterna enamorada del amor había decidido convertirse en alguien imprescindible en la vida de la señora Forcada. Inmediatamente después de ver la foto de su primo con la cabeza vendada y expresión de criminal conmocionado volvía a ser la misma Mercedes que, en pleno bombardeo, era capaz de recorrer Barcelona entera hasta dar con el paradero de Ramón.

—Dime una cosa, María. ¿En México los hombres son tan apuestos como salen en las películas? ¿Y qué me dices de su forma de hablar?

Ninguna otra cosa podía gustar más a la señora Forcada que ser requerida para dar su opinión práctica sobre hombres y amoríos.

—Las mujeres somos adivinas —empezó diciendo. Y así siguió hablando hasta que dieron las ocho y se oscureció el cielo. A Lucrecia, aquel ejercicio de amistad súbita por parte de su sobrina comenzó a inquietarla. En todo caso, estaba segura de que la nueva estrategia que podía estar planificando Mercedes resultaría un fracaso.

La vida, lo sabía de buena tinta, nunca era como en las películas.

Se vieron en el bar del hotel Majestic poco antes de que la señora Forcada tomase el avión de regreso a Italia junto a su hija y su yerno.

—No te preocupes. Yo tengo mis contactos —le prometió a Mercedes.

Le costaba disimular que se sentía feliz como unas pascuas porque, para sorpresa suya, sus parientes catalanes habían pasado a considerarla pieza fundamental en la aventura de localizar a Ramón y, una vez conseguido el primer paso, planificar la manera de que Mercedes pudiera ponerse en contacto con él sin más preámbulos. Esta le habló de su habilidad para escribir cartas. Tenía prisa por renovar su correspondencia con Ramón. Contó que él solía felicitarla por su estilo epistolar. Le gustaba recibir sus cartas. En realidad, aparte de encariñarse con los enfermos, no había hecho otra cosa desde que empezó la guerra. Las cartas eran el mejor regalo que podía ofrecerse a un preso. En su calidad de madrina de guerra conservaba en una vieja maleta toda su

correspondencia con los soldados del frente contentos de poder declarar su amor a una cronista de la fe y de la desesperación cristiana. En muchas de sus misivas, de las que guardaba una copia siempre que no fuera arriesgado hacerlo, dibujaba el símbolo de la cruz a modo de encabezamiento. Curas y comunistas, debido a los ideales elevados de sus respectivos dogmas, cumplían bastante bien con las expectativas comunicativas de Mercedes. Siempre prefirió amar a ser amada. Aprendió en alguna parte que los hombres realmente importantes lo eran porque tenían un gran parecido con san Agustín de Hipona, su santo preferido. Al igual que el pagano luminosamente cristianizado, sus hombres eran apasionados, sensuales, mujeriegos, pero también santos, solitarios y medianamente castos.

¿Sabría Ramón alguna vez, que siguiendo una invitación divina ella pensaba en redimirlo? Claro que no. Como tampoco mostró nunca curiosidad alguna por leer los trece libros del santo filósofo. Le bastaba con conocer su vida licenciosa y sus pecados.

No había acabado el año cuando Mercedes, tal y como le prometió la señora Forcada, disponía de la información necesaria que le permitiría comunicarse con su primo. Echando mano de amigos y conocidos de Norberto Forcada, en paz descansa, y gracias a alguna llamada telefónica transatlántica, averiguó que el preso belga Jacques Mornard, nueva identidad que pretendía enmascarar la primera y también falsa del americano Frank Jackson, se encontraba ocupando una de las celdas de la cárcel de Lecumberri del Distrito Federal de México. En la carta que envió apresuradamente desde Roma a

su sobrina Mercedes le añadía las señas del doctor Eduardo Cisneros Ríos, letrado del asesino de Trotski («Sobre todo, mucha atención, jamás se te ocurra escribir nuestro apellido», le indicaba) que, a su vez, le había escrito a ella personalmente anotándole su dirección particular y aceptando gustoso su función de intermediario en la correspondencia cruzada entre Barcelona y México. Por supuesto, el letrado ponía exigencias: las cartas debían ir dirigidas a él mismo, Eduardo Cisneros, escribirse en inglés o francés cifrado y siempre bajo firma falsa.

De nuevo la vida volvía a concederle la posibilidad de imaginar cosas que sólo podían contarse en una carta, en el silencio de un velorio o en un confesionario. Sin pensarlo dos veces, Mercedes se instaló delante de su escritorio dispuesta a escribir, en el inglés elegante del colegio de las Asuncionistas de Richmond, las primeras frases de inspección y tanteo sobre la persona a quien en verdad iba dirigida su correspondencia. La idea de tener que empezar por «Dear Edward» le parecía un disparate. Sin embargo, pensándolo mejor, no había razón para sentir vergüenza. El letrado y ella no se conocían. Superó el primer obstáculo. A fin de confirmar si Ramón iba a ser el lector final de esa complicada carta, jugó la baza del sentimiento catalán tan próximo al corazón nostálgico de su primo. Se lo organizó magníficamente bien para intercalar dos versos de la primera estrofa del Virolai, el célebre canto de los peregrinos de la abadía de Montserrat patrona de Cataluña: «Rosa d'abril, morena de la Serra.» Satisfecha de su hallazgo narrativo, dejó reposar la pluma junto a la carta, abrió uno de los cajoncitos de su escritorio y dedicó el tiempo sobrante a ver las fotografías de Ramón que tenía escondidas entre las

páginas de un misal bruñido de su abuela. Todo volvía a ser tranquilo y ordenado. Podía ser medianamente feliz.

En fechas imprevistas, pese a la regularidad de su frecuencia, Mercedes Ramoneda debía permanecer en cama porque unos dolores sombríos la tenían sepultada debajo de las sábanas sin otra cosa distinta que ofrecer al mundo que hipos y gemidos. Náuseas y vómitos acompañaban aquellos ataques que la dejaban inválida un día entero. El médico familiar, con su saber de andar por casa, nunca consideró necesario recetar a la enferma algo diferente a la aspirina, agua de Vichy o una botella de agua caliente. Lo cierto era que veinticuatro horas más tarde ya estaba curada. Pero durante las crisis, su estado catatónico daba miedo. Las mujeres se desvivían para cuidarla. Los hombres quedaban atrás, yendo y viniendo por el pasillo inquieto. Frida, asustada por los ataques de angustia de su tía, evitaba al máximo entrar en su habitación, pues si en un momento dado ella se lanzaba a hablar por su boca y no por la del demonio que llevaba dentro, llamaba a su sobrina cerca de la cama para decirle con la voz rota:

—Esto es peor que un parto. Recuérдалo.

A nadie se le ocurrió pensar que la sucesión de mareos y desfallecimientos podía deberse a la manifestación de una ansiedad y debilidad psíquica que Mercedes llevaba sufriendo desde su entrada en la adolescencia. Pero, en aquellos tiempos, la depresión como sufrimiento psíquico no constaba en el vademécum farmacológico doméstico, como tampoco se

conocía en toda su extensión el magma de la enfermedad secreta. Por ataques de pánico la gente del país buscaba entender las respuestas naturales de las personas a las agresiones violentas externas. Por tanto, algo sin nombre científico no merecía la pena ser tenido en cuenta.

Una de aquellas delicadas tardes, en las que Mercedes moribundeaba en su lecho de soltera inmortal, llegó la primera carta de Ramón Mercader en respuesta a aquella escrita en inglés cifrado y ciertos aderezos catalanes que Mercedes había remitido al abogado mexicano. Nada más ver el sobre reconoció la letra. Pero, cuando entre náusea y arcada de aquella menstruación simbólica empezó a leer la carta de su querido primo, quedó perpleja al comprobar que él le escribía en su catalán de siempre y la instaba a que ella hiciera lo mismo. «Es la llengua de l'amor», decía el muy tunante. Lo que para una enamorada como ella, sin traza alguna de ser correspondida, tenía el mismo significado que una declaración amorosa en toda regla. La posibilidad que le brindaba de poder dirigirse a él en el idioma prohibido por el Estado, en la lengua en la que ellos reían, lloraban y pensaban, le favorecería a expresar con emoción sus verdaderos sentimientos.

Reaccionó mostrando de pronto una salud de hierro. Un bienestar que le cambió la cara. Los dolores desaparecieron de su cuerpo, pero fingió seguir entumecida para poder meditar en la carta de respuesta que pensaba escribirle cuanto antes.

Por supuesto, todos en la casa estaban al corriente de la noticia desagradable desde el mismo instante de la llegada del

cartero. Conociendo a Lucrecia, buena era ella para tragarse el sigilo misterioso de su sobrina.

—La nena —pues así era como seguían llamando a una mujer de treinta años— ha recibido carta de Ramón —murmuraban entre ellos presos de rabia y sobresalto.

Decidieron entonces destinar a Lucrecia el papel de quitarle ese nombre maldito de la cabeza. No debían olvidarse de que se trataba de un criminal famoso. Incluso recelaban que en algún momento el malhadado Ramón volviera a aparecer de nuevo por la casa. Nadie era capaz de imaginar, entonces, que Francisco Franco estaba decidido a seguir gobernando a tres generaciones seguidas de incautos españoles.

Invocando al honor familiar, Lucrecia Palop se sentó junto a la cama de su sobrina y con voz de alcahueta absorbente le rogó que desistiera de escribirle.

—Es peligroso recibir cartas de un comunista. No le contestes. Hazlo por nosotros —le dijo segura de no ser escuchada.

—Sí, un comunista, tía, pero ahora reformado.

Y para convencerla del cambio sobresaliente de su primo, le dejó leer un fragmento de la carta en la que Ramón escribió de su puño y letra la segunda estrofa del Virolai que Mercedes había dejado inconclusa: «Il-lumineu la catalana terra, guieu-nos cap al cel.»

—Pamplinas. Piensa en tu madre —dijo ella.

Cansada de tanta languidez y enamoramiento ingrato, Lucrecia Palop se dejó llevar por la fogosidad de su temperamento y utilizó el sufrimiento de su hermana, enferma de cáncer, para persuadir a su sobrina del grave error que cometía si insistía en mantener correspondencia epistolar con ese chico desequilibrado.

El miedo por el desenlace fatal que amenazaba la vida de Montserrat Palop pudo más que cualquier otro argumento coactivo. Mercedes, obediente por naturaleza, estuvo unos meses retrasando el envío de sus cartas, lo que no significó que dejase de escribirlas.

Tampoco fue una decisión difícil. En aquellas fechas, había en la casa de la calle Anglí desgracias más terribles por las que llorar con conocimiento de causa. Pasaba los días y las noches atendiendo a su madre y poniendo en práctica los cuidados hospitalarios aprendidos durante la guerra. Apenas dormía. Nunca prometió que dejaría de escribir a su primo pero, por el momento, se vio claro en la casa que Mercedes acababa de tender una barrera de frialdad y distancia con el delincuente.

Montserrat Palop murió de noche, en su cama, asolada por la enfermedad, soportando dolor y convencida de que seguía lejos de su familia, encerrada con su marido en las cuatro paredes que sirvieron de escondite al matrimonio Ramoneda. Una semana después del funeral, Mercedes necesitó desahogar su pena con la única persona capaz de comprenderla, y volvió a hacerlo confesándose por escrito,

más de nueve páginas en las que le daba sus razones de por qué la vida se le había hecho tan insoportable.

Al día siguiente rompió la carta y la escribió de nuevo. La expurgó por completo, evitando que pareciera un pozo de lamentaciones. Habló de la muerte de su madre, sí, pero sin añadir tragedia suplementaria. La respuesta de Ramón Mercader le llegó más pronto de lo esperado. En su carta, la más triste de todas las que recibió desde la cárcel, le contaba la soledad y el desamparo que sufría en Lecumberri, ahorrándole, sin embargo, las torturas que le infligían a diario sus carceleros y que él soportaba estoicamente, manteniendo un inalterable silencio. Cuanto más callaba, más fuertes y continuos eran los golpes recibidos. Pero él podía soportarlo porque siempre tuvo claro que se hubiera dejado matar por proteger a las personas, pocas, que él respetaba y admiraba.

A Mercedes le conmovió la calidad literaria de esa carta, más propia de la mano de un escritor que de un comandante del ejército republicano.

La cárcel se me cae encima con todos sus muros, rejas, presos y miserias. Es como cuando uno se hunde en el agua y busca desesperado salir a la superficie para respirar; todos los sentidos, todas las fuerzas se concentran en eso tan ilusorio y que se hace cada día más imposible y extraño... ¡Salir!

Atribuyó su hermosa escritura a las horas de soledad y lectura con las que, según le decía, trataba de entretener el tiempo. La mayor parte del día se quedaba en su celda y

cuando salía al corredor con sus compañeros era por cumplir con el reglamento establecido. El resto del tiempo lo pasaba fumando un cigarrillo tras otro, clavados sus ojos en el techo de su litera. Por suerte, dormía solo.

Ella se permitía darle consejos sobre cómo actuar en el presidio. «Tal vez estos libros —le dijo— puedan ayudarte a olvidar el peso de las horas.» Y acompañando la carta iba un paquete con tres novelas fundamentales de la historia de la literatura. «Una rusa, por cierto.» No se entretuvo en leerlas. Los gustos lectores de Ramón iban por otros derroteros, y decidió confiárselos a Mercedes. Le comentó que estaba leyendo libros para aprender idiomas, además de manuales y otras obras sobre electricidad y electrónica que conseguía en la biblioteca de Lecumberri. Todas las noches ella rezaba por él, se atrevió una vez a confesarle. No se arrepintió de decirle algo tan privado como sí lamentó largamente aquella carta en la que, para solidarizarse con su situación, le comentó que también se había puesto a fumar porque el humo lograba unir sus pensamientos distantes en uno solo. Y no contenta con ese desliz poético aún lo estropeó más al descubrirle que había hecho la promesa de dejar de fumar en el mismo momento en el que Ramón saliera libre por la puerta de Lecumberri.

¿Se acordaba de ella? Por si acaso no fuera así, le envió una fotografía suya dedicada. «Al meu estimat amic, de tot cor, Memé Ramoneda.»

Los años transcurrían activos en la prisión de Lecumberri, sobre todo para Ramón Mercader. Mientras ella seguía escribiendo cartas y trenzando avemarías, a él ya no le quedaba nada más que aprender sobre electricidad y electrónica. Solo, y sin otra ayuda que los libros de la prisión, llegó a convertirse en un experto en la materia. Ahora se consagraba por entero a enseñar sus conocimientos a los presos. Gracias a sus cualidades como profesor, los directivos lo pusieron de director de talleres y jefe de galería. Contó que podía entrar y salir de la prisión como Pedro por su casa.

«¿Cómo puede ser?», se extrañó Mercedes.

Ramón pasó de largo ese asunto. Como bien decía: «En la vida cada uno forja su destino.»

A Mercedes le costaba cada vez más mantener intacta en la memoria la imagen de su primo adorado. ¿Tendría canas? ¿Habría adelgazado? Nunca se atrevió a pedirle un retrato. No por timidez; algún temor debió sentir de que el Ramón actual no terminara de gustarle. Tendría ahora más de cuarenta años. Y, sin duda, había adquirido mayor seguridad en sí mismo. La prueba fue una carta que la dejó conmovida. Le hablaba de que los presos lo llamaban Jac, el fraile presidiario. Según contaba, consiguió intimar con algunos de ellos. Pocos recordaban ya que era el asesino de León Trotski. Dado su comportamiento ejemplar y didáctico, los internos llegaron a estar convencidos de que se trataba de un profesor más de la penitenciaría. Pensó que a Mercedes le gustaría saber que también se referían a él como el santo del Palacio Negro.

Fue a partir de esa carta que la culpabilidad de Ramón sobre el crimen que le imputaban empezó a resultarle seriamente dudosa. ¿Y si Ramón no hubiera matado a Trotski? ¿Y si el culpable fuese otro y le tocara a él sufrir las consecuencias del terrible asesinato? ¿Y si la madre de Ramón lo hubiese obligado a cometerlo?

Con esa incertidumbre sobre lo que era mentira o verdad del hombre sentenciado, Mercedes se resignó a envejecer cuidando con absoluta entrega de su padre, su hermano, su tía Lucrecia y su sobrina Frida y manteniendo cada vez más oculto y lejano el deseo de poder reunirse con el fantasma de su infeliz pasado. Dejó espaciar sus cartas. Pensó en escribir un libro sobre su vida, pero abandonó la idea cuando se dio cuenta de que su historia superaba con creces cualquier relato novelado. Su temperamento enamorado se recreaba con ilusiones más a la medida de sus afectos sencillos y cotidianos. Lo que más le dolía cuando pensaba en Ramón era que jamás hubiera manifestado el menor interés en que ella fuera a México a visitarlo. Asumió su papel de hija soltera entregada a los hombres de la casa y a los deberes domésticos. Todavía hizo más: a instancias de Antonio Ramoneda, que pedía a su hija que lo acompañase en actos sociales y políticos, consiguió suplantar el papel de su madre convirtiéndose en su viva sombra. Altos y bien parecidos los dos, hacían buena pareja. El señor Ramoneda volvía a tener cerca de él a una mujer que se ocupaba personalmente de vestirlo, combinar con elegancia sus trajes y chalecos y elegirle los sombreros y corbatas más apropiadas a cada circunstancia.

Pese a la suma de años y a los correspondientes fallecimientos familiares, el espíritu más patente de la casa de la calle Anglí seguiría siendo para siempre Valentina Mur. Hubo un acuerdo tácito de evitar nombrarla; su foto decía más que cualquier palabra referida a ella. La familia había optado por mantener viva en la casa la presencia constante de la desaparecida gracias a un aparente descuido de su ausencia. Ese fenómeno, verdadera nostalgia del cielo, causaría también estragos en la herencia que los sucediera. La víctima estaba en todas partes y en ninguna. En la añoranza de Arturo, en los silencios de Lucrecia, en el espejo del vestíbulo donde aquélla colgaba el abrigo, en la mesa del comedor donde Valentina, con su mente altiva, acostumbraba a sentarse a leer o a repasar sus conferencias. Su perfume se dejaba oler en la flor siempre viva que colocaba Arturo en algunos de los jarrones de la biblioteca. Y en los ojos de Frida, en la sonrisa de Frida, en la inteligencia de Frida. Convencido de que las mujeres debían fomentar su intelecto con igual o incluso superior exigencia que los varones, Arturo Ramoneda inició a su hija a vestirse con la elegancia desbocada de las actrices extranjeras y a reflexionar con la elocuencia del filósofo. La niña salió estudiosa y rebelde. Lectora y respondona. Voluntariosa y mitómana. Buena e irreverente.

De todo esto Mercedes le hablaba a Ramón sin profundizar en anécdotas ni en desgracias. Sobre su hermano Alberto, con el que guardaba gran parecido, no le dijo que se había separado de su esposa Sabina, algo inusual para la época, un escándalo en toda regla para la Barcelona asustada de aquellos desdichados años. Sin embargo, le informó sobre la inmersión de Alberto en la resistencia antifascista. Sin ocultarle tampoco

lo orgullosa que se sentía de que su hermano, tras su apariencia de burgués bohemio, se dedicase a socorrer rojos o judíos de las galeras de Franco y de los esbirros de Hitler. Logró salvar a muchos de una muerte segura ayudándolos a pasar clandestinamente la frontera francesa. Escribió textualmente: «Como, por ejemplo, lo que mi hermano Alberto hizo por la pobre Valentina. Con esto ya te lo he dicho todo.»

Y mucho más de lo que podía decir. Fue un auténtico milagro que, en esos largos años de confusa y dilatada correspondencia, nadie lograra interceptar nunca la comunicación más comprometida de la España franquista y la doliente Europa.

Ninguna expiación fue vana. Ningún júbilo apartado. Tampoco se preguntaban si eran libres, porque no lo eran. Todo lo que les importaba era el día a día, dejando el recuerdo como ficción recóndita y necesaria en sus vidas castigadas y secretas. Sólo esquivando la memoria podían recuperar algo de bienestar anímico. Pero las cosas importantes que no dependen de la voluntad de uno aparecen una y otra vez como monstruos benditos de evocación antigua. El olvido no engaña: empeñarse en olvidar la guerra era la gran excusa para tener que admitirla. Sus ojos los delataban. Estaban muertos pero seguían vivos.

Así fue como, entre cartas demoradas que iban y venían de un continente a otro, fueron sumando años y esperanzas vanas de libertad perdida. Las mujeres de la casa dejaron enmohecer

su rostro a la par que el óxido del enrejado de la verja de la calle. Sólo los árboles del patio resistían orondos y gigantescos a la embestida del envejecimiento. Y aún eso era también dudoso.

La señora Forcada seguía yendo de visita puntualmente las tardes de verano para sentarse a beber horchata bajo la palmera del jardín junto a una Lucrecia que, mientras la escuchaba, parecía estar pensando en otra cosa. María Mercader, aprobado el divorcio, ya estaba legalmente casada con Vittorio de Sica, suceso que supuso una liberación para la tensa moralina de la señora Forcada. Aquel día bebieron champán para celebrarlo. La parte oscura de la familia seguía siendo Ramón Mercader. Lamentaron que, para desgracia del apellido familiar, se conociera oficialmente la identidad del asesino de Trotski, un comunista catalán de piel olivácea, ojos fríos y crispados, del que pocos querían recordar su paradero. Sus mismos compañeros, por suerte para la familia, se ocupaban de seguir ocultando una de las peores vergüenzas de la historia de su partido. Y, por otro lado, republicanos catalanes exiliados en México consideraban a Mercader un deshonor para sus ideales socialistas. Ni por lo más remoto querían ser relacionados con el asesino a sueldo del azadón soviético. De modo que el silencio con el que taparon su vida, además de tácito, llegó a convertirse en necesario. «Ramón Mercader ya no vive», llegaron a creer amigos y enemigos a los que decidieron sumarse sus parientes catalanes. Ignoraban entonces que al encubrir su existencia le estaban haciendo un favor del que él se aprovechaba ricamente.

La tarde de un jueves de agosto de 1955, la señora Forcada contaba con su público habitual dispuesto a escuchar sus habladurías cosmopolitas. Mercedes se entretenía espantando las temidas moscas veraniegas cuando Frida, con quince años cumplidos y la curiosidad morbosa de la adolescencia, se atrevió a preguntar si el hombre de la fotografía llamado Ramón, colocado en la repisa junto a las otras glorias familiares, había sido novio de su madre Valentina Mur. La pregunta dejó incómodas a las mujeres. Lucrecia y Mercedes reprimieron un largo gemido de malestar. Pero, en seguida, saltó la voz de la señora Forcada negando de plano esa suposición.

—Dejemos a los muertos tranquilos —dijo—. Y hablemos de los vivos.

Había llegado de Roma con la cesta colmada de noticias sobre Ramón Mercader y estaba ansiosa de compartir con alguien sus impagables secretos. Como cada Navidad, la señora Forcada, viuda en primeras nupcias de Lluís Mercader, solicitaba una conferencia telefónica con la ciudad de México para felicitar las fiestas a su cuñada Herminia, hermana del doctor Norberto Forcada Vargas y a su vez prima de sangre de la esposa del letrado don Eduardo Cisneros Ríos. Según le había contado aquélla bajo secreto de confesión, Ramón se negaba a abandonar la cárcel de Lecumberri hasta no haber cumplido la totalidad de su condena. Haciendo números aún le quedaban diez años para terminarla y ahora, que cabía la suerte de escapar de allí —pues los rusos, obedeciendo al plan orquestado por su madre Caridad Mercader, le habían preparado una fuga exitosa— él se negaba a hacerlo. Les contó

que la madre de Ramón, del modo más discreto posible, se ocupó de llevar a cabo las correspondientes gestiones con políticos mexicanos para programar con éxito la huida de su hijo. Cuando los trámites estuvieron dispuestos, la mañana del día determinado, el abogado Cisneros consiguió sacar a Ramón de la cárcel y meterlo en su coche. Lo llevó personalmente al bosque de Chapultepec, donde lo esperaba Caridad Mercader sentada en otro coche. En su interior tuvo lugar la entrevista entre madre e hijo que más tarde contaría con pelos y señales el letrado Eduardo Cisneros, esposo de la confidente de la señora Forcada.

El plan era magnífico. Cualquier persona con sentido común hubiera aprovechado esa oportunidad regalada por los mismos dioses para salir pitando. De allí estaba previsto ir al aeropuerto y tomar un vuelo de inmediato hacia Moscú. Pero Ramón se negó rotundamente.

—¿Cuándo ha tenido sentido común este chico? —añadió por su cuenta y riesgo la señora Forcada.

Luego hizo un pequeño gesto a Catalina para que le sirviera un poco más de horchata. Ramón deseaba cumplir su condena. Dijo que había matado a un hombre y que debía pagar por ello. Caridad insistió; lloró y suplicó sin conseguir convencerlo. Intervino Lucrecia en la explicación de la señora Forcada para decir que ver llorar a Caridad era todo un triunfo. No hubo pacto entre madre e hijo. Caridad perdió esa batalla no sólo porque no entendía la razón de aquel capricho de Mercader sino también porque, por primera vez, él se le rebelaba y no la

obedecía. Una hora después del encuentro referido, el mismo recluso reclamó a Cisneros poder regresar a Lecumberri.

Impresionada por esa confidencia, Mercedes se acomodó en su asiento dispuesta a aprobar firmemente la conducta de Ramón. En cierto modo estaba contenta. Y muy orgullosa de su primo. Quería creer que sus cartas habían podido tener algún tipo de influencia en esa actitud íntegra que lo honraba.

—Siempre supe que era una persona de corazón completo —dijo—. Tal vez lo que hizo con Trotski lo hizo sin querer matarlo. Tal vez con la voluntad de liberar a su madre y a su padrastro del compromiso que ellos tenían de asesinarlo. Vamos, estoy convencida. Daría mi mano por ello. Seguro que, en el fondo, muy en el fondo, lo que hizo, lo hizo para hacer el bien.

¿Era realmente Ramón un asesino?

Silencio reparador. Pero, desde luego, nada aprobatorio.

En esa ocasión no hubo debate ni réplica por parte de las tías. Dejaron que Mercedes se desfogase a sus anchas, cosa que cumplió encantada. Quería deslumbrarlas con las buenas acciones de su primo y, en esa ocasión, su opinión estuvo más cerca de la verdad histórica de lo que ella misma sospechaba.

Ramón Mercader logró alfabetizar a ochocientos presos a los que, además de enseñar a leer y escribir, ayudaba con el dinero que le enviaban los agentes rusos. No teniendo bastante con ello, organizó para sus compañeros un taller de electrotecnia y un obrador de artesanía. Las piezas que, a instancias de

Ramón, fabricaban los presos, las vendían sus familiares en tenderetes situados al otro lado de los muros de la prisión, algo inconcebible en la España franquista. Mercedes se alegró de que las tías supieran tan bien como ella que los internos de la cárcel se referían a Ramón como si fuera un santo.

«Lo que nos faltaba por oír», dijeron sin palabras.

Pero no terminaba aquí la historia de la conversación de la señora Forcada con su cuñada Herminia a propósito de la vida del presidiario Ramón Mercader. Siguió contando que, gracias a sus méritos en la prisión, le habían concedido el privilegio de recibir visitas los domingos en la misma puerta principal de Lecumberri. Por lo visto, ése era el día en el que la vida de afuera entraba en la cárcel bajo la forma de alud compuesto de niños colgados a sus madres, hatillos con comida y otras sustancias alucinógenas, gritos, cantos, animales, llantos y abogados. La descripción de Lecumberri estaba siendo tan precisa que Mercedes dudó si la señora Forcada no había estado allí a espaldas suyas. Como si le acabase de robar el pensamiento de la cabeza, ella manifestó que le hubiera gustado poder mirar por el ojo de la cerradura y comprobar si todo cuanto le había contado su cuñada Herminia Forcada Vargas sobre la cárcel era verdad o se trataba de otro cuento.

Por extraño que pudiera parecer, Ramón era uno de los presos más concurridos. El afecto que le tenían los reclusos llegaba al extremo de compartir con él familia y amistades. Participaba en algunas de esas visitas a internos y fue de ese

modo como conoció a una bailarina folclórica llamada Roquelia Mendoza, amiga del preso que por entonces compartía su celda.

El pecho alto, grande y bien puesto de la señora Forcada permaneció quieto mientras soltaba la borrasca. Su bolso de piel de cabritilla blanca seguía parado como un tiesto encima de su falda. Un silencio incondicional daba todo protagonismo a la invitada. Satisfecha con el interés causado en la audiencia, alargaba paréntesis y provocaba elipsis.

—Como era de esperar en un esbojarrat com aquest noi —dijo—, sucedió lo inevitable. Según me han contado, fue conocerse y hacerse novios.

Y así dio carpetazo a una revelación que nada más ser descubierta empezó a aburrirle.

—¡Una bailarina! —saltó Lucrecia—. Lo que nos faltaba por oír.

—Una bailarina con la que tiene pensado casarse —repitió ella en un tono superior.

Querría haber evitado una confesión tan directa, pero le pudo más la frivolidad que la reserva obligada de cariño hacia su sobrina.

Mercedes lo estaba presintiendo. Pero no lo dijo. Sólo habló al final para decir.

—Ya lo sabía.

Y si mintió esa vez fue porque una delicada razón de amor permite también soñar con fingimientos.

La traición de Ramón Mercader quedaría grabada para siempre en el espíritu dolorido de Mercedes. Interrumpió bruscamente su correspondencia con él. Se prohibió ser feliz escribiendo cartas después de constatar que su ídolo se había convertido en un hombre convencional decidido a casarse con una bailarina folclórica. Entró en un período de su vida en el que todas las mujeres, con excepción de Valentina Mur, le parecían tontas, frívolas y sentimentales. Buscó consuelo en aquellos hombres enemigos del demonio, la carne y la represión política. A Frida la quería y cuidaba, pero con menor entusiasmo que a sus queridos sacerdotes, y ésta lo notaba y sufría las consecuencias. En lugar de enfrentársele, se alejaba. Las acercaba la misma melancolía por los muertos, pero por mucho empeño que su tía pusiera por hacerla suya, a Frida no podía dominarla. Y esa dificultad complicaba sus relaciones. En realidad, cuando no la quería era porque no se parecía a ella, y cuando la quería era porque se parecía demasiado a Valentina.

Esperó a que su sobrina cumpliera dieciocho años para hacerle un regalo especial y simbólico que tenía pensado desde hacía tiempo.

Una mañana de la festividad de Todos los Santos subieron al coche topolino negro de Mercedes en dirección a Figueras. Segura del trayecto, como si llevase haciéndolo muchos años, atravesaron la Rambla y se detuvieron en la plaza del mercado

donde las payesas cantaban sus ofertas. Las varas de nardos blancos se hinchaban altas como inmensas espigas.

—Los quiero todos —dijo Mercedes. Sumaban un par de docenas. Abrazadas a las flores y a su perfume excesivo se detuvieron unos minutos a tomar una gaseosa en el bar del Casino.

De nuevo en el coche y en un tiempo récord que, sin embargo, a Frida le pareció de una lentitud lúgubre imperdonable, llegaron al pueblo de Teresa Pascual. Una sola calle corta como un lápiz se ocupaba de separar las cuatro casas de la aldea de la pequeña iglesia románica y su rectoría. Allí, en medio de la calle, como si fuera un seto singular del solitario paraje, estaba Teresa ocupada en tejer un diseño de puntilla blanca, copiado de algún patrón remoto oculto en el bolsillo de su bata. Levantó los ojos para mirar a las recién llegadas y sin mostrar asombro alguno por la visita recogió su silla, su puntilla y sus gafas. «Vamos», dijo con la mano.

Mercedes subió a Teresa al topolino aromático. Lo primero que hizo con Frida fue tocarle la mejilla para comprobar que aquella piel de apariencia arisca era la misma que ella estuvo meciendo durante meses en sus brazos.

«¿Por qué no hablan?», se preguntaba Frida.

Invisible en el asiento trasero llegó incluso a pensar si estaba muerta. Aburrida por el viaje desalentador, miraba los letreros indicadores de la carretera. «Francia. Veinte kilómetros», decía el último.

Allí mismo se detuvo el coche. Junto a la cuneta. Campos y campos, ordenados y tostados por el moho otoñal, se extendían hacia el horizonte inexpresivo del mar por un lado y, por el otro, hacia los Pirineos encapotados de negro y sombras. El aroma a nardos mareaba a Frida, que saltó del coche dispuesta a airearse un poco. A ella le interesaba el paseo, pero las dos mujeres no daban muestras de querer moverse de la carretera. Enfrente de donde se habían detenido se encontraba una pequeña depresión en la que, dada la seriedad que anunciaban sus caras, Frida dio por supuesto que se encontraba la mujer sin nombre y sin historia a la que ahora visitaban.

—Justo al lado de la carretera nueva —dijo Teresa.

Frida miró y remiró el lugar sagrado y sólo consiguió ver huerta sucia, hierbas secas, postes de luz, algún ciprés y árboles desgajados. Restos de hojas secas volaban sin destino preciso. Muertas, rotas, fermentadas. Vio un zarzal de moras violetas que se extendía por el lado derecho de donde ellas estaban situadas. Daban ganas de batirlo con pies y pala. Destrozarlo. Las frutas estaban podridas o desgarradas por el pico de los pájaros. Frida se apartó de allí. De vez en cuando pasaba un coche violentando el paisaje. Lo peor eran las flores, tan blancas y dignas entre aquella indiferencia gris.

Mercedes hizo un gesto a su sobrina para que volviera a acercarse. Ella llevaba un ramo. Mercedes otro. Teresa, nada. La primera intención de Mercedes fue dejar los nardos en una esquina de la maleza. Luego, presa de un impulso, resolvió proyectarlos sobre las moras rancias, las espinas. Cayeron

cruzados, desperdigados a su suerte, perdiendo todo aquel esplendor vistoso y aromático de cuando pertenecían aún a las payesas. Frida arrojó los suyos. Tenía la media rota, frío en los pies y un olor a muerte que le quemaba las manos. Su tía lloraba con discreción, como si acabara de coger un resfriado.

—Reza cualquier cosa —le dijo.

Frida inventó una plegaria muda. Puso al más allá en situación de prueba determinante y rigurosa. Pidió un deseo. Y le impuso un reto. Si las golondrinas que se erguían sobre los cables de electricidad echaban a volar en bandada durante los cinco minutos siguientes a su ruego, era la señal de que nada iría a oponerse para que fuera cumplido.

Incrédula, bajó los ojos. Las golondrinas debieron de darse cuenta, tal vez llevaban años esperando ese momento. Era la hora de volar a Francia. Sin algarabía alguna se elevaron al cielo y siguiendo una orden que negaba toda posibilidad de error se dirigieron hacia donde la libertad, el amor y algún poeta desconocido fueran capaces de adularlas. Ese mismo año, Frida dejó Barcelona y se fue a París, la ciudad donde Valentina Mur soñaba con recomponer su vida de mujer libre, cargada de razones para continuar luchando contra la represión y la injusticia humana. Murió Antonio Ramoneda, resignado a su suerte pero con una espina clavada en el pecho, provocada por la imposibilidad de conseguir que los restos de «su hija» Valentina Mur pudieran ser enterrados, como Dios manda, en el panteón familiar. Desde que terminó la guerra no hizo otra

cosa que moverse para conseguirlo. Viajó a Madrid en repetidas ocasiones por este motivo. Habló con ministros del régimen que, a decir verdad, escuchaban amablemente al fabricante catalán pero al que siempre le dieron la misma respuesta: «Franco jamás lo permitiría.»

Habían puesto a Valentina en la lista negra, por roja, por atea, por anarquista. Ramoneda se esforzaba en demostrar con firmeza y falsos testimonios que su nuera había sido una víctima más de la situación bélica. Eran tiempos de guerra. Demasiado buena persona para creer en conseguir algo del gobierno yendo con la verdad por delante, el fabricante textil planificó la estrategia como si se tratara de un negocio. Y pese a su fama de empresario ganador, en ese asunto, perdió estrepitosamente. Murió con sensación de fracaso.

Le siguió Lucrecia Palop. Su muerte fue tan prudente que todo permanecía igual en su dormitorio cuando la encontraron dormida y sin remedio. Catalina se dejó morir. Era demasiado vieja. Años más tarde, poco tiempo después de que, con fecha del 18 de octubre de 1978, una pequeña noticia en el periódico informase sobre la muerte de Ramón Mercader, Mercedes Ramoneda fue hospitalizada en el Clínico con un enfisema pulmonar en grado máximo. «La mató el tabaco», escribió Arturo a su hija Frida. Arturo Ramoneda ya estaba muerto pero seguía resistiendo en su biblioteca de la casa de la calle Anglí. Tan sólo quería vivir para mantener en vida la ausencia del ser amado. Pasaba las horas hojeando textos, mirando los retratos colocados en la repisa del comedor y soñando con escribir un libro sobre la historia de la familia. Se fue al otro mundo sin haber pergeñado una línea.

Quien sí publicó algunas páginas sobre aquellos años sin excusa fue Fermín, el Sevillano. Abandonado el seminario estudió económicas y se casó dos veces. Elegido ministro en la segunda legislatura democrática, gobernó el tiempo suficiente para darse cuenta de que la guerra civil española fue el triste resultado del fracaso político en la resolución de los problemas sociales, asumiendo que si, a día de hoy, había perdido sus certidumbres, continuaba conservando intactas sus ilusiones. Lo mató por accidente un conductor borracho.

Por aquellas fechas, Ramón Mercader había dejado de ser noticia. Murió en La Habana acompañado de su mujer y sus dos hijos. Lejos de Barcelona donde, muerto Franco, siempre pidió volver y ser sepultado. En su tierra, junto a los suyos. Murió anhelando la promulgación del Estatuto de Cataluña. Sus cenizas, sin embargo, viajaron a Moscú, donde fue enterrado con todos los honores soviéticos. Es decir, como siempre vivió, bajo nombre falso. En esa ocasión, Ramón Pavlovich López.

«¿López? —habría refunfuñado Lucrecia Palop de haber logrado vivir lo suficiente para conocer la noticia—. ¿Y por qué López, caray, y no Vilamajor, Puig o Doménech?»

Murieron como les habían permitido vivir. Con la mentira en la boca y la verdad incómoda ensombreciéndolo todo como un velo.



ACERCA DE LA AUTORA

Nuria Amat es novelista, poeta y ensayista. Su obra literaria comprende una amplia trayectoria novelística traducida a una decena de lenguas, con títulos como *Todos somos Kafka* (1993), *La intimidación* (1997), *El país del alma* (1999), *Reina de América* (2001, Premio Ciutat de Barcelona 2002) y *Deja que la vida llueva sobre mí* (2008). También es autora de libros de relatos, entre los que destacan *Monstruos* (1991) y *El siglo de las mujeres* (2000). Como poeta, es autora de *Amor infiel* (2004) y *Poemas impuros* (2008).

Su ensayo más reciente es *Escribir y callar* (2010).

En el año 1997 estrenó su obra teatral *Pat's Room* en la Sala Beckett de Barcelona.

Amor y guerra, galardonada con el Premio Ramón Llull 2011, fue su debut novelístico en catalán.

www.nuriaamat.com